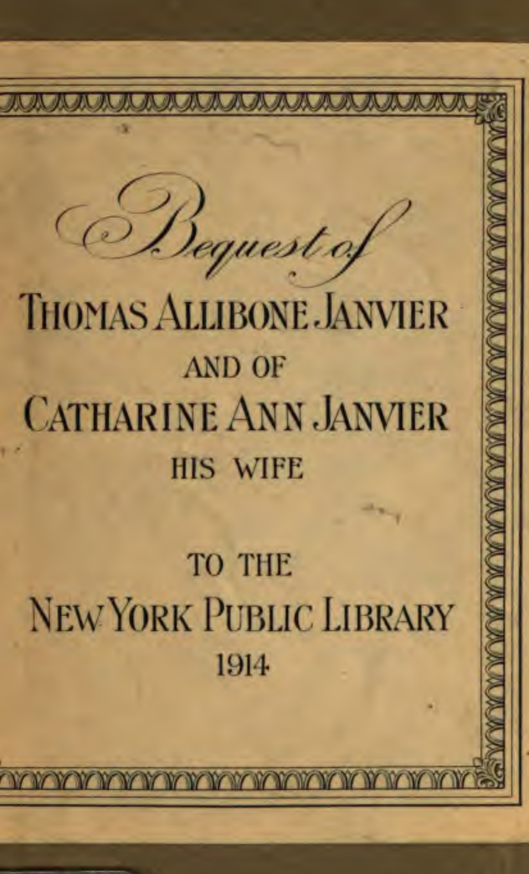
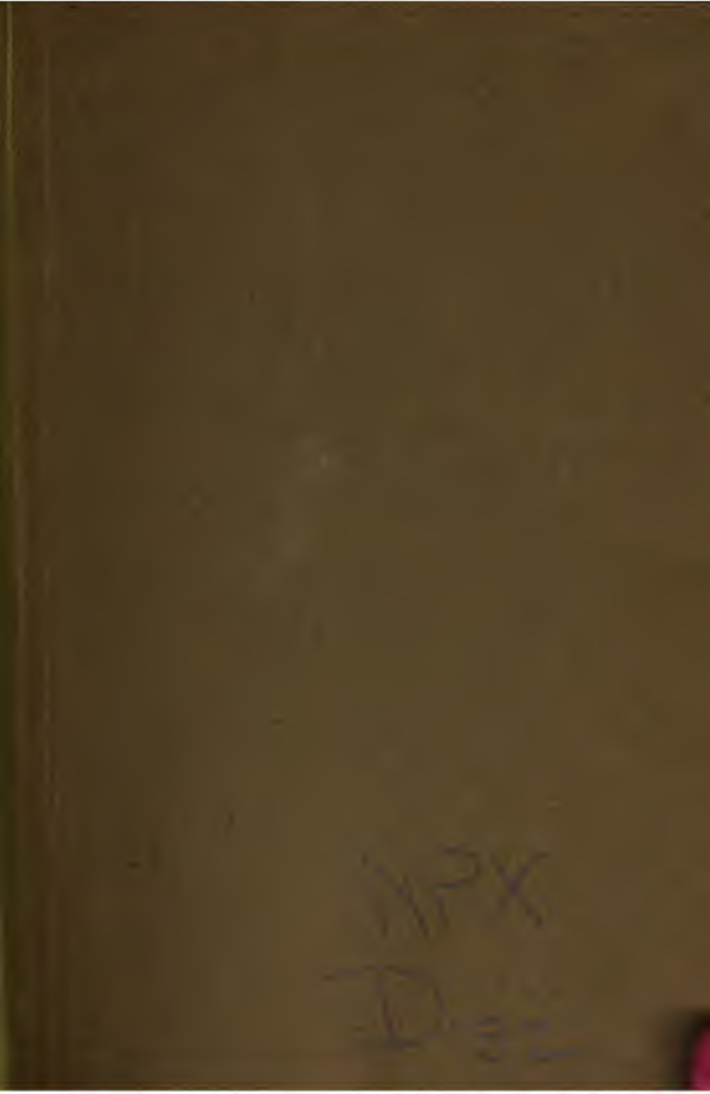


NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 06926871 6



Bequest of
THOMAS ALLIBONE JANVIER
AND OF
CATHARINE ANN JANVIER
HIS WIFE
TO THE
NEW YORK PUBLIC LIBRARY
1914



C. A. Janvier
New York, March [illegible]
[illegible]

GIL GOMEZ EL INSURGENTE.

GIL GOMEZ

EL INSURGENTE,

ó

LA HIJA DEL MEDICO.

Novela histórica mexicana

Por Juan Diaz Covarrubias.

Edicion del "Diario de Avisos."

MEXICO.

IMPRENTA DE VICENTE SEGURA.

C. de S. Andrés N. 14.

1858.

AL LECTOR.

¡Cuántas veces siendo niño aún, perdido en los bosques y en los campos de mi país natal, ó ya jóven, confundido en el estruendo de la ciudad, he pedido á Dios con todo mi corazon una pluma para escribir mis sentimientos ó las glorias de mi patria!

Un dia, coloqué tímidamente mi nombre al pié de una mala composicion poética; seguí haciendo lo mismo muchas veces, y la prensa de México se dignó recoger mis palabras y prodigarme un elogio que nunca he tenido pretensiones de merecer.

Entónces una dulce esperanza y una tierna gratitud, se derramaron en mi corazon, alentándome para seguir trabajando. Pe-

ro pensé que en vez de cultivar con tanto ahinco, una poesía tan exagerada y tan viciosa como es la mia, que escrita en horas de amargura, en momentos de duda y desesperacion, no podia ménos de sembrar malos gérmenes en el corazon de la juventud, que hojea generalmente esta clase de libros, valdria mas que me dedicase á la novela histórica, género mucho mas útil y en el cual se pueden mas ensayar las fuerzas.

Esta novela es el primer ensayo de ese género; forma la primera página de un libro que dentro de algunos años contendrá bajo un aspecto lo mas agradable que me sea posible, la historia de nuestro país, desde nuestra emancipacion de la corona de España, hasta la invasion Americana de infeliz memoria.

Ahora comienzo por el primer movimiento insurreccionario del cura Hidalgo.

He procurado para la parte histórica, reunir el mayor número posible de datos y documentos de la época. Me creo en la obligacion de dar las gracias á las personas que me los han proporcionado.

En cuanto á la otra parte de la novela, es una verdad, fria, descarnada, desconsolado-

ra; una felicidad desvanecida en el momento de alcanzarse, que acaso producirá mal efecto en el corazon de los que han sentido deslizarse su existencia en una completa ventura; pero que tal vez encontrará acogida en el de los que solo han hallado en la vida pesares, decepciones y esperanzas desvanecidas.

He presenciado en mi carrera muchos dolores, muchas amarguras, muchos infortunios; yo mismo he sido víctima de mi fantasía y mis errores juveniles; por consiguiente no puedo hacer mas que referir mis propias impresiones.

Yo quisiera tener talento suficiente para escribir las costumbres de mi patria; yo quisiera poder referir con toda su poesía, esas leyendas populares, que en otros dias he escuchado de los labios de la sencilla gente del campo confundido entre ella bajo el hospitalario techo de las cabañas; yo desearia tener un acento tan poderoso, que pudiese espresar lo que he sentido al besar llorando nuestro desdichado pabellon de Iguala.

Pero puesto que hasta ahora no lo he conseguido, me atrevo á pedir la benevolencia de mis compatriotas; yo no pido un aplauso,

porque nunca he creido merecerlo; mis hermanos en poesía lo saben bien; pero creo que merezco esa benevolencia, porque he secado la sávia de mi juventud escribiendo, porque yo no tengo mas anhelo, mas placer, ni mas ambicion que el aprecio de mis compatriotas; yo no tengo pretensiones, tengo esperanzas.

Si algun dia veo realizadas mis dulces ilusiones, habré conseguido cuanto pude desear en la vida; si por el contrario, como es mas probable, me abismo con todos mis sueños de gloria, entónces tendré la conciencia de haber trabajado hasta mi último aliento, y moriré tranquilo y resignado como un mártir.

México, Enero de 1858.

Juan Diaz Covarrubias.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO I.

A astuto, astuto y medio.

En las inmensas llanuras que se encuentran hácia el Sur en el Estado de Veracruz, entre las pequeñas aldeas de Jamapa y Tlaliscoyan, orillas de un brazo del rio Alvarado y no tan cerca de la barra de este nombre, para que pudiera considerarse como un puerto de mar, se alzaba graciosa á la falda de una colina y como oculta á la mirada curiosa de los escasos viageros que por allí suelen transitar, la pequeña aldea de San Roque, cuyo modesto campanario se podia percibir, entre el follage de los árboles, dominando el pintoresco caserío.

Esta aldea, medio oculta en una de las quebradas del poco transitado y mal camino que conduce de la barra de Alvarado á la villa de Córdoba, aislada completamente de las relaciones comerciales

y políticas, contendria escasamente en la época que comienza esta narracion, de seiscientos á ochocientos habitantes, la mayor parte indígenas, labradores en los sembrados de maíz, de tabaco y de caña que se cultivan en algunas rancherías de las inmediaciones, familias de viejos señores de las ciudades mas cercanas, como Veracruz, Jalapa, Orizava, Cosamaloapam, antiguos guardias de las milicias del virey, retirados ya del servicio, restos de la aristocracia de segundo órden, cuya decadencia comenzaba ya en aquella época, ó hasta media docena de acomodados labradores, que poseian fértiles terrenos, en que cultivaban las semillas que tanto abundan en esos climas privilegiados.

Los habitantes de la primera clase, pasaban la mayor parte del dia en los campos de las pequeñas haciendas, y solo en las primeras horas de la noche se veian alumbrarse sus cabañas diseminadas sin órden y al acaso en un radio de cuatrocientas varas.

Los segundos habitaban modestas y graciosas casas de un solo piso generalmente, diseminadas tambien sin órden y segun el capricho de su dueño, ya en el fondo de una quebrada, ya á la falda de una pequeña colina, ya al fin de una cañada, ó en medio de una floresta.

Una tarde de los primeros dias del mes de Setiembre de 1810, á la hora en que el sol comenzaba á reclinarse fatigado detras de las lejanas montañas, cuando empezaba á reinar en el espacio, esa tinta crepuscular, luz de penumbra que resulta de la lucha entre el Sol que se muere y las sombras que nacen; á la hora en que el monótono y lejano ruido de la campana de San Roque, se confundia con

los cantos de los labradores que volvian alegres del trabajo y el mugido de los bueyes que desunciaa del arado, se unieron á los vagos pero infinitos murmullos que reinan en esa poética y sublime hora, los acentos de una música lejana.

¿De dónde nacian esas armonías?

¿Quién, en el rincon de esta aldea abandonada y tranquila, así impregnaba de dulces sones el aura soñolienta del crepúsculo?

Para saberlo es necesario que sigamos los pasos de un jóven que á la sazon caminaba en la direccion de una calle sombría de árboles y á cuyo fin se distinguia una casita, blanqueando entre ellos á los últimos rayos del moribundo sol.

El que á ella se acercaba con precaucion y como temiendo ser visto, era un jóven que representaba tener de diez y ocho á veinte años á lo mas; pero tan alto, tan flaco, tan nervioso, que nada mas propiamente personificaba que la imágen de ese personage, que bajo el prosáico nombre de Juan Largo, nos ha descrito el Pensador mexicano.

Sus brazos eran algo largos con relacion á su cuerpo y sus manos un poco largas con relacion á sus brazos, sus piernas no estaban tampoco en razon muy directa de longitud con el resto de su individuo. Sus facciones bastante pronunciadas para marcase perfectamente, á pesar de la escasa luz que ahora sobre ella caia, no eran precisamente hermosas, puesto que los ojos eran algo grandes y un poco saltones, las orejas y la nariz grandes tambien, la barba un poco saliente, y la boca con los labios muy ligeramente vueltos hácia fuera, dejando entrever dos hileras de dientes blanquísimos y afilados.

Pero por una de esas rarezas tan comunes en la naturaleza, el conjunto de aquella fisonomía huesosa y un poco angular, colocada sobre un cuello prolongado como el de una cigüeña, era, si no hermosa, á lo ménos simpática y agradable de contemplar, porque en ella se leian á primera vista, la franqueza, la sencilla jovialidad, la generosidad, el valor, todos los sentimientos nobles del alma, que por mas que digan, en ninguna parte se retratan mas claramente al hombre observador, que en la fisonomía.

En efecto, aquellos ojos, vivos, movibles, que lanzaban miradas inmediatamente penetrantes, indicaban desde luego que acostumbraban verlo todo á primera vista; aquellos labios que se entreabrian con frecuencia para formar una sonrisa muy particular, indicaban cierta espresion de chiste caústico y franqueza incisiva, cuando era necesario, aquellas orejas que tanto sobresalian del resto de la cara, parecian ir en efecto á la vanguardia para oirlo todo.

Vestia el jóven un traje medio campesino, medio de hombre de la ciudad. Componíase de una especie de chupa ó chaqueta de tela grosera, una corbata de color encarnado vivo, anudada sin órden á su cuello y cayendo sus puntas descuidadamente sobre su pecho, unos calzones anchos como ya entónces usaban los habitantes del campo, muy diferentes á los cortos y estrechos que vestian los de la ciudad, ceñidos con una banda de fino burato verde. Unos zapatos herrados y burdos de piel de gamuza de color amarillo y un sombrero de la tela llamada de "Vicuña" entónces muy en boga, cónico, color de canela, completaban este traje.

Ya hemos dicho que el jóven seguia la direccion de la calle de árboles, con precaucion y como temiendo ser observado. A veces en efecto caminaba acercándose á la casa que se distinguia al final de la alameda y despues permanecia un instante atento, lanzando sus penetrantes miradas á través de los campos ya casi oscurecidos.

En aquel momento, la campana de la parroquia de San Roque, sonó la oracion.

El jóven se descubrió respetuosamente dejando ver una cabeza rapada á la puritana, cabeza irregular, que tenia un poco del rombo, del cono y del triángulo, cabeza matemática, terminada por una frente ancha, despejada, convexa, verdaderamente hermosa, que debia encerrar pensamientos bullidores, de vida y de juventud. Sus labios perdieron su habitual espresion de malicia y murmuraron una plegaria. Despues, cuando hubo acabado, volvió á cubrirse y continuó su precautoria escursion.

La música seguia sonando y se hacia cada vez mas distinta.

Ya tocaba casi al fin de la alameda.

Derrepente se quedó parado y aplicó el oido en direccion al camino que atrás dejaba andado.

Le parecia haber escuchado un ruido.

El jóven no se habia engañado: eran los pasos de una persona que se acercaba y que muy pronto se dejó ver.

Era un anciano que por su trage y sus maneras, revelaba á leguas al labrador acomodado y contento con su suerte.

El jóven pensó primero en ocultarse, despues en huir; pero, ambas cosas eran sumamente imposi-

bles, puesto que el que llegaba se encontraba ya á una distancia en que ninguna de estas dos maniobras hubiese escapado á su vista. Así es que, el jóven se quedó parado y afectó mirar á la luna, que por uno de esos cambios tan comunes bajo el cielo de los trópicos, en que el crepúsculo dura un instante y en que la noche sucede casi sin interrupcion al dia, comenzaba ya á mostrarse en el firmamento, todavía medio confundida con las últimas inciertas tintas crepusculares.

El que se acercaba era como hemos dicho un anciano de fisonomía alegre y jovial, un tipo de hacendado, de esos que en México usando de una metáfora ingeniosísima, se llaman *ricos-pobres.*

—Ola, ¿eres tú? Gil Gomez: por cierto que nadie te conoceria en esa posicion tan estraña que guardas, dijo al jóven con espresion de jovialidad.

—¡Ah! ¿es vd? tio Lucas, preguntó éste, afectando sorprenderse y apartando sus ojos del cielo.

—Sí; pero ¿qué diablos haces por aquí, así mirando la luna, vienes hácia la casa del buen doctor para consultarle ó estás oyendo tocar á su bella hija la señorita Clemencia.

—Ninguna de las dos cosas, tio Lucas, sino que pasaba por aquí y me ha dado gana de ver entre los claros de los árboles ese cielo tan sereno y esa luna naciente que anuncia una noche tan bonita, respondió el jóven con su sonrisa particular.

—Sí, en efecto, la estacion se presenta bien en este mes; pero ¿de cuándo acá, ¡piel de Barrabas! eres tú afecto á contemplar la belleza de las cosas naturales, tú que encuentras demasiado corto para tus travesuras, el tiempo que te deja libre de los quehaceres de la sacristía el buen padre párroco?

—¿Qué quiere vd? tio Lucas, con la edad viene la reflexion. Así dice el señor cura que lo ha dicho un sabio cuyo nombre no recuerdo ahora; pero ello es que era un sabio, contestó el jóven dando á su cara naturalmente viva y animada un aire de seriedad grave, que á cualquiera otro que al inocente tio Lucas habria parecido fingida.

—¡Vaya! ¿y está bueno el señor cura? preguntó el anciano con interés. Hace algunos dias que no lo veo.

—Con razon, tio Lucas, con razon; sus reumas hace una semana que le impiden salir y lo tienen clavado en un sillon de donde no saldrá sino para el sepulcro; yo lo velo y lo cuido como un buen hijo: pero ya vd. ve que la edad tan avanzada á que ha llegado.... y el jóven se interrumpió llevando á sus ojos el reverso de su mano y entrecortando su voz con un sollozo, que otro interlocutor que el tio Lucas hubiera calificado de demasiado doliente para ser verdadero.

—¡Hum! dijo: no hay que afligirse, díle de mi parte, que mañana pasaré al curato para visitarle, y tú, sigue así siendo tan buen muchacho y ganándote el aprecio de las gentes de respeto.

Hasta mañana, Gil Gomez.

—Hasta mañana, tio Lucas.

El anciano torció á la derecha siguiendo la direccion de un estrecho sendero que conducia á su posesion.

Gil Gomez, permaneció un instante atento, hasta que el ruido de los pasos del anciano se fué desvaneciendo gradualmente y se perdió en el silencio de la noche. Su fisonomía volvió á tomar su ha-

bitual espresion de franqueza y travesura y murmuró entre dientes.

—Pobre tio Lucas, qué bien la ha tragado; pero hubiera yo quedado fresco si me sorprende el secreto de mi espedicion. ¡Jesus! ¡qué chismería me hubieran armado en el curato! ¡Puf! ni pensarlo quiero.

Y dichas estas palabras se preparó á continuar su interrumpida marcha.

La música seguia sonando siempre, y salia, ya no habia que dudarlo, de la casa á que ya llegaba Gil Gomez.

Era una casa de un solo piso, cuyo ancho y sólido porton pintado do color verde y situado entre dos ventanas de madera del mismo color, se elevaba encima de una escalinata de cuatro gradas; las ventanas por el contrario estaban al nivel del suelo; de cada lado de ellas se habia formado un bosquecillo de esos árboles pequeños, siempre verdes, que tanto abundan en los paises cercanos á las costas de Veracruz, y que se continuaban de cada lado formando un semicírculo, con la alameda que con tanta precaucion hemos visto atravesar á Gil Gomez.

La luna, que alumbraba á sus ojos esta escena, se ocultó repentinamente, pareciendo favorecer los intentos del jóven, que con un paso tan silencioso que ni el oido finísimo de un perro hubiera percibido, se deslizó hasta el bosquecillo de su derecha, murmurando.

—Ahora sí, aquí estoy bien, y puedo calcular el momento mas favorable. Pero como no esté ahí ese maldito perro Leal que debe ser lo menos pri-

mo hermano de Satanás, segun su astucia, porque entónces todo se lo llevó la trampa....

Gil Gomez habia escogido un buen punto de observacion; protegido por los árboles habia llegado hasta un lado de la ventana y desde allí podia sin ser visto presenciar lo que pasaba en el interior de la habitacion.

Avanzó con su misma precaucion la cabeza por entre los barrotes, y con una mirada rápida como el pensamiento, miró lo que vamos á decir.

La habitacion era estensa, no habia en ella mas muebles que un par de canapés de sólida madera con asiento de lo mismo, ocupando los dos costados de ella, del mismo lado en que se hallaba Gil Gomez, una mesa grande de madera de cedro colocada precisamente en frente de la ventana y por consiguiente en frente de él y un inmenso y amplio estante que ocupaba los lienzos restantes de la habitacion. Pero en cambio ese estante estaba atestado de libros y encima de él, se veian pajaros disecados, instrumentos de química, retortas, frascos grandes con fetos ó pequeños con líquidos de diverso color, esferas geográficas y otros mil objetos; pero todo colocado con cierto órden, clasificado de cierta manera que revelaba desde luego el gabinete de un hombre estudioso, consagrado á la ciencia, y no la oficina de un charlatan.

Aquel era el estudio de un médico, y por si Gil Gomez lo hubiese ignorado habrian bastado á desengañarle, dos esqueletos encerrados en sus nichos y colocados en los dos únicos ángulos de la habitacion que él podia contemplar desde la ventana y que parecian mirarlo sonriendo con esa risa sarcástica de las calaveras, que tal vez se creyera que se

una aldeana y comprendia perfectamente el sublime espiritualismo de la música.

El piano preludiaba la música de una melancólica balada inglesa ya antigua en aquella época; pero impregnada de triste poesía y dulce misticismo.

Despues una voz argentina, pura, vibradora como las notas menores de un clavicordio, es decir con una vibracion medio apagada, se mezcló á las dulces entonaciones del piano y recitó en inglés las estrofas de la balada.

Eran las palabras que una jóven dirige al amado de su corazon en el momento en que este parte á lejanas tierras para buscar fortuna y gloria en la guerra: cada una acababa con ese "Farewell, forget me not," de los ingleses conque tanto quieren decir y que no tienen traduccion en ningun idioma.

Aquella voz dulcisíma que cantaba en un idioma estrangero las estrofas moduladas en la mística música de los puritanos, estrofas que espresaban sentimientos acaso en acuerdo con los que ahora dominaban el corazon de la cantora; aquella voz oida en el rincon mas oculto de una ignorada aldea del Nuevo–Mundo, aquella jóven hermosa, hija de un anciano médico, inglesa por nacimiento y por sentimiento, mexicana por educacion y por idioma, aquella noche tan tibia de Setiembre, aquella brisa cargada de aromas y de armonias, hubieron de hacer una impresion tan profunda en el corazon de Gil Gomez, que se quedó estasiado con las pupilas fijas y los labios entreabiertos, con el oido atento por la emocion, como queriendo aspirar los perfumes, como queriendo escuchar las melodias, de aquella brisa que hasta él llegaba.

—¡Oh! dijo con visible emocion; ¡cuán hermosa es ella, y él que dichoso; pero, cuán desgraciados van á ser ambós dentro de poco!

Y al decir estas palabras, la cabeza volviendo á recobrar su imperio sobre el corazon, el jóven se acercó á la ventana y con la misma mirada particular con que la hemos visto recorrer el gabinete del médico, registró violentamente el interior de la estancia.

La misma sencillez en los muebles colocados con ese órden que revela la tranquilidad, el bienestar de la vida de provincia; pero ese perfume, esas delicadezas, esos detalles que solo en el gabinete de una jóven hermosa y aristócrata se encuentran: el lecho de metal sencillo; pero con un pabellon blanquísimo de muselina con lazos encarnados, el tocador de madera de cedro barnizáda; pero cubierto de esas chucherias primorosas, arsenal desde dondé las mugeres se preparan al combate de corazones: la mesa sencilla y modestá; pero adornada con un jarron de nivea porcelana cubierto de flores, el pavimento de madera; pero sin que un ojo indiscreto pudiese encontrar ningun objeto que alterase su tersurá; flores en todas partes, flores en el tocador, flores en la mesa, flores en la ventana y por último una jóven de diez y siete años, blanca como una inglesa, pálida como una estátua de marmol, con una frente despejada como un cielo de verano, con unos ojos de ese azul oscuro particular que dejan traspa-rentar las niñas y que lanzan una mirada prolongada, adormecedora, silenciosa, con una nariz recta y fina, casi trasparente hácia las estremidades, con una boca pequeña como la de un niño, que nunca se entreabre para dejar caer un sarcasmo ó

un chiste, que solo parece formada para exhalar plegarias ó palabras de amor, unos cabellos suaves de color castaño oscuro, bajando á los lados de la frente, cubriendo unas orejas pequeñas y finas y anudandose hacia atrás para formar ese sencillo peinado de las inglesas; un óvalo de cara, un tipo peculiar, un cuello, una estatura, altiva y sencilla á la vez, modesta y aristócratica, como la mas hermosa de las mugeres de la Biblia, "Ruth, la espigadora" y luego esa jóven que entona un cantar místico y armónioso como todos los de los Puritanos y una jóven huérfana que en su semblante está revelando la pureza de sus sentimientos, la ino cencia, la pasion, la poesía de su aislamiento.

Todo esto contempló Gil Gomez en un momento; pero tambien contempló muy á su pesar un enome perro, que con la cabeza entre las piernas vuelta hácia su ama, dormitaba ó aparentaba dormir.

El jóven se hizo atrás tan violentamente para no ser visto por el perro, que produjo un ligero ruido en la ventana.

El animal volvió la cabeza hácia ella y gruño sordamente, pero aquel ruido habia sido tan ligero, tan semejante al que produciria una hoja seca al desprenderse del árbol, que volvió indolentemente la cabeza á su primera posicion.

—Maldito animal, murmuró Gil Gomez, si no se quita de ese lugar todo se echó á perder y no puedo cumplir fielmente el encargo de Fernando. Ademas va haciendose ya muy tarde y van á estrañar mi presencia en el curato.

Entonces se entabló una lucha entre el animal

y el hombre, lucha de astucia, en la que este último debia quedar indudablemente vencido.

Gil Gomez, protegido por los sonido del piano volvió á avanzar con precaucion la cabeza conteniendo hasta la respiracion. Pero esta vez sea que el perro hubiese sentido al jóven ó que lo hubiese visto, se separó de su sitio y se acercó á la ventana, ladrando estrepitosamente.

—Leal; quieto; aquí, dijo la jóven con su misma voz de música que ya hemos escuchado y con su acento ligeramente estrangero; pero tan ligero como el que se puede recibir de la costumbre de hablar su idioma primitivo lo tres primeros años de su vida para no volver á hablar mas. Leal lanzó otros tres ó cuatro ladridos, que se perdieron por la vasta estension de los silenciosos campos.

—Leal, aquí, volvió á repetir la jóven.

El animal no viendo moverse ni una hoja en el campo que podian abarcar sus ojos, lanzó un último ladrido y se volvió refunfuñando descontento á su sitio; pero con la cara vuelta á la ventana.

La jóven seguia cantado sin sospechar la vigilancia de que era objeto.

Gil Gomez consideró que un perro de la especie de Leal no seria muy fácil de ablandar y que al verle en la ventana, armaria un escándalo capaz de alarmar al Doctor y á los demas criados de la casa; el bosquecillo en que tan violentamente se ocultó durante la presencia de Leal en la ventana pudo solo evitarlo.

Asi es que resolvió alejarlo de aquel sitio; para lo cual se internó en el bosquecillo que se confundia con el costado izquierdo de la casa hácia el cual

daban tres ventanas de las piezas interiores de ella y produjo un ruido en una de las vidrieras, ruido que nadie mas que el animal percibió, pues se lanzó ladrando fuertemente al interior de la casa.

Fué tan violenta la accion del perro, que la jóven dejó de cantar y se paró del piano, diciendo de nuevo.

—Vamos, Leal; aquí.

Pero despues oyendo que los ladridos del animal se iban alejando hacia el fondo de la casa, volvió al piano murmurando:

—Que sé yo que tiene Leal esta noche.

Gil Gomez despues de haber llamado la atencion del perro á otra parte, alejándolo por un momento, se deslizó por el bosquecillo, ligero como el pensamiento, hasta volver á la ventana, á cuya vidriera dió tres golpecillos tímidos y discretos.

—¿Quién llama? dijo la jóven lijeramente asustada.

—Yo, señorita Clemencia, yo soy, dijo Gil Gomez procurando dar á su voz un tono de confianza y seguridad para tranquilizar á la jóven.

—¡Ah! ¿es vd? señor Gil Gomez, dijo ésta acercándose á la ventana.

—Sí señorita, respondió Gil Gomez sacando precipitadamente un papel y poniéndolo en manos de la jóven; yo que traigo este encargo de Fernando.

A esta accion y á este nombre, la jóven se estremeció de alegría y se ruborizó de sorpresa, tomando el papel que le entregaban.

Gil Gomez iba tal vez á continuar hablando; pero los ladridos del perro se escuchaban cercanos y solo pudo decir precipitadamente.

—Buenas noches señorita Clemencia.

—Adios ,señor Gil Gomez, mil gracias, dijo ésta con su misma dulcísima y argentina voz.

Despues se aproximó á la bugía colocada encima del piano y leyó trémula de emocion las siguientes palabras:

"Clemencia:

"Mañana debo partir, hoy como ya acaso sabrás por el doctor, que ha hablado con mi padre, ha llegado el despacho y la órden del señor virey Venegas.

"Tenemos muchas cosas que decirnos por la última vez.

"Si me amas, espérame esta noche al dar las doce, junto á la puertecilla del jardin, que dá á los campos donde podremos hablar libremente, porque esta noche, no debe ir mi padre á visitar al doctor.

"¡Ah! ¡por qué triste motivo nos juntamos!

"Adios!

"Fernando."

—¡Ah! crueles, ingratos, quieren separarnos, nos van á arrancar el uno del otro, dijo Clemencia dejándose caer de codos sobre el piano y ocultando su cabeza entre las manos para sollozar.

Cuando Leal se acercó á la ventana de la habitacion, solo pudo oir el rumor de los pasos de Gil Gomez que se alejaba corriendo.

Esta vez, la primera de su vida, Leal habia sido burlado, completamente burlado en sus barbas, y cerca de media hora permaneció en la ventana, ladrando fuertemente por intérvalos confundiéndo-

se sus ladridos con los de los demas perros de San Roque, sin ser notado por su jóven ama, que con la cara oculta entre sus manos continuaba sollozando dolorosamente.

CAPITULO II.

Dos mortales formando un ángel.

¿Qué amores misteriosos eran esos, que así se alimentaban en el rincon de esa aldea solitaria?

¡Cuánta poesía debia haber en el amor de esta pobre niña huérfana, aislada con sus pensamientos purísimos y romancescos, lejos de su país natal y del contacto envenenado de la sociedad, entregada á su inspiracion, sin que la venalidad ni el interés hubiesen encontrado un eco en su inocente corazon!

¡Pobre ave de blancas plumas! ¡ave huérfana! ¡ave sola! ¡ave estrangera! que vas atravesando el espacio con raudo y sereno vuelo, aspirando todo el aire que le llena, recibiendo todos los rayos de luz que le inundan, escuchando todos los murmullos dulcísimos y misteriosos del eter!

¡Pobre ave! Dios no quiera que ese aire se envenene para tu aliento; que esa luz te ciegue al inundarte, que esos murmullos se tornen en adioses, en gritos de dolor, en suspiros de despecho, que esa vida que Dios te ha dado como bendicion, languidezca y se te torne como castigo.

¿Quién era ese jóven Fernando, que tan profunda impresion habia inspirado en aquel inocente co-

razon? ¿Quién era que con solo una palabra de despido hacia derramar abrasado llanto de aquellos ojos?

Fernando era digno de tanto amor y de áquellas lágrimas.

Hijo de un noble y honrado plantador de tabaco y hacendado de aquella provincia, habia pasado una parte de su juventud en un colegio de la Puebla de los Angeles y hacia dos años que habia vuelto al hogar á vivir al lado de su padre.

Muy al contrario de lo que sucede casi siempre con todos los jóvenes, hijos de familias acomodadas de provincia á quienes se envia á educarse en la ciudad, fuera de la vigilancia paterna: Fernando solo habia traido buenos sentimientos, instruccion, caballerosas maneras, respeto á todo lo noble y ese aire de melancolía y distincion aristocrática que hace tan interesantes á los jóvenes.

Además, Fernando era artista, artista por inspiracion, artista por nacimiento si se quiere, y la mayor parte de los cuadros que adornaban los amplios y sencillos cuartos del hogar paterno, eran obras que á su mano habia dictado su imaginacion.

Con una fisonomía hermosa, melancólica y agradable de contemplar, con un porte simpático y distinguido, con una alma llena de pensamientos nobles, de espiritualismo, de amor, de poesía, dejándose arrebatar por todos sus buenos instintos, su vida era una incesante aspiracion á todo lo bello, cada pensamiento una ilusion, cada esperanza una fantasía, cada palabra una estrofa de la poesía del corazon.

Sucedió lo que era natural que sucediera.

Fernando al volver del colegio encontró á Cle-

mencia que hacia cuatro años se habia ido á habitar la aldea en compañía de su padre, la veia en la misa mayor los dias festivos, en los paseos que ella, niña melancólica y él jóven soñador, errante, admirador de lugares hermosos y solitarios escogian de igual manera.

Además, el doctor y su padre eran antiguos amigos y se visitaban mútuamente, acompañados de sus hijos. Así es que en las largas noches de invierno ó en las tempestuosas del otoño, miéntras los dos ancianos y algunos caballeros de la vecindad, conversaban entretenidamente sobre política, sobre viajes ó jugaban al ajedrez en un rincon de la sala; los jóvenes corrian al cuartito de Clemencia y allí sentados, cerca del piano, hablaban tambien en voz baja, ó tocaban juntos, estasiándose con las mismas melodías, alabando las mismas piezas de música, participando del mismo entusiasmo, ó se alternaban para leer las obras, que tales como el Pablo y Virginia de Bernardin de Saint Pierre, la Atala y René de Chateaubriand, el Werther de Goethe, las cartas de Eloisa y Abelardo, las poesías de Melendez, se encontraban por una casualidad rara en aquella época, en la biblioteca del doctor.

Esta semejanza de edad, de carácter, de costumbres, de inclinaciones, de pensamientos, este aislamiento comun en medio de una aldea solitaria, que no presentaba ningunas otras distracciones al corazon, estas largas horas pasadas solos en compañía, escuchando el monótono ruido de la lluvia que fuera azotaba los cristales de la habitacion, ó contemplando con el mismo arrobamiento, con igual éstasis el hermoso espectáculo de los silenciosos y

serenos campos iluminados por la blanda luz de la luna, esta conversacion inocente, pero sin testigos, estas lecturas en que figuraban personages tan interesantes á los ojos de los jóvenes y en situacion tan análoga con la suya; esta vida corriendo en comun, armonizada por la música del piano y embellecida por ese perfume de melancolía y recogimiento interior que la semejanza hacia nacer, estas palabras vagas, incoherentes, estas confidencias á media voz de lo que se soñó anoche, de lo que se pensó durante el dia, de esas alegrías ó dolores ocultos de la vida, hicieron nacer en el corazon de los dos jóvenes sin saberlo, sin comprenderlo; primero una amistad, amistad entre un jóven y una señorita que tan pronto degenera en una ternura dulce, en un cariño en un amor, en una pasion.

Lo que primero habia sido un efecto de la casualidad, se hizo una necesidad; los dos jóvenes acabaron por no poder vivir sin verse.

Clemencia pasaba el dia inquieta, distraida y melancólica hasta la noche, y Fernando por su parte no hacia otra cosa durante el dia, que suspirar, pasearse cerca de la casa del doctor, por los campos que estaban detrás del jardin y sirviendo de límite entre ésta y la hacienda, hasta las ocho, hora en que su padre con ese buen órden, con ese arreglo en las costumbres que preside á todos los actos de la vida de provincia, tomaba su ancho sombrero, su grueso baston de nudos y su amplia capa ó su paraguas en tiempo de lluvias y apoyado en el brazo de su impaciente hijo, se dirigia siguiendo la espalda del jardin y por el bosquecillo, que ya conocemos, á la casa del doctor, donde de

nuevo se entablaban los juegos, las discusiones las relaciones de viages, ó aventuras de la juventud.

Por su parte los jóvenes se aislaban como de costumbre y despues de haber permanecido un momento silenciosos como para saborear el recogimiento del placer de hallarse juntos, dejaban desbordar por sus labios el torrente contenido en su corazon durante veinticuatro largas horas, primero con suspiros, despues con medias palabras, con frases incoherentes y con discursos arrebatados, hasta confundirse, hasta tocar casi sus rostros, para volver despues á su silencio y á su absorcion.

Clemencia dejaba caer sus manos sobre el teclado y hacia brotar de él, las armonías que la víspera habian extasiado á Fernando, ó siguiendo el giro de sus confidencias, tocaba fantasías hijas de su imaginacion y de su alma.

Fernando por su parte, presentaba á la jóven copias hermosas y vistas de los sitios que la víspera ella habia elogiado, ó imágenes de las descripciones que juntos habian admirado en los libros que leian.

Y ese cambio delicioso de pensamientos, de ilusiones, de esperanzas, duraba hasta las diez, hora en que el hacendado sacaba su enorme relox de plata y despues de haber dado las buenas noches al doctor, á su hija y á los demas vecinos salia apoyado en el brazo de su entristecido hijo.

Clemencia habia hecho una costumbre de salir á acompañar á sus huéspedes hasta el final del corredor que terminaba en el jardin y allí los jóvenes podian cambiar un último adios, una última mirada, una última esperanza.

Clemencia permanecia reclinada contra una de

las columnillas del corredor, hasta que el jóven desaparecia á su vista y el ruido de sus pasos se perdia en el silencio de la noche.

Fernando por su parte, volvia repetidas veces la cara para ver dibujarse aquel cuerpo querido en el fondo oscuro del corredor; para enviar al traves de la brisa un último suspiro de despedida.

¿Y sus padres, no notaban aquel anhelo de buscarse?

Sí, lo notaban.

Pero ¿qué mal podia haber en ello?

Por el contrario, parecian regocijarse interiormente de aquel afecto que debia tener un desenlace tan feliz y que estrechariá mas los lazos de la amistad que los unia.

Así se pasó para los jóvenes, un año, como un dulce sueño; aquellas dos horas diarias les parecieron poco para verse, para estar juntos y desearon yá que no podian prolongárlas verse á otras distintas.

El Doctor acompañado de Clemencia acostumbraba pasearse durante las tardes, por los sitios mas hermosos y mas solitarios de la aldea hasta la oracion, hora en que ambos volvian lentamente á la casa.

Fernando lo sabia perfectamente y muchas veces oculto en un recodo del camino, habia seguido con la vista á la señorita Clemencia, cuyo rostro encantador y gracioso vestido, veia dibujarse entre los claros de los árboles; pero por un sentimiento de vergüenza y respecto al Doctor que, ciertamente no podia dejar de conocer aquella solicitud en reunirse con ellos, no siempre los encontraba.

¿Clemencia sabia esto?

¿Quien sabe?

Pero una noche, preguntó con una voz ligeramente conmovida, sin ver á Fernando y con los ojos fijos en el teclado.

—¿Y no acostumbra vd. pasear durante las tardes?

—No señorita, respondió éste, paso unas tardes muy tristes encerrado en mi cuarto dibujando, ó en el curato con Gil Gomez, cuya alegre conversacion apenas me distrae.

—Pues ¿no seria mejor pasear y hacer ejercicio, lo cual seria muy provechoso por el buen sueño que da la fatiga? continuó la jóven con esa misma voz, que quiere ocultar el pensamiento que desea hacer comprender.

—¡Oh! sí, ciertamente, muchas veces he pensado en ello, pero de no ir acompañado me son ya tan conocidos hasta los rincones mas apartados de la aldea de San Roque, que no tienen ningun encanto para mí.

—Ah, sí; pero nosotros paseamos tambien todas las tardes.

No es necesario decir que á la tarde siguiente Fernando encontró "casualmente" al Doctor y á Clemencia al volver la pequeña cañada, que conducia al curato, cerca del torrente que se precipitaba detrás de él y venciendo su timidez y su vergüenza, dijo con un acento perfectamente natural; pero que no debió engañar al Doctor, que como todos los médicos era filósofo, observador y hombre de mundo.

—¡Oh! que casualidad que nos hayamos encontrado.

—Muy feliz por cierto, dijo el buen Doctor que

como hemos dicho, no veia mal aquella dulce intimidad que reinaba entre su hija y el hijo de su antiguo amigo, y debe vd. adoptar esa costumbre de acompañarnos al paseo durante las tardes que es muy provechosa para la salud.

Los dos jóvenes se ruborizaron de placer.

La costumbre se adoptó en efecto.

De manera que mientras el Doctor andaba á pasos lentos conversando algunas veces con un vecino, los jóvenes se internaban en las selvas, salvaban con dificultad, brincando sobre las piedras el rio en los lugares en que corria mansamente, admiraban el sublime espectáculo del Sol moribundo que se abismaba detras de las lejanas montañas, que desde ese punto se dirigen á encontrarse y continuarse con la Gran Cordillera de los Andes, ó deteniéndose al pie del torrente, cuyas aguas despues de haber servido para mover las ruedas de una pequeña fábrica, se precipitaban al cabo de un cuarto de legua de camino, rugidoras, blanquizcas, formando una ancha cinta de plata, salpicando de pequeños copos de espuma á los jóvenes que sentian nacer en su alma esas sensaciones indefinibles de alegría y terror, de gratitud á la Providencia, que se esperimentan con la contemplacion de todos los objetos de la creacion, en esos momentos en que cada pensamiento es una plegaria, cada palabra un himno de alabanzas al Señor de lo creado.

Allí sentados en una de las grandes piedras que sobresalian del nivel del rio, á la sombra de esos verdes y frondosos árboles, que orillan todas las confluencias del Alvarado, aspirando esa brisa fresca y agradable que suspira en la superficie de los

rios, apagadas sus palabras por el estruendo rugidor del torrente, bañado su semblante por las últimas suavísimas tintas crepusculares, pasaban juntos instantes que traian siglos de felicidad, hasta que se oia la voz del buen Doctor que les llamaba y entonces volvian lentamente á la casa, cambiando antes de separarse, las flores que habian recogido, como para convencerse que no eran sueños mentirosos de inmensa felicidad, aquellas tardes de alegría, de esperanzas, de recogimiento interior, separábanse para volverse á ver en la noche y hacer recuerdo de la tarde, como temiendo ver borradas tan pronto de su alma aquellas impresiones purísimas de amor.

Los domingos y dias festivos traian para los jóvenes nuevos dulces placeres.

A las nueve el anciano cura de San Roque decia en la pequeña parroquia una misa, misa que nuestro conocido Gil Gomez, en su calidad de sacristan, ayudaba despues de haber adornado el altar y haber permanecido desde las ocho en la torre para dar los tres repiques, que segun la costumbre de las aldeas, servian para llamar á la gente de San Roque y de las Rancherías inmediatas.

Desde esa misma hora, Fernando echado de codos sobre el balconcillo de piedra del campanario, desde donde la vista descubria todo el pueblo y sus inmediaciones, permanecia con los ojos fijos en direccion á la alameda que ya conocemos hasta que descubria entre el follaje de los árboles, la gorrita verde, el tápalo encarnado y el vestido blanco de Clemencia apoyada en el brazo del doctor.

Fernando descendia precipitadamente á la iglesia y ocupaba el rincon de una columna cercana á un

confesonario, donde Clemencia acostumbraba generalmente arrodillàrse.

El templo se iba llenando poco á poco de gente: los jóvenes permanecian aislados en medio de aquella multitud.

El cura era demasiado anciano y la misa duraba por consiguiente mas de media hora, que para ellos era un momento, arrobados como estaban por la mística música del órgano y mas que todo por el placer de hallarse juntos.

Despues el templo se iba vaciando gradualmente y los jóvenes eran los últimos en salir, pues el doctor acostumbraba conversar un rato con los vecinos notables, que se reunian formando grupo en el cementerio, Fernando les acompañaba hasta su casa y aún algunas veces, invítado por el Doctor pasaba el resto del dia en su compañía.

Ademas, hacia algun tiempo que el jóven preparaba una sorpresa á Clemencia.

Una noche en que como de costumbre ambos permanecian aislados de la pequeña tertulia del Doctor, Fernando, con acento conmovido dijo á la jóven.

—Si vd. no se ofendiera, le enseñaria una cosa que he traido.

—¿Qué cosa? preguntó la niña con intéres.

—Una pintura, respondió Fernando.

—¿Una pintura? y ¿porqué me habia de ofender?

—¿Me lo promete vd? Clemencia.

—Se lo juro á V.

Entonces Fernando sacó del bolsillo de su levita una cajita pequeña, que abrió con precaucion, desenvolvió cuidadosamente una placa de marfil

sobre la que se habia pintado una miniatura y le colocó ante los ojos de Clemencia, que seguia con curiosidad sus movimientos.

Clemencia hizo una esclamacion de sorpresa y se ruborizó por la emocion.

Aquella miniatura, era un retrato suyo pero tan perfecto, tan semejante, que ciertamente la niña no pudo disimular, preguntando á quien pertenecia.

Despues lo volvió á llevar á su ojos para contemplarle de nuevo y pálida por la sorpresa, por la emocion, por el amor, digamoslo de una vez, le volvió á colocar en manos de Fernando, diciendo con un acento trémulo y conmovido.

—¿Y porqué gasta vd. su inspiracion en esto, no valdria mas emplearle en otra cosa mejor?

—¿Lo cree vd. así? señorita, preguntó Fernando.

Clemencia no respondió, pero sus ojos se clavaron con sublime espresion de amor en los de Fernando.

Los dos jóvenes sintieron que un fluido magnético circulaba por sus venas, sus rostros se juntaron hasta tocarse y al darse un beso casto, pero quemador, ardiente, apasionado, que nadie mas que la perfumada brisa de su alredor escuchó; pero que resonó con eco de música en su corazon, sellaron para siempre aquel amor silencioso, que durante un año no se habia revelado mas que por palabras vagas, por miradas y por suspiros.

En lo sucesivo los jóvenes se vieron á hora y en sitio escusados para decirse siempre lo mismo, para jurarse amor y eterno amor para perderse en recuerdos del pasado, en delirios del presente en esperanzas y proyectos para el porvenir.

¿Cuáles eran esas esperanzas?

¿Quién sabe? ellos pensaban en vivir siempre juntos, sin ver que aquella union en apariencia tan fácil era casi imposible de verificarse.

¡Ay! el viento del desengaño debia evaporar algun dia el perfume de aquel amor.

Así se deslizaron otros seis meses, mil veces mas encantados que aquel primer año de amor silencioso, sin que los jóvenes pensasen en otra cosa que adorarse y esperar.

Pero esta felicidad, como al fin felicidad no debia durar mucho tiempo.

En efecto, aunque Fernando no desperdiciaba completamente su tiempo, puesto que las horas de la mañana y las que le dejaba libres su adoracion á Clemencia, las consagraba á la pintura, al estudio de las lenguas muertas, que formaban la base de la única educacion que entonces se daba á los jóvenes en la Nueva España, al padre de Fernando le entró ese escrúpulo que les entra á todos los padres de provincia, de creer que sus hijos no pueden labrar su fortuna, sino lejos del hogar doméstico, tomando una carrera, un trabajo diferente y que el tiempo que en él pasan es perdido para su porvenir.

Una circunstancia vino á convertir en realidad el pensamiento del hacendado.

CAPITULO III.

Despues de treinta años.

El virey Venegas habia desembarcado en Veracruz y el ruido de su llegada habia venido como un eco perdido hasta el rincon de aquella aldea ignorada.

El hacendado se alegró demasiado cuando supo por acaso que entre los militares que formaban el séquito del virey, se encontraba un hermano suyo de menor edad que él, que desde muy jóven habia pasado á España, despues de haber servido algun tiempo en las milicias de Manila. Además, ahora volvia con el grado de brigadier, grado demasiado honorífico en aquella época y con la privanza del virey que ponia en él toda su confianza en los asuntos militares.

Una mañana, tres dias despues del desembarco del virey en Veracruz, los vecinos de San Roque contemplaron un espectáculo enteramente nuevo en su pacífica aldea; el de un militar de grado superior, lujosamente vestido, perfectamente montado y seguido de dos drágones, preguntando por la habitacion del hacendado.

Mientras que los vecinos, despues de habérsela mostrado, formaban un corrillo en el que se opinaba que aquel militar venia para vender las tierras ó para poner preso de órden del virey al hacendado; entraba éste por la maciza puerta de la hacienda y despues de haber dado órdenes en el patio á los criados para que se cuidase de los caballos, subia la amplia y sólida escalera de piedra, atravesa-

ba el estenso corredor que conducia á las habitaciones interiores y sin hacer caso de los perros que ladraban alborotados al aspecto de aquellos tres hombres, tan desconocidos para ellos y vestidos de tan estraña manera, ni de los criados que salian azorados al ruido de su sable y sus espuelas, penetraba en el salon y caia en brazos del hacendado esclamando con acento rudo y varonil, pero conmovido:

—¡Ah! mi querido Estevan, al fin te vuelvo á ver despues de treinta años de ausencia.

—¡Rafael! hermano mio, esclamó el hacendado sorprendido al aspecto de aquella vision tan querida para él.

Y los dos hermanos volvieron á abrazarse, sin hablar, sin que se oyese durante diez minutos otra cosa que sus sollozos, esos sollozos de alegría ó de dolor que nos arranca la vista de una persona querida, muerta tal vez para nosotros, pero cuya tumba estaba en nuestro corazon y cuyo recuerdo vivia en nuestra memoria.

Por fin, el militar se desprendió de los brazos de su hermano, y con un acento de chiste y familiaridad, en el que se conocia se trataba de ocultar la emocion del hombre bajo la ruda corteza del soldado, esclamó:

—¡Eh! pero qué diablos nos estamos girimiqueando ni mas ni menos que dos mugeres, cuando por el contrario debemos regocijarnos, puesto que vengo á pasar dos meses en tu compañía, con licencia del señor virey.

—¡Oh! Rafael, ¡que dichoso soy con volverte á ver, cuando ya te habia creido muerto! ¡Pobre de nuestra madre! en su agonía no pensaba mas que

en tí, no hizo mas que nombrarte hasta su último suspiro, dijo Don Estevan con acento conmovido,

—Eh, si sigues hablando de esas cosas tan tristes, me obligas á volver á montar á caballo y tomar el pésimo camino por donde con mil trabajos he venido desde Veracruz, esclamó don Rafael llevando su mano á sus ojos para borrar los últimos vestigios de las lágrimas, que acaso por la primera vez despues de su infancia le arrancaban los tristes recuerdos de los primeros años.

—No, hermano mio, ya no hablarémos mas de eso.

Los dos hermanos se sentaron en un canapé.

—¡Diablo! como hemos envejecido, continuó el militar con su tono naturalmente jóvial. Buen chasco me he llevado yo que no hace media hora al acercarme á esta aldea, venia pensando en tí y viendote como eras hace la friolera de treinta años, es decir, un jóven gallardo y en lugar de aquella estatura elegante, aquellos negros cabellos, aquellos ojos vivos, me encuentro con una estatura encorvada, unos cabellos canos y unos ojos que en vez de brillar con el fuego de otros dias, me miran con tristeza y lloran y mas lloran.

—¡Ah Rafael! pero que ingrato has sido con no hacer caso ni contestar á las cartas que en diversas epocas te he escrito á España, dijo Don Estevan.

—Pues te aseguro que no es muy fácil por cierto, recibir cartas de la Nueva España, cuando no se está ni una semana en un mismo lugar, cuando se hace la guerra á los revoltosos ó se pelea con los soldados de ese truhan de Bonaparte en Sierra Morena, en Madrid, en Zaragoza, ademas, sí te he escrito dándote razon de mis grados; pero no era muy

fácil, que las cartas que yo dirigia á México llegasen hasta este rincon donde te has venido á meter y donde he sabido que vivias por una casualidad que me hizo encontrar en Veracruz á nuestro antiguo amigo Perez, quien me dió razon de tí. Pero en fin, me alegro porque segun veo, no estás tan mal puesto y no falta lo necesario ¿Te acuerdas de lo que decia nuestra buena madre? continuó Don Rafael procurando disimular con su tono jovial su emocion Estevan ha de ser mas rico que Rafael; pero Rafael ha de pasar mejor vida que Estevan ¡Oh! que bien adivinó la buena señora!. . . .

—¿Y tu salud no se encuentra quebrantada, hermano mio? preguntó Don Estevan con interés.

—Así, así, Estevan, mi brazo y mi pié izquierdos flaquean un poco, por dos mosquetazos que les debo y no les podré pagar ya á esos pícaros franceses, me los recetaron en Zaragoza.

Ademas, mira mi pecho, añadió desabotonando su casaca de paño de grana y mostrando á su hermano una profunda cicatriz bastante reciente todavía. Este fué un lanzazo con que me obsequió un bribon de polaco en Somo-Sierra. . . . . pero no, nó, bribon, Dios le haya perdonado, porque tuve la satisfaccion antes de caer del caballo, de responder á su lujoso obsequio con un magnífico sablazo que le dividió la cabeza en dos, lo mismo que si fuera una naranja.

—Y como fué eso? Rafael, interrogó Don Estevan.

—Figúrate que estábamos el general y yo al pié de una colina, dirigiendo la artillería, porque todos los artilleros habian sido lanceados por los Polacos, cuando éste me dice.

—Capitan, mire vd., mire que carnicería están haciendo los polacos, sobre nuestros pobres guerrilleros.

—En efecto, esclamé yo, viendo á los lanceros de Poniatowsky cargar sobre nuestros infantes.

—¡Oh! y son los guerrilleros de ese bravo capitan Don Javier Mina, mi buen amigo.

—General, continué, señalando á un grupo de dragones que formaban su guardia de reserva ¿me permite vd. que tome veinticinco hombres de esa reserva?

—¡Vea V. lo que hace! capitan, ya estamos perdidos y va á aumentar la carnicería inútilmente; pero en fin, tómelos vd.

—Gracias mi general, dije, y acercándome al grupo de dragones que veian impacientes y sin poderles auxiliar la matanza de sus compañeros, les grité.

Ea, destáquense treinta hombres y los que amen al capitan Mina y á sus compatriotas, que me sigan.

En un instante estuvieron á mi lado.

Ahora, muchachos, á galope tendido hasta llegar á donde están esos bribones polacos y á cerrar á sablazos con todo el que esté á caballo.

¡Oh! aquello era magnífico, sino daba uno un sablazo, tenia que recibir un lanzazo, es decir habia que matar ó morir. Los polacos en mayor número caian sobre Don Javier Mina, que viéndose auxiliado se batia como un desesperado, todo era gritos, blasfemias, lamentos, vivas á Bonaparte ó á Fernando, á Francia ó á España todos nos confundiamos, nos atropellábamos, caiamos del caballo

heridos ó desmontados por la violencia de la carrera ó el empuje para dar un sablazo.

Yo ví cerca de mi pecho la hoja de una lanza que para agrado de la vista tal vez, tenia una banderola tricolor, á la estremidad opuesta de esa lanza, no ví mas que unos bigotes y unos ojos centelleantes de furor.

Aquí acabó todo, pensé para mí, pero muramos matando y al sentir en mi pecho el frio del acero, alcé mi sable con las dos manos y despues de haberle dado la direccion, lo dejé caer con todas mis fuerzas á tiempo que caia del caballo.

No sé lo que pasó despues.

Cuando volví en mí, eran ya las seis de la tarde segun la luz, que ya se iba acabando. Lo primero que ví á mi lado al abrir los ojos, hombro con hombro y pié con pié, lo mismo que si fuera mi hermano, fué al polaco, cuya cara no se me habia olvidado á pesar de que solo le habia visto un instante en la mañana: el bribon pareciatodavía enojado á pesar de que en defecto de su cabeza haba correspondido con generosa magnificencia á su obsequio.

Volvime del otro lado para no contemplar aquel espectáculo, llevé maquinalmente mi mano al pecho donde sentia un dolor agudo y la retiré llena de sangre; pero no era la herida lo que mas me molestaba, yo sentia todo mi cuerpo adolorido, lo cual no era estraño puesto que como conocí desde luego los caballos de los dragones y los fugitivos, habian pasado sobre mí, lo mismo que si fuera yerbecilla ó cesped.

Me levanté con precaucion, cuando las tinieblas hubieron inundado completamente el espacio, y fa-

vorecido por ellas me deslicé fuera de aquel sembrado de hombres muertos, anduve casi arrastrándome hasta una cabaña donde llegué á la media noche.

Las buenas gentes que la habitaban me prestaron ausilios y me informaron del éxito de la batalla. La herida por fortuna no era de gravedad, la punta de la lanza habiendo encontrado un obstáculo en la costilla se deslizó entre ella y los músculos, causando poco daño.

Así es que cuatro dias despues, salia yo de allí perfectamente curado, luego que llegué al punto donde se habian reunido los restos del dispersado ejército, supe que se me habia creido muerto y se me habian hecho honras fúnebres y no sé cuántas cosas mas.

Ocho dias despues ponian en mis manos un despacho en el que en atencion á mis méritos, servicios, &c. se me concedia el grado honorífico de brigadier.

Dí á todos los santos el obsequio del polaco y aun creo que mandé decir una misa por el descanso de su alma.

Por fin, últimamente he sido destinado á las milicias de la Nueva España que desde la destitucion del virey Yturrigaray creo no está muy contenta y para acompañar al señor virey Venegas que casi ha depositado en mí toda su confianza.

Conque ya sabes Estevan, en resumen mi vida, miseria primero, despues balazos, batallas, lanzadas, distinciones, aventuras, y alegría en medio de todo.

Ahora te toca á ti.

—En mi vida no hay grandes agitaciones, dijo

Don Estevan, siempre he vivido pacífico y oscuro. Diez años despues de tu partida murió nuestra buena madre y al verme aislado en la tierra me uní en matrimonio con una jóven Colombiana.

—¡Bravo! interrumpió el brigadier, ¡Bravo! es decir que tendré una media docena de sobrinitos lo menos. Ea, niños, venid á conocer á vuestro tio que llega de España, dispuesto á daros gusto, á pasearse con vosotros por estos andurriales, á referiros cuentos de batallas.

—¡Oh! no, interrumpió Don Estevan con una sonrisa al ver el rapto de su hermano; mi ventura no debia ser larga, porque dos años despues de nuestra union, mi tierna esposa murió al dar á luz un niño y yo entonces cansado del bullicio de la ciudad, lastimado mi corazon por tanta pesadumbre, dejé pocos años despues á Veracruz y me vine á habitar esta aldea, donde habia comprado una pequeña hacienda.

—¡Ah! eso es otra cosa; pero ¿es decir que siempre tengo un sobrino, ¿no es así?

—Sí, Rafael, un gallardo jóven por cierto.

—¡Bravo! ¿y vive á tu lado? preguntó el brigadier.

—Sí, desde hace dos años, pues ha permanecido cuatro instruyéndose en un seminario de Puebla.

—Picaro ¿y porque no me lo habias dicho desde luego, para hacerle venir á fin de que le conozca yo?

—Ya que has descando un poco, despójate de tus armas y vamos á buscarle á su cuarto, para que te enseñemos toda la casa y las siembras, dijo Don Estevan que se sentia revivir de treinta años con aquella visita tan querida.

El Brigadier se despojó de sus arreos militares y los dos hermanos salieron á los corredores.

—Bonita casa tienes por cierto, lindas vistas, amplitud, alegre aspecto, dijo Don Rafael, de buena gana viviria yo siempre contigo.

—¿Y porqué no? Rafael.

—¿Porqué? ¿porqué? porque tengo presentimientos de que no he de pasar mucho tiempo sin que el virey necesite de mis servicios.

—¡Oh! no temas, dijo Don Estevan con una sonrisa, aquí en la Nueva España, se goza de una paz octaviana y ¿luego en qué fundas tus temores?....

—En nada, absolutamente en nada por ahora, es un simple presentimiento; pero en vez de perder el tiempo en presentimientos llévame donde este mi sobrino, ó hazle venir que ya rabio por conocerle, ¿Es acaso aquel muchacho flaco y larguirucho que viene subiendo la escalera? preguntó el brigadier al ver á nuestro conocido Gil Gomez.

—No, ese joven es un huerfano, que se ha criado en mi casa, que ama con esceso á Fernando y á quien éste quiere igualmente bien.

—Que cara tan franca y tan simpatica tiene; pero, si no me engaño, es un jóven que á media legua de esta aldea, estaba subido en un árbol y que me ha indicado la direccion del camino mejor y mas corto para llegar, sí, es el mismo, continuó Don Rafael, reconociendo á Gil Gomez á medida que se acercaba.

Gil Gomez, llegó donde se hallaban los dos hermanos.

—Amiguito, mil gracias por el consejo, dijo Don Rafael, pero ¿cómo ha podido vd. llegar casi al

mismo tiempo que nosotros que veniamos en buenos caballos?

Gil Gomez no respondió; pero bajó los ojos lanzando una mirada significativa á sus largas y ágiles piernas.

—¡Ah! ya comprendo, coninuó sonriéndo el brigadier, con esas piernas es vd. capaz de aventajar el caballo de mas largo correr ¿pero que hacia vd. trepado en aquel árbol?

—Cogia un nido para el señor cura, que es muy afecto á los pajaros, señor gefe, respondió Gil Gomez.

—Vaya un gusto; pero vd. que debe conocer las costumbres de esta casa, quiere decirme, ¿que han hecho con mis caballos y los de mis asistentes?

—Ahora que entraba yo por el corral vi á Juan el vaquero que preparaba la pastura de los tres animales, mientras se revolcaban á su sabor en el estiercol.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo el brigadier, porque desde ayer en la tarde que salimos de Veracruz no hemos encontrado casi ni un ventorrillo ni una posada, árboles muy hermosos, campiñas muy bellas, flores de muy bonitos colores; pero muy poco pan para nosotros y forraje para los animales.

—Supuesto que ya cuidan de los caballos, dijo Don Estevan dirigiendose á Gil Gomez, manda poner el almuerzo y haz que coloquen á esos soldados que acompañan á mi hermano, en el cuartito que está junto al pajar y.... ¿dónde está Fernando?

—Debe estar en su cuarto, respondió Gil Gomez.

—Pues vé y díle que venga á saludar á su tio

Don Rafael, que como nos habian anunciado, ha vuelto de España.

Gil Gomez corrió á ejecutar lo que se le habia mandado.

—Me gusta el muchacho; pero ¿qué tiene que ver con el señor cura de la aldea? preguntó Don Rafael.

—Lo he enviado á él, para que le ayude en los quehaceres del curato.

—Pues no tiene por cierto aspecto de sacristan. Pero si no me engaño, aquel jóven que se acerca es mi sobrino, dijo Don Rafael, viendo llegar por el corredor á Fernando acompañado de Gil Gomez.

—Sí, es mi hijo Fernando.

—Acércate pronto, sobrino Fernando, acércate á abrazar á tu tio que ya rabia por acabar de conocerte, grito el bullicioso brigadier saliendo al encuentro del jóven y estrechándole con efusion entre sus brazos. ¡Ola! y qué guapo mozo eres, continuó volviendo á abrazarle. Qué bien sentaria á ese semblante pálido y á ese cuerpo elegante, un uniforme de teniente de la guardia particular del virey. ¡Oh! mas de un corazoncito mexicano habia de suspirar tímidamente. Sí, cuando parta, tú tambien partirás conmigo á las milicias ¿no es verdad?

Un ligero rubor y un sentimiento de contrariedad, se pintaron en el rostro de Fernando al oir ese deseo; pero tan leves, tan imperceptibles, que pasaron enteramente desapercibidos. Ademas, se apresuró á responder con cortesanía:

—Mucho me alegro de conocer á un hermano tan querido de mi padre y me regocijo tambien de

que venga á hacernos compañía acaso por algun tiempo.

—¡Oh! sí, por dos meses, guapo y cortés sobrino, ya verás qué hermosos dias pasaremos juntos, tu conocerás perfectamente todos estos andurriales y pescarémos y cazaremos, porque yo sé quién en esta casa me dará razon de los sitios donde hay pájaros.

En este momento, se presentó un criado á avisar que el almuerzo estaba servido.

—¡Bueno! ¡bravo! viva el almuerzo, gritó el brigadier, que tengo un apetito como cuatro.

Y los tres se dirigieron al comedor.

—¡Caramba! solo la vista de esta pieza es capaz de abrirle á uno el apetito; ¡qué alegria! ¡qué luz! ¡qué aire tan fresco se respira aquí! continuó con tono alegre Don Rafael.

El comedor era en efecto una vasta pieza cuyas amplias y envidrieradas ventanas, caian á una huerta, cuyos árboles se veian verdear agradablemente; el pavimento era formado de anchas lozas, los muebles de sólida madera; pero todo tan limpio, con un aire de frescura y bienestar, que justificaba ciertamente la opinion del brigadier.

Los tres se sentaron á la mesa cubierta con un mantel blanquísimo de tela de Alemania, encima del cual se veian cuatro cubiertos, un jarron con flores y á los lados de éste dos enormes fruteros de porcelana, llenos de cuantos frutos agradables producen esos climas benditos del Señor.

Gil Gomez, despues de haber dado sus últimas disposiciones vino á ocupar su lugar en la mesa.

—Qué vida tan bella, la de provincia, dijo Don Rafael despues de haber satisfecho su apetito con

los dos primeros frugales platos que se sirvieron, de muy buena gana pasaria yo en esta feliz morada los dias que me restan; de muy buena gana haria yo la dimision de mi empleo al señor virey.

—Pues ¿hay cosa mas sencilla que eso? dijo D. Estevan.

—En fin, si hay paz ya veremos.

—¿Que si la hay? ¿pero de dónde infieres que no, cuando hace tres siglos, casi no hemos tenido para alterarla mas que la conjuracion del marqués del Valle y el motin de los comerciantes, cuando Yturrigaray?....

—Yo sé lo que me digo, Estevan, yo vengo de Veracruz y en un momento solo que he permanecido allí, he observado en los que cumplimentaban al virey una disposicion de ánimos muy parecida á la que habia en Madrid, los últimos dias de abril que preparaban un alzamiento nada menos.

—¡Ah! dijo don Estevan: pero allí habia el dominio reciente de un tirano.

—¿Y la luz que ha derramado en México la independencia de los Estados-Unidos? Pero en fin, ¡Dios no lo quiera!

Fernando estaba embebido en sus pensamientos amorosos.

Gil Gomez no perdia una palabra de la conversacion.

Reinaron la alegría y el buen humor en todo el almuerzo.

Por la tarde el brigadier, acompañado de Don Estevan; de Fernando y Gil Gomez recorrió la huerta y las siembras, en la noche fué presentado en casa del doctor, acaso con algun pesar de Fernando, que esa noche no habló á media voz con

Clemencia y solo estuvo cerca de ella, en las veces que la acompañó al piano mientras cantaba para complacer al nuevo visitante.

—Linda niña, parece una santita, dijo el brigadier al salir de la casa de Clemencia, ah sobrinito, sobrinito, ya he observado qué miraditas se dirigian ustedes á hurtadillas, se me figura que estoy en mis veinte años, yo te contaré tambien mis aventuras, no te avergüences, ni suspires, mi corazon todavía no ha envejecido y puedo muy bien ser tu confidente y tu padrino......y cuanto quieras.

La habitacion que fué destinada á Don Rafael estaba situada entre el aposento de Fernando y el cuartito de Gil Gomez.

—¡Oh! voy á pasar una noche magnífica, como hace mucho tiempo no la paso, la alegría, el cansancio y esta blandísima cama serian capaces de causarle sueño á un adivino, dijo Don Rafael al despedirse de su hermano, que le habia acompañado hasta su habitacion.

A las once no se oia ni el mas ligero ruido en toda la hacienda y sus habitantes parecian dormir profundamente.

Sin embargo, si el brigadier hubiese tenido un sueño menos pesado, habria escuchado perfectamente el rechinido que produce una puerta al abrirse, en el aposento de Fernando contiguo al suyo, si advertido por ese ruido hubiese espiado desde su puerta lo que en el corredor pasaba, habria visto á Fernando penetrar con la misma precaucion en el cuartito de Gil Gomez y si se hubiese dirigido á la ventana los habria visto descender con facilidad, desde el ventanillo que daba á la huerta y se alzaba á poca altura del suelo por me-

dio de una pequeña escalerilla de madera, atravesar con precaucion el jardin á fin de no despertar á los criados y á los perros que dormian en el primer patio, saltar una cerca de una vara de altura y correr á través de los solitarios campos hácia la casa del doctor.

Si atento á todos los ruidos de la noche, hubiese despertado una hora despues al murmullo de unos pasos en la huerta, los habria vuelto á ver subir la escalerilla, introduciéndole despues en el aposento y luego habria escuchado á Fernando retirarse con precaucion á su cuarto.

Pero el buen brigadier dormia profundamente y no oyó ni el lejano ladrido de los perros, ni el canto de los gallos de la hacienda.

CAPITULO IV.

Donde se dá á conocer el pasado de Gil Gomez.

Antes de pasar adelante, es necesario que el lector haga un conocimiento mas perfecto que el que ahora tiene con el jóven Gil Gomez.

Una tarde en que Don Estevan volvia á la hacienda, que hacia poco tiempo habia arrendado, despues de haber faltado de ella quince dias empleados en un viage á Veracruz, para el arreglo de la esportacion á Tampico, de un poco de tabaco, lo primero con que lo recibieron sus criados, fué con la nueva de que esa mañana se habia encontrado debajo de uno de los árboles de la huerta, una cuna que contenia á un niño de un año poco

mas ó meos y un papel que nadie habia leido aún, esperando la vuelta del hacendado.

Don Estevan se hizo conducir al lugar donde provisoriamente se habia colocado la cuna y encontró en ella un niño de la edad designada; pero lo que mas conmovió el corazon del honrado arrendatario, fué el ver que su hijo Fernando, entónces de la edad de dos años y medio solamente, hacia caricias y sonreia al recien llegado, que con esa dulce ignorancia del presente y confianza de la niñez se habia dormido profundamente.

Los criados pusieron en sus manos el papel que se habia encontrado en la cuna, le abrió y leyó las siguientes palabras:

"Señor:

"El niño que ahora se coloca en vuestras manos, confiando en la bondad de vuestro corazon, es hijo de la desdicha y nó del crímen.

"Su padre ha muerto antes que él naciera y su infeliz madre ha venido casi arrastrándose desde los confines de Yucatán, para amparar á su inocente hijo en la casa de un pariente acomodado en Oaxaca; pero la desgracia la persigue en todo y ayer ha sabido que ese pariente ha muerto repentinamente.

"Ella acaso morirá tambien muy pronto; pero será con el consuelo de haber dejado á su hijo bajo el paternal amparo de un hombre tan caritativo como vos.

"El niño no ha podido ser bautizado aún."

El honrado Don Estevan se alegró verdadera-

mente de este incidente que traia un compañero á su hijo Fernando: hizo venir á una nodriza que se encargase de la crianza y cuidado del niño y éste fué bautizado solemnémente, dándosele el nombre de Gil por el dia en que habia sido encontrado y Don Estevan no vaciló un momento en hacerle llevar su nombre de familia.

El niño creció y se desarrolló rápidamente; á la edad de dos años ya parecia un muchacho de cuatro, segun su estatura y la facilidad con que corria por los largos corredores de la hacienda en compañía de Fernando que como hemos dicho era un año mayor que él. Nada parecia haber heredado de la tristeza que el infortunio habia dejado en el corazon de sus padres, pues por el contrario era vivo, alegre, bullicioso, era en la estension de la palabra lo que se llama generalmenre "un muchacho travieso," una "piel de Barrabás," un "Judas." Aunque su inteligencia era naturalmente despejada, sin embargo desde un principio pareció poco apto para el estudio, el estudio del silabario y las primeras letras, que desde la edad de cuatro años seguia con Fernando, bajo la direccion del anciano maestro de escuela de San Roque, que venia todos los dias á la hacienda, y no era porque dejase de comprender las lecciones que éste les señalaba, nada de eso, sino que en vez de estudiar gustaba mas de correr detrás de las mariposas en las huertas, de jugar revolcándose en el suelo con los perros de la hacienda que ya le conocian, de seguir á los vaqueros al campo para ver la ordeña, ó la encerrada del ganado, de lazar á los cerdos en el chiquero, de arrojar piedras á los frutos maduros que esta-

ban fuera de su alcance y de cantar y armar gresca todo el dia.

Eso sí, le bastaban solo diez minutos para aprender lo que Fernando habia conseguido en media hora de trabajo y por eso el buen cura dè San Roque al ver la prontitud con que comprendia desde luego lo que se le esplicaba y su admirable memoria, decia sonriendo aquel antiguo proverbio latino:

Nolo sed possum, si voluisse potuisse.

Así es que á la edad de diez años, mientras que Fernando leía perfectamente, escribia con correccion, poseia los primeros principios de matemáticas y lo mas notable de la historia sagrada y profana, Gil Gomez habiendo perdido su tiempo, leia tan cancaneado, deletreando tan amenudo, equivocándose con tanta frecuencia, que era casi imposible entenderle; no era menos con respecto á la puntuacion, de la cual tenia ideas tan imperfectas, que creia se debia hacer una pausa despues de las palabras que tenian acento, y cagar la pronunciacion en la letra donde habia coma.

Sus planas eran un arlequin, un album de historia natural, aquellos signos parecian todos los objetos de la creacion, árboles, casas, hombres, y no las letras del abecedario, y no era por torpeza, sino que ni ponia atencion á la muestra de donde copiaba, además casi siempre derramaba la tinta sobre la plana, que entonces se hacia mas ininteligible y esto le ocasionaba algunos castigos y reprimendas del bueno y prudente maestro de escuela: en cuanto á la aritmética, hacia números 1 que parecian 9, 2 que parecian 4 y 5 que dificilmente se distinguian de un 8, creia que 4 por 4 eran 8, 6 por 6 12 y que los ceros á la izquierda valian 10; no es-

taba muy fuerte tampoco en la historia y respondia con mucho despejo á las preguntas que se le hacian, diciendo que Noé habia sido rey de las Galias, cuando estas fueron invadidas por Moisés y que Neron en compañía de Júdas, Goliat y la Samaritana, eran los únicos que se habian salvado del diluvio con que Dios castigo el orgullo de los Israelitas; pero en cambio á los doce años Gil Gomez ganaba las carreras á pié y á caballo que se solian apostar algunos domingos, en el gran corral de la hacienda entre los mozos, montaba á los becerros grandes solo pasando á su lomo una cuerda, trepaba á los árboles mas elevados para coger nidos de esos pájaros de vivos y primorosos colores que tanto abundan en esas regiones, ponia trampas en los bosques á los conejos y las ardillas, y aun algunas veces desaparecia un dia entero de la hacienda, volviendo ya al caer la tarde, con un saco de red al hombro cargado de peces, á quienes echaba el anzuelo en un sitio en que el rio bastante profundo los traia en abundancia; pero situado á mas de una legua del pueblo. Estas travesuras estas escursiones le ocasionaban grandes reprimendas de Don Estevan; pero el regaño pasaba pronto y en cambio, Gil Gomez en la noche hacia en el portal que estaba delante de la casa, ó en los corredores, una lumbrada como las que habia visto hacer en los bosques á los pastores y á los arrieros y allí condimentaba de mil maneras los productos de su caceria ó de su pesca, reservando antes de comer, la mejor parte á Fernando, que aunque generalmente andaba y corria junto con él, no siempre se atrevia por temor de causar cuidado y pena á su padre, á acompañarle en tan largas y peligrosas escursio-

nes. Hasta aquí no hemos hecho mas que la relacion de las travesuras y malas cualidades de Gil Gomez; pero nada hemos dicho de sus buenos instintos y de sus nobles sentimientos: Ninguna ruin pasion habia encontrado hasta allí acogida en su alma; no era ni envidioso como es tan comun que lo sean todos los niños de esa edad, ni vengativo ni apegado al interés, ni adulador con sus mayores; defectos que son igualmente generales en la infancia; por el contrario Gil Gomez, se contentaba con lo que se le daba y lo recibia sin murmurar sin comparar si era inferior á lo de Fernando, sin enorgullecerse si era superior, una travesura ó una mala partida que le hiciesen los demas muchachos de la hacienda ó del pueblo, entre los cuales tenia por otra parte una gran popularidad, la pagaba con la indiferencia, ó con una buena accion; era muy poco apegado al dinero, y del que solia recibir de Don Estevan, reservaba una pequeña parte para sus gastos menores, tales como recomposicion de sus redes, honorarios al herrero de San Roque por la compostura de su escopeta, por la hechura de anzuelos, por clavos, municiones y polvora; regalándo el resto á los demas muchachos ó distribuyéndolo á los pobres, tales como el baldado que se ponia todos los domingos en el cementerio de la Iglesia, la ciega que venia en las mañanas á pedir limosna á la hacienda, ó el viejo soldado cojo que tocaba la vihuela y referia escenas de batallas, ó reservando su pan cuando carecia de reales: En las riñas y cuestiones de los demás muchachos, él era siempre llamado como juez, tomando siempre la parte del que tenia mas justicia, ó en igualdad de circunstancias del débil contra el fuerte; los contendientes, se

mostraban generalmente contentos de su fallo; pero si alguna vez un rebelde desconocia á la autoridad ó se demandaba en palabras injuriosas contra su representante; entonces el juez dejando á un lado la gravedad del magistrado, se convertia en ejecutor de la ley, arancrando de las manos del rebelde litígante, el objeto, causa de la riña y pasando de las razones á las obras, aplicaba una dolorosa correccion al mal ciudadano, que se levantaba del suelo, lloroso pero convencido. Gil Gómez ponia en todos estos actos tal sello de grandeza, aplicaba el castigo con tanta sangre fria, sin encolerizarse, sin que los insultos lo hiciesen parcial, sin humillar al vencido, que este no se creia con derecho para odiar á un vencendor tan magnánimo; y al reconocer en él la superioridad que dan la fuerza y la justicia, acababa por ser su mejor amigo.

Pero entre los nobles sentimientos que se albergaban en el corazon de Gil Gomez, habia uno mil veces mas desarrollado que los demas; era un amor entrañable, una adhesion profunda á Fernando, su compañero de infancia, su hermano querido: un deseo de éste era para Gil Gomez una órden impuesta por él, asimismo no habia placer completo si Fernando no participaba de él; no podia vivir un momento separado de él, en las escursiones que ambos hacian algunas veces con peligro de una caida, Gil Gomez temia por la seguridad del jóven y velaba por ella como lo haria una madre con un hijo pequeño.

Por otra parte estaba prodigamente recompensado, pues Fernando le amaba con el mismo cariño, desde la infancia ambos habian dormido en un mismo lecho, habian participado de las misma ale-

grías ó pesares de niños, habian llevado unos mismos vestidos, iguales juguetes, si uno era tímido, estudioso y naturalmente melancólico desde niño, si el otro era travieso, alborotador y alegre, ambos tenian iguales buenos sentimientos.

Gil Gomez, hijo privilegiado de la naturaleza, seguia en todo las leyes de la naturaleza. Se levantaba al rayar el dia, cuando en la hacienda todo el mundo dormia aún, tomaba el desayuno que consistia en una enorme taza de leche, al aire libre, entre los vaqueros ordeñadores y las vacas que llenaban el patio de la hacienda, y la mayor parte de la mañana la pasaba en compañía de Fernando, ya en escursiones á pié ó á caballo á las cercanias, ya en sus juejos en la huerta; distribuia él mismo el maiz y el grano á las palomas y demas animales domésticos, que estaban tan acostumbrados á su vista, que luego que se presentaba en el patio destinado para ellos, corrian á él, y le rodeaban sin desconfianza, estaba muy al tanto de los animales muertos ó nacidos el dia anterior, recogia los huevos y vigilaba á las gallinas encluecadas, eliminando del resto de sus compañeras á las que estaban afectadas de algunas de las enfermedades que el conocia ser contagiosas, y que distinguia perfectamente bien. Sabia el número existente de vacas de ordeña, de becerros, de bueyes para el arado, de caballos, de perros, de palomas, que habia en la hacienda, dando siempre importantes noticias de todo esto á Don Estevan y al mismo administrador, conocía todos los animales dañinos á los plantíos de tabaco y maiz y el modo de destruirlos ó librarse de ellos, las horas en que estos acostumbran caer sobre la siembras para hacer

sus estragos; entre los infinitos ruidos que pueblan el aire, sabia distinguir el grito del aguila, del gavilan, y de todas las aves que giran en derredor de los sembrados, de manera que advertido de la proccimidad de estos y conociendo los plantíos, objeto de su codicia, corria á ocultarse entre ellos, con su escopeta y correspondiente provision de pólvora y municiones, causando graves estragos sobre las bandadas de tordos y haciendo importantes capturas de algunas aves grandes y de variados colores; en la era distinguia sobre la tierra lás huellas de los conejos de las liebres, de los topos y de las ardillas; disecaba todos esto animales perfectamente, de manera que su cuartito parecia un gabineté de historia natural, un museo zoológico; habia allí en efecto desde el águila caudal cuya pupila atrevida parece formada par graduar á su antojo la intensidad de los rayos solares, hasta el ligero y gracioso colibrí, el pájaro galan de las rosas; desde el gavilan de ccrvo pico, terror de las palomas, hasta la tortolilla y el rojo cardenal, sorprendidos en su nido al nacer: pocos libros, muchos instrumentos de herrero, carpintero y disecador, algunas redes descompuestas, ó en recomposicion, anzuelos, municiones, pólvora, ese *péle-méle* que indica los habitos y las inclinaciones del hombre; he aquí el conjúnto del cuartito de Gil Gomez. Hasta las doce, diez minutos antes de la llegada del maestro, solia Gil Gomez, cuando solia, leer precipitadamente la leccion señalada, ó hacer su borroneada plana, para cumplir á medias, ó mejor dicho para no cumplir con los mandatos de aquel, y durante la hora que duraba la leccion, en todo pensaba, menos en atender á la esplicacion cansadisima generalmente y casi

siempre poco inteligible. A la una en punto se comia en la hacienda, y Gil Gomez se deleitaba profundamente, viendo que casi todo lo que se servia era producto de la misma hacienda, desde la carne hasta el frijol y las verduras de la huerta; es decir, habia en él una eterna admiracion á los objetos maravillosos y provechosos de la creacion, cada una de sus palabras era un himno al Autor de la naturaleza; su alegría nunca se habia turbado; amado por Don Estevan y Fernando, popular entre los criados, libre á su antojo, teniendo todo lo necesario, el cielo de su vida, no se habia enlutado con las nubes del dolor, á pesar de que ya habia llegado á la adolescencia. Solamente un dia en que el maestro al ver que no sabia una leccion atrasada de una semana, le dijo por estimularle.

—Pues ciertamente, no sé en qué piensas, con no querer aprender, Don Estevan puede morir de un dia á otro, y tú siendo huérfano nada posees; entonces ya no tendrás quien te mantenga.

Gil Gomez, al oir aquellas palabras se echó llorando en los brazos de Fernando, que tambien lloraba al ver el dolor de su hermano, por mas que el maestro arrepentido procuraba suavizar la dureza de su reprimenda con espresiones de consuelo y ternura: aquellas palabras se grabaron profundamente en el corazon del jóven y durante un mes, casi olvidó sus juegos y sus correrías para estudiar, poniéndose casi al nivel de Fernando; pero poco á poco se fué borrando de su ánimo aquella impresion de tristeza, y la alegría recobró su imperio en su alma naturalmente espansiva.

Pero Fernando habia ya cumplido quince años y era imposible que continuase aquella vida casi

ociosa, así es que Don Estevan determinó, despues de consultar con el cura de San Roque y el maestro de escuela, enviar á Fernando al colegio para que se instruyese en la filosofía y en las ciencias metafísicas, ó siguiese si para ello tenia inclinacion una de las dos únicas carreras literarias que entonces se podian seguir en la Nueva-España, la del claustro ó la del foro; quedando Gil Gomez, cuya poca inclinacion al estudio era proverbial al cuidado y al manejo de la hacienda en compañía de Don Estevan. Habia entonces en la Puebla de los Angeles, un seminario, dirigido por los religiosos de la Compañía de Jesus, que gozaba de una gran reputacion en toda la Nueva-España, viniendo á instruirse á él jóvenes de los confines mas remotos de la colonia. En ese establecimiento pensó Don Estevan para Fernando, el cual deseoso de instruirse, y siguiendo los impulsos de esa ambicion que alimentan todos los jóvenes de provincia, de habitar la ciudad, se alegró verdaderamente de aquel pensamiento de su padre, sintiendo solamente que Gil Gomez, no le acompañase, y solo consintiendo en esta separacion, en el supuesto de que éste iria á la ciudad en compañía de Don Estevan una vez al año, viniéndo él mismo á pasar en su compañía el tiempo de las vacaciones; pero el hacendado habia contado como dicen, "sin la huéspeda" porque luego que á los oidos de Gil Gomez llegaron los rumores de aquel viage, luego que sus ojos comenzaron á ver los preparativos, luego que su corazon midió el sentimiento de una vida pasada lejos de Fernando; se rebeló contra las disposiciones tomadas, renunció el empleo que sin su conocimiento se le habia señalado y rogó, lloró, habló

tanto, diciendo que ya que se le creia inepto para los estudios, no se le podria impedir acompañar á Fernando siquiera en calidad de criado, que Don Estevan viendo su obstinacion y al mismo tiempo el deseo de su hijo, consintió por fin en enviarle tambien al colegio, bondad que estuvo á pique de volver loco á Gil Gomez, que por un momento habia creido verse separado de su hermano querido: además, prometió solemnemente que estudiaria con empeño y que ¿quién sabe si algun dia llegaria á ser una de las lumbreras de la Iglesia, ó la gloria del foro?

La partida se verificó por los últimos dias de Diciembre de 1804, el mismo Don Estevan quiso acompañar á los jóvenes, para ponerlos bajo la direccion y la tutela de un lejano pariente suyo que habitaba en Puebla y era al mismo tiempo su corresponsal en esta ciudad. A tiempo que partian, saludó el hacendado á un señor de fisonomía noble y respetable que llevaba del brazo á una hermosa jovencita de doce años, pareciendo dirigirse ambos al centro de la aldea.

—¿A quién saluda vd. padre mio? preguntó con indiferencia Fernando, que como todas las naturalezas melancólicas, sentia la tristeza en su corazon al abandonar aquel hogar querido, asilo de su infancia, y relicario de sus recuerdos de niño.

—A uno de mis antiguos amigos, á quien he conocido en Veracruz, el doctor estrangero Fergus, que despues de haber habitado algunos años aquella ciudad, se viene á vivir en compañía de su hija en esta aldea.

—¿Y desde cuando ha llegado? volvió á pregun-

tar Fernando; con los preparativos del viaje, hace ya algunos dias que no salgo de la casa.

—Hace solo una semana, se apresuró á responder Gil Gomez, y habita en una casa muy bonita que hace mas de dos meses han estado construyendo, al final de la arboleda que sale al rio.

Y continuaron su camino.

Don Estevan despues de haber arreglado lo concerniente á los gastos de los jóvenes, regresó á su hacienda.

La llegada de Gil Gomez causó sensacion en el colegio, aquel muchacho, flaco, largo y huesoso, á quien el trage talar hacia mas exagerado en todo, era necesario que llamase notablemente la atencion de sus concolegas, y no habian trascurrido ocho dias desde el de su entrada, cuando en junta de colegiales viejos, se determinó dar un *capote*, al recien venido. Consiste este acto en esperar á la víctima designada y sorprendiéndole, caer sobre ella un número considerable de ejecutores, á golpes con capotes, almohadas y aun palos, hasta dejarle tendida en tierra, molida y atolondrada; pero Gil Gomez, por una conversacion oida una de las noches anteriores, y por algunas palabras sueltas escapadas de la boca de sus compañeros de dormitorio, que eran los que habian recetado la medicina, en el momento en que roncaba estrepitosamente fingiéndose dormido, habia escuchado todo el plan. El dormitorio donde el acto debia tener lugar la noche siguiente, era una vasta sala en que habitaban mas de veinte colegiales, se trataba de esperarle, cuando se retirase á acostar, despues de haber paseado en los corredores como acostumbraba, hasta oir el toque de silencio; se apagarian las

luces que habia en la sala, dejando solo el gran farol suspendido de las vigas en medio de la pieza para distinguir á la víctima, luego que entrase se atrancaria la puerta á fin de impedirle la salida y despues cada uno sabia su obligacion. Pero ya hemos dicho que por una casualidad, Gil Gomez habia descubierto todo el plan, y en vez de ir á quejarse con el superior, lo cual le hubiera valido la fea nota de *chismoso ó soplon*, en el lenguaje de la universidad, determinó luchar cuerpo á cuerpo con sus improvisados enemigos y vencerlos si era posible; para lo cual fraguó tambien su plan. Se armó de un largo y grueso baston que ocultó todo el dia, y en la noche, despues de haber estado observando todos los preparativos desde que salieron de refectorio, requirió su arma; pero en vez de entrar al dormitorio al oir el toque de la queda como lo acostumbraba, se retiró cinco minutos antes de que la campana sonase á silencio y aun cuando aún no se le esperaba con atencion: cuando los contrarios atrancaron la puerta, ya Gil Gomez estaba en medio de la sala, y antes de recibir el cuarto golpe, dió un fuerte garrotazo al farol sumergiendo la pieza en una profunda oscuridad, y deslizándose sin pérdida de tiempo casi por debajo de las camas hasta la puerta, quitó sin ruido la tranca corriendo con la misma precaucion á refugiarse al rincon en que se hallaba su lecho: los estudiantes se precipitaron primero en medio de la oscuridad, en la direccion en que Gil Gomez habia desaparecido; pero solo dieron golpes al aire, despues se confundieron entre sí y cerraron unos sobre otros sin verse. Gil Gomez desde su rincon solo oyó golpes, quejidos, gritos de cólera, pataleos, sin que á él le to-

case nada de aquello. El ruido del farol al romperse y el de la lucha, atrajeron al padre maestro y los superiores.

La puerta se abrió repentinamente, la sala se inundó de luz, y los contendientes, cogidos *infragante delito* armados de almohadas, turcas y palos fueron á pasar el resto de la noche, despues de haber sido contundidos y molidos, á dormir sobre las duras lozas del calabozo, sin abrigo. Solo Gil Gomez fué encontrado sobre su cama, dormido profundamente, dormido en medio de aquella gresca con el sueño de la inocencia. El angelito fué el único que esceptuado del castigo, durmió aquella noche en blando. Este acto de audacia y algunos otros ejemplares semejantes á los que habia aplicado á los rebeldes en San Roque, le dieron una gran popularidad entre los estudiantes, y el que primero habia sido designado como víctima, fué considerado como caudillo en todas las travesuras y motines.

No es necesario decir que Gil Gomez, jamás cumplió lo que habia prometido, y la lumbrera de la Iglesia solo fué en los cuatro años que permaneció en el colegio, lo que allí se llama un estudiante perdido, ganando al cabo de ellos, despues de haber sido reprobado dos veces, el curso de artes, como se dice en el lenguaje de las universidades "en recua."

Pero lo mismo que Fernando, que por otra parte habia seguido los cursos con provecho, Gil Gomez no tenia inclinacion á la Iglesia y ambos jóvenes volvieron al hogar al cabo de cuatro años. Gil Gomez volvió mas largo, un poco serio y hablando en latin, acaso para justificar aquel proverbio ya

popular en la época de *¿perritiquis miquis, no me conosorum?* arguyendo en forma silogistica y con cierto aire doctoral, que unido á sus conocimientos en el latin, le hicieron ser solicitado por el cura de San Roque, para ayudar la misa y atender á la administracion interior del templo. Si como ya sabemos en los dos años transcurridos antes de que tomásemos el hilo de esta historia, se habia verificado un cambio notable en el corazon de Fernando, nada habia sucedido con respecto al de Gil Gomez que era tan niño y casi tan travieso como antes, lo único que habia dado un poco mas gravedad á su carácter, eran las confidencias de los amores de Fernando; pero por otra parte habia vuelto á sus antiguas costumbres, á sus cacerias, á sus escursiones, lanzando á los aires papelotes de diversas dimensiones casi fabulosas, y mientras refiriendo escenas de colegio á los azorados muchachos, que le rodeaban considerándolo como un ser estraordinario, como un personaje de los que habian admirado en los cuentos. Además de su empleo de sacristán, desempeñaba tambien el de practicante de medicina, para no decir el de flebotomiano, acompañaba, en efecto al doctor Fergus en las visitas que este hacia en la aldea ó en las rancherías inmediatas, montado en una jaca, conduciendo los instrumentos, las medicinas, las sanguijuelas y sabia ya muy regularmente sangrar, curar los caústicos y aun las heridas. ¿Y no se habia albergado alguna vez un amor en aquel corazon de diez y ocho años? No se puede dar este nombre al episodio que vamos á referir.

Gil Gomez habia notado que al volver de sus escursiones, siempre encontraba en la ventana á Ma-

nuela la hija del tio Lucas, linda, robusta y colorada moza de diez y seis años, Gil Gomez la veia con timidez, Manuela le lanzaba ternísimas miradas. Sea casualidad, ó hecho pensado, el caso es que Gil Gomez, comenzó á pasar por su casa con mas frecuencia, despues vió y le vieron, tosió y le tosieron, hizo señas y se sonrieron, enseñó una carta y bajaron la cabeza en señal de asentimiento, marcó la hora de una cita, con los dedos de su mano derecha, presentada por la palma y por el dorso para indicar las diez, y despues de haberle respondido afirmativamente con la cabeza, se retiraron de la ventana enviandole con la mano una graciosa despedida.

Gil Gomez corrió á la casa, buscó en el escritorio de Fernando el papel de color azul mas subido, le pintó dos corazones inflamados y atravesados por una flecha y con su letra grande y gruesa escribió la siguiente carta, no sabemos si inocentemente ó por burlarse de la aldeanita.

"Señorita Manuela:

Nadie diga. "De esta agua no beberé:" como dijo el otro, pues no sé que fué primero si verla ó amarla como el chupa-mirto á los mirtos. Es vd. mas hermosa que una mazorca en sazon, dígame si por fin me ha de querer deveras, ó si nada mas hemos de estar embromando. Mañana en la noche vengo por la respuesta. Piénselo vd. bien antes de resolverse, no luego salgamos con un domingo siete y....

Yo le juro amor eterno
Sin andarme con rodeos

Pues si son así los diablos
Aunque me vaya al infierno.

¡Quien vd. sabe."

Posdata.--No se le vaya á olvidar á vd. que á las diez de la noche he de venir á recoger la razon.

"El mismo.

Hemos visto que Gil Gomez habia apurado su elocuencia oratorio y poética en su misiva, que fué entregada aquella misma noche; á las diez de la noche siguiente, recibió la siguiente contestacion en letra casi ininteligible.

"Señor Don Gil Gomez:

Si lo que dice es cierto, me alegro mucho; pero siempre como luego ustedes son tan malos, no le quiero responder todavía si "sí ó no" A la otra sí ya le digo con seguridad lo que haya. Viva vd. mil años como lo desea su criada.

Maria Manuela Tiburcia
de la Luz Sanchez."

La segunda carta de Gil Gomez, contenia tan solo estas palabras.

"Señorita doña Manuela.

¿Qué hay por fin del negocio que traemos entre

manos? Lo que ha de ser mañana que sea de una vez.

EL MISMO."

La contestaron así con el mismo laconismo.

"SR. DON GIL GOMEZ.

Muy señor mio y de todo mi aprecio. Pues siempre me resuelvo que "sí" pero no se lo vaya vd. á decir á nadie porque donde lo sepa mi padre, quedamos frescos y es muy capaz de darle una paliza.

QUIEN DE VERAS LO QUIERE."

Gil Gomez, volvió á escribir esta carta á fin de romper aquellos prosaicos amoríos.

"SEÑORITA DOÑA MANUELA.

Pues si deveras me quiere vd., deme una prenda como un mechoncito de su cabello, una tumbaga, ó lo que fuere mas de su gusto. Cuando veo á vd. todo mi corazon late, porque me parece que veo á la burra de Balaam.

EL DE SIEMPRE."

Esta galanteria, nada debió agradar á la señorita Manuela, que por ignorante que fuese siempre conocia el *símile*, pues ya no volvió á presentarse

en la ventana á las horas que pasaba Gil Gomez ni á aceptar ninguna carta suya.

Gil Gomez por otra parte que no tenia por norma la constancia, en vez de llorar aquel desvio repentino se rió de él y no volvió á pensar mas en la señorita Manuela.

Así acabaron al nacer estos poco espirituales amores.

CAPITULO V.

Un despacho del virey Venegas.

—¡Diablo! repito que te vendria á las mil maravillas un uniforme de teniente, en los dragones de la reina, sobrino Fernando: dijo una mañana el brigadier Don Rafael, que durante los cuatro dias que habian trascurrido desde su llegada á la casa de su hermano, no habia hecho otra cosa que pasear, cazar y armar gresca todo el dia en compañía de Gil Gomez á quien habia tomado una fuerte aficion ¿Qué dices tu de eso? Estevan.

—Me alegraria demasiado, que el pobre Fernando, en vez de consumirse aquí en el tedio y la melancolía, disfrutase algo y conociese un poco el mundo, pues al fin mientras yo viva no tiene otra cosa en que pensar, respondió Don Estevan, á quien lisonjeaba la idea de que su hijo alcanzase un grado, que en aquella época valia tanto como hoy un generalato.

—¿Qué dices tu de eso, sobrino?

—Daria yo gusto á mi padre, respondió Fernan-

do, que por mucho que sintiera abandonar á Clemencia, no podia menos de lisonjearse, como todos los jóvenes, con una distincion que era tan honorífica en aquella época.

—¿Y si supieras continuó el brigadier, que ese soldado uno de los asistentes que me acompañaban y que ha partido al dia siguiente de mi llegada á esta aldea, ha conducido á Jalapa, una carta dirigida al Sr. virey Don Francisco Javier Venegas?

—¿Porqué?

—¿Y si pudieras adivinar lo que contenia esa carta?

—Ciertamente que no es muy fácil, dijo Fernando.

—Pues mira, voy á decírtelo en dos palabras, prosiguió el brigadier: El dia en que he llegado, en que he vuelto á ver á mi querido hermano despues de una ausencia de treinta años, me he sentido rejuvenecer, he creido volver á los dias felices de otra edad y me he puesto á pensar, de qué manera recompensaria, el placer que me ha causado esa vista; diciendo para mis adentros: Vamos, Rafael ya que no tienes otro bien que una espada, siempre desenvainada en defensa de la justicia y la buena causa, ya que no puedes en nada favorecer á tu querido hermano Estevan, puesto que él es diez mil veces mas rico que tu, haz á lo menos algo por tu sobrino, ese bello muchacho Fernando, tan simpático y de una figura tan interesante, alguna de esas cosas que no siempre se consiguen con dinero y que al mismo tiempo alhagan tanto á la juventud; despues he pedido á ese locuelo de Gil Gomez, papel y plumas, he subido á su cuartito, y he escrito una carta al señor, virey, incluyendo dentro

de esa carta ¿á qué no adivinas que cosa? sobrino mio.

—No, ciertamente.

—Un despacho en toda forma, de teniente en el mejor cuerpo que hay ahora, segun noticias en la Nueva-España, el de dragones de la reina.

—¿Y en favor de quién era ese despacho? preguntó Fernando con una ansiedad, que ciertamente no se podrá decir á primera vista, si era causada mas por el sentimiento que por la alegría.

—¡Cómo! ¿aun no adivinas? preguntó el brigadier.

—¡Ah! sí, ya comienzo á entender, murmuró el jóven en voz baja.

—Pues eso es, á favor del jóven Don Fernando de Gomez, cuyo buen nacimiento, escelente conducta, buena presencia, corteses modales, &c. &c. se han anunciado en la carta solicitud, que firmó su tio, el brigadier Don Rafael de Gomez.

—¿De manera que esa carta? murmuró Fernando.

—De manera que esa carta y ese despacho deben haber sido leidos ya por el señor virey, que al momento pondrá su firma al pié del segundo, y como el conductor va advertido de que son papeles interesantes, cuya contestacion importa demasiado, acaso á estas horas ya haya salido de Jalapa para volver aquí.

—Pero acaso el virey se niegue á firmar ese despacho, así sin ninguna fórmula, con solo una solicitud, que ni el mismo solicitante ha presentado, observó Don Estevan.

—El señor virey Venegas, nada negará al hombre que ninguna gracia le ha pedido todavía, á pe-

sar de sus ofrecimientos, y mas cuando ese hombre le ha salvado la vida en la malograda batalla de Almonacid, libertándole del furor de los soldados de Sebastiani, cuando todos los generales y hombres que le rodeaban, habian huido cobardemente, dejándole aislado á los esfuerzos de la compañía del capitan Don Rafael de Gomez, que protegió su retirada por un estrecho, en el que indudablemente habria perecido sin ese ausilio á manos de los rabiosos soldados franceses, que le perseguian, dijo el brigadier con ese orgullo del militar honrado y va liente, que sin jactarse de los servicios prestados á sus gefes, ni hacer mérito de ellos, los recuerda sin embargo, cuando se presenta la ocasion.

Fernando permanecia silencioso.

—Vamos, ven á mis brazos, sobrino querido, continuó el brigadier jovialmente, estrechando al jóven con efusion en sus brazos. Ya verás, partirémos juntos, y al mes de haber permanecido por mera fórmula en las milicias, serás nombrado oficial de la corte del señor virey y entonces vivirás á mi lado, te cuidaré como á un niño, serás el oficial mas elegante y mas mimado de la corte, suspirarán por tí las damas y de tiempo en tiempo, vendremos á pasar algunas semanas en la hacienda; cada vez que vuelvas, vendrás con una graduacion mas. ¡Bravo! viva la vida de militar, que por mas que digan es lo mejor que hay.

Los tristes pensamientos que Fernando habia esperimentado, al sentimiento de una separacion de Clemencia, se disiparon al aspecto de aquel porve nir tan brillante, tan color de rosa que su tio le presentaba: despues en su corazon de amante, habia tambien encontrado siempre un eco la vanidad

y la ambicion del hombre. Además, ¿acaso perdia á Clemencia? por el contrario, luchando con las seducciones del mundo, iba á hacerse mas digno de ella, en pocos años adquiriria un nombre, distinciones, méritos que poner á sus piés y entonces se uniria á ella para no volverse á separar mas: la ausencia encenderia y avivaria mas el fuego de su pasion, que tal vez la costumbre, y las pocas dificultades, podrian llegar á entibiar, si no á apagar completamente.

Así pensó Fernando.

¡Dulce privilegio de la juventud, que entre cien esperanzas alhagadoras, que le sonrien á la vez, bien puede dejar perder una, segura que antes que las espinas del desengaño, lastimen su planta, todavía encontrará muchas floress en el camino de la vida!

—¿Qué pasó aquella noche entre Fernando y Clemencia?

¡Quién sabe! Nosotros no podemos decir mas, que la niña entró llorando á su habitacion, y que Fernando y Gil Gomez volvieron á la hacienda á las dos de la mañana, es decir; dos horas mas tarde de lo que acostumbraban hacerlo en las citas en el jardin del doctor.

En la mañana del 3 de Setiembre, es decir dos dias despues de la conversacion que hemos referido, se oyeron en el patio de la hacienda las pisadas de un caballo, que entraba precipitadamente, y el ruido de un sable sobre las lozas.

Don Rafael, al ruido aquel, que tan bien conocia salió á los corredores, y vió apearse del caballo al soldado que hacia solo tres dias habia enviado á Jalapa con la carta al virey, y que sin desmontar

al animal, subió, sudoroso y pálido por la precipitacion y la fatiga, y puso violentamente en sus manos un pliego que estrajo de su piqueta donde parecia haberlo ocultado.

Don Rafael le tomó, con violencia. Decia el sobre:

"Al señor brigadier de las milicias de la Nueva-España Don Rafael de Gomez.—[*Urgente.*]

"Rompió el sello y al leer en el primer renglon "*Reservada*" dejó al soldado que casi próximo á desmayarse esperaba de pié y descubierto delante de su gefe.

—Retírate un momento á descansar; pero, ¿cuando has salido de Jalapa?

—Ayer en la tarde, respondió el soldado; pero he corrido noche y dia sin parar.

—¿Por qué?

—Porque el mismo señor virey, ha hablado conmigo y me ha dicho que importaba que su merced, leyese ese pliego lo mas pronto posible.

—Está bien, ve á descansar, dijo Don Rafael retirándose á su habitacion, y cerrando la puerta por dentro, se acercó á la ventana, separó despues de haberlo recorrido ligeramente, el segundo pliego que dentro el papel venia, y leyó lo siguiente:

"Muy estimado señor brigadier:

Por los señores Don Juan Antonio Yandiola y Don José Luyando he tenido aviso de la conspiracion que ha sido descubierta en Querétaro y en la cual está interesado el corregidor Dominguez y algunas otras personas influentes: parece ademas que esa conjuracion tiene ramificaciones estensas en las

provincias de Guanajuato y Querétaro y mucho me teme un alzamiento en toda la Nueva-España. En mal tiempo hemos llegado á este país, pero ya no hay mas que luchar con las circunstancias y vencerlas si es posible. Yo estoy resuelto á todo y en este mismo instante salgo de esta ciudad, para ponerme de acuerdo en Puebla de los Angeles con el señor intendente Flon. Pero como no tengo ninguna confianza en las personas que me rodean, desearia mi amado brigadier que me sacrificáseis, como tantas veces lo habeis hecho, el tiempo de descanso que os he concedido y que os uniéseis á mí, antes de llegar á la capital, adonde me debo encontrar del 13 al 14 de este mes. Quiero tener á mi lado en circunstancias tan difíciles á un militar tan leal y tan valiente como vos. En cuanto al despacho para vuestro sobrino, ya va firmado como veis, solo algunas semanas hará su noviciado en las milicias, y despues le haré venir á formar parte de mi guardia de honor; pero para que no se califique este acto de favoritísmo, haced que al momento se dirija á su destino que segun me han informado es en San Miguel el Grande, en la provincia de Guanajuato, en la compañía de guarnicion, que está á las órdenes del capitan Don Miguel Allénde, á quien se deberá presentar con su despacho y á quien en este momento se libran las órdenes convenientes.

"Jalapa, 1810.
"Francisco Javier de Venegas."

Al acabar de leer el brigadier la carta del virey, la guardó con precaucion, tomó el despacho de su

sobrino y salió al corredor. El soldado, que los habia conducido, no habia tenido fuerzas mas que para descender la escalera y dejarse caer en un corredor del piso bajo, donde dormia profundamente; su compañero desensillaba su fatigado caballo.

¡Ola, cabo! llama á uno de los mozos de la hacienda, para que cuide de ese animal, y tú en el momento ensilla mi caballo y el tuyo, pon á la grupa mi maleta, pero todo como un rayo, porque dentro de un cuarto de hora partimos. En cuanto á ese soldado, dijó Don Rafael, le dejarás [illegible] que luego que haya descansado parta á unirse con nosotros en México.

—Esta muy bien, mi gefe, dijo el soldado, corriendo á ejecutar lo que se le mandaba.

Don Estevan, Fernando y Gil Gomez, habian salido al ruido á los corredores.

—¿Cómo, porqué vas á partir? dijo Don Estevan, que habia escuchado la órdenes de su hermano.

—¡Hermano mio! los dos meses se convirtieron en cuatro dias; pero ese soldado me ha traido una carta del señor virey, en la cual me ordena que parta inmediataménte á unirme con él. Ya lo ves, sobrino, como era cierto cuanto te habia dicho, continuó el brigadier, poniéndo en manos de Fernando, el despacho que dentro de la carta habia venido.

Mientras que Fernando y Gil Gomez leian el despacho, Don Estevan preguntó á su hermano.

—¿Por que causa quiere el señor virey tenerte á su lado?

—¿No te lo habia dicho ya? Estevan, respondió el brigadier en voz baja, se ha descubierto una

conspiracion en Querétaro y el señor virey teme tambien un alzamiento en todo el país.

—Dios nos valga, esclamó el hacendado.

—Siento que Fernando entre á la milicia bajo estas circunstancias; pero en el último caso yo conseguiré su retiro como he conseguido su nombramiento. Además el señor virey me dice que para que forme pronto parte de su guardia de honor, es necesario que inmediatamente se dirija a San Miguel el Grande, donde es su deseo que solo permanezca unas semanas, para salvar las apariencias y acallar la maledicencia; de manera que ya que no puede ir conmigo en este momento, haz que parta mañana mismo ó pasado.

—¡Oh! esclamó Don Estevan, luego que Fernando esté á tu lado en México, ya nada temeré por él, porque tú lo cuidarás mucho, ¿no es verdad?

—Como á un hijo, acaso mas que tú, respondió el brigadier enternecido, y luego para disimular su emocion, continuó dirigiéndose á Fernando.

—Conque, ¿qué dices tú, de eso? sobrino.

—Está muy bien tio mio, y ¿cuando debo partir? dijo Fernando.

—Mañana mismo te dirigirás á San Miguel el grande en la provincia de Guanajuato, y entregarás ese despacho á.... ¿á quién? dijo el brigadier, abriendo la carta del virey para volver á leer el nombre en ella designado, al capitan Don Miguel de Allende, á cuya compañía vas destinado, por un poco de tiempo, despues yo te escribiré cuando el señor virey determine que vayas á nuestro lado.

Fernando apuntó en un papel, el nombre del

pueblo y el del militar, y guardó cuidadosamente su despacho.

—Pues ahora, dijo el brigadier, con un acento jovial para ocultar la emocion, ahora hermano mio; quién sabe hasta cuando nos volvamos á ver! ¡quién sabe lo que va á pasar en este pais; yo Méxicano por nacimiento y por afecciones de familia, Español por costumbre y por gratitud, me encuentro en una posicion harto aflictiva; pero de cualquiera manera, mi espada no se desenvainará sino para defender la buena causa, la causa de la justicia y del honor y creo que nuestro cariño nunca se debilitará por rencores de partido, ¿no es verdad? Estevan.

El hacendado no respondió, y los dos hermanos se abrazaron en silencio conteniendo los sollozos que estaban á punto de estallar.

El asistente subió á avisar que ya todo estaba pronto.

Don Rafael se desprendió de los brazos de su hermano, estrechó igualmente entre los suyos á Fernando, recoméndandole el cumplimiento en el servicio y sobre todo, su pronta partida y luego dirigiéndose á Gil Gomez, le dijo:

—Amiguito, mil gracias por las compañías y los buenos consejos de cacería, no sé porqué me parece que nos hemos de volver á ver, muy pronto; pero de todos modos, estreche vd. esta mano y cuente conmigo para siempre.

—Mil gracias, señor brigadier, dijo Gil Gomez.

—Pues ahora ¡hasta otra vista!

—¡Adios! respondieron todos.

Y cinco minutos despues, el brigadier y su asistente, galopaban en direccion á la capital de Nueva-España.

—¡Qué franco y que valiente, de buena gana, combatiria yo bajo sus órdenes! esclamó Gil Go méz entusiasmado.

—Si tu amaras como yo, dijo Fernando en voz baja, no seria tan grande tu alegría.

Aquella tarde, mientras que Fernando, disponia con una triste lentitud, los preparativos de su viaje, mientras que Gil Gomez, se paseaba por los corredores de la Hacienda triste y pensativo, acaso por vez primera en su vida. Don Estevan se dirigia á la casa del Doctor Fergus, llamaba á la puerta de su estudio y despues de haberse saludado cordialmente y tomado asiento, se entablaba entre ambos el siguiente diálogo.

—Doctor, dispenseme vd. que lo interrumpa en sus estudios, viniéndole á visitar á una hora no acostumbrada entre nosotros.

—Nunca interrumpe ni es molesto un amigo como vd., señor Don Estevan.

—Además esta visita, tiene mucho de negocio, Doctor.

—Me alegraria de poder servir á vd. en algo, mi querido amigo.

—Mi hijo Fernando, parte mañana á San Miguel el Grande, al ejército donde va destinado, dijo Don Estevan.

El doctor Fergus, miró fijamente á su amigo y su mirada de costumbre radiosa é inteligente, se veló con una nube de tristeza, como padre temió por su hija, como filósofo y observador del corazon humano, sabia lo que es una ausencia en materia de amor, y como hombre, sabia que la muger lleva la peor parte en esas separaciones; pero como caballero y hombre de honor, no quiso hacer com-

prender aún á su mejor amigo, que aquellos pensamientos habian cruzado por su mente y se limitó á decir con un acento en el que mal se ocultaba el desconsuelo.

—¡Ah! ¿conque Fernando parte mañana?

—Sí, doctor, ya vd. ve que ha cumplido veintiun años y que teniendo algunos recursos con que poder vivir descansadamente el resto de su vida, aun cuando yo le falte, es necesario que deje esta vida casi ociosa que aquí lleva, que se enseñe á luchar con las circunstancias, á sufrir un poco, en fin es necesario que adquiera algun mundo, que sea menos niño, para no poder ser engañado con tanta facilidad el dia que se encuentre ya sin mi consejo.

—Mal consejero es el mundo para un jóven de veinte años, separado del hogar paterno, observó el doctor.

—Pero reflexione vd. amigo querido, que si yo faltase de un dia á otro como es necesario que suceda, ¿qué seria de ese niño, dueño de algunos intereses ciego al deslumbramiento de la pompa del mundo, no sabiendo cerrar sus oidos á los sonidos engañosos de la adulacion y de pasiones interesadas? ¿no cree vd. acaso que se lanzaria ávido á gozar de esos alhagüeños placeres, cuyas delicias nunca probadas tanto le brindaban? ¿que teniendo en sus manos el medio de comprar goces que no conocia, en un instante dilapidaría su patrimonio en la prostitucion para caer despues en la degradacion y la miseria? Yo he observado ese resultado en todos los jóvene que han quedado entregados á esas circunstancias.

El doctor iba tal vez á desvanecer este segundo argumento; pero se detuvo, por temor de hacer

creer que el interés de su hija le movia á ello y solo dijo:

—En fin, vd. como padre sabe mejor que yo lo que debe hacer, pero....

—No prosiga vd., Doctor, ya comprendo todos sus justos temores, Fernando y Clemencia se aman.

—Eso no es un secreto para nosotros, amigo mio.

—Usted, teme y con razon por su hija, doctor.

—Me ha evitado vd. la pena de decirlo.

—Pues ¿que piensa vd. de esta partida?

—Creo que hasta cierto punto es necesaria; pero auguro mal de ella.

—¿Porque?

—Por la esperiencia, tal vez por un presentimiento; pero no creo que á un simple presentimiento se le dé tanta importancia cuando se trata acaso de la felicidad de un hombre.

—¿No cree vd. doctor, que tres ó cuatro años de ausencia avivarán mas el fuego de esa pasion?

—¿Me pide vd. francamente mi opinion? Don Estevan.

—Francamente.

—Pues bien; creo, que ese amor morirá con la ausencia.

—¡Oh! ¡Dios no lo quiera!

—Creo que esa muerte será en mal de mi pobre hija, Fernando, ademas de ser hombre, va á encontrar nuevos objetos, á recibir nuevas impresiones, á contraer tal vez nuevos afectos; pero Clemencia es muger y se queda aquí aislada con sus recuerdos, que se avivarán mas y mas con la contemplacion de los mismos objetos, se queda aislada

sin que su pasion imposible se borre por otras im presiones.

—Pienso que son algo infundados los temores de vd., doctor.

—Permítalo el cielo.

—Hagamos entonces otra cosa.

—¿Cuál?

—Si esa niña Clemencia, sufre demasiado como vd. lo cree, esa ausencia cesará y mi hijo se vendrá á unir á ella, tal vez antes del tiempo en que ese matrimonio debia haberse verificado, con lo cual habrán ganado ellos y nosotros tambien.

—Es el único recurso que queda. ¿Me da vd. palabra de que así lo hará? Don Estevan.

—Palabra de caballero, doctor.

—Está bien, esa promesa me consuela un poco.

Y despues de haber conversado otro rato de diversos asuntos, los dos amigos se despidieron cordialmente, prometiendo volverse á ver muy pronto.

—¡Oh! dijo el doctor, dejándose caer abatido en su sillon, despues de haber acompañado á Don Estevan hasta la puerta. ¡Necia humanidad! ¡á la calma del placer le llamas ociosidad, te hastia que los pesares del mundo no hayan desgarrado tu corazon, dejas el fertil vergel y corres alegre á precipitarte en el abismo!

¡Mísera humanidad! ¡Mal te comprendes todavía!

CAPITULO VI.

¡Adios!

Si el lector tiene buena memoria, recordará que hemos dejado en el capítulo primero á Gil Gomez, despues de haber vencido á Leal en lucha de astucia, corriendo á dar parte á Fernando del resultado de su misiva.

Era la media noche: la luna despues de haber luchado durante algun tiempo con las nubes que intentaban velar su brillo, habia aparecido por fin, fulgorosa y radiante, iluminando con su cuanto pálida, suavísima luz, la estension de los silenciosos campos de San Roque: Fernando y Gil Gomez, despues de haber descendido del ventanillo del aposento del último, salvaron con precaucion la pequeña tapia que limitaba el jardin de la casa de Clemencia, y se deslizaron sin hacer el menor ruido hasta una especie de senador ó mas bien invernadero que el doctor habia hecho construir allí. Mas de un cuarto de hora, esperaron sombríos, preocupados, sin hablarse una palabra hasta que por fin Fernando interrumpió el silencio, diciendo á Gil Gomez.

—Son cerca de las doce y media, ¿qué habrá sucedido á esa pobre niña?

—Acaso le sea imposible salir al jardin todavía, respondió Gil Gomez.

—¿Dices que le has entregado mi carta en su propia mano?

—Por supuesto, y por cierto que con algun trabajo.

—¿Y nada te dijo?

—Nada, porque ese bribon de perro, me dejó on la palabra en la boca; solo me dió cortesmente as gracias.

—¡Oh! ¡cuánto la amo! esclamó Fernando con ntusiasmo, siguiendo esa vaguedad del pensamieno de los amantes al hablar del objeto amado.

—Si lo creo, murmuró lacónicamente Gil Gonez.

—¿Y qué harás tú? ¿qué haré yo? ¿qué haremos? ermano, mio separados, dijo Fernando con espreion de angustia.

—En cuanto á lo que haré yo, bien me lo sé, orque desde ayer tengo formado mi plan.

—¿Qué plan es ese?

—Ya lo sabrás, en el camino, respondió Gil Gonez con espresion de misterio.

—¿En el camino?

—Sí, en el camino.

—¿Y cómo?

—¡Oh! eso es cuento mio, dijo Gil Gomez.

—Misterioso cual nunca, estás esta noche conmigo.

—Un poco.

—Es estraño, cuando nunca hemos ocultado el uno al otro ni un pensamiento.

—Sí, es estraño; pero ese franco y buen brigalier, tu tio, ha venido sin intentarlo, creyendo por el contrario hacer un bien, á trastornarlo todo en a hacienda.

—¡Oh! sí, sus palabras lisongeras han despertado en mi corazon y en el de mi padre, la ambicion, el deseo de brillar, el tedio de esta tranquila vida que hasta aquí habia llevado.

—Pero ¿hay cosa mas fácil que desistir de este fatal viage? dijo flmáticamente Gil Gomez.

—¿Y la órden del señor virey, y el compromiso contraido con mi tio, y el deseo de mi padre? y...

—Y tu deseo tambien, Fernando.

—Gil Gomez, tú tienes algo esta noche, si te he ofendido perdóname, esclamó Fernando al oir las últimas palabras de su hermano.

—No, Fernando, nada tengo mas que el temor de perderte, nada tengo mas que un presentimien to de fatal agüero para este viage, dijo Gil Gomez enternecido; pero ¿has oido? continuó al percibir un ruido ligero, como el de una reja que se abre á lo lejos.

—Sí, y es Clemencia que se acerca, dijo Fernando al distinguir entre el follage de los árboles del jardin el vestido de la niña, alumbrado por los rayos de la luna.

Gil Gomez, se retiró discretamente del senador, yendo á sentarse en un tronco que estaba debajo de la tapia y á alguna distancia.

Fernando, loco, apasionado, salió al encuentro de la niña, conduciéndola al senador, donde ambos se sentaron.

—Clemencia; ¡por qué triste causa nos juntamos! esclamó el enamorado jóven.

—Sí; para vernos acaso por la última vez, dijo la hermosa niña con tristeza, y con un acento dulcísimo y vibrador.

—¡Oh! no lo digas, ¿por qué para siempre? si así fuera, no partiria, te lo juro, ¡Clemencia de mi vida!

—La ausencia es el sepulcro del amor, murmuró la niña con desconsuelo.

—Clemencia, ¿lo dices acaso por tí? esclamó Fernando con acento de reproche.

—¿Por mí? ¿por mí? ¿puedo yo acaso olvidar? mira, mira, hace seis horas que he recibido tu carta y en ese corto tiempo, he envejecido de seis años por tanto sufrimiento y tanta lágrima.

—¡Clemencia, te adoro!

—¡Te idolatro, Fernando!

—¡Jamás te olvidaré!

—Mi amor, morirá conmigo.

Y los dos jóvenes se estrecharon, sintiendo exhalar toda su vida en un beso silencioso que resonó en su corazon.

—Mira, continuó Fernando, si es cierto que nos dejamos de ver un poco de tiempo, en cambio nuestro corazon se purifica mas con la concentracion de un pensamiento solo, fijo, eterno, de un pensamiento que es vida de la vida y al mismo tiempo alimento de la llama inestinguible que nos consume.

—¡Oh! ¿me amarás mucho? ¿me amarás en cualquier lugar donde el destino te arroje, como yo te adoro en este momento, como te adoraré en silencio, todo el tiempo que dure esta fatal ausencia?

—Te idolatraré con toda mi vida, pensaré en tí á todas horas, y aspiraré á la gloria, á los honores, á las distinciones, para venir á ofrecerlas á tus plantas.

—¿Quién sabe? tú vas al bullicio del mundo, allí tal vez te cegará la ambicion de gloria, allí encontrarás otras mugeres que te ofrecerán encantos que no tengo yo, pobre huérfana, educada en la soledad, sin conocer mas amor que el tuyo. ¡Oh! para qué te conocí si habia de perderte tan pronto cuan-

do mi felicidad habia durado tan poco, cuando apenas por la vez primera se confundia mi vida con la tuya. Y al decir estas palabras la niña, rompió á llorar amargamente ocultando su rostro entre las manos.

—Clemencia, dijo con apasionada exaltacion Fernando; por el recuerdo siquiera de esos dias tan felices que hemos pasado juntos, si algo te vale el juramento del hombre que te adora, no despedaces mi corazon de esa manera tan dolorosa con tu llanto.

—Ya no lloro, no, mira, continuó la niña, despues de un rato, procurando borrar en vano las huellas de sus lágrimas, mira, ya estoy tranquila, acerca de tu amor; un presentimiento me hacia llorar; pero tus palabras me vuelven la calma y la confianza.

—¡Gracias, Clemencia! ¡gracias! me acabas de quitar un peso que oprimia dolorosamente mi corazon.

—Tú serás bueno, ¿no es verdad? tú siempre me amarás al través de la distancia que nos separe, pensarás en mí, en las alegrías como en las tribulaciones, mi recuerdo será tu consuelo; y yo esperaré en silencio, sufriré con resignacion tu separacion; pero si esta durase mucho tiempo entonces, no lo dudes, Fernando, entonces moriré, dijo la niña con inocente candor.

—Mira, esclamó el jóven, abriendo su camisa y enseñando á Clemencia un medallon suspendido á su cuello de un cordon de seda, ¿ves este retrato que formó la primera página del libro de nuestro amor?

—¡Oh! ¡qué triste recuerdo!

—Hace dos años le he llevado sobre mi corazon, y te juro no apartarlo jamás de él mientras esté lejos de tí, ¿quieres un juramento mas sagrado aún?

—Basta, basta Fernando, perdóname si he podido dudar un momento de tu amor.

Y los jóvenes se acercaron hasta juntar sus manos, hasta tocar sus labios, hasta cerrar sus ojos con sus ojos, hasta confundir su aliento, hasta escuchar los latidos de su corazon agitado por el amor, pero por el amor casto, todo espiritualismo, todo poesía, todo silencio, todo resignacion.

¡Dormid jóvenes en el silencio de la noche! ¡Dormid despiertos y soñando! Soñad por la última vez, adormecidos por ese éstasis divino en que los lábios se cierran sin exhalar una sola palabra, porque el fuego del interior las vaporiza y las confunde con el aliento de la persona amada, en que los ojos no miran; pero derraman lágrimas; en que el oido cerrado á todos los ruidos verdaderos del mundo, solo escucha músicas lejanas, que modulan un nombre, un nombre querido, tantas veces repetido en el delirio de la pasion.

¿Qué pensamiento ocupa vuestro corazon? ¿Acaso un recuedo? ¿El poema del pasado? ¿Aquellos paseos solos, debajo de la bóveda espesa de los árboles; cuando el brazo se apoyaba indolentemente en el brazo, cuando la dulce atmósfera del presente, serena porque las sombras del pasado habian desaparecido, porque ni la lontananza del porvenir se presentaba aun; solo, mentira campos, luz, cielo, aves, músicas, misterios, cuando veiais retratada una imágen adorada en las aguas, la imágen de la realidad que á vuestro lado os miraba amorosa, cuando las aves y las brisas pasaban murmu-

rando á vuestro oido en son de música el nombre de la imágen de aquella realidad, cuando la naturaleza toda os decia "ama y goza?"

¿Soñais en aquella mirada lánguida, prolongada adormecedora, que se humedecia al fijarse en la vuestra?

¿Soñais en aquella sonrisa que el fluido del amor formaba graciosa y melancólica á la vez?

¿Aspirais todavía el perfume de aquellas flores que os dió una mano trémula que llevasteis á vuestros lábios?

¿Escuchais de nuevo los acentos de aquella música que un indiferente no hubiera comprendido; pero que para vosotros decian tanto, porque cada una de aquellas vibraciones formaban el eco de un sentimiento, la espresion de una esperanza, el aliento de un suspiro, la traduccion de una dulce palabra y esos sentimientos, esas esperanzas, esos suspiros, esas palabras, formaban el poema de vuestra pasion que era el poema de vuestra felicidad, porque vosotros siendo dos os habiais convertido en uno, porque de dos criaturas humanas se habia formado un ángel?

¡Soñad y no desperteis, porque al fin sueño es la vida! Soñad y no desperteis, porque al despertar hallareis la fria realidad, el desengaño descarnado, la duda, la separacion dentro de pocas horas, el olvido, el llanto, el adios.

¡Soñad y no desperteis, porque á la amarilla luz de la verdad, se desvanecerá el encanto de la ilusion, y los recuerdos felices del pasado vendrán, torcedor del corazon, á escarnecerle con una perspectiva de amor que ya no existe, porque el cielo que creisteis hallar en el suelo se trocará en arido

y oscuro yermo de pesar, porque las palabras de amor se trocarán en palabras de despedida, el silencio de la fruicion, en el silencio del desconsuelo y el marasmo, las esperanzas en dudas, los suspiros en que exhalabais el aliento aspirado del ser amado, en suspiros de despecho, las lágrimas tibias de entusiasmo y felicidad en lágrimas abrasadoras de martirio.

¡Soñad despiertos á la ilusion y dormidos á la realidad!

A las cuatro de la mañana los jóvenes se dieron el último adios, y entre lágrimas, promesas, juramentos y suspiro, se arrancaron de los brazos el uno del otro.

Fernando y Gil Gomez volvieron á la hacienda; mientras que el último se paseaba silencioso en los corredores, el primero se encerró en su cuarto para acacabar de arreglar su maleta de viaje, pues dentro de dos horas debia partir. Luego que hubo cerrado con cuidado la puerta, como temeroso de ser sorprendido en lo que iba á ejecutar, abrió un cajon de su guardaropa, el mas escondido de todos y comenzó á estraer lentamente los objetos que en él se contenian.

Era uno de esos cajones, relicario de nuestros recuerdos mas queridos, que todos nosotros jóvenes, siempre tenemos, allí estan reunidas las dulces reminiscencias de la infancia, y las aspiraciones de la juventud, allí los rosarios, los juguetes de niños, y todos esos objetos en cada uno de los cuales, encontramos la mano amorosa y la cariñosa prevision de nuestra muerta madre, allí las memorias mas dulces de nuestro país natal, de ese país querido que dejamos para buscar fortuna, nombre, gloria y

que nunca hemos vuelto á ver, allí las impresiones mas gratas de la juventud, flores ya secas, que nos dió una mano temerosa, rizos de cabellos que todavía esparcen su suave perfume, cartitas primorosamente dobladas cuyas palabras escritas apresuradamente con el fuego de la pasion y el temor de una sorpresa, apenas podriamos deletrear, si no comprendiésemos de antemano el pensamiento encerrado en cada una de ellas, pañuelos con una cifra, recuerdos de amigos que se han muerto, se han ausentado ó nos han olvidado, fragmentos de versos, diarios de memorias y confidencias interrumpidas, recuerdos de viajes, de bailes, de dias de campo, retratos, y en fin ese conjunto que revela todas las esperanzas, los deseos, las ilusiones, las lágrimas de un corazon de veinte años, un guante que nos dejaron como recuerdo de un baile, todavía manchado ligeramente con el vino que formó el juramento de un amor que se disipó con sus vapores, una flor que cortamos en la mañana de un dia de campo y que despues de haberse prendido todo el dia en un seno, se nos dejó caer en la mano á una simple insinuacion, un anillo que cambiamos por otro con un juramento, hoy ya olvidado; el amor bajo todas sus fases, el amor embellecido porque ya ha pasado y lo perfuman los recuerdos.

Fernando no podia referir todos estos objetos mas que á un solo amor, el único que habia sentido en su vida, pasada lejos de la bacanal del mundo. Vosotros, jóvenes de las ciudades, habeis esperimentado en vuestra vida muchos sentimientos que se parecen al amor, á los seis años ya jugabais á los esposos con una niña de igual edad, á los diez amásteis á vuestra hermosa prima, á quién ibais á

esperar á la salida de la escuela para hablarle furtivamente, sin ser visto, á los catorce os quemabais en dulce fuego por una amiga de vuestra casa, que era ya una jóven completa, puesto que tenia cuatro años mas que vosotros, á los diez y seis fueron unos amorcillos democráticos, porque á esa edad, domina el deseo animal, y á los veinte, ¡oh! á los veinte, son veinte amores á un tiempo, en la mañana vais á ver á la Iglesia á vuestra vecina, en la tarde correis delirante detrás de un carruaje, en la noche vais al teatro, para no apartar las miradas de un palco, adonde os miran tambien y os envian graciosos saludos y sonrisas, despues en vuestro sueño continua el delirio y veis pasar á un tiempo mil imágenes brillantes, que todas hablan á vuestro corazon, ó bien es una pasion desgraciada, amais á una jóven orgullosa y mas rica que vosotros y que os desprecia, y la amais, la adorais desde el rincon de vuestro aposento de colegio, y á alla sacrificais vuestro amor propio, vuestra dignidad, vuestra reputacion, y pasais una semana entera delirando para salir á recoger el domingo una mirada de desprecio ó una sonrisa de odio, y despues, cuando os habiais resignado á esperar un título, una reputacion, un nombre que os hiciese superior á ella, para ponerlo todo á sus plantas, entonces ella se casa y entonces el desengaño ocupando vuestro corazon, roe y carcome vuestros buenos instintos y vuestros nobles sentimientos y os haceis hombres de teorias y comenzais á dudar del amor y á cerrar vuestra alma á las dulces afecciones de la vida.

O bien es un amor dulce, sereno, sin grandes tempestades, vais á pasar una temporada en el campo y allí hay una jóven que os mira, que os

conduce á los sitios hermosos, que solo vuestro brazo acepta en los paseos, que os regala flores mirándóos con particular espresion de ternura, que os da celos con vuestras conocidas de la ciudad, que casi llora cuando hablais de partir; y á quien conoceis que habeis amado, solo cuando la distancia y las conveniencias sociales os separan ya de ella. Y sin embargo, todos esos recuerdos ocupan á la vez vuestra memoria, y pensais al través de los años con la misma ternura en la niña de seis años, que en vuestra prima, y guardais con igual cuidado el velo de la amiga de vuestra casa, que el anillo de la costurerita, que las flores de la aldeanita, que las cartas vuestras que os volvió despedazadas la orgullosa cortesana, que el pañuelo que os dieron en el baile. Pues bien, si habeis podido amar igualmente á veinte mugeres, con un amor de un dia, de un mes, de un año á lo mas, y si llorais al separaros de los objetos que os conservan el recuerdo de esos veinte amores; pensad, cuánto sufriria, cuánto lloraria el pobre Fernando, al ver pasar ante su vista todas aquellas prendas de un solo, de un único, de un purísimo amor de dos años, pensad cuántas ardientes lágrimas caerian sobre aquellas flores secas, sobre aquellas cartas que solo le hablaban de Clemencia, y solo de Clemencia á quien iba á perder. Le pareció que aquellos objetos no debian quedar allí abandonados y los ocultó en el rincon de su maleta, para poder al menos, pensar siempre en el amor de Clemencia, para poder llorar con los testigos de su dicha en cualquier sitio que el destino lo arrojase.

Porque así es el corazon humano; Fernando lloraba por una partida que bien podia, si él quisie-

se, dejar de verificarse; pero habria llorado mas si esto hubierá sucedido. Porque así es el corazon, un abismo impenetrable, fábrica de todo lo bueno y de todo lo malo á la vez; hoy se encuentra la ilusion donde mañana el desengaño, ayer lágrimas, hoy sonrisas, mañana tal vez maslágrimas.

A las seis de la mañana llamaron á la puerta del aposento, Fernando se apresuró á ocultar en su maleta los últimos objetos, compuso su cabello desordenado, procuró borrar de su rostro las últimas huellas de sus lágrimas y abrió al que llamaba. Era su padre, que le dijo con emocion:

—¡Buenos dias, hijo mio! ¿cómo haz dormido esta noche?

—Bien; padre mio, dijo Fernando ruborizándose ligeramente al tener que decir una mentira á su padre.

—¿Has arreglado ya tu maleta de viage?

—Sí, padre mio.

—¿Has puesto en ella el despacho del señor virey, y el papel en que apuntaste el nombre del pueblo donde vas y el del capitan de tu compañía?

—Esos papeles, los llevo en mi cartera para mas seguridad.

—¿Y el dinero?

—Aquí; dijo el jóven estrayendo de su gaban un bolsillo lleno de oro; además de las monedas de plata que tengo conmigo.

—Esta bien, dijo el hacendado, con ese dinero te alcanza para los gastos del viaje y para tus necesidades durante algunas semanas, mientras envío mas á mi hermano para que te entregue.

—¡Mil gracias, padre mio!

—Pues ahora ya todo está listo y es tiempo de que partas.

—¿Han ensillado ya el caballo?

—Sí, y llevas el mejor y mas fuerte que hay en la hacienda.

—¿Es acaso el Huracan?

—Nó, porque está enfermo de la vista hace algunos dias y seria espuesto caminar en él, solo Gil Gomez se ha atrevido á montarlo en ese estado.

—¿Dónde está Gil Gomez?

—Ha ido á un negocio que le he encargado, dijo Don Estevan.

—¡Oh! ¡padre mio! lo ha querido vd. alejar de mí en este último instante.

—Pues bien, así ha sido, porque considero imposible que ese niño pueda sufrir el verte partir.

—Pero ¿le dirá vd. que me he acordado de él hasta el último momento? esclamó el jóven enternecido.

—Le diré todo, y durante tu ausencia no haremos otra cosa que hablar de tí, que rogar al Señor por tu felicidad, que esperar tu vuelta, hijo de mi corazon; esclamó el hacendado casi entre sollozos. Nada tengo que añadir á lo que ayer te he dicho, hazte digno de la estimacion del mundo, aprende á luchar con las circunstancias y á vencerlas, piensa mucho en mí, y ya sabes, ya te he dicho el premio que te aguarda á tu vuelta.

—¡Clemencia!

—Sí, Clemencia y el amor de tu padre, ahora abrázame por último, toma tu maleta y parte.

—¡Adios! padre mio, y dé vd. mi adios á mi hermano.

—¡Adios! hijo de mi vida.

Y los dos despues de haberse abrazado se separaron.

Fernando en vez de seguir la ruta que debia sacarle al camino real, quiso hacer un pequeño rodeo para pasar por detrás de la casa de Clemencia acaso para verla por la última vez; pero la puertecilla del jardin estaba cerrada y al través del enverjado no se distinguia ninguna persona en él.

Por consiguiente, el jóven no vió á Clemencia, que oculta detrás de un bosquecillo, le siguió con la vista durante algun tiempo hasta que le hubo perdido.

—Y ahora, esclamó la niña con acento desgarrador, tendiendo los brazos en la direccion en que el ginete habia desaparecido; ¡ahora, amor mio! ¡adios! ¡adios! ¡adios, para siempre!

Y al decir estas palabras, cayó desmayada sobre el frio y duro suelo del jardin.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO VII.

Del ventajoso cambio que hizo Gil Gomez con un religioso de la órden de San Francisco.

Si el lector recuerda lo que le hemos dicho acerca del intenso amor que Gil Gomez, profesaba á Fernando, le parecerá ciertamente muy inverosímil, la manera tan sencilla, con que fué alejado al tiempo de la partida del jóven teniente; pero esta inverosimilitud cesará para el lector cuando sepa dos cosas; la primera que Gil Gomez habia formado su plan, que consistia en seguir á Fernando, y servir en clase de soldado en la compañía á que éste fuese destinado, y la segunda que habia sido encerrado, encerrado en el pajar, lo mismo que si fuera un niño de ocho años, encerrado por medio de un ardid ingenioso que consistió en enviarle el hacendado por un objeto y echar la llave por fuera, conociendo que éste era el único medio de impedir un lance desagradable. Para poner en plan-

ta su plan contaba primero, con su amor entrañable á Fernando que le hacia insoportable la vida lejos de él, despues con un caballo ciego que le pertenecia esclusivamente y algunos reales que formaban sus ahorros de un año. Por consiguiente, cuando comprendió el ardid de que habia sido víctima, primero golpeó la puerta y las paredes, dió gritos espantosos y se desesperó verdaderamente; pero al cabo de un momento permaneció silencioso y se consoló, considerando que de todas maneras le habria sido imposible partir junto con Fernando, porque el hacendado y los criados habrian impedido su fuga, la cual se verificaria á la primera oportunidad, acaso en la misma noche, y lo único que habia resultado era una diferencia de horas y por consiguiente de distancia, diferencia que desapareceria con la precipitacion en la carrera, ó en el último caso ¿qué importaba llegar á San Miguel el Grande, uno ó dos dias despues de Fernando? Consolado con estas ideas, el futuro soldado se tendió primero sobre la paja para descansar, despues la naturaleza y la desvelada de la noche anterior, lo dominaron y se durmió profundamente, tan profundamente, que ni sintió que al medio dia abrieron la puerta con precaucion y al verle dormido dejaron junto á él una comida completa, volviendo á cerrar la maciza y sólida puerta con menor precaucion y mas ruido. De cuando en cuando el jóven se estremecia en medio de su sueño, ejecutaba algunos movimientos ó articulaba algunas palabras ó gritos de guerra, tales, como: "A ellos" "adelante," "avancen." Era que estaba soñando; se soñaba en medio de una batalla; pero no en clase de simple soldado sino de brigadier nada menos,

y por consiguiente con una gran responsabilidad encima, á su lado combatia Fernando; el zumbido de un moscon que giraba en derredor de las paredes de su encierro, le parecia el estruendo de los cañones, y los ruidos levísimos que el movimiento de su respiracion producia en la paja sobre la que estaba durmiendo, los gemidos de los heridos y moribundos; pero era una batalla de un éxito muy dudoso para él, puesto que los enemigos eran en número cuatro veces mayor que sus soldados, y veia á estos sucumbir, defendiendo el terreno palmo á palmo; por último, los pocos que quedaban en pié, huyeron y se dispersaron al ver cargar á sus contrarios, dejando solos á él y á Fernando, que viendo que no habia otro partido que tomar ya, se pusieron tambien en fuga; Gil Gomez picaba en vano á su caballo, pero éste no avanzaba y parecia clavado en tierra, ya oia el galope de los soldados y los gritos de furor de sus perseguidores, y su montura no avanzaba; quiso echarse á tierra y huir por su pié, pero nada, parecia tambien clavado en la silla, ya se oian los gritos mas cercanos y hasta disparaban tiros al percibirle; quiso defenderse al menos para vender su vida lo mas caro posible, pero imposible, parecia una estátua de panteon, sintió el frio de una pistola sobre su sien, hizo un esfuerzo supremo, dió un grito de terror y despertó sobresaltado. Cerca de dos minutos permaneció todavía con los ojos abiertos, sin poder darse cuenta del lugar en que se hallaba y por qué casualidad habia escapado de aquel peligro inminente que le habia amenazado; por último, poco á poco fué reconociendo las localidades y recobrando la memoria, se acordó de cómo habia sido encerrado y por qué motivo, y se incor-

poró quedando no poco asombrado al encontrar junto á sí, varios platos con alimentos; satisfizo el hambre imperiosa que le dominabá, tomando algunos bocados y se acercó á la puerta para espiar por una hendedura lo que afuera de su prision pasaba; el corral hácia el que ésta daba, estaba desierto completamente, el sol comenzaba á caer, debiendo ser ya lo menos las cinco de la tarde; habia dormido por consiguiente la friolera de diez horas y de nuevo se desesperó, volviendo casi á la misma exaltacion de la mañana; pero despues reflexionó què no debia pasar mucho tiempo prisionero y que acaso dentro de un momento se le devolveria su libertad querida; por consiguiente comenzó á pasearse á lo largo de su encierro silencioso y preocupado acaso por los preparativos de su fuga. Al anochecer sintió que la puerta se abria dando paso á Don Estevan que le dijo con acento afectuoso:

—Gil, ya puedes salir, siento haberme tenido que valer de esta estratagema para alejarte de mi hijo; pero como eres tan niño y tan caprichoso, es necesario tratarte como tal, puesto que no te convences con razones.

—Ha hecho vd., perfectamente padre mio, dijo Gil Gomez con tono compungido; ahora me alegro, porque indudablemente me habria sido imposible ver partir á mi hermano, sin acompañarle, mientras que ahora viendo que ya no hay remedio, comienzo á consolarme.

—¡Oh! sí, ¡hijo mio! ya sabes que siempre vivirás á mi lado, por que te he amado con el mismo cariño que á Fernando, ahora los dos esperaremos su vuelta ¿no es verdad?

Gil Gomez no respondió, porque se le hizo es-

crúpulo, dar en su corazon tan franco y tan generoso cabida á dos pasiones que aborrecia, la mentira y la ingratitud.

—¡Bueno! ¡bueno! continuó el hacendado, ahora vamos á cenar porque segun veo nada haz comído y todo el dia lo haz pasado durmiendo.

Y los dos salieron de la improvisada prision,

Las primeras horas de la noche, las pasó Gil Gomez en compañia de Don Estevan permaneciendo ambos tristes y pensativos. A la hora de retirarse cada cual á su aposento para dormir, Gil Gomez, sintió un impulso de remordimiento, al abandonar á aquel hombre honrado que durante tantos años le habia amparado con un cariño verdaderamente paternal; sintió que su corazon se despedazaba al dar cabida en él á la ruin pasion de la ingratitud y tal vez iba á arrepentirse de su resolucion; pero tambien pensó en Fernando, consideró el horrendo vacío de una vida pasada lejos de él y se sintió débil para sufrir esa existencia, resultando de esta lucha que tuvo lugar en su alma durante un momento, que en sus ojos apareciesen dos lágrimas que rodaron silenciosas á lo largo de sus mejillas, y que estrechase besando la mano de Don Estevan.

—Hasta, mañana, hijo, dijo éste con cariño.

—¡Adios! ¡Adios! ¡padre mio! murmuró Gil Gomez saliendo violentamente de la pieza, porque sentia que los sollozos que le estaban reventando el pecho iban á estallar, y lugo que se halló en su habitacion, dió libre curso á sus lágrimas, librandose así de un peso con que se sentia ahogar. Despues abrió su cómoda, estrajo de ella su maleta de viaje ya preparada de antemano, y que contenia además de dos ó tres vestidos, un bolsillo lleno de

monedas de plata, que segun hemos dicho formaban sus economias de un año, escribió durante un rato el siguiente papel que dejó sobre su mesa y que iba dirigido al hacendado.

¡PADRE MIO!

Soy un ingrato, soy un infame en pagar con una villanía los inmensos beneficios que de su mano de vd. he recibido durante diez y nueve años; pero ¡ay! me es imposible vivir separado de mi hermano y corro á alcanzarle, á cuidarle, á vivir á su lado, aunque sea en clase de soldado.

¡Perdon! ¡perdon! padre mio ¡Adios! le dice á vd. su hijo.

GIL GOMEZ.

Luego estrajo de un cajon de su mesa, un par de pistolas que á pesar de las composturas que Gil Gomez les habia hecho varias veces, mal ocultaban su origen antiguo, pues databan nada menos, que de la época de la invasion de Lorenzillo en Veracruz; las ató á su cintura, despues de haber probado el gatillo; tomó de un rincon una larga espada forrada de cuero y cuyo orin depositado por el tiempo, apenas habia desaparecido á fuerza de frotamientos y limaduras, se la ciñó y esperó á que todo estuviese en silencio en la hacienda. A la media noche, abrió con sigilo su puerta y al ver la quietud que en los corredores y patios reinaba, comprendió que ya todo el mundo dormia profundamente, bajó de puntillas con su maleta al hombro hasta el corral en que se encontraban los ca-

ballos y desató uno de ellos despues de haberle reconocido y colocado una montura medio vieja que en un cuartito, junto al pesebre se hallaba tirada en el suelo.

Era un caballo que aunque en otro tiempo habia sido el primero de la hacienda, ahora habia cegado completamente, aunque conservando sus ojos en el estado natural y todo su brio y movimientos primitivos, esponiendo por consiguiente al audaz ginete que osase montarle, á todos los peligros posibles.

¿Y porqué, entre cien caballos que habia en la caballeriza, escogia Gil Gomez este que era indudablemente el mas malo de todos?

Por un sentimiento de nobleza; porque le parecia que el crímen que á su entender cometia con fugarse, se haria mas horrible, tomando un cosa que no le pertenecia tan directamente como el mueble de que se iba á servir.

Despues de atar á la grupa del animal su maleta, le tomó por la brida y le condujo con precaucion hasta la puerta del corral, cuya tranca quitó con el mismo silencio, y despues de haberle montado, murmuró casi llorando. ¡Adios! casa querida en que yo ¡pobre huerfano! he encontrado, abrigo, pan y cariño. No sé que presentimiento me dice que ya nunca he de volver á habitar en tu seno, ¡Qué siempre las buenas gentes que te habitan, sean tan felices como yo le he sido hasta aquí!

Y despues de haber sollozado esta despedida, picó á su peligrosa cabalgadura y desapareció violentamente en la oscuridad de la noche á tiempo que la campana del relox de San Roque sonaba la una. Casí toda la noche galopó con igual ímpetu, esca-

pando mil veces, gracias á su astucia y á su buen conocimiente de la brida, de una caida indudablemente mortal, de manera que al amanecer se encontraba á doce leguas de la aldea; y el resto de la mañana anduvo casi con igual precipitacion, gracias á la fuerza de su montura, que hacia un mes, estaba en un completo reposo; al medio dia se detuvo en una venta para tomar un bocado y dar un pienso á su caballo; pero con sentimiento tuvo que prescindir de la primera idea pues le dijeron que hacia solo dos horas, se habia dado lo último que quedaba á un relijioso y á su criado que viajaban.

—¿Pero no hay siquiera, huevos, frijoles ó tortillas? preguntó Gil Gomez que hacia cerca de veinte horas no probaba bocado.

—Nada, señor, le respondió el posadero, el padrecito ha comido lo que quedaba y podia alcanzar muy bien para cuatro pasageros; pero parecia tener un apetito voraz.

—Bribon padrecito, dijo Gil Gomez á media voz, alejándose de aquella inclemente posada.

Al caer la tarde, distinguió por fin una casa que por su aspecto y el portalejo que le formaba frente, indicaba desde luego ser un meson; se acercó á ella violentamente y con gran satisfaccion porque ya el hambre se le hacia insoportable leyó encima de la puerta con letras enormes y casi ininteligibles.

MESON DEL BUEN SOCORRO,
SE HACEN ALMUERZOS, COMIDAS Y CENAS,
SE VENDEN
PULQUES Y PASTURAS PARA LOS ANIMALES.

—¡Bueno! dijo Gil Gomez, esta venta sí, no se

parece á la de esta mañana y me voy á desquitar, porque hace veinticuatro horas no pruebo bocado y tengo una hambre horrible.

Y frotándose las manos entró al patio de aquella hospitalaria mansion.

El posadero viejo alto y seco que era la personificacion mas viva del hambre, salió á recibirlo.

—Buenas tardes huésped; á lo que veo no hay muchos cuartos vacios en este magnífico meson, dijo Gil Gòmez con acento de franqueza y cordialidad, procurando ganarse la estimacion del posadero.

—Se engaña vd., señor mio, respondió éste con acento agrio como hombre que está acostumbrado á ejercer un dominio absoluto, se engaña vd., porque solo uno está ocupado.

—¡Ah! conque hay esta noche pocos pasageros, ¡es raro! porque la venta tiene fama en todos estos alrededores.

—Sí, uno solamente.

—Acaso un....

—Un venerable sacerdote, interrumpió el huésped, llevando su mano al sombrero en señal de respeto.

—¡Ah! un frai.... dijo Gil Gomez visiblemente contrariado por la presencia de aquel viagero que llegaba antes que él á las posadas, y que le recordaba el lance de la mañana.

—¿No desmonta vd?

—Sí; haga vd. que me preparen un cuarto, que le den un pienso á mi caballo colocándole en el mejor establo, porque aquí pienso dormir esta noche; pero sobre todo, dígame vd. lo que hay preparado de comida, porque tengo un apetito, como el que puede despertar el aspecto de esta venta.

—¿Cómo, lo que hay de comida? preguntó el posadero.

—Sí; cualquiera cosa, me conformaré con un pollo, unos huevos, un plato de *mole*, otro de frijoles, y.... y nada mas.

—Pues es muy estraño que no sepa vd. que aquí no se vende comida, sino solamente pasturas para los animales, dijo impasible el posadero.

—¿Cómo, cómo? ¿que está vd. diciendo? ¡Ah! sí, ya comprendo. Es vd. hombre de buen humor y se quiere chancear conmigo, al ver el terrible apetito que traigo, dijo Gil Gomez con una sonrisa forzada, queriendo él mismo disminuir el mal efecto de las palabras del posadero.

—No soy hombre que gasto chanzas, dijo éste con sequedad, le he dicho á vd. que aquí no hay comida y que solo se venden pasturas para los animales.

—¡Bien! ¡bien! continuó el hambriento viajero, intentando aturdir su dolor y caer en gracia al impasible ventero, con una estrepitosa aunque falsa carcajada, ¡bien! veo que sabe vd. llevar la broma hasta el fin, así me gusta, yo tambien soy hombre de ese mismo genio.

—Vaya, pues veo que esta vd. loco, caballero y que nada tenemos que hablar, murmuró el posadero volviendo las espaldas á Gil Gomez.

Entonces el jóven viagero comprendió la realidad de las terribles palabras de su huesped y vió que no se prestaba mucho á la conversacion y la fraternidad.

—¿Pero, y ese letrero que está á la puerta, no me da acaso derecho á pedir una comida? pregun-

tó con un acento que no se podia saber si era una disculpa ó un reproche.

—Ese letrero, caballero, hoy no tiene ya valor, puesto que el meson ha cambiado ya de dueño y que si á mi predecesor, le convenia tener aquí una fonda á mi no me acomoda vender mas que pasturas.

Gil Gomez iba tal vez á observar que se habria debido borrar el letrero para evitar equívocos; pero reflexionó que en las circunstancias en que se hallaba debia procurar no atraerse la enemistad del huésped al menos, ya que no habia podido atraerse su amistad, de manera que solo dijo con tono humilde.

—¡Esta bien! pero vd. me hará favor de darme alguna cosa de su comida, porque hace veinte y cuatro horas que no pruebo alimento, habiendo atravesado todo el dia llanuras desiertas.

—Pues tengo que desairar á vd. porque el sacerdote que ha llegado hace media hora, me ha hecho la misma súplica y le he dado cuanto habia reservado para mi cena.

—¡Maldito fraile! dijo Gil Gomez exasperado al ver cerrado por aquel enemigo invisible el único puerto de esperanza que le quedaba.

—¡Silencio, jóven libertino! gritó el posadero insolentado al ver el aspecto humilde y catadura pacífica, que el viagero habia tomado para congraciarse con él.

Gil Gomez sintió hervir su sangre á este grito insultante y altanero y sacudiendo fuertemente el brazo del posadero, que se sentia apretar por una tenaza de fierro, con su mano izquierda; mientras que con la derecha se apoyaba sobre el puño de su

espada, le dijo con acento reconcentrado de desprecio.

—¡Insolente! si vuelves á levantar la voz para mí, tendrás que arrepentirte muy de veras; quítate de mi presencia y haz cuidar de mi caballo y disponer mi cuarto.

A este acento y á esta amenaza el posadero cambió como por encanto, bajó la cabeza y fué á ejecutar lo que se le habia mandado.

Gil Gomez comprendió que al romper con el posadero, no le quedaba ya mas puerto de salvacion, para satisfacer su apetito, que la clemencia de su desconocido enemigo el sacerdote, y tomada su resolucion por esta parte, preguntó á un criado que atravesaba el patio, conduciendo un caballo que aunque de mal aspecto á primera vista, desde luego pareció al jóven, que era una autoridad en esta materia, un esbelto y fuerte animal para el camino.

—¿A quién pertenece ese magnífico animal?

—Al señor sacerdote que se ha alojado en el número cuatro, respondió el criado, admirado que alguno pudiese llamar á aquella cabalgadura de tan ruin aspecto, con el título de "magnífico animal."

—Con ese caballo, podria uno atravesar toda la Nueva España, y su dueño no sabe lo que tiene, pensó Gil Gomez; y despues de haber permanecido un momento silencioso como si fraguase algun plan atrevido, se dirigió al cuarto número 4 que le habian designado como habitacion del digno sacerdote, y llamó tímidamente á la puerta.

—¡Adentro! dijo una voz destemplada y vinosa.

—Gil Gomez abrió la puerta y se encontró frente á frente de un frailecito rechoncho y colorado,

de ojillos pequeños y vivarachos, de frente estrecha y que vestia el trage de los viandantes de la órden de San Francisco; estaba sentado á una mesa encima de la cual se veian algunos platos con alimentos, una torre verdadera de *tortillas* y un vaso enorme de color verde que aunque debia haber estado lleno de pulque, ahora solo lo estaba en la cuarta parte, merced á las libaciones del frailecico.

Gil Gomez saludó cortesmente al reverendo, tomando el aspecto mas compungido y mas mustio que pudo.

—Buenas tardes, amiguito, ¿qué se ofrece? preguntó el frailecito despues de haber alzado sus ojos para ver á Gil Gomez, y vuelto á bajarlos para continuar comiendo, ó mas bien devorando lo que tenia delante.

—Como su paternidad y yo somos, segun parece, los únicos huéspedes que debemos alojarnos esta noche en la venta, he pasado á visitarle y á gozar un rato de su conversacion, respondió el hambriento viagero, admirado de ver desaparecer como por encanto la torre de *tortillas*, quedando ya casi reducida á sus cimientos.

—¡Bueno! ¡bueno! pues siéntese vd., y hablaremos.

—¡Buen apetito! segun parece, continuó el jóven, viendo que si no se apresuraba, iban á salir fallidas las esperanzas que habia concebido.

—¡Oh! sí, con razon, como que hace dia y medio que no he probado bocado, dijo el sacerdote hablando con dificultad porque tenia la boca llena.

Gil Gomez iba tal vez á desmentirle, pero consideró que en vez de perder un tiempo precioso en

circunstancias semejantes, pensó que en la mañana habia hecho aunque sin saberlo lo mismo, y un pensamiento de violencia cruzó por su imaginacion exaltada por el hambre. Era mas fuerte, tenia justicia, estaba en una pieza encerrado con el franciscano y podia obligarle por la fuerza á ejecutar lo que debia haber hecho por la caridad y el derecho de gentes; pero él era grande y generoso, y hubiera puesto en práctica su pensamiento, solo con un hombre mas fuerte que él, y no con aquel endeble é inofensivo fraile, así es que desechó sus ideas siniestras y determinó tomar una venganza de igual especie que el pequeño mal que se le habia hecho y ¡cosa rara! para ponerla en ejecucion pensó en el magnífico, aunque de ruin aspecto, caballo de su enemigo, que él, en su calidad de buen conocedor, habia calificado á primera vista de escelente para correr sin fatigarse, que era lo que necesitaba para lo cual le era completamente inútil su caballo ciego, que ademas de esponerlo á mil peligros, habia podido correr solo el primer dia, gracias al reposo en que hacia un mes estaba; pero que al dia siguiente se negaria á galopar una sola hora.

Esta lucha y este plan que se forjó en su imaginacion le tuvo absorto cerca de cinco minutos, tiempo durante el cual, el padrecito hizo pasar al inmenso abismo de su estómago hasta el último fragmento de comida, dejando los platos tan limpios que ya no tenian necesidad de ser lavados.

—¡Vamos! ¿porqué está vd. tan triste? dijo este mirando á Gil Gomez con ojos medio dormidos, merced al inmenso vaso de pulque cuyos va-

pores comenzaban á subir á su cerebro desde su estómago.

—Es que aun tenia yo que pedir á su reverencia otro favor; pero no me atrevo.... dijo el jóven tomando el aire mas cándido que pudo.

—A ver, diga vd., y si es posible....

—He visto el caballo de su paternidad y....

—¡Ah! sí, un caballejo, que he comprado ayer en un meson, y que no sabe mas que ir á galope todo el dia, tan feo, como tan manso.

—Es, que con todo y eso puede tener admiradores, observó tímidamente Gil Gomez.

—Pues no sé cómo eso sea, ni quien....

—Yo, por ejemplo.

—¡Es posible.... vd.?

—Señor, le diré á su reverencia con franqueza lo que hay. Yo soy un jóven á quien envian sus padres al colegio; pero como siempre he vivido en la ciudad y jámás he caminado, no sé absolutamente montar á caballo y por consiguiente he venido con mucho miedo por todo el camino, porque el caballo que me dieron mis padres es el mejor de su hacienda y está valuado en trescientos pesos, ya se figurará su paternidad que clase de animal será; él por otra parte parece bastante dócil á la rienda; pero yo sin embargo, prefiero tener uno mansito, aunque sea feo y le propongo á su paternidad un cambio.

—Pero yo no conozco al animal ni lo he visto andar, dijo el franciscano, procurando disimular la codicia que sentia de poseer aquel caballo, que valia trescientos pesos.

—Si su reverencia quiere pasar á la cuadra para que lo veamos, dijo Gil Gomez.

—Vamos, continuó el franciscano.

Y los dos salieron de la pieza dirigiendose á la cuadra. Ya era completamente de noche, de manera que pidieron un farol para alumbrarse por el oscuro corral y poder reconocer al famoso animal. Gil Gomez le ensilló y le montó lo mas torpemente que pudo, á fin de hacer creer al religioso lo que acerca de su habilidad en equitacion le acababa de decir, despues tomando el farol, anduvo por toda la estension de la caballeriza, teniendo buen cuidado de alzarle la rienda á fin de que tomara un paso airoso y sin tropiezos.

El franciscano que contempló á aquel animal de tan bellas formas, de tan hermoso color, de tan nobles movimientos y de tan gallardo andar, no pudo menos de felicitarse interiormente de la casualidad que le habia hecho encontrar un colegial, que tal vez con una friolera de ribete le cambiaria por el suyo indudablemente inferior.

—¿Que tal? dijo Gil Gomez, que al descuido, habia observado los menores movimientos del franciscano.

—No es muy bueno, el animal; pero sin embargo haremos trato ¿cuáles son las condiciones?

—El caballo de su paternidad y cien pesos de ribete, dijo el jóven.

—Ya es mio ese magnifico animal, de á trescientos pesos, y he ganado ciento cincuenta lo menos, porque mañana mismo lo vendo en la primera parte que se me proporcione, pues en cualquier meson me lo compran por ese precio; estoy seguro; pensó para sus adentros el franciscano.

—¡Ah! pícaro fraile, ya caiste y aunque me ofrezcas la mitad, siempre habré ganado cincuenta

pesos, que tu habrás perdido en union de tu caballo, porque mañana ó pasado, tendrás que dejar en el primer meson, ese inutil mueble, pensó á su vez Gil Gomez.

El franciscano para disimular su alegría, tomó el farol y reconoció, segun es costumbre, el colmillo; pero se pudo alegrar mas, porque estaba mirando que era jóven, demasiado jóven todavia.

—¿Se resuelve por fin su reverencia? preguntó el primero Gil Gomez.

—Es demasiado caro por que es mucho lo que quiere vd. de ribete.

—¡Ah! pues entonces ni hablemos mas, dijo el jóven descontento y volviendo las espaldas.

—No, no, aguarde vd, verémos si siempre nos arreglamos, daré cincuenta pesos y mi caballo.

—Es muy poco.

—Sesenta.

—Todavía es poco.

—Setenta.

Gil Gomez pareció ablandarse.

—Aumente otro poco su paternidad y queda cerrado el trato.

—Vaya setenta y cinco, dijo el franciscano, que sentia renacer la alegría que por un momento habia perdido, al sentir que se le escapaba de las manos negocio tan productivo.

—Pues de una vez ochenta y no hablemos mas, dijo Gil Gomez.

—Vaya los ochenta, murmuró contentísimo el padrecito.

Y despues de haber dado órden á su criado, el franciscano, con un tono casi burlesco, que pusiera á disposicion de Gil Gomez su caballo y que cuida-

se del que acababa de venderle, los dos se dirigieron al despacho del posadero á fin de estender y recoger mutuámente un contráto del cambio.

—¿A qué hora parte mañana su reverencia? preguntó el jóven.

—¡Oh! no soy muy madrugador porque mi salud se quebranta, de manera que saldré á las ocho de esta posada, respondió el alegre frailecito.

—Pues siento no acompañar á su paternidad, por que debo partir á las seis cuando mas tarde.

—Pues entonces, vamos de una vez á mi cuarto para que le entregue á vd. su dinero.

—Vamos.

Y los dos se dirguieron al cuarto, donde el franciscano contó al jóven ochenta pesos en oro y plata que estrajo de un cinto que debajo de los habitos llevaba.

—Pues ahora, ¡buenas noches! mi padre, dijo Gil Gomez besando con hipocresia la mano del franciscano.

—Adios, hijo, respondió este con tono burlesco.

—Tonto muchacho, has vendido tu magnífico caballo de á trescientos pesos en menos de cien, porque el que llevas no vale ni treinta, pensó uno cuando el otro hubo salido.

—Bribon fraile, me has pagado el mal rato y el hambre que me has hecho sufrir en mas de cien pesos, porque dentro de dos ó tres dias, no te dan por la maula que llevas ni veinte, pensó á su vez el otro cuando se encontró fuera del cuarto.

Gil Gomez corrió á su aposento, guardó cuidadosamente su dinero en su maleta, despues se dirigió á la cocina, consiguió con mil trabajos un pedazo de pan y una taza de pésimo y negruzco chocolate

con el que apenas satisfizo el hambre que le devoraba, pagó al huesped adelantado el precio del cuarto y de la pastura de su nuevo caballo, al que hizo dar un buen pienso y se tendió sobre el durisimo y estrecho jergon que habian bautizado con el nombre de colchon, adonde no tardó en dormirse profundamente.

A las cuatro de la mañana se levantó, ensilló su nueva cabalgadura, atándole á la grupa su maleta, y la sacó en silencio al camino.

—Pícaro fraile, tú debes partir hasta las ocho y por consiguiente te llevo cuatro horas de ventaja; cuando conozcas el chasco que te he pegado ya será demasiado tarde, dijo Gil Gomez lanzando su caballo á galope.

A las diez almorzaba perfectamente en un meson del camino real, desquitándose del hambre del dia anterior, y al despedirse, preguntaba á la posadera,

—¿No ha pasado por aquí un jóven alto, pálido que monta un caballo negro?

—Aquí ha dormido cabalmente esta noche; pero ha partido al amanecer, le respondieron.

—Está bueno, tú tambien me llevas cuatro horas de ventaja; pero con este lijero caballo hoy mismo me uniré contigo hermano mio, pensó Gil Gomez.

Y de nuevo lanzó su caballo al galope siguiendo la direccion del camino real.

CAPITULO VIII.

Del estado de la Nueva España en 1810.

Dejemos á Gil Gomez corriendo detrás de Fernando, acercándose ambos al estado de Guanajuato, y tendamos una mirada al estado de la Nueva España, en la época de nuestra narracion, que como el lector recuerda muy bien, es en los primeros dias de Setiembre de 1810. No podemos menos para trazar este cuadro de repetir lo que otra vez hemos dicho en una tribuna popular.

Era el año de 1810: habian trascurrido tres siglos desde que Anahuac, la perla màs preciosa del mar de Colon habia ido á adornar el floron de la corona de Castilla. Ruinas, ¡ay! ruinas morales quedaban de la nacionalidad de los aztecas: ya no la alegria de la libertad, sino el silencio de la esclavitud; triste y espantador silencio, solo interrumpido de cuando en cuando por el sofocado gemido de la pesadumbre del esclavo!

La diferencia inmensa de riquezas, estableciendo una diferencia espantosa de clases: el español acumulando inmensos tesoros, el mexicano empapando con el sudor de su frente y las lágrimas de sangre de sus ojos, su profanada tierra, la tierra de sus padres y con el sentimiento de un pasado de libertad y un porvenir de servilismo, llorando; pero llorando con ese llanto del hombre esclavo que ahoga sus sollozos y sus suspiros, que cubre la desesperacion de su vergüenza con el manto engañoso de la conformidad; la hipocresia llevando su aliento de veneno hasta el rincon mas apartado del hogar do-

méstico; ahogando todos los sentimientos espontáneos del corazon y marchitando en flor las esperanzas de la vida; el sacerdote indigno, órgano de los vireyes, apoderándose de los secretos de las familias, especulando con su llanto, dominando con el poder de la conciencia, enseñando por credo una obediencia ciega al virey; los privilegios y concesiones para el español bien nacido, el tributo y la estorsion para el indio, la inquisicion con sus sombras, sus venganzas y sus martirios; los fueros de una nobleza, que no era nobleza: una nacion inerme, sin comercio, una nacion que no progresa, porque aun no comprende ni anhela comprender el espíritu civilizador del siglo; una nacion asida y arraigada á los ridículos fueros del siglo XV y á las viejas preocupaciones del XVIII; una gran nacion en fin, que parece un gran convento.

He aquí el estado de la Nueva España, estado funesto de despotismo del que parecia casi imposible salir. Sin embargo, un trono perfectamente consolidado en España, se habia abismado á los esfuerzos de un coloso y el estruendo que produjo al caer y el clamoreo de los vencedores, habian llegado á la Nueva España, como un eco perdido, eco que los dominadores intentaban apagar con el ruido de dobles y mas pesadas cadenas; pero los mexicanos comenzaban á comprender que el edificio monárquico mas sólidamente construido, cede á los esfuerzos de un gigante, y que muchos hombres unidos con el lazo de un martirio comun, una igual voluntad, un mismo deseo y sufrimientos semejantes, bien pueden formar ese gigante. El sol de la libertad recientemente conquistada, en los Estados-Unidos, habia lanzado débiles, pero claros

destellos sobre la noche de la esclavitud mexicana, alumbrando la inteligencia del hombre servil y haciéndole ver que tambien la dominacion adquirida sobre un pueblo por el derecho de la fuerza, de la resignacion necesaria, del tiempo y la costumbre, se pierde por los esfuerzos de ese mismo pueblo que tiene la conciencia de un existir social independiente y que en el espíritu mismo, eminentemente progresador del siglo, encuentra una palanca con que auxiliarse; diversos movimientos insurreccionarios en algunas provincias de la dominada América Meridional y aun en la misma Nueva España, con motivo del ataque de los comerciantes dirigidos por Don Gabriel del Yermo, contra el virey Yturrigaray, que habia sabido ganarse el cariño de la masa general de los mexicanos, aunque con descontento de la clase privilegiada, habian comunicado su oscilacion á todo el país, y habian venido por fin á hacer comprender á sus desdichados hijos, que tambien podia lucir para ellos en el horizonte de las edades, un dia en que la vida de tres siglos de despotismo se tornara en encantadora vida de libertad; en que el sol que hasta allí habia alumbrado humildes frentes inclinadas á la tierra bajo el peso del sufrimiento, lanzara sus consoladores rayos sobre la erguida y serena frente de hombres libres. Pero ¿quién podria proferir esta palabra "libertad" fuera del círculo del hogar doméstico, sin temer que el viento del espionage y la denuncia, la llevase hasta los oidos del orgulloso dominador? ¿qué mano se alzaria armada de una espada, sin que dos cadenas la sujetasen? ¿qué pecho lanzaria un grito de guerra sin que mil puñales lo atravesaran? ¿qué voz de desesperacion podria llegar á unos la-

bios sin ser antes ahogada en una garganta? ¿qué ojos húmedos por las lágrimas del desconsuelo brillarian con la espresion del entusiasmo varonil, sin ser cerrados á la luz purísima de Dios? ¿qué cabeza podria alzarse erguida al cielo, sin rodar ensangrentada á la tierra?....

Este era el estado de la Nueva España en la época de nuestra narracion. ¿Qué podriamos añadír á lo que han dicho escritores tan eminentes como Alaman y Bustamante? Sin embargo, nosonosotros, jóvenes sin distinciones, ni honores, y por consiguiente imparciales, nos atrevemos á hacer un reproche á estos grandes hombres de México. Nos parece que el estrangero que desde lejanas tierras, y por consiguiente, ignorante de nuestro carácter, y de nuestros instintos, lea la historia de nuestra revolucion por Don Lucas Alaman, no puede menos de indignarse contra una colonia tan ingrata como México que recibiendo, segun este autor, toda clase de beneficios, de garantías, de civilizacion de la España, osó revelarse contra ella. Nosotros hemos derramado lágrimas al ver tratados por él, á los hombres que iniciaron nuestra independencia, como vagos, ladrones, tahures, ingratos ó asesinos; mientras que se trata á los dominadores como hombres clementes, bondadosos, nobles, que pagaban con actos de generosidad, los crímenes y los actos de atrocidad.

Es cierto que muchos de los hombres que trabajaron en la obra de nuestra independencia eran salidos de la hez de nuestra sociedad, es cierto tambien que entre los españoles habia hombres nota blemente benéficos; pero eso no forma una regla general y ¡ay! nunca un escritor debe valerse de su

reputacion para calumniar y poner á los ojos del estrangero, como indigno, á un país ya desdichado y ya calumniado sin culpa; nunca debe desmoralizar al pueblo hoy desmoralizado ya, mostrándole los crímenes consiguientes á una guerra casi de castas, y no el noble principio que causó su emancipacion. El cuadro histórico de México que trazó el eminente patriota Don Cárlos Bustamante, á pesar de estar escrito en un estilo sublime que verdaderamente encanta y arrebata, tiene sin embargo el defecto de caer en el estremo opuesto, de exagerar y dar un tinte novelesco á hechos demasiado sencillos, de pintar con colores demasiado vivos una crueldad en los dominadores que no simpre existia. Don Lorenzo Zavala, es el escritor mas imparcial y mas esacto que hemos tenido y sin embargo, hay en él un espíritu de parcialidad muy ligero, tan leve solamente como el que puede traslucirse en un libro escrito en un destierro, en climas estrangeros, con el recuerdo y las impresiones recientes de persecuciones injustas por enconos de partido.

Nosotros no profanamos la memoria santa de los muertos. Esos hombres eminentes ya no existen. Nosotros veneramos su recuerdo siempre tierno á nuestro corazon; como escritores los admiramos y los hemos estudiado: como hombres públicos los hemos respetado: cuando existian, los amamos con ternura; pero desnudados de todo espíritu de partido, amantes patriotas por corazon y por juventud, escritores desinteresados que nunca hemos manchado la limpia reputacion de los hombres de mérito por adular un partido y crearnos así una popularidad ficticia, creemos y nos atrevemos á decir, que

el principal dote de un historiador es la imparcialidad, y mas nosotros mexicanos que necesitamos desvanecer las malas ideas que acerca de nosotros se tienen en Europa, ideas esparcidas por ingratos literatos estrangeros, que despues de recibir en nuestro país una franca y generosa hospitalidad, nos han vendido como villanos al volver á su patria.

Como hemos dicho ya, los mexicanos al ver el estado de duda y aun de temor del gobierno, comprendian que era necesario que se efectuase un cambio, aunque no sabian de qué especie y acaso el mas remoto de todos les parecia el sacudimiento del yugo de la península, puesto que no habia unidad de pensamientos desde el gobierno de Yturrigaray, que como hemos dicho era el ídolo de los mexicanos que formaban la clase mayor y mas miserable y habia sido detestado por casi todos los españoles que casi constituian la clase privilegiada, el arzobispo Don Francisco Javier Lizana y Beaumont que habia sido elevado al vireinato, verdaderamente por los comerciantes ó *parianistas*, no fué amado ni odiado, puesto que era un anciano pacífico y rezador que no hizo ni bien ni mal, permaneciendo una gran parte del tiempo de su gobierno, postrado por su enfermedades y achaques, en una cama donde no hacia mas que firmar las órdenes y disposiciones dictadas, por los oidores é intendentes y que necesitaban el sello vireinal. En lo único que habia unidad de pensamientos entre españoles y mexicanos, era un amor entrañable á Don Fernando sétimo rey de España, á quien se llamaba con cariño y respeto "El deseado" y una aversion y odio profundo á Bonaparte, á su her-

mano José y á Joaquin Murat á quienes se pintaba con los colores mas negros, prodigándoles los epítetos mas injuriosos en anónimos versos que se imprimian sueltos y aun en el "Diario de México," periódico que daba todas las importantes noticias que se tenian de la península, acerca de la invasion del ejército francés. De aquí comenzó á resultar una division de opiniones y un gérmen de discordia, que casi desde la famosa conjuracion del marqués del Valle, no se habia notado, habiendo frecuentes disputas y aun riñas entre los adictos al rey Fernando, que como hemos dicho, formaban la mayor parte y los adictos á Bonaparte ó *Napoleonistas;* por consiguiente, en las provincias de Veracruz, Puebla y México que estaban en comunicacion mas directa con la península, estaban los ánimos preocupados con la invasion francesa. No sucedia lo mismo en las de Querétaro, Guanajuato, Valladolid y otras de *tierra-adentro*, donde se trataba del gobierno de la Nueva España y en donde comenzaba á notarse una division bastante marcada entre españoles y mexicanos, tal vez á causa de la diferencia de riquezas que allí mas particularmente se podia notar, siendo los primeros los poseedores de inmensas haciendas, que aunque empleaban un gran número de indios, les trataban sin embargo de un modo demasiado cruel y tiránico.

Finalmente, pocos dias antes de la llegada al país, del virey Venegas se habia descubierto una conspiracion en Querétaro, en la cual estaban interesados el corrregidor de la ciudad Domiguez y su esposa, muger varonil, emprendedora, que aborrecia á los Españoles y amaba entrañablemente á los

criollos, que mantenia numerosas relaciones con personas eminentes de todas las clases de la sociedad, como militares, sacerdotes, grandes empleados y aun hombres del pueblo, esta conjuracion se ramificaba estensamente en casi toda la provincia de Guanajuato. Se trataba de dar el golpe que consistia en apoderarse de todos los empleados de categoria de la ciudad en la noche del 22 de Agosto; de sobornar á la guarnicion, muchos de cuyos oficiales estaban comprometidos en la conspiracion y así que se contara con todos esos elementos, de pedir un cambio completo en el personal del gobierno: pero los conjurados, que se reunian en la casa del corregidor algunas noches bajo el pretesto de una tertulia literaria, fueron demasiado torpes y la conspiracion por consiguiente fué descubierta, habiéndose cateado la casa de dos de los principales personages de ella, los hermanos Gonzales y encontrado papeles importantes, armas, provisiones de guerra, á pesar del retardo en obrar del mismo corregidor Dominguez, que fué el que recibio la órden del intendente de prender á su complice.

El Virey Venegas, que era el que sustituia á Lizana y Beaumeont, habia desembarcado en Veracruz el 25 de Agosto, y habia recibido la noticia de esta conspiracion, en Jalapa, dos dias despues; con la cual siguió su camino para la capital adonde llegó el 14 de Setiembre. Este personage, que el rey de España enviaba á México para desembarazarse de él, segun decian, siéndole inútil como brigadier, puesto que habia obrado torpemente en la batalla de Almonacid, adonde fué derrotado por el general Sebastiani que mandaba una fuerza tres veces menor que la suya; pero hombre sagaz y as-

tuto en el gabinete, dotado de una gran sagre fria en las circunstancias mas dificiles y apuradas; llegaba ciertamente en muy mala época, en época en que como hemos dicho se habia generalizado las ideas de rebelion y aun de independencia; además fué bastante mal recibido, puesto que se creia que era partidario de Bonaparte y que en la batalla de Almonacid habia obrado por soborno y acuerdo con los frances; de manera que el descontento era ya general en la Nueva-España. Recordamos la terminacion de unos versos anonimos que se imprimieron en la capital el dia de su llegada, aludiendo á el traje con que se presentó, que era muy semejante al que usaban los generales de Bonaparte.

Sombrero, solapa, cuellos,
Las botas y el pantalon,
Todo nos viene anunciando
La hechura de Napoleon.

La conjuracion de Querétaro, como hemos dicho se ramificaba estensamente; siendo una de sus principales caudillos Don Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores, en la provincia de Guanajuato, que estaba además de acuerdo c n la mayor parte de los oficiales del regimiento de dragones de la reina y mas principalmente con los capitanes Don Ignacio Allende, Don Juan Aldama y Don Mariano Abasolo, y el paisano Don José Santos Villa, que vivia con él en el curato.

Era Hidalgo un anciano de mas de sesenta años, de genio afable aunque naturalmente melancólico, habia hecho sus estudios con muy buen provecho

en el colegio de San Nicolás de Valladolid, pasando á servir al curato de Dolores por muerte de su hermano Don Joaquin; adonde se ocupaba los ratos que le dejaba libres su ministerio en el cultivo y cuidado de viñedos y moreras, en proyectos de mejoras marteriales en el pueblo, fundando varias escuelas, una fábrica de teja y ladrillos, otra de polvora y fundicion; era tambien muy afecto á la música y habia creado una escoleta, á la cual él mismo solia asistir algunas noches. Hacia frecuentes viages á Guanajato, adonde tenia estrechas relaciones con el intendente de esta provincia, Riaño y su familia; hacia cuatro meses, qne estos viajes eran demasiado frecuentes sin que se supiese el objeto, solamente se conocia que andaba triste v preocupado por algun grave cuidado.

A mediados del mes de Agosto, se despedia de sus amigo en Guanajuato, con las siguientes palabras.

—Creo que en los primeros dias de Setiembre, volveré bastante acompañado.

¿Qué idea triste lo preocupaba de esta manera tan notable?

¿Que pudo hacerle pensar en la Independencia de la Nueva-España?

Dificil es saberlo. Sus enemigos han dicho que la ambicion, que la envidia que le causaba el ver que los religiosos americanos, nunca podian llegar á las elevadas categorias de la Iglesia, como los Españoles qne desempeñaban constantemente las canongias y los obispados. Otros han dicho que el simple deseo de hacer independiente del yugo de la peninsula á su patria.

Lo primero es una calumnia.

Lo segundo es una exageracion.

Nó podia pensar él, que era naturalmente pacífico y bondadoso, en conseguir una dignidad, por medio de una revolucion de tan dudoso éxito.

No podia creer posible en aquella época, ó si lo creyó fué un Dios, en sacudir un yugo de tres siglos, que contaba en su apoyo, la costumbre, el tiempo, los lazos de familia, las preocupaciones, la ignorancia, la poca estension de las ideas de libertad, hoy tan generalizadas.

No.... Hidalgo al principio solo pensó en la felicidad de la clase indigena, á quien amaba; despues cuando pudo notar el efecto que su movimiento habia producido en todo el país, pensó en legar á la generacion venidera una libertad, que él no podria gozar porque debió presentir lo que le esperaba; pero hizo el sacrificio de su vida en las aras de la patria.

Entre las muchas anecdotas que hemos oido referir acerca de las causas que motivaron la resolucion de Hidalgo, no podemos menos de contar á nuestros lectores, una que hemos oido relatar siendo niños, en nuestro pais natal, á las nodrizas y gente del vulgo.

Hidalgo dormitaba una tarde á las tres, en un sillon de su sala; un antiguo amigo, (cuyo nombre no refiere la crónica) que habia venido á pasar con él una temporada en el curato, hacia lo mismo en un canapé. Era el mes de Marzo, el calor era ardentísimo. Un ruido demasiado ingrato, el de varias cornetas y atambores, que aprendian á tocar en la plaza, hácia la que daba el curato, unos soldados de un regimiento de tropas, que últimamente habia venido á acantonarse en el pueblo, llegaba

hasta los oidos de los dos amigos impidiéndoles conciliar el sueño.

—¡Cuanto ruido hacen esas cornetas y esos tambores, murmuró Hidalgo; renunciemos amigo mio á dormir la siesta, porque no podrémos conseguirlo.

—Malditos *gachupines*, ni descansar me dejan, murmuró el soñoliento huesped con descontento.

—Somos en efecto, víctimas de su orgullo y de su tiranía, continuó el cura levantándose de su sillon, y paseándose por la sala con una triste lentitud.

—Ya ve vd. Don Miguel, de que modo tratan á nuestros pobres indios, que son por derecho los únicos dueños de este rico y fértil suelo; se han apoderado de nuestras riquezas, son los poseesores de todo lo que nos debia pertenecer y nos tratan como esclavos, dejándonos sumidos en la ignorancia y el servilismo, dijo el huesped con acento reconcentrado de cólera y desprecio.

Derrepente, el cura, se quedó parado en medio de la pieza, con los ojos clavados en el suelo, con las manos sobre su frente, como si un pensamiento, dominador, una idea gigantesca lo avasallase. Des pues cerró con precaucion las puertas y se acercó lentamente al canapé, en que reposaba su amigo, mirándole fijamente y diciendo en voz baja, tan baja como si temiese ser escuchado.

—¿Vamos haciéndonos independientes de ellos y arrojándolos de nuestra patria?

—Silencio, Don Miguel ¿quiere vd. acaso morir? dijo el huesped con muestras visible de espanto.

—¿Qué importaria la muerte, si yo consiguiese la felicidad de los indios?

—¿Pero está vd. loco, acaso, amigo mio, no se imagina que destruir un yugo de tres siglos, es un sueño de febricitante?

—¿Y si lo llegase á realizar?

—Si lo llegase vd. á realizar lo consideraria como á un dios.

—¿A cuantos estamos hoy? preguntó el cura, visiblemente conmovido.

—A 21 de Marzo de 1810.

—¿Me promete vd. amigo mio, juntarse conmigo precisamente, dentro de un año, para que hablemos de este mismo asunto y entonces se convencerá de si es posible lo que acabo de decir? dijo el cura.

—Si Dios me presta vida, le juro á vd. Don Miguel, que nos juntarémos, si por otra parte aun no ha sido vd. muerto.

Un año y medio despues de esta conversacion, precisamente el 1 de Agosto de 1811, un gran acontecimiento preocupaba á los vecinos de la villa de Chihuahua, los insurgentes habian sido derrotados y su principal caudillo, el que habia iniciado la revolucion, el cura de Dolores Don Miguel Hidalgo y Costilla, habia caido prisionero é iba á ser fusilado dentro de muy pocas horas. Momentos antes de ser conducido al patíbulo, un hombre se presenta, suplicando que se le permita hablar algunas palabras con el cura, porque éste debe hacerle algunos encargos postreros. El gefe español Salcedo, se niega primero abiertamente á conceder esta entrevista, pero por fin, viendo que nada hay ya que temer de un hombre á quien se conduce al patíbulo accede á la peticion del solicitante que es llevado delante del reo.

—Don Miguel, ¿se acuerda vd. de nuestra promesa de hace un año? le dice el amigo estrechándolo entre sus brazos y sollozando silenciosamente.

—En eso pensaba nada menos hace un momento, y aun creia que faltase vd. á ella, porque el plazo ha pasado ya hace algunos meses, le responde el cura tranquilamente, como si le esperase para una fiesta.

—¡Ay! amigo querido, es cierto que ha cumplido vd. lo que pensó; pero tambien es cierto que se ha relizado lo que le pronostiqué.

—¿Qué importa la muerte, cuando la conciencia está tranquila, cuando se ha legado á un país su libertad? porque esta revolucion que yo he iniciado, ya no terminará sino con la independencia de nuestra patria.

—¡Oh! no, no terminará, mientras haya corazones nobles y honrados de mexicanos, Don Miguel, se lo juro á vd., mientras cada hombre tenga un amigo, un hermano á quien vengar, esclama el valeroso y honrado insurgente.

—Adios, mi leal amigo, adios para siempre.

—Adios, Don Miguel, ¡alma sublime que ha conquistado el cielo con el martirio! adios para siempre.

Y el cura de Dolores, despues de haber estrechado á su amigo entre sus brazos, marchó con paso firme al cadalso.

Ahora que ya conocemos el estado de la Nueva España en 1810, ahora que ya sabemos quién es el cura Hidalgo, ahora que ya hemos visto descubierta la conspiracion de Querétaro, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

CAPITULO IX.

De lo que pasaba en el pueblo de Dolores la noche del 15 *de Setiembre de* 1810.

Eran las doce de la noche. Reinaba un profundo silencio en toda la estension del pueblo de Dolores. Ni un rumor, ni una luz, ni nada que indicase que alguno de sus habitantes estuviese despierto. Sin embargo, en una de las ventanas del edificio mas vasto, cuyas sombras, se destacaban algo mas imponentes sobre el techo de las demas casas, se veia brillar una luz ténue, vaga, como la que produciria una lámpara próxima é estinguirse.

¿Qué escena alumbraba aquella modesta luz?

¿Quién velaba á horas tan avanzadas de la noche en aquel aposento del pobre curato?

Derrepente la profunda calma de la noche fué turbada por las pisadas de un caballo que se acercaba, interrumpiendo la solemne monotonía de las calles.

¿Quién tan á deshoras interrumpia el silencio?

Si era un viagero, debia ciertamente seguir adelante su camino, porque nada indicaba que en aquel miserable pueblo hubiese una posada, y en todas las casas dormian profundamente.

¡Pero es tan triste caminar durante la noche! sin ver los sitios que atrás se van dejando, sin que las bellas perspectivas que se van contemplando diviertan la amargura del corazon que á medida que camina se aleja del hogar querido, del país natal, donde se quedan madre, hermanos, amigos, cuanto se adora en la inmensa playa de la vida, ó bien no

se pueden reconocer los sitios queridos que volvemos á atravesar despues de una larga ausencia, aquellos lugares que nos hablan de un pasado mas feliz, de nuestra dulce infancia, recuerdos de objetos queridos ya perdidos para nosotros, que de su vida solo han dejado una tumba en la tierra y una eterna imágen en nuestra memoria.

El ruido se fué haciendo mas distinto.

Eran en efecto las pisadas de un caballo, que conducia un ginete cuya fisonomía no se podia reconocer, porque la velaban las densas sombras que inundaban el espacio.

—¡Qué noche tan oscura! no se ve uno ni las manos y si no viera yo las sombras y los bultos de las casas, creeria que todavía me encuentro en el camino real, murmuró el viagero. Me he estraviado completamente, no se si ya he llegado ó todavía me encuentro lejos de San Miguel el Grande, este pueblecillo no debe ser, segun las señas que ayer me han dado. Pero estoy seguro, continuó el ginete hablando consigo mismo, que he pasado á Fernando ya, porque hace cinco dias que me llevaba solamente cuatro horas de ventaja y yo he corrido dia y noche casi sin cesar, siguiendo el mismo camino. ¿Qué le habrá sucedido? En las primeras postas me decian que lo habian visto pasar; pero debe haber cambiado de ruta porque en aquel pueblecito me dijeron que hacia solo una media hora que habia pasado por allí y yo he lanzado mi caballo al galope sin que á pesar de ello le haya dado alcance. ¿Cómo se llamará este pueblecito? Debe ser tal vez Dolores. ¿Pero cómo saberlo seguramente para seguir el camino ó detenerme? Todos duermen profundamente. ¿Lla-

maré á la primera puerta que encuentre? porque mi caballo es imposible que avance mas sin caer muerto, ha hecho mas de lo que yo me esperaba y el buen fraile nunca sabrá la clase de prenda que perdió. Mas ¡ah! ya distingo allá una débil luz; ¿pero me da esa luz derecho para procurar penetrar en el aposento que ilumina? Acerquémonos á ese edificio que debe ser el curato, porque está cerca de una iglesia y veamos si nos quieren dar posada.

Por este diálogo que el ginete ha sostenido consigo mismo, el lector habrá conocido á nuestro camarada Gil Gomez, á quien dejamos corriendo detrás de Fernando, despues de haber hecho pagar demasiado caro al franciscano, el mal rato que le dió, haciéndole cargar con el ciego animal y arrancándole ademas un fuerte caballo y ochenta pesos mas de gajes.

Gil Gomez se habia detenido precisamente en frente del edificio donde veia brillar la luz, y se preparaba á buscar su puerta para llamar, cuando se quedó mudo, procurando fijar su atencion.

Le parecia haber oido un ruido interrumpiendo el quietismo sombrío de las calles.

Era el galope precipitado de un caballo que se acercaba.

Se conocia desde luego que su ginete, aunque le guiaba por la oscuridad, conocia perfectamente el camino y anhelaba acercarse al edificio cuya luz parecia ser en esta negra noche el faro de los caminantes: parecia que ademas de las sombras una fuerte idea lo preocupaba, porque no distingió el bulto que formaban Gil Gomez y su caballo y con-

tinuó su precipitada carrera en la direccion y en la misma línea en que éste se habia detenido.

Cuando el jóven quiso hacer á un lado su caballo, ya era tarde, porque el del presuroso incógnito ginete, se chocó con él tan violentamente, que los dos animales se encabritaron y los dos ginetes ca yeron al suelo, sorprendidos por aquel brusco y violento choque; profiriendo un enérgico voto.

—¿Quién diablos va? preguntó un acento varonil y colérico haciendo además llegar á los oidos del molido jóven un sonido bastante espresivo, el de un gatillo de pistola que se monta.

—Esa misma pregunta hago yo, ¿quién diablos va que así atropella á los ginetes que están parados? dijo á su vez Gil Gomez, sacando de la vaina su enorme espada.

—No tengo que dar cuenta á nadie de mis acciones, dijo la misma voz con acento irritado.

—Pues lo mismo digo yo, continuó el jóven.

—Pero á mí me toca averiguar, qué hace vd. en este sitio ó de lo contrario....

—Pero á mí no me acomoda decirlo, interrumpió el jóven.

—Pues me lo va vd. á decir ahora mismo, continuó el incógnito viagero acercándose á Gil Gomez, y apuntando con una pistola en la direccion en que se encontraba.

—Eso lo veremos; dijo éste, poniéndose á su vez en guardia con su aún vírgen sable.

—¿Gil Gomez era acaso tan valinte que así despreciaba el peligro?

Hasta ahora no lo hemos podido conocer, porque hasta aquí ha sido un niño y no se ha presentado ninguna ocasion en que probarlo; pero indudable-

mente lo es cuando conociendo que seguramente lleva la peor parte, espera sin embargo sereno á un enemigo que por su acento y sus modales indica que debe ser terrible; cuando él espera con una espada á un hombre que lo amenaza con una pistola.

El desconocido iba á hacer fuego y á tender muerto indudablemente á su inesperto enemigo; pero se detuvo, reflexionando tal vez que el ruido del tiro podia causar una alarma, que á él por razones que pronto sabrémos no le convenia de ninguna manera; así es que sacó tambien su espada y se acercó completamente.

La lucha se trabó en medio de la oscuridad y la calma mas profunda.

Gil Gomez conoció al primer tajo, que tenia que habérselas con un adversario terrible y muy diestro en el manejo de una arma con que él combatia por la primera vez de su vida; pero la oscuridad de la noche le favorecia y no cejó ni una pulgada al principio. Las espadas se chocaban de una manera terrible.

El desconocido avanzaba tanto y permitia tan poco que se le acercasen, que Gil Gomez se vió obligado á retroceder primero un solo paso.

—¿Pero que hacia vd. aquí, frente á la casa del señor cura á estas horas tan avanzadas? preguntó el desconocido sin dejar de atacar al demasiado atrevido jóven.

—¿Qué hacia yo? pensar si llamaria á la puerta para pedir hospitalidad, respondió el jóven defendiéndose lo mejor que podia, pero sin poder atacar á aquel enemigo tan vigoroso.

—Eso no es cierto.

—Yo nunca miento.

Y siguieron batiéndose con doble encarnizamiento.

¿Qué va á ser de tí, pobre niño, que por vez primera en tu vida te defiendes de un adversario tan terrible, que quien sabe porqué casualidad providencial no te ha destrozado ya completamente.

¿Qué va á ser de tí, que no has cometido mas crímen que atravesarte en el camino de un hombre que corre con precipitacion; de tí pobre niño, lleno de ilusiones y esperanzas, que te sacrificas gozoso en las aras de la amistad, y de la fraternidad.

Adios hermosos sueños de la juventud. ¡Adios hermano Fernando, ya no me podré unir á tí, ni servir en tu compañía como oscuro soldado.

¿Pero porqué no huir? ¿Porqué no rendirse?

¡Oh! no ¡imposible! primero morir que hacer un acto de cobardía.

¡Bien! ¡muy bien! ¡pobre niño! honor á los nobles sentimieutos.

Por fin Gil Gomez sintió un agudo dolor en la muñeca derecha.

Y exhaló á su pesar un ligero grito: sin embargo continuó defendiéndose todavía; pero derrepente su mano falseó y su adversario al notarlo, giró un quite que lanzó su espada á algunos pasos de distancia.

Gil Gomez podia entonces haber huido ó haber suplicado, porque esta fuga ó esta suplica estaban hasta cierto punto justificadas, porque estaba herido y desarmado á merced de la cólera de su adversario. Pero esta determinacion solo podia caber en un corazon menos noble, menos valeroso que el su-

yo, así es que se quedó de pié con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando sereno al desconocido.

Pero este por otra parte, á pesar de que en la lucha habia desplegado un furor estraordinario, parecia un hombre igualmente generoso y al ver desarmado á su enemigo, bajó su espada en ademan de tregua.

Los dos permacieron un momento silenciosos.

El incógnito rompió primero el silencio, preguntando con un acento verdaderamente amistoso y conciliador.

—Vamos, ¿diga vd. por fin qué es lo que hacia en este lugar y á estas horas?

—¿Volverémos de nuevo á las andadas? respondió el jóven con su tono jovial, ¿no le he dicho á vd. ya que me habia detenido al ver esa luz pensando si deberia pedir hospitalidad por esta noche?

—Pues cualquiera diria que acechaba vd. y espiaba lo que dentro del curato pasaba.

—Maldito si me importa á mi nada de eso, cuando ni se el nombre del pueblo en que me encuentro.

—¿Es cierto eso?

—Tan cierto como ser de noche, este pueblo se ha atravesado en mi camino, sin que yo haya venido á buscarle. ¿Es acaso San Miguel el Grande?

—No ciertamente y si error de tamaña distancia es cierto, no se puede afirmar que haya vd. caminado alguna vez por estos países.

—Seguramente que no, puesto que vengo de tierrras muy lejanas.

Habia tal sello de franqueza en el juvenil acento de Gil Gomez, que el desconocido no pudo me-

nos de convencerse que habia obrado con demasiada precipitacion con respecto á su juicio.

—¿Me dá vd. su palabra de caballero de que no es un espía y un denunciante, enviado por el intendente de la provincia? piénselo bien antes de hablar, si eso fuese le perdonaré y le dejaré partir con la condicion de no volver á ocuparse del cura Hidalgo, pero si me engaña ¡oh entonces cuidado con el pellejo!

—Le juro á vd. que ni sé de que espionage se trata, que soy un viagero cansado que anhela llegar á San Miguel el Grande y nada mas, respondió Gil Gomez.

—Está bien jóven, lo creo á vd. de buena fé.

—Gracias caballero.

—¿Esta vd. herido? preguntó el desconocido.

—Muy poco, es un ligero rasguño en la muñeca, segun creo, aunque me ha hecho abandonar la espada hace un momento.

—Busquemos nuestros caballos y penetrémos en esa casa.

Y los dos viageros despues de haber reconocido su cabalgaduras, que sea por cansancio, sea por una completa indiferencia, se habian quedado quietas despues de haber derribado á sus ginetes, se acercaron á la casa á cuya puerta llamó el desconocido de una manera particular, como si fuese seña de antemano convenida entre él y los habitantes de ella.

—¿Es decir, que vd. se dirigia á esta casa? preguntó Gil Gomez

—Sí, y por cierto que me ha hecho vd. perder un cuarto de hora de un tiempo precioso en que he contado hasta los minutos.

Tardaban tanto en abrir que el desconocido volvió á repetir la misteriosa señal.

—¿Quién es? preguntó al cabo de un momento, una voz ya trémula aunque todavía enérgica, detrás de la puerta.

—Yo, señor Don Miguel, yo, el capitan Aldama, respondió el desconocido adversario de Gil Gomez.

La puerta se abrió con dificultad; poniendo á la vista de los desvelados viageros á un anciano que llevaba un farolillo en la mano.

—Buenas noches, señor capitan Aldama, ¿qué es lo que pasa? ¿qué lo trae á vd. por aquí á horas tan avanzadas?

El viagero cuyo nombre acabamos de saber, iba tal vez á responder apresuradamente á la pregunta del anciano; pero se detuvo haciéndole una señal de inteligencia y diciéndole con un acento al parecer perfectamente tranquilo é indiferente, señalando á Gil Gomez, que observaba con atencion la noble fisonomía del anciano.

—Me atrevo á presentar á vd. este valiente jóven y á demandar la hospitalidad para él en esta casa, por que está levemente herido.

El anciano levantó la cabeza y á los resplandores de la lámpara, lanzó una mirada profunda y observadora sobre la inteligente y franca fisonomía de Gil Gomez.

Este sintió sobre sí el magnetismo de aquella mirada ya apagada, aunque todavía ardiente; pero tuvo bastante sangre fria para sostenerla sin turbacion.

El anciano debió leer en aquella fisonomía espresiva y juvenil, sentimientos nobles que le die-

ron confianza, porque dijo con un tono de benevolencia que encantó á Gil Gomez.

. —Este jóven puede alojarse en el curato y todo el tiempo que quiera, para lo cual voy á hacer que se le disponga un habitacion y se le dé algun alimento.

Y el anciano poniendo la lámpara en las manos del capitan Aldama, se internó en la casa diciendo en alta voz.

—Don Santos, Don Santos.

—Mande vd. señor Don Miguel, le respondió una vos soñolienta; pero respetuosa.

Mientras que el anciano daba órdenes respectivas al alojamiento de Gil Gomez, el capitan Aldama pudo á su vez observarlo á su sabor aunque con mas imprudencia y detencion que aquel, puesto que alzó la linterna á la altura de su cara, mirándole fijamente por al algun tiempo.

Pero tambien le debió simpatizar la fisonomía del jóven, porque estrechando su mano cordialmente, le dijo con acento afectuoso.

—Dispense vd. amiguito que lo haya tomado por un espía y haya pretendido tratarle como tal; pero como tiene vd. la imprudencia de pararse en medio del camino de un hombre que corre precipitadamente en medio de una noche tan oscura.

—Está vd. completamente disculpado, señor capitan; pero creo que su mal juicio con respecto á mí se habrá desvanecido, por que un espía se habria rendido ó habria huido.

—Completamente jóven, y en lo sucesivo cuente vd. con mi amistad; pero, esta vd. herido y ya lo habiamos olvidado.

—No es gran cosa, señor capitan, dijo Gil Go-

mez, dejando ver su puño derecho enteramente ensangrentado, á tiempo que el anciano volvia á acercarse.

—¡Cómo! dijo éste, ¿está vd. herido? y yo lo habia olvidado.

—¡Oh! no señor, es un simple rasguño que nada vale.

—Don Santos, Don Santos, volvió á llamar al anciano.

Un hombre ya de edad, tipo medio entre el criado de confianza y el amigo agradecido, se presentó.

—Hágame vd. favor de traerme un poco de agua.

El criado se apresuró á ejecutar lo que se le mandaba.

El anciano estrajo de su bolsillo un pañuelo blanco de fina batista, le desgarró en tres ó cuatro girones, empapando uno de ellos en el agua que el criado le presentaba en una bandeja.

—¿Qué hace vd., señor? preguntó Gil Gomez, todo cortado al verse atendido de aquella manera tan benévola.

—Ya vd. lo vé, jóven, curar su herida, dijo el anciano, enjugando con delicadeza la sangre que brotaba á pequeñas gotas de su puño, escurriendo por sus dedos.

—¡Oh! señor cuanta molestia he venido á causar en esta casa.

—Nada de molestia, jóven, por el contrario yo tengo mucho gusto en aliviar sus padecimientos, dijo el anciano, envolviendo cuidadosamente con su desgarrado pañuelo el puño de Gil Gomez.

—Mil gracias, señor, mil gracias, dijo éste.

—Ahora, jóven, buen apetito y buen sueño; aunque á su edad de vd. nunca falta ninguna de las dos cosas, dijo el anciano indicando á Gil Gomes que siguiese al criado.

Buenas noches, padre mio, dijo el jóven besando respetuosamente la mano del anciano; pero no con aquel beso burlesco, que le hemos visto dar en la venta al gastrónomo franciscano, sino con el que marca el sellode un respeto y de un agradecimiento profundos. Buenas noches, señor capitan, y siento sobre manera haberme atravesado á mi pesar en su camino y haberle hecho perder un tiempo precioso segun vd. dice.

—Adios, bravo jóven, respondió éste con tono afectuoso.

Gil Gomez siguió al criado volviendo á lanzar una última mirada á aquel anciano religioso de fisonomía tan noble que una vez contemplada no se podia borrar de la imaginacion y preguntando á su conductor:

—¿Cómo se llama este buen sacerdote?

—Se llama Don Miguel Hidalgo y Costilla, le respondió.

—No sé qué tiene esa fisonomía que cautiva tanto y causa tan profunda impresion. Seria yo çapaz, aunque apenas le acabo de conocer, de dejarme morir por él, pensó Gil Gomez.

Hidalgo y el capitan Aldama, penetraron en un aposento que servia de sala al curato, colocó el primero el farolillo sobre una mesa y cerró cuidadosamente la puerta que daba á las habitaciones interiores.

Ahora que ya la doble luz de la linterna y de una lámpara colocada al pié de una imágen de la

Vírgen de Guadalupe ilumina bastante bien á ambos, examinémoslos mas detenidamente.

Con razon habia causado tan profunda impresion en el ánimo de Gil Gomez la fisonomía noble del sacerdote.

Era Hidalgo un anciano que representaba tener mas de sesenta años, su frente y la parte anterior de su cabeza, desprovistas enteramente de pelo, estaban surcadas por esas huellas que dejan sobre algunos hombres estraordinarios, mas que el tiempo, el estudio y la meditacion, su tez era morena, pero estremadamente pálida, con esa palidez casi enfermiza que causan las vigilias y las amarguras de la vida: sus ojos lanzaban miradas ardientes y profundas, que algo amortiguaban sin embargo, la melancolía y la benevolencia, su nariz recta, su boca pequeña con ese recogimiento particular hácia las comisuras que imprime la fruicion interior del alma: y aquel rostro todo tán severo, tan noble, tan profundamente pensador, por decirlo así, estaba inclinado sobre el pecho como si el peso de la reflecsion ó del martirio de la existencia lo hubiese doblegado. Su estatura era mediana, delicada, pero vigorosa como si el espíritu le comunicase una parte de su energía y de su vida. Vestia modestamente una chupa de paño negro sencillo; un chaleco del mismo color se abotonaba gravemente sobre su pecho, unos calzones del mismo paño se continuaban con unas medias de lana negras, siguiendo severamente en el trage, la costumbre adoptada por todos los religiosos que pertenecian al clero pobre, que era la que el arzobispado habia establecido.

El capitan Don Juan Aldama era jóven toda-

vía, de fisonomía franca y espresiva, en la cual se leian á primera vista el valor, la firmeza, la resolucion, la franqueza y algo del orgullo del militar honrado. Su estatura era fuerte y vigorosa.

Vestia el uniforme de su grado en el regimiento de los dragones de la reina: pendia á su costado un sable algo pesado como entonces se usaba en el ejército de la Nueva España y un par de pistolas grandes llamadas entonces de *chispa*, de cañon amarillo, pedernal y llave, se ceñian á su cintura.

Luego que Hidalgo hubo cerrado la puerta, se acercó al capitan que se habia dejado caer abatido sobre un sillon, preguntándole con interés.

—Ahora que estamos solos, diga vd. por Dios ¿qué ha sucedido nuevamente.

—¿Me esperaba vd. acaso, Don Miguel? interrogó éste, puesto que aun está en vela á estas horas tan avanzadas.

—Escribia precisamente una carta á la corregidora Doña Josefa Ortiz, acerca de nuestro asunto; el capitan Don Ignacio Allende, que como vd. sabe ha llegado anoche, y ahora reposa en esa pieza inmediata, me ha informado de lo que ha pasado; pero diga vd., ¿qué es lo que ha sucedido nuevamente capitan?

—Que estamos perdidos, completamente perdidos, respondió éste con desconsuelo.

—¿Pues qué es lo que ha sucedido? interrogó Hidalgo con interés.

—La conspiracion de Querétaro ha sido descubierta.

—Ya lo sabia por el capitan Allende.

—Los hermanos Gonzales y la corregidora han sido reducidos á prision.

—¿Cuándo?

—Esta última ayer en la tarde.

—¿Y se ha descubierto algo mas?

—La casa de Don Epigmeneo Gonzales ha sido saqueada y se han encontrado en ella armas y unos papeles que ya sabe vd. lo que contienen.

—Todo nuestro plan, murmuró Hidalgo.

—Por consiguiente estamos perdidos completamente, el intendente Riaño ha dado una órden de prision para vd. y dentro de pocas horas deben llegar á este pueblo los soldados que vienen á ejecutarla.

—Pero vd., Don Juan, ¿cómo ha sabido todo esto?

—En su misma prision la corregidora ha ganado al alcaide Ignacio Perez, que ha corrido á avisarme lo que pasaba; me he puesto en camino inmediatamente, para venir á comunicar á vd. todo, y al anochecer he dejado atrás á los soldados del intendente, que no deben tardar mucho en llegar; habiendo sufrido un retardo de un cuarto de hora en combatir con ese jóven que estaba parado frente al curato y á quien he tomado antes de verle, por un espía.

—¡Oh! no, es demasiado jóven para eso, murmuró Hidalgo.

—Con que no hay ya tiempo que perder, Don Miguel, debe vd. huir precipitadamente antes que esos soldados lleguen, porque le espera indudablemente la muerte en Guanajuato. Allende y yo nos salvaremos como podamos.

Hidalgo se dejó caer abatido en un sillon, apoyando sobre la mesa sus codos que sostenian su cabeza: permaneció largo tiempo silencioso y preo-

cupado; por su noble frente y sus ojos cruzó un velo de amargura; gruesas gotas de sudor inundaron sus sienes como si la lucha que se efectuaba en su corazon, trabajase dolorosamente su organizacion.

—Derepente se puso de pié como impulsado por un resorte, irguió su abatida cabeza, su frente iluminada por la luz de una idea gigantesca se volvió al cielo, sus ojos se humedecieron por el entusiasmo, sus labios se abrieron por una sonrisa de superioridad y volviéndose á Aldama, que de pié en medio de la estancia habia observado con silencioso respeto aquella lucha terrible de su corazon retratada en su rostro, le dijo á media voz con un acento trémulo y conmovido.

—¡Oh! no se ha perdido todo completamente, por el contrario, esta noche se va á poner la primera piedra de un edificio gigantesco.

—¿Qué dice vd., Don Miguel?

—Digo que cuando los soldados del intendente lleguen, ya será tarde, porque el pueblo de Dolores habrá alzado un grito de libertad é independencia que les hará huir como medrosas aves.

—¿Pero con qué elementos, con qué fuerzas cuenta vd. para eso?

—¿Con qué elementos? con la idea que es el elemento, ¿con qué fuerzas? con nosotros dos y el capitan Allende, con Don Santos y ese jóven que ha venido á hospedarse aquí esta noche.

Aldama no pudo menos de sonreirse con disimulo, creyendo que la funesta noticia y la proximidad del peligro que le habia anunciado habian trastornado la razon del noble anciano.

Hidalgo comprendió lo que significaba el silen-

cio de Aldama, porque le preguntó con una triste conformidad:

—Capitan, ¿me ama vd. tanto como yo le he amado?

—Desde el dia que hablamos por la vez primera, he jurado serle á vd. un fiel amigo, y servirle leal hasta la muerte, respondió Aldama con entusiasta exaltacion,

—¿Desea vd. la felicidad de nuestra patria?

—Desde el momento que me he comprometido en esta conjuracion, he comprendido que debia morir muy pronto; pero he hecho gustoso el sacrificio de mi vida en las aras de la patria.

—¿Hará vd. lo que yo le diga esta noche?

—Lo haré; Don Miguel, aunque sepa que me precipito en un abismo espantoso.

—Bien, muy bien, mi leal amigo; acaso sea esta noche la última de nuestra vida, porque vamos á dar un paso que puede precipitarnos en ese abismo, aunque puede acaso conducirnos al templo de la libertad que hemos soñado.

Y los dos amigos se abrazaron en silencio conteniendo sus sollozos.

Era un espectáculo tierno y sublime á la vez ver estrecharse con los dulces lazos de la amistad á aquellos dos hombres que caracterizaban, uno la idea que piensa, otro la mano que ejecuta, uno la energía, otro el valor, uno la benevolencia del apóstol, otro la honradez del soldado.

Al cabo de un momento, Aldama interrumpió tan espresivo silencio diciendo:

—Está bien, ¿qué es lo que debo hacer yo? porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Primero ir á despertar á ese jóven y hacerle

venir á mi presencia para interrogarle y darle mis órdenes.

—¿Pero qué puede hacer ese jóven?

—Mucho, tal vez tanto como nosotros, porque parece muy activo muy emprendedor y muy valiente.

—Está bien, ¿y despues?

—Despues, nosotros reuniremos primero un número considerable de gente capaz de resistir á las fuerzas del intendente y obligarlas á seguir nuestra bandera, alarmaremos á todos los indios de la poblacion que se unirán á mí, y harán lo que les diga, estoy seguro, porque me aman y al amanecer nos dirigiremos á Celaya y de allí á Guanajuato.

—Pero Don Miguel, ahora que sabe vd. que no lo he de abandonar jamás, me atrevo á preguntarle ¿esta vd. acaso loco? ¿quiere vd. marchar sobre Guanajuato, cuando no contamos ni con un cañon, ni con un arcabuz, ni con una espada siquiera?

—Dios armará nuestro brazo, para defender la causa de la justicia, dijo el anciano alzando sus ojos al cielo con espresion de confianza y enternecimiento.

—Esta bien ¿debo despertar á Allende?

—Si, en esa pieza reposa, adviertale vd. capitan lo que pasó y lo que hemos pensado últimamente: él me ha hecho hace un momento, un juramento igual al que vd. mi leal amigo acaba de hacer.

Aldama salió á ejecutar lo que se le mandaba.

—¡Oh! madre y señora mia, dijo Hidalgo dejándose caer de rodillas al pié de la imágen de Guadalupe, que condecoraba y amparaba aquella pobre estancia ¿quién sabe lo que va á pasar dentro de poco tiempo? tal vez va á realizarse ese pensamien-

to que hace tanto tiempo dormita en mi mente. Yo me amparo ¡madre mia! con vuestra proteccion y os juro no apartarme jamas de los santos preceptos de la justicia y la religion: comprendo que debo morir antes de ver felices á mis hermanos: pero entonces, aunque la calumnia ultraje mi memoria, vos ¡madre mia! que habeis visto mis dudas, mis temores y mis esperanzas, sabreis que mi intencion ha sido pura y me ampararéis á la hora de la muerte. Yo os nombro patrona de la santa causa que proclamo.

Y el cura besó humildemente las plantas de la vírgen de Guadalupe.

CAPITULO X.

De como fué interrumpido Gil Gomez en medio de su sueño, para contribuir sin saberlo á la Independencia de la Nueva-España.

Hacia solamente un cuarto de hora, que Gil Gomes, dormia aunque ya profundamente, comenzando á soñar que ya distinguia en el camino á Fernando, acompañado por el venerable sacerdote que con tanto cariño, le habia curado y dado hospitalidad y el bravo y franco capitan, que estuvo á pique de impedirle correr mas, cuando fué interrumpido en medio de su sueño, por éste, que le sacudia rudamente, diciéndole en alta voz.

—Ea jóven; fuerza es levantarse.

—¿Qué hay? murmuró Gil Gomez despertando sobresaltado á la voz de Aldama, ¿qué hay Fernan-

do? si vieras por alcanzarte de lo que he escapado hace poco.

—Que Fernando, ni que peligro, dijo sonriendo Aldama, vamos jóven acabe vd. de despertar.

—¡Ah! ¿es vd. capitan? dijo Gil Gomez, reconociendo la voz que le hablaba.

—Sí, yo soy, amigo mio, levántese vd. presto.

—¿Pues que es lo qne pasa? preguntó el jóven soprendido.

—El Sr. cura Don Miguel, necesita inmediatamente de sus servicios y me envia á rogarle á vd. que vaya sin pérdida de tiempo á su presencia.

—Voy inmediatamente dijo el jóven, abandonando sin sentimiento el lecho que acababa de brindarle un reposo tan fugitivo, y dirigiéndose al cabo de un momento, que tardó en arreglarse, ante la presencia del cura.

Este meditaba con la cabeza entre las manos y de codos sobre la mesa; al ruido que produjo el jóven en la puerta, se levantó haciendole seña de acercarse.

Gil Gomez, se aproximó con tímido respeto al anciano,

—Jóven, dijo éste mirandolo fijamente á la cara con aquella mirada profunda y pensadora que hacia poco lo habia conmovido, va vd. á prestar en este momento un servicio eminente á la patria y á la causa de la justicia y la religion.

—No comprendo, murmuró el asombrado jóven.

—¿Lo hará vd. cuando yo se lo suplico?

—Lo haré, señor, si es que está en mi mano.

—Pero antes dígame vd. con franqueza ¿que hacia, en medio de las calles á horas tan avanzadas de

la noche y adónde se dirigia? interrogó el cura con acento paternal.

—Señor me dirigia á San Miguel el Grande, para unirme con un hermano que ha sido destinado á las milicias de ese pueblo y lejos del cual me es imposible absolutamente vivir.

El anciano se sonrió encantado de aquella candorosa franqueza.

—Esta bien, yo le prometo á vd. solemnemente joven, que mañana á estas horas, si yo no he muerto se encontrará en San Miguel el Grande, dijo Hidalgo.

—¿Mañana á estas horas, si vd. no ha muerto? ciertamente no comprendo la coincidencia, murmuró Gil Gomez con asombro.

—Pronto sabrá vd. por lo que lo digo; pero antes exijo su promesa de ejecutar fielmente lo que yo ordene.

—Aunque mis servicios no tuvieran una recompensa tan grata, los prestaria gustoso al caritativo sacerdote, que con tanto amor y cariño me ha recibido en su casa esta noche, respondió Gil Gomez, con una esactitud de buen soldado de que nuestros lectores que hasta aquí solo han mirado en él un niño voluntarioso y travieso, sin mas sentimiento desarrollado que su amor á Fernando, le hubieran creido indigno, si ignorasen cuanto avaloran los sentimientos, las impresiones profundas que sobre algunos corazones ejercen algunos hombres y las circunstancias solemnes y dificiles de la vida. El jóven en efecto habia amado al verle á aquel anciano y ahora este le pedia un servicio muy importante segun parecia, servicio que por otra parte le recompensaba prométiendole no impedir su viage

y aquella union con su hermano tan deseada. Ademas es demasiado lisongero para un jóven verse solicitado por un anciano.

—Esta bien, jóven, yo hago á vd. independientemente de esta, otra promesa.

—¿Cual promesa? señor.

—Dentro de pocas horas será vd. nombrado capitan de una compañía en las milicias de San Miguel el Grande.

A estas palabras Gil Gomez no pudo menos de perder su gravedad, dando un salto y estrechando entre su brazos á Hidalgo al mismo tiempo que le decia.

—¡Oh! señor, ¿¿no es una chanza lo que está vd. diciendo? ¿será cierto que en lo sucesivo podré vivir en compañía de mi hermano? ¡gracias! mil gracias, el Señor le recompense á vd. tanta bondad hacia mí.

—Pero antes de eso, continuó Hidalgo sonriendo del juvenil entusiasmo de Gil Gomez, necesito de vd. un juramento y una promesa bastante solemnes.

—Aunque espusiese mi vida á un riesgo espantoso, juraria cuanto vd. desee, señor.

—Jóven, es vd. demasiado niño todavía para comprender el tamaño de la empresa á que me lanzo; pero si bien no puede ser la cabeza que piensa y dirige, sea vd. al menos el brazo que ejecuta. Yo le aseguro que no será un ciego instrumento del crímen ni de venganzas villanas; por el contrario, defiende vd. la causa de la patria ,de la religion y de la justicia, dijo Hidalgo con acento de solemnidad.

—Así lo creo, señor, porque todo en vd. me lo está revelando ¿cuál es ese juramento?

—Arrodíllese vd. delante de esa imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, dijo Hidalgo.

Gil Gomez ejecutó con una devocion de niño lo que se le mandaba.

—¿Jura vd. defender la santa causa de la Independencia de la Nueva-España, contra los tiranos Europeos que la esclavizan?

—Sí juro.

—¿Jura vd. obrar siempre en acuerdo con los sentimientos de la religion, la fraternidad, y la justicia? continuó el anciano con su misma solemnidad.

—Lo juro, con todo mi corazon, esclamó el jóven.

—Pues ahora, leávntese vd. porque desde este momento pertenece completamente á la causa de los Americanos.

—¿Qué debo hacer? preguntó Gil Gomez respetuosamente, poniéndose de pié.

—Alarmar á los habitantes de este pueblo y hacer que antes de una hora se encuentren reunidos en la plaza.

Era tan ardua la empresa, que Gil Gomez no pudo menos de hacer una esclamacion de sorpresa; pero reflexionando que ya no era tiempo de retroceder, y pensando en su juramento, pudo aparentar indiferencia y decir, aunque en voz baja, inclinándose respetuosamente en señal de obediencia.

—Se hará así y dentro de una hora los habitantes estarán reunidos en la plaza del pueblo de Dolores: ¿hay algo mas?

—No; basta eso solamente.

—¿Se me permite usar de cualquier medio para conseguirlo? interrogó el jóven, con su mismo respeto, al cabo de un momento de reflexion.

—Puede vd. usar de todos los medios que le parezcan necesarios, en el concepto que habrá procedido, con arreglo á su comision, le respondió Hidalgo.

Gil Gomez se inclinó profundamente y salió de la sala á tiempo que Aldama y otro capitan que segun sabemos ya, era Don Ignacio Allende, entraban á ella perfectamente armados y como dispuestos á entrar en campaña si era posible.

Dejémosles obrar por su lado y sigamos á Gil Gomez, que despues de haberse ceñido su mohosa espada y sus clásicas pistolas, salió á la calle para alarmar á los habitantes del pueblo de Dolores.

Daban las dos de la mañana en el relox de la parroquia y ¡cosa estraña! este ruido de la campana despertó al jóven de la meditacion en que habia caido, pensando cómo poner en planta tan ardua empresa y con tal premura de tiempo:

Pero él era hombre de recursos como sabemos, y no podian faltarle ahora que se trataba de una capitania nada menos, así es que casi á tientas, guiándose por las paredes se acercó á la torre cuya sombra cercana se veia destacarse sobre el resto de los edificios, y cuya puerta encontró abierta como si el cielo favoreciese sus proyectos.

Comenzó una ascencion demasiado peligrosa, murmurando.

—¡Ah! señor Gil Gomez, creo que se acerca vd. á la capitania y á su hermano Fernando.

Luego que hubo llegado al término de su areonáutica carrera ató fuertemente, formando un solo

haz las cuerdas que terminaban los badajos de todas las campanas, y reuniendo todas sus fuerzas en una impulsion suprema, comenzó el repique mas desesperado y mas desacorde que los habitantes de Dolores, habian podido oir en aquellas horas tan desusadas.

Como un cuarto de hora, campaneó sin fatigarse, abriendo sus brazos exageradamente, corrriendo de un lugar á otro de la torre, valiéndose de cada uno de sus dedos como si fuesen otras tantas manos, de sus dientes y hasta de sus uñas; pero sin observar un efecto notable que le indicase cesar. Por fin al cabo de un rato comenzaron á brillar algunas luces detrás de las ventanas, algunas caras tímidas de soñolientos vecinos se asomaron á ellas, interrogando al silencio de las calles la causa que producia aquel escándalo y aquel campaneo tan terrible y tan desusado. Cuando Gil Gomez comenzó á notar los efectos de su repique, comprendió que era necesario rematar la obra y mientras que con una mano continuaba haciendo gemir á las campanas, con la otra disparó sus dos pistolas sucesivamente dejando de intervalo entre cada tiro dos minutos. Esta vez sí, la curiosidad llegando á su colmo, estalló completamente y desde su altura el jóven sin dejar de repicar, pudo notar movimiento de luces que iban y venian precipitadamente en todas direcciones, oyó voces, y gritos de alarma, notó grupos que comenzaban á formarse en la plaza, llegaron tambien á sus oidos tres ó cuatro disparos de armas de fuego y así que se satisfizo completamente del buen éxito de su plan, bajó precipitadamente á riesgo de una caida evidentemente mortal, corriendo á mezclarse con esos grupos, que mas notable-

mente se habian formado delante del curato. Ya ni tuvo necesidad de mas, porque en aquel momento, Hidalgo acompañado de los capitanes, Allende y Aldama, les arengaba con las siguiente palabras.

—Os he llamado hijos mios, para haceros saber que he pensado sacudir el yugo que pesa sobre vosotros hace tres siglos. De hoy en mas si la Vírgen de Guadalupe ampara nuestra causa, saldrémos de ese estado terrible de esclavitud en que hasta aquí hemos vivido. Decid conmigo. ¡Viva la América! ¡Viva la Vírgen de Guadalupe!

Hidalgo pudo escuchar, dominando los gritos de entusiasmo que acogian sus palabras, uno de él ya conocido, que, esclamaba tambien. ¡Viva la America! ¡Viva la Vírgen de Guadalupe! ¡Viva el cura Hidalgo! ¡Viva el capitan Aldama!

—¿Y ahora que debo hacer? dijo el jóven al oido del cura, acercándose á él, no sin algun trabajo.

—Correr al cuartel del regimiento de la reina, reunir y ármar los soldados que allí hay, ponerse á la cabeza de ellos y volver aquí.

—¡Diablo! esto si es un poco mas dificil murmuró el jóven confundiéndose entre la multitud que victoreaba á Hidalgo y corriendo al cuartel despues de haberse informado hácia que parte se hallaba, á fin de ejecutar lo que se habia mandado.

Pero debió emplear una lógica muy elocuente, porque en vez de ser fusilado como en sus adentros habia temido, un cuarto de hora despues volvia á la cabeza de un grupo de cerca de doscientos soldados armados de espadas y arcabuces, que esclamaban con entusiasmo. ¡Viva la América! ¡Viva Nuestra señora de Guadalupe! ¡Viva el cura Hidal-

go! y se ponia á la disposicion de éste, preguntando con su mismo acento respetuoso.

—¿Hay algo mas que hacer?

- Sí, bravo jóven, darme un abrazo, y colocar sobre esos hombros dos divisas de capitan, respondió el anciano estrechándole paternal y afectuosamente entre sus brazos.

Cuando los soldados del intendente llegaron á ejecutar su órden ,ya era tarde porque el pueblo de Dolores, presentaba el aspecto imponente de un campo de batalla, y sea de grado sea por fuerza se adhirieron al plan que se acababa de proclamar.

Dos horas despues una masa de hombres armada de espadas, fusiles, palos y aún flechas, á cuya cabeza marchaban Hidalgo, Allende y Aldama á su lado, y cuya marcha abria Gil Gomez conduciendo un estandarte en cuya estremidad se ostentaba un cuadro pequeño que representaba una imágen de la Vírgen de Guadalupe, se dirigia hacia San Miguel el grande poblando el aire con los gritos de ¡Viva la América! ¡Viva el cura Hidalgo! ¡Mueran los Españoles!

¿Adónde vas huracan humano, rugiendo como si se aproximase la tempestad? ¿Piensas acaso derribar el solido edificio de una dominacion de tres siglos? Detente ¡por Dios! que es empresa inútil, que solo en la imaginacion de un debil anciano febricitante ha podido nacer y desarrollarse: ¡detente! porque te opondrán por valladar, la crueldad, y un mural de pechos humanos henchidos de orgullo, de rencor, respirando el odio de tirano ofendido. Detente que te aguardan las tropas llenas de recursos de que tú careces y la Inquisicion con sus sombras y martirios. Mas no, ¡paso á la libertad!

!paso á la regeneracion! ¡atrás! ¡atrás la dominacion y las viejas preocupaciones! ¡Ay de vosotras, flores impuras de la monarquía, si creeis embriagar con vuestros falsos perfumes á esa avalancha de hombres, que avanza y mas avanza destruyendo cuanto intenta detener su paso de gigante. ¿Qué, son estos acaso, aquellos indios tímidos, que incli naban humildes y resignados su frente á la tierra, al sentir el látigo sobre sus espaldas? ¿Son aquellos, que se humillaban, cuando pasábais cerca de ellos, con la mirada altanera, con la frente erguida, con la sonrisa del desprecio insultando con vuestro lujo su miseria, escarneciendo con vuestra nobleza de favoritísmo y de crímen, su nobleza de mérito y de raza.... Ya veis como esa humildad y esa resignacion eran fingidas por la impotencia, ya veis como esa humillacion era de la vergüenza de su afrenta. Miradlos, cada hombre es un coloso, miradlos rugir, enfurecidos al recuerdo de sus afrentas, miradlos moverse como impulsados por un resorte, á la débil voz de un trémulo anciano, que ha comprado gustoso con su vida, el noble orgullo de proferir una palabra, que hace tres siglos no se proferia en el Anáhuac; pero esa palabra no se borrará ya de los corazones que la han escuchado, aunque su nombre se borre del catálogo de los vivientes, porque la música de esa palabra ha llegado al abismo de las dolientes almas esclavas, como el dudoso, pero vivificador rayo de sol, que penetra al traves de las estrechas ventanas de la prision, calentar los ateridos miembros del pobre prisionero.

Por todas las haciendas y aldeas que aquella reunion de hombres atravesaba se le unian nuevos combatientes, armados de palos flechas y hondas,

pero rejuvenecidos, alentados por aquel grito supremo de ¡Viva la Vírgen de Guadalupe! ¡Mueran los españoles!

El ejército naciente dejó atrás el santuario de Atotonilco llegando al anochecer á San Miguel el Grande, que los recibió con los brazos abiertos, uniéndoseles allí todo el regimiento de caballería de la reina, del cual, como ya sabemos, eran capitanes Allende, Aldama, y ademas Abasolo. Los vecinos que veian alegres desfilar por las calles á aquel ejército, á quien victoreaban, podian notar á un jóven alto, flaco, de cara traviesa, conduciendo un estandarte con una imágen de la Vírgen de Guadalupe y gritando con toda la fuerza de sus pulmones ¡Viva el cura Hidalgo! ¡Viva el regimiento de la reina! ¡Mueran los españoles!

Pero cuando la multitud que obstruia las calles, se hubo disipado, si algun curioso le hubiese seguido, le habria observado correr al cuartel de los dragones de la reina, recorrer todas las casas de los soldados, preguntar á cuantos encontraba, si aun no habia llegado el teniente D. Fernando de Gomez, y al oir una respuesta negativa, correr con desesperacion para hacer la misma pregunta en todos los mesones y una gran parte de las casas del pueblo, sollozando casi al oir en todas partes la misma negativa respuesta. A la media noche se retiraba á su cuartel, disculpándose de su ausencia diciendo que habia trabajado en asuntos del servicio y se dejaba caer sobre un banco esclamando con desconsuelo:

—¡Ah! no ha llegado aún y tal vez con lo que aquí ha pasado ya no venga. Mas ¡Qué haré entonces, Dios mio!

Pero como á los veinte años la naturaleza impe-

ra siempre sobre el sentimiento, nó tardó en quedarse profundamente dormido, á pesar de la grita y estruendo que armaban los improvisados soldados del cura Hidalgo.

Cuatro dias despues, el ejército libertador considerablemente engrosadas sus filas, por hombres de los campos y por los soldados de las guarniciones de las aldeas, se presentaba delante de Celaya; pero como esta villa, aparecia con un aspecto algo hostil porque en las torres y edificios elevados se veian grupos de soldados. Hidalgo entró en conferencia con los capitanes Allende y Aldama, que habian sido elevados por él al rango de tenientes coroneles, á fin de determinar lo que se debia hacer, para evitar una matanza terrible, que podian verificar los soldados en una villa rebelde á recibirlos, que por muchos esfuerzos que hiciese para resistir, no podia dejar de sucumbir al número.

Se determinó hacer una intimacion que amedrentase á los vecinos y los hiciese rendirse pacíficamente, aunque tal vez no se tuviese intencion de cumplir las amenazas que en ella se hiciesen.

Por consiguiente, Gil Gomez, en su calidad de capitan de confianza y secretario, fué llamado á la presencia de los gefes, adonde escribió la siguiente intimacion que le dictó Hidalgo y que hemos copiado fielmente del original:

"Intimacion al Ayuntamiento de Celaya.

Nos hemos acercado á esta ciudad con el objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos: si se entregan á discrecion serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario se

hiciese resistencia por su parte, y se mandara dar fuego contra nosotros se tratarán con todo el rigor que corresponde á su resistencia.

"Dios guarde á vdes. muchos años.

"Campo de batalla.—Setiembre 19 de 1810.—*Miguel Hidalgo y Costilla.—Ignacio de Allende, &c.*

—¿Qué os parece la intimacion? señores, interrogó Hidalgo á los gefes.

—Creo, observó Aldama, que es poca cosa la amenaza que se les hace y que se deberia añadir otra, que los amedrente mas.

—¿Cual es?

—La de pasar por las armas á los Europeos que traemos prisioneros, si es que piensan resistir.

—Pero, Don Juan, eso es terrible y no me puedo resolver á semejante cosa, observó Hidalgo, que odiaba la crueldad.

—¿Es acaso cierto que lo vaya vd. á ejecutar?

—Pero una mentira insubordinará á nuestro ejército que lo que mas necesita es la moralidad y la disciplina.

—Pero puede tambien evitar la fusion de san gre.

—Dice vd. bien Don Juan, eso sobre todo, dijo Hidalgo que para gran general, tenia el defecto de ser demasiado humano, guardando hasta su último momento la benevolencia del sacerdote.

Y despues de reflexionar un momento, añadió á la intimacion las siguientes palabras que Gil Gomez escribió.

Postdata.—En el mismo momento que se man-

de dar fuego contra nuestra gente serán pasados por las armas, setenta y ocho Europeos que traemos á nuestra disposicion. Hidalgo, Allende, Aldama.

Señores del ayuntamiento de Celaya.

Hidalgo mandó venir á su presencia á todos los oficiales del nuevo ejército para hacerles saber la disposicion tomada. Pero se trataba de lo mas importante, de hacer llegar aquella intimacion á la ciudad que tan hostil parecia mostrarse.

Era tan atrevida la comision, corria tan grave peligro de ser fusilado sin piedad el que se encargase de ella, que no pudo menos de notarse un movimiento de irresolucion, entre los oficiales, á quienes la insinuacion parecia dirigirse mas directamente.

Hidalgo lo notó, pero antes de verse obligado á nombrar tal vez unó que la desempeñase, salió de entre el grupo, un jóven, que en él se habia confundido y dijo inclinándose respetuosamente.

—Yo suplico que se me conceda el honor de encargarme de esa importante comision.

—Está bien, señor capitan GilGomez, se concede á vd. lo que solicita en atencion á los méritos y servicios qne ha prestado por su valor y actividad á la santa causa de la libertad, respondió Hidalgo con la gravedad de un gefe; pero sintiendo impulsos de estrechar contra su corazon, á aquel jóven tan noble y tan desinteresado, que parecia destinado por el cielo, para salvarle en los lances mas dificiles, haciendo gustoso el sacrificio de su vida.

Gil Gomez salió para ejecutar su peligrosa comision, murmurando.

—Tal vez Fernando, no queriendo adherirse á

nuestra causa se encuentra entre los soldados que defienden al virey, y entonces podré estrecharlo entre mis brazos y acaso persuadirlo á unirse con nosotros.

Y el jóven recalcaba la pronunciacion, sobre la palabra *nosotros*; con una sonrisita de orgullo y satisfaccion muy disculpable á su edad, por la prueba de confianza con que se veia honrado.

Pero mucho debió amedrentar á los habitantes de Celaya la intimacion del cura Hidalgo, porque al momento depusieron su aspecto hostil y la ciudad fué ocupada en buen órden por las tropas Americanas.

CAPITULO XI.

Lo que valia la cabeza del cura Hidalgo.

Un rayo fué para el virey Venegas la noticia de la insurreccion de Hidalgo. Conoció desde luego que aquel grito de libertad, lanzado desde el rincon de un pueblo miserable, por un modesto párroco, habia encontrado un eco de música en todos los corazones de los buenos mexicanos. Hombre previsor y acostumbrado á conocer á primera vista las grandes catástrofes políticas por solo sus anuncios, comprendió que estaba perdido completamente, porque la debilidad ó la crueldad de sus predecesores en el vireynato habian preparado aquellos sucesos, que tarde ó temprano debian ser coronados del éxito deseado. Pero si Venegas valia poco como general, no sucedia lo mismo como hombre políti-

co. Contaba por otra parte en su apoyo, con la costumbre de la dominacion, y los lazos de familia que unian con dulces vinculos á una gran parte de españoles y americanos, con el influjo del clero y las clase privelegiadas y en fin con el mismo sublime atrevimiento de aquella empresa gigantesca de Hidalgo.

De manera, que comprendiendo que la actividad podria tal vez conjurar aquella terrible tempestad que rugia sordamente en lontananza, amenazando destruirlo todo en su justo enojo tanto tiempo comprimido, determinó, luchar hasta el último momento no perdonando medio de ninguna clase para conseguir su fin.

Así es que el dia 25 de Setiembre, mientras el ejército insurgente se dirigia sobre la ciudad de Guanajuato, hacia proclamar á son de música y fijar en todas las esquinas de la capital de la Nueva-España, el siguiente bando que los vecinos aterrorizados leian con júbilo interior.

(1) "Don Francisco Javier Venegas de Saavedra, Rodriguez de Arenzana, Güemez, Mora, Pacheco, Daza y Maldonado. Caballero de la órden de Calatrava, teniente general de los reales ejércitos, virey, gobernador y capitan general de esta Nueva-España &c."

"Los inauditos y escandalosos atentados que han cometido y continúan cometiendo, el cura de los Dolores Dr. Don Miguel Hidalgo y los capitanes del regimiento de dragones provinciales de la rei-

---

(1) Todos estos documentos y los que siguen. son originales y los hemos tomado fielmente del "Diario de México'. que tenemos á la vista.

na, Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama, que despues de haber reducido á los incautos vecinos de dicho pueblo, los han llevado tumultuariamente y en forma de asonada primero á la villa de San Miguel el Grande y sucesivamente á la villa de Chamacuero, á la ciudad de Celaya y al valle de Salamanca, haciendo en todos estos parages la mas infame ostentacion de su inmoralidad y perversas costumbres, robando y saqueando las casas de los vecinos mas honrados para saciar su vil codicia y profanando con iguales insultos los claustros religiosos y los lugares mas sagrados: me han puesto en la necesidad de tomar prontas, eficaces y oportunas providencias, para contenerlos y corregirlos y de enviar tropas escogidas al cargo de gefes y oficiales de muy acreditado valor, pericia militar, fidelidad y patriotismo, que sabrán arrollarlos y destruirlos con todos sus secuaces, si se atreven á esperarlos y no toman antes el único recurso que les queda, de una fuga precipitada para librarse del brazo terrible de la justicia, que habrá de descargar sobre ellos, toda la severidad y rigor de las leyes como corresponde á la enormidad de sus delitos, no solo para imponerles el castigo que merecen como alborotadores de la quietud pública, sino tambien para vindicar á los fidelisimos españoles y americanos de este afortunado reino, cuya reputacion, honor y lealtad inmaculada han intentado manchar osadamente, queriendo aparecer una causa comun contra sus amados hermanos los europeos y llegando hasta el sacrílego medio de valerse de la sacrosanta imágen de la Vírgen de Guadalupe, patrona y protectora de este reino, para deslumbrar á los incautos, con esta apariencia

de religion, que no es otra cosa que la hipocresía impudente.

Y como puede suceder que arredrados de sus crímenes y espantados con solo la noticia de las tropas enviadas para perseguirlos, se divaguen por otras poblaciones, haciendo iguales pillages y atentando contra la vida de sus mismos paisanos como lo hicieron en el citado pueblo dando inhumanamente la muerte á dos americanos y mutilando en San Miguel el Grande á otro, porque fieles á sus deberes, no quisieron seguir su faccion perversa; he tenido por oportuno que se comunique este aviso á todas las ciudades, villas, pueblos, reducciones, haciendas y rancherías de este reino, para que todos se preparen contra la sorpresa de esos bandidos tumultuarios y se dispongan á rechazarlos por la fuerza procurando su aprehension en cualquier parage donde pueda conseguirse, en el concepto de que á los que verificaren la de los tres principales cabecillas de la faccion, ó les dieren la muerte que tan justamente merecen por sus horrorosos delitos, se les gratificará con la cantidad de diez mil pesos inmediatamente y se les distinguirá con los demas premios y distinciones debidas á los restauradores del sosiego público y en inteligencia de que se dará tambien igual premio y recompensas con el indulto de su complicidad á cualquiera que desgraciadamente los haya seguido en su partido faccionario y arrepentido loablemente los entregare vivos ó muertos.

Y para que llegue á noticia de todos mando, que publicado por bando en esta capital, se circulen con toda prontitud y con los mismos fines los correspondientes ejemplares á los tribunales, magis-

trados, gefes y ministros, á quienes toque su promulgacion, inteligencia y cumplimiento.

Dado en el Real Palacio de México á 27 de Setiembre de 1810.—*Francisco Javier Venegas.*—Por mandado de S. E.—*José Ignacio Negreiros y Soria.*"

Como se ve, Venegas era demasiado astuto y despues de haber pintado con los colores mas negros á Hidalgo y á los suyos, echándoles en cara el haber dado muerte á dos americanos, número considerable en una guerra que comenzaba y que se podia considerar como de castas, procuraba aterrorizarlos, haciéndoles cuenta de las numerosas tropas que habia enviado en efecto á batirlos.

Escitaba ademas la codicia y estimulaba la traicion, ofreciendo una suma considerable por sus cabezas; con su misma política sagaz y previsora, hacia aparecer aquel levantamiento como un ataque igualmente terrible á la vida y bienes de españoles y mexicanos y no como una causa que trataba de hacer independientes de los primeros á los segundos.

Pero esta vez la sagacidad de Venegas se habia estrellado contra la justicia de una causa tan noble; porque si bien los mexicanos temian los horrorosos estragos de una guerra, no por eso dejaban en el fondo de su corazon y en el silencio de la noche, cuando no podian temer que sus pensamientos se revelasen en su rostro, ó se tradujesen por una palabra de la que inmediatamente se apoderaria el viento de la calumnia y del espionage que se habia establecido, para llevarla á los oidos

del virey ó de la Inquisicion, de adherirse á una causa que era la suya necesariamente.

Mientras esto pasaba en la capital de la Nueva España, otros acontecimientos tenian lugar en la ciudad de Guanajuato.

Sabedor el intendente de la provincia, Riaño, de que el ejército insurgente, avanzaba y se dirigia sobre la ciudad, hizo publicar un bando, á fin de hacer saber al pueblo lo que pasaba y escitarle á que contribuyese á la defensa de la ciudad, ayudando á trabajar en las fortificaciones que á toda prisa se iban á construir.

El pueblo supo con indiferencia y aun con alegría lo que habia pasado pocas noches antes en el pueblo de Dolores, y tal vez desde ese momento se preparó para hacer lo contrario de lo que el intendente ordenaba.

Era el intendente Riaño, uno de esos hombres grandes verdaderamente, que no comprenden ni admiten mas nobleza que la del corazon y la honradez, uno de esos hombres que se dejarian hacer pedazos por sostener un punto de honor. intransigibles con el vicio, fiel á sus principios, humano y tolerante con los criminales á pesar de su acendrada virtud y su caracter severo.

El mundo levanta estátuas ó conserva los nombres de los hombres de genio, aunque les haya dejado morir en la desgracia; pero á menudo se olvida de esos hombres ejemplares, que por su honradez y sus virtudes sociales bien merecian ambas cosas.

Riaño, antiguo amigo de Hidalgo, republicano por instintos, puesto que aborrecia la tiranía y despreciaba las ridículas pretensiones de la aristocra-

cia de oropel de esa época; no pudo menos de regocijarse interiormente de la proclamacion de la mas justa de las causas; pero como magistrado íntegro y caballero á toda prueba, le correspondia sostener á un gobierno cuyo pan habia comido, por mas que este gobierno fuese tiránico, así es que se apresuró á reunir el cabildo y las autoridades eclesiásticas, que en aquella época, intervenian sin corresponderles en todos los negocios de la política, para participarles la resolucion que habia tomado de fortificar la ciudad lo mejor posible á fin de resistir mejor en ella á los asaltos y dirigir en persona la defensa, pues no habia ya otro recurso que tomar, en atencion á la premura del tiempo, mientras llegaban los recursos que habia solicitado ya del virey y del comandante de San Luis Potosí, D. Félix María Calleja.

Pero las personas que lo escuchaban, la mayor parte hombres acaudalados, atendiendo mas á su interés personal que al público, espusieron á Riaño á nombre de éste que debia procurar ante todo poner en salvo sus personas y sus bienes para lo cual les debia encerrar en un edificio vasto, como la Alhóndiga de Granaditas y defenderlos hasta el último momento.

Este proyecto absurdo, dictado solo por la conveniencia y la codicia, vino á hacer patente á Riaño que estaba perdido; pero tal vez se alegró interiormente, de ver castigados por su misma necia ambicion á aquellos á quienes habia querido defender á su pesar. Así es que despues de hacer justas objeciones á tan estravagante peticion, tuvo que acceder á ella, para no hacer creer lo contrario de lo que con nobleza ejecutaba, ordenó que las bar-

ras de plata, el azogue de las minas, todos los víveres, armas y hombres que se pudieran reunir, fueran trasladados al sitio que se le habia designado.

El viérnes 28, á las doce del dia se presentaron en la calle de Belen unos hombres que traian una bandera blanca. Eran el coronel del ejército de Hidalgo Don Mariano Abasolo, el teniente coronel Don Ignacio Camargo, y un jóven alto, delgado, que representaba tener veinte años á lo mas, llevando sobre su trage de paisano las insignias de capitan: acompañábanles dos dragones del regimiento de la reina. Pidieron ser llevados á la presencia del intendente, y luego que ante ella se hallaron, entregáronle un papel que de parte de Hidalgo traian. Leyólo el intendente con notable emocion. Era una intimacion que el cura de Dolores le hacia, para que depusiese las armas y entrase en arreglos pacíficos, á fin de evitar el derramamiento de sangre que inevitablemente tendria lugar si persistia en defendar la injusta causa de la dominacion europea.

—Digan vdes. á mi caro amigo el cura Hidalgo, dijo el intendente muy pálido, guardando el papel que los oficiales le acababan de entregar; que no necesito ni pensar ni vacilar en la respuesta, porque mi resolucion es vencer ó perecer, aunque esta ciudad sea convertida en escombros.

Y saludándoles cortesmente, se volvió de espaldas para dictar sus últimas disposiciones de defensa.

Los oficiales insurgentes no pudieron menos de inclinarse ante un valor y una firmeza tan notables, en medio de una muerte casi segura.

El mas jóven abrió tamaños ojos de sorpresa, murmurando.

—¡Diablo! tiene el señor intendente en este momento mas energía que yo cuando fuí á proponer á los soldados insurreccionarse en el pueblo de Dolores hace pocas noches.

Y se retiraron silenciosos y preocupados.

La Alhóndiga de Granaditas, aunque el único por su estension, era el peor punto por su posicion, que se podia haber escogido para una defensa. Dominada por los cerros del *Cuarto* y del *Venado*, situada en medio de la hacienda de Dolores, y de la calzada de las *Carreras*, defendida por una corta fuerza que veia con terror el populacho, sentado tranquilamente en las calles y azoteas, sin ofrecer su ausilio ú ofreciéndole por fuerza, y como esperando la llegada del ejército asaltante para unirse á él y aprovecharse de su victoria con el saqueo; no debia de resistir mucho tiempo.

Sin embargo el intendente Riaño, recorria todas las fortificaciones exhortando y animando á los soldados á la defensa, conduciendo él mismo armas y víveres á donde se necesitaban, vigilando los últimos trabajos que se ejecutaban y dando él mismo con su serenidad ejemplo á su tropa, compuesta la mayor parte de españoles particulares acaudalados de la ciudad, que comprendiendo que corrian el peligro de perderder su vida, trataban de venderla lo mas caro posible y resistir hasta el último momento.

A las dos de la tarde, una turba de quince mil hombres que componia poco mas ó menos el ejército de Hidalgo, armada de palos, hondas, flechas,

espadas y algunos fusiles, se precipitó como una avalancha desde las alturas de los cerros del Cuarto y del Venado, sobre la hacienda de Dolores y la Alhóndiga que semejando un monstruo gigantesco que vomitaba llamas y plomo por su boca ojos y narices, hacia estragos horrorosos sobre aquella masa indisciplinada que ó no comprendiá el peligro ó lo despreciaba osadamente: La necesidad hizo inventar á los sitiados un nuevo género de proyectil, los tubos de fierro que contienen el azogue, fueron por medio de la polvóra, convertidos en una especie de rayo, que despedazaba montones de asaltantes.

¡Viva la Vírgen de Guadalupe! ¡Mueran los españoles! gritaban unos precipitandose frenéticos sobre aquella fortaleza que parecia contener hombres de fierro.

—¡Viva España! ¡Muerte á los traidores! ahullaban otros, defendiéndose con el aliento terrible de la desesperacion.

Y aquellos hombres delirantes por la cólera, embriagados por el olor de la sangre y de la pélvora, irritados al ver morir á su hermanos, se amenazaban convirtiéndose de hombres en gigantes, profiriendo gritos de odio, de impotencia, de resentimiento, al no poder juntarse para combatir cuerpo á cuerpo, para golpearse con los puños, para morderse á la cara y beber la sangre caliente de sus contrarios, despues de haberles matado. Dos sentimientos profuudos movian á aquellos hombres á una lucha tan espantosa; en unos el instinto de la propia conservacion y el resentimiento del orgullo ofendido y el amor á su patria, en los otros, la venganza de afrentas de tres siglos, la codicia de poseer los inmensos caudales que dentro aquella for-

taleza suponian naturalmente encerrados y el deseo de su Independencia.

Las piedras que el populacho que como es de suponerse se habia unido á los soldados de Hidalgo, arrojaba, formaban una verdadera nube encima de las cabezas de los combatientes é iban á estrellarse con una fuerza terrible contra las puertas y ventanas de aquel impasible edificio, causando no pocos estragos en sus serenos defensores.

Un jóven, ginete en un caballo de color claro, que lo esponia como blanco á los tiros de los sitiados; el mismo que acompañaba hace poco á Abasolo, conduciendo la intimacion de Hidalgo y á quién nuestros lectores habrán conocido probablemente, por ser Gil Gomez, corria de un lugar á otro, esponiéndose á mil peligros en un solo minuto, para llevar las órdenes que dictaba Hidalgo tranquilamente en medio de un grupo formado por algunos gefes y poniéndose él mismo á la cabeza de las columnas para dirigirlas, ganando terreno á cada instante, hasta encontrarse al pié de la fortaleza.

Pero las horas pasaban, la mortandad en las filas de los insurgentes era horrorosa y era preciso tomar un partido: penetrar en aquella impasible fortaleza y diezmar á sus heróicos defensores, que parecian resueltos á morir entre sus escombros antes que rendirse; hombres de fierro, en quienes la muerte no hacia mella, puesto que mientras mas disminuia su número, mas aumentaba su resistencia.

Pero era una empresa tan difícil, la de salvar el pequeño foso que se encontraba delante de la puerta para llegar á ella, que muchos que ya lo habian intentado, habian caido despedazados en mil fragmentos al dar el primer paso, por el número in-

contable de proyectiles que vomitaba aquel mons truo de piedra, formaba y un círculo terrible que impedia acercársele.

Sin embargo, un hombre resuelto podia brincar el foso y llegar á la puerta, con una probabilidad de escapar de uno contra noventa y nueve: los demas seguirian su ejemplo y todo estaba concluido: ¿pero dónde hallar un hombre tan deseoso de morir?

Hidalgo recorrió con la vista las diferentes columnas que componian su ejército y vió á Gil Gomez sobre su caballo claro, corriendo en todas direcciones para alentar á los asaltantes á avanzar, un pensamiento cruzó por su imaginacion é iba á hacerle venir; pero en el poco tiempo que aquel jóven militaba bajo sus órdenes, habia despertado en el corazon del anciano un cariño verdaderamente paternal y temió esponerle á una muerte casi cierta.

Volvió á lanzar sus penetrantes miradas á través de la nube de humo, piedras y hombres, y las detuvo un momento en un lugar.

Parecia haber encontrado lo que buscaba, porque una sonrisa de melancólica satisfaccion erró por sus lábios.

En uno de los puntos mas desamparados y mas espuestos á los fuegos del bastion, habia un hombre de estatura elevada y hercúleas formas, que con su ejemplo, su estentórea voz y sus movimientos atraía detras de sí á un grupo de insurgentes, y avanzaba seguido de ellos ganando mas y mas terreno.

Hidalgo se acercó y le dijo:

—Pipila.

—Mande su merced, señor cura, respondió el de-

signado por este nombre, quitándose respetuosámente su viejo sombrero de paja.

—La patria necesita de tu valor.

—¿Qué es necesario hacer para servirla?

—¿Te atreverás á prender fuego á la puerta de la Alhondiga? interrogó el anciano, viendole fijamente á la cara, para medir el grado de espanto, que semejante proposicion debia causarle.

—Eso y mucho mas si su merced quiere, respondió el hercúleo insurgente sin inmutarse y sin vacilar á la vista de un peligro tan inminente.

—Pues ahora mismo, ¿qué es lo que necesitas?

—Solamente una tea, y esta losa, respondió el imperturbable paisano, inclinándose á levantar del suelo una gran losa de esas que tanto abundan en Guanajuato, para cubrir su cuerpo.

—Pues vé, Pipila que la patria te espera, dijo Hidalgo para alentarle.

Y entonces el insurgente, cubriendo su cuerpo con la losa que sostenia con su mano izquierda, mientras que en la derecha llevaba una tea encendida se deslizó á gatas, hasta el punto terrible de cuyos limites nadie habia podido pasar.

Fué tan profunda la sorpresa de los asaltantes, que hubo uno momento casi de silencio completo, en que se suspendió el fuego para ver el resultado de aquella maniobra atrevida.

Pero una Providencia pareció proteger al atrevido insurgente, pues pasó sano y salvo en medio de los proyectiles que le arrojaban: ya llegaba á la puerta cuando un enorme pedruzco, desprendido por varios hombres desde la altura cayó sobre él; un grito unánime de los que contemplaban fué la plegaria mas elocuente que pudo llegar á los oidos

de Pipila, que habia sido apachurrado como un insecto bajo el pié; pero al cabo de dos segundos se levantó, dando un brinco y saludando á sus compañeros, como lo hacen los toreros que despues de haberse hallado entre los cuernos del toro, han tenila fortuna de escapar de ellos vivos.

El peso del pedruzco habia dado con él en tierra en efecto; pero habiendo deslizado á lo largo de la loza con que cubria su cuerpo, no le habia causado ningun daño. Entonces protegido, por las mismas murallas de la Alhóndiga, se acercó á la puerta y con una calma digna del hombre que hasta allí acababa de llegar, aplicó la tea á ella, hasta que la madera algo vestusta comenzó á incendiarse.

Un jóven salvó de un brinco en su caballo la pequeña distancia que mediaba entre la puerta y los asaltantes, gritando. ¡Viva Hidalgo! ¡Viva la Vírgen de Guadalupe! ¡Viva la América!

La multitud se precipitó detrás de Gil Gomez, ahullando verdaderamente los gritos que acababa de proferir.

La puerta medio incendiada, cedió á los esfuerzos de los asaltantes, dándoles paso al interior de la fortaleza.

Lo que entonces pasó es imposible de describir.

Durante dos horas mortales, no se oyeron mas que gritos de furor, ahullidos de desesperacion, gemidos de dolor, choques de espadas, tiros, golpes sordos acompañados de un segundo ruido semejante al de un cuerpo humano al caer, imprecaciones de rabia.

Hidalgo quiso hacer oir su voz para contener aquella matanza; pero su acento se perdió entre el

estruendo de los enfurecidos combatientes y recorria delirante los salones para descubrir al intendente y salvarlo haciendo cuantos esfuerzos le fueren posibles.

Pero aquellos hombres de ambas partes se habian encarnizado y era preciso matar ó morir: así es que ni la autoridad del anciano fué respetada.

Corrió detrás de un grupo que se dirigia á una pieza situada al estremo de una galería: un centinela que la custodiaba cayó muerto de un balazo. Entonces un hombre que por su porte y su trage revelaba no pertenecer á la clase del soldado que acababa de morir, se apoderó de su fusil y se plantó sereno en el sitio que habia dejado vacío, esperando con sublime valor á los que se acercaban.

Varios tiros salen de los que se acercan, uno penetra en la cabeza del noble intendente Riaño, cuyo cuarto de centinela habia durado solo dos segundos.

Un grito de horror y sentimiento lanzó el desdichado anciano, testigo de la muerte de su mejor amigo.

Al anochecer la Alhóndiga de Granaditas, presentaba un aspecto espantador y terrible; cerca de mil cadáveres de ambas partes se hallaban esparcidos en los diversos salones y galerías, sus rostros pintaban aún los últimos sentimientos que les habian agitado al morir; algunos presentaban las facciones crispadas por el furor, la sonrisa de la venganza satisfecha se dibujaba en los lábios de otros; muchos rostros representaban un aire de súplica que de nada habia valido, no pocos la desesperacion de morir cuando aun la vida les era tan querida.

Pedazos de armas de todas clases, puñales clavados en el pecho de las víctimas, vestidos desgarrados, hombres horriblemente mutilados, pidiendo socorro por un último aliento de vida, ó guardando silencio por un último aliento de terror y de instintos de conservacion; combatientes todavía enlazados, que se habian muerto mutuamente, frascos de azogue, algunas barras de plata, he aquí el estado que indicaba el terrible paso de las pasiones fermentadas del hombre.

La ciudad de Guanajuato, presentaba un aspecto no menos espantoso; en lontananza se oían al gunos tiros que indicaban que la matanza aun no habia cesado, gritos de furor y gemidos de súplica: segunda parte en fin de las escenas de la tarde, á pesar de los esfuerzos y vigilancia de un jóven que corria sin temor por todas las calles tratando de acuartelar á los soldados, ébrios por el vino y el triunfo que acababan de conseguir.

Era Gil Gomez.

CAPITULO XII.

Doña Regina de San Victor.

Dejemos á Hidalgo marchar sobre Valladolid, despues de haber permanecido algunos dias en Guanajuato, y traslademonos á una casa de la suntuosa y sombría calle de las Capuchinas en México.

Serian las cuatro de la tarde cuando un magnífico carruage, que hacia consistir todo su lujo, en

un sobrecargo de adornos de plata, segun el gusto de la época, se detuvo en el número 5. El lacayo, vestido con una librea de color azul, con galones amarillos se apresuró á abrir la portezuela, quitándose respetuosamente el sombrero, despues de haber dado dos fuertes eslabonazos á la maciza puerta que estaba completamente cerrada. Luego que ésta se hubo abierto, se apeó del carruage un hombre, cuya fisonomía no se podia contemplar, porque la velaba el emboce de una capa española de la época, habló unas palabras en tono imperativo al cochero, que al oirlas dió un latigazo á sus caballos, yéndose á colocar al lado opuesto de la calle, precisamente debajo de las tapias del convento de las capuchinas; la puerta de la casa se cerró detrás del desconocido y todo en esa calle, en aquella época y aun hoy tan sombría volvió á quedar en silencio. El caballero, atravesó un oscuro aunque amplio patio encajonado entre cuatro portales, subió una ancha escalera hasta llegar á un estenso corredor, en el cual habian formado un jardin, segun la profusion de macetones que lo orillaban, cargados de las mas esquisitas y hermosas plantas.

Un criado respetuoso vestido de una librea de color pardo, se presentó ante el caballero, suplicándole le siguiese: hízole penetrar en un suntuoso salon, despues de haber atravesado una antecámara: el criado se retiró y el caballero se dejó caer en un asiento.

Razon hemos tenido, al llamar al salon con el nombre de suntuoso. Era en efecto una vasta pieza, que aunque daba á la calle, estaba sin embargo sumergida en una elegante, aunque sombría

media luz, porque los dos balcones que la iluminaban, estaban cerrados y ocultos por un cortinaje de damasco de seda azul oscuro, atestiguando que muy pocas veces, ó tal vez nunca, se abrian para que los habitantes de esa suntuosa morada contemplasen la calle. Una alfammbra de esa tela bordada, que está dando una prueba incontestable de lo contrario á los que niegan la civilizacion de los chinos, apagaba el ruido de las pisadas: las paredes estaban tapizadas con papel verde oscuro de Persia, sobre cuyo fondo se ostentaban hasta mas de seis cuadros de marco dorado y enormes dimensiones, representando la pasion de Nuestro Señor Jesucristo. Dos sofás de tela finísima de damasco del mismo color azul oscuro del cortinage, con marco de madera dorada, elevándose á bastante altura en el respaldar hácia la parte media, adornaban los dos estremos del salon. El resto de los muebles como las sillas, los espejos, las consolas, presentaban ese sobrecargo de molduras doradas tan lujosas; pero tan de mal gusto, á la Luis XV.

No sé qué sentimiento de tristeza, ó de terror se apoderaba del ánimo al contemplar aquella habitacion tan magnífica, pero tan sombría, que debia estar de acuerdo con los sentimientos de sus ricos habitantes; aristócratas hastiados acaso de los placeres de la vida y cerrado su corazon á todos los nobles y tiernos afectos. Estas reflexiones cruzaban tal vez por la imaginacion del desconocido visitante de aquella misteriosa casa, que como hemos dicho se habia dejado caer con desenfado sobre un sofá, porque despues de haber recorrido con miradas oblícuas toda la habitacion, inclinó su cabeza

sobre el pecho y pareció hundirse en una profunda reflexion.

Ahora que ya ha bajado el emboce que velaba su rostro, examinémosle con detencion.

Era un hombre que representaba tener mas de treinta años, aunque en su rostro se leian los signos de una vejez precoz por los vicios ó por los pesares. Su tez era estremadamente pálida; pero con esa palidéz lívida que da miedo, porque se parece mucho á la palidez del crímen ó de los remordimientos; sus ojos pequeños sombreados por un círculo amoratado, despedian un brillo fosfórico como los de un tigre y lanzaban una mirada oblicua como los de una hiena, su nariz recta algo ensanchada hácia su estremidad indicaba segun los fisonomistas célebres, una propension marcada al disimulo, sus labios delgados y blancos parecian una simple incision hecha en el rostro, sus pómulos salientes, y las protuberancias marcadas de su cabeza revelaban la astucia y la lujuria. Coronaba aquel rostro disimulado, una cabellera poco abundante de color rubio casi rojo, formando ese peinado peculiar á la Cárlos V., y una barba escasa del mismo color. El conjunto de aquella fisonomía, que si no era hermosa tampoco podia llamarse fea, presentaba un aspecto repugnante y desagradable de contemplar, acaso porque en ella se leia á primera vista la fealdad moral. Sus formas eran robustas y elegantes, su estatura elevada. Vestia el trage de la época; pero con un lujo y esmero esquisitos, que revelaban ó su cuna distinguida, ó sus numerosos bienes de fortuna.

Cerca de diez minutos habian trascurrido desde su llegada, cuando la puerta vidriera que daba á

las habitaciones interiores de la casa, se abrió silenciosamente, dando paso á una nueva persona que la volvió á cerrar con precaucion.

Al leve ruido que produjo la vidriera al girar sobre sus goznes, y al de los pasos de la persona que se acercaba, alzó el caballero la cabeza, que segun hemos dicho, habia inclinado sobre su pecho, sumergido en una profunda meditacion.

La persona que se acercaba era una muger.

Cualquiera otro que el preocupado caballero tal vez demasiado acostumbrado á verla, habria lanzado un grito de admiracion y sorpresa al contemplar aquella muger.

Era en efecto una muger; pero una de esas mugeres hermosísimas á quienes es fuerza amar con fiebre al contemplarlas solamente, una de esas mugeres en quienes la combinacion física y moral, produce una especie de *ángeles-demonios*, capaces de trastornar la cabeza de mas sana razon, y de hacer condenar al filósofo mas severo y mas desengañado, con solo una mirada.

Hay en la tierra una especie de hermosura, que exige ser estudiada con detenimiento, ó comparada con el alma para ser considerada como tal; pero hay otra que es tan incontestable como la luz y que no permite ser estudiada á sangre fria, porque su contemplacion es ya el amor.

La primera es mas comun porque es relativa y muchas veces se forma sin existir físicamente: la segunda es muy rara, porque es enteramente absoluta y no se forma, sino que existe.

La primera consiste en la regularidad de las formas ó en la simpatía y puede ser negada por al-

gunos; pero la segunda sin consistir en nada, no se puede negar porque es un hecho.

¿En qué consiste esto? En nada, tal vez es una fábula; pero en una fábula muy bella, que hace creer en la verdad.

De esta última clase de hermosura era la de la muger que acababa de presentarse en el suntuoso salon de la calle de Capuchinas.

Era una jóven que representaba tener de veinte á veintidos años á lo mas; la suave blancura de su tez, el brillo de sus divinos ojos, el dulce castaño de sus cabellos, el gracioso corte de su rostro, la pequeñez de su rosada boca, formaban una fisonomía imposible de describir por detalles, una de esas fisonomías de reina, que enloquecen al contemplarlas: lanzaba miradas, que hacian caer de rodillas á sus plantas, para suplicar se volviesen á lanzar; reposaba aquella cabeza artística sobre un cuello blanquísimo, con ese blanco particular que toma la nieve de los volcanes á la aproximacion del crepúsculo, cuando el sol no la dora ya con sus rayos: sus manos parecian una de las muestras de escultura que presentó Benvenutto Cellini al rey Francisco I.

Andaba con una oscilacion tan magestuosa y tan suave al mismo tiempo, como la que toman á impulsos de los vientos, las anchas hojas de los cañaverales del valle de México, su cintura era tan estrecha que se hubiera podido abarcar fácilmente con solo las manos, si aquella hermosísima y orgullosa jóven hubiera permitido que algun mortal fuese tan dichoso para tocarla de esa manera. En efecto, á primera vista se leia en aquel sublime rostro una espresion de orgullo y altivéz, que le

daba un sello particular, muy semejante al de la estátua de la diosa Juno. Su labio superior algo grueso y ligeramente vuelto hácia arriba, formaba esa sonrisa de desden peculiar á todos los nobles vástagos de la casa de Austria.

Vestia un lujoso traje de terciopelo escarlata, de corpiño estrecho y escotado por delante, segun la moda ya en esta época pasada de la libertina corte del libertino Luis XV; pero velaba lo que la vista hubiera deseado penetrar, una especie de pañoleta de red de plata muy tupida, salpicada de perlas pequeñitas, muy semejante á la que poco tiempo antes habian usado en Francia las damas del efímero imperio. En vez de llevar el vestido alto, que permitia ver los piés como lo llevaban las señoras de la corte americana, lo dejaba arrastrar por el suelo tanto ó acaso mas de lo que hoy le dejan las damas de nuestras capitales: como complemento de aquel trage, se suspendia á su hermoso desnudo brazo por medio de un anillo de oro, un abanico finísimo de concha y leves plumas con armiño blanco.

Cualquiera al haberla visto en su casa con este lujoso traje de baile ó de corte, habria pensado que la bella jóven se habia vestido así para esperar al caballero visitante, á fin de desplegar ante su vista todo el brillo de su magnífica hermosura.

Este al verla se puso de pié y por mucha que fuera la costumbre que tenia de contemplarla, ó por mucho que los placeres hubiesen saciado su corazon, no pudo reprimir un movimiento de admiracion: su cara naturalmente palida se coloreó hacia los pómulos por la emocion, sus lábios se entreabrieron por una sonrisa infernal y sus ojos al cla-

varse un instante en aquel rostro y aquel seno de alabastro, lanzaron una chispeante mirada de pasion y de deseos.

Pero pudo tal vez ocultar su emocion á la dama, porque se inclinó respetuosamente, haciéndose á un lado para que pasara al sofá.

Esta despues de haberse sentado le hizo seña de hacer lo mismo.

El caballero acercó al sofá un sillon y se sentó.

Los dos se miraron fijamente á la cara antes de hablarse.

Cualquier al haber observado la espresion de sus fisonomías, hubiera creido desde luego, que aquella no era una simple visita en que se iban á tratar asuntos indiferentes y diversos, sino que se iba á entablar una lucha entre la bella señora y el respetuoso caballero.

Al cabo de un momento, rompió éste el silencio, diciendo con un acento de amor y adulacion.

—Me habeis mandado llamar, Doña Regina, y me he apresurado á obedeceros.

—Os he hecho venir, Don Juan, porque tenemos que hablar de asuntos importantes, dijo á su vez la dama, con una voz argentina y vibradora, cuya dulzura estaba sin embargo un tanto templada por un acento de imperio y orgullo.

—Hablemos pues Doña Regina, pero antes permitidme que os acompañe en el justo duelo que desde hace pocos dias os agobia por la sentida muerte de vuestro hermano, continuó el caballero, procurando dar á su rostro naturalmente impasible una espresion de afliccion que no esperimentaba.

—¡Ah! ¿lo sabiais ya? esclamó la dama, ligera conmovida.

—¿Dejo yo acaso de saber alguna vez las cosas que tienen relacion con voz? señora.

—Mil gracias, Don Juan.

—¡Oh! bien sabeis que no os lo digo para que me deis las gracias. Pluguiera al cielo Doña Regina que no me interesase tanto lo que á vos atañe.

—No se trata ahora de eso Don Juan, dijo la jóven sin poder reprimir un movimiento de impa ciencia; pero despues conociendo tal vez que este habia sido muy marcado, se apresuró á disminuir su intensidad, diciendo con la voz mas dulce que pudo al caballero.

—No se trata de eso, mucho agradezco vuestro amor; pero aún no me atrevo á creer en él y por consiguiente no hablemos mas de ello

—¿No creeis en el Doña Regina, no creis en él, y por seguiros á América, he abandonado, patria amigos, hogar, fortuna, cuanto amaba en fin, fue ra de vos sobre la tierra? dijo Don Juan con acen to de pasion, animado y casi ennoblecido su rostro por el fuego del amor.

—¿Y no se podria hacer todo eso por un capricho de amor propio? preguntó Doña Regina, con su particular sonrisa de desden.

—¿Por un capricho de amor propio, se sufren acaso las humillaciones de una muger tan altiva como vos? ¡¿por un capricho de amor propio, se abandonan todas las dulzuras de las distinciones de la nobleza, para correr detrás de vos á America, como uno de tantos aventureros oscuros que la Es paña arroja á este infernal país? Vos Doña Regi na que sábeis perfectamente quien soy y el título que llevó, vos que me habeis visto en otros dias en España, grande, poderoso, considerado y hoy me

veis aquí humillado, despreciado, confundido entre la turba que ignora mi nombre; sois ciertamente la que teneis menos derecho á espresaros así.

—Veo, que ponderais demasiado el sacrificio ¿creisme acaso tan poco digna de todo eso que acabais de decir, Don Juan?

—No, Doña Regina, por comprar vuestro amor de un momento, me dejaria morir gustoso; pero, os diré tambien ¿creis acaso que vuestro desden, merezca tantos sacrificios?

—Veo, Don Juan, que nos desviamos del objeto, porque pienso que no creereis que os he llamado, para que digais lo mismo que inútilmente me habeis dicho tantas veces, dijo la cortesana con reconcentrada espresion de altivez.

Don Juan dió un saltó al oir tan injuriosas palabras y mirando á Doña Regina con terribles muestras de cólera y orgullo ofendido, le dijo con tono imperativo.

—No lo creo así Doña Regina; pero me place que hablemos de ello y siempre de ello.

—Hablemos pues de ello si os place; os concedo un cuarto de hora para esta conversacion; pero con la condicion que despues me consagrareis el tiempo necesario, para tratar del negocio á que os he llamado.

—Sea como quereis; pero en ese cuarto de hora vais á escuchar mi resolucion definitivamente, al saber lo que por vos he sufrido, dijo Don Juan con una voz que á cualquiera otra que á la bella señora hubiera causado terror; pero ella soló murmuró con indiferencia.

—Sed pues breve en vuestra narracion.

—Bien sabeis Doña Regina, continuó Don Juan,

cual ha sido mi vida antes que os viese por la primera vez: Con un nombre distinguido, con inmensos bienes de fortuna, no recuerdo que alguna vez haya dejado de gozar lo que desee, la sociedad me hastió á los veinticinco años, porque de orgía en orgía, de seduccion en seduccion, ni pude imaginarme que hubiese muger que me resistiera y al verlas tan fáciles y tan á mi alcance me fastidiaron completamente. Pero una noche ¿os acordais señora? pronto hará cuatro años, fuí invitado á un sarao, en el palacio del conde de la Ensenada; con mi desencanto crónico me dirigí á él, porque el baron era uno de mis amigos de prostitucion y orgías, á quien habia prometido acompañarle siempre en ellas: Llegué; el sarao habia comenzado, lo mas granado de la corte se encontraba en él; me dejé caer en un sofá, porque una gran parte de aquellas damas, habian sido mis pasatiempos de juventud y á todas casi les habia dejado, recuerdos mas ó menos vivos: Sin querer oi una conversacion bastante animada, que llevaban junto á mi dos de esas viejas damas que asisten á las fiestas, para cuidar de las jóvenes, ó para beber en la fuente de la chismografia.

—¿No la habeis visto? Doña Estrella, decia una de aquellas señoras á su interlocutora.

—Por mas que lo he intentado no he podido, conseguirlo, porque la rodea una turba de aduladores.

—¡Oh! es muy hermosa, por cierto, nunca habia yo visto una muger tan bella.

—¿Y esta noche es la primera que se presenta en la corte?

—Hace solo una semana que ha llegado de

Francia, y dicen que es descendiente de la noble casa de Austria.

—¿Pero quién la acompaña?

—Nadie, vive enteramente sola con sus criados en un elegante palacio dé la calle de Alcalá. Pero vedla, precisamente en este momento danza con el conde de la Ensenada.

—Volví la vista por una simple curiosidad y os ví, señora.

Don Juan, se interrumpió llevando su pañuelo á su frente inundada de sudor, y al cabo de un momento continuó.

—Os ví, con vuestra hermosura de reina, que ni jamas pude imaginarme que existiera, con vuestro aire de orgullo: Vestiais un traje muy semejante al que ahora llevais precisamente.

No se que pasó por mi al contemplaros tan seductora, todos mis planes de indiferencia se desvanecieron á vuestra vista y sentí que un vértigo estraño se apoderaba de todo mi ser.

Os seguí con interés mientras danzabais y luego que la pieza que bailabais con el de Ensenada hubo concluido, supliqué á este me presentase con vos, para solicitar igual favor: me lo concedisteis en atencion al título que llevaba y esperé con impaciencia que la música preludiara la pieza prometida, ese instante llegó y me confundí con vos en el torbellino de parejas: el fuego de vuestros ojos quemó mi corazon, el contacto de vuestra mano magnetizó mi ser, la música de vuestra voz fué á encontrar un eco en mi alma. Cuando salí de allí ya yo os idolatraba, y estaba delirando por vos.

Ya sabeis despues lo que ha pasado Doña Regina, solicité ser presentado en vuestra casa y me re-

cibisteis con frialdad, os revelé mi pasion y me respondisteis sin conmoveros que habiendo dejado en Francia unos amores de corazon, habiais resuelto no amar á nadie, ni casaros jamás: continué mis visitas porque me era imposible vivir sin veros y porque esperaba ablandar vuestros rigores con mi constancia; pero me obligasteis con desaires que ni un hombre de la hez del pueblo hubiera soportado, á no volver á repetirlas; pero os seguí como sombra donde quiera que fuísteis, maté á un hombre en un duelo y herí á otro, solo porque el primero se habia atrevido á seguiros y el segundo se habia permitido espresiones injuriosas acerca de vuestra conducta en Francia. Tuve que vivir oculto para huir de la justicia; pero sabiendo todo lo que os tocaba por mis agentes. Un dia supe que dejábais la España para venir á América á uniros con un hermano que amábais, el único pariente que os quedaba en el mundo y me embarqué en Cadiz para seguiros. Ha seis meses que vivo en este país, oscuro, medio arruinado, respectivamente á lo que poseia en mi patria y tan despreciado por vos como allá.

Ahora, sabed finalmente, señora, la postrera resolucion que ayer precisamente he tomado con respecto á vos, y oidla bien, Doña Regina, porque acaso os interese mas de lo que pensais, esclamó el castellano con acento de profunda firmeza. Perdido ya para todo, fuera de vos en el mundo: dentro de tres meses habeis de ser mia de grado ó por fuerza, de grado ó por fuerza, ¿lo comprendeis? Hoy ya no tengo amor por vos, hoy lo que tengo es frenesí, son brutales deseos de poseeros, gozar de vuestra hermosura y morir despues: porque, á

vos sola os lo digo como se lo diria á mi confesor, odio la vida, aborrezco á los hombres, sus glorias y sus placeres me hastían, necesito para no morirme las fuertes emociones; quisiera tener remordimientos, y procuro hacer todo el mal que puedo.

Y al decir estas palabras, el pálido caballero se erguia amenazador y horrible de contemplar.

—¿Habeis acabado ya? preguntó con indiferencia Doña Regina.

—Creo que no tengo mas que añadir que ya no sepais, respondió Don Juan.

—Pues oidme solo dos palabras que voy á deciros, señor Don Juan de Enriquez, no es necesario decir mas, ni disimular mi oculto pensamiento, porque vos le comprenderíais al momento; pero nosotros conociéndonos tanto debemos manifestarnos el uno al otro, tal como somos realmente sin temor.

—Ya os escucho, señora.

—Don Juan, yo estoy tan fastidiada como vos ó mas de la vida.

—Lo conozco, Doña Regina.

—Como vos, aborrezco á los hombres y me complazco en hacerles todo el mal que puedo.

—En mí lo estoy esperimentando.

—Yo amaba en Francia con todo mi corazon á un hombre y ese hombre fué muerto por opiniones políticas.

—Lo sé perfectamente, Doña Regina, era el conde de....

—No es necesario que digais su nombre.

—Le mató un hombre del pueblo, un hombre de la familia de Marat y Robespierre.

—Mas tarde nos acordaremos de eso, Don Juan.

—Sea, Doña Regina.

—Vuestra tenaz persecucion ha agriado mas mi carácter y me ha hecho de peor condicion de lo que era en Francia.

—Tambien lo adivino.

—Desciendo de una casa muy noble.

—De la del Austria nada menos y sois parienta de la decapitada reina Maria Antonieta.

—Sí, casi todos mis descendientes han muerto á manos del pueblo.

—Es cierto.

—El hombre que amaba ha sido asesinado por ese pueblo, solo porque llevaba el título de baron, y su padre habia sido enemigo de Marat que tambien le asesinó.

—Pero ese jóven, habia seducido á una hija del pueblo abandonándola despues, y su padre la vengó.

—¿Tiene acaso el pueblo derecho para vengarse de las afrentas de los nobles?

—No le tiene, señora, el pueblo debe sufrir y resignarse, para eso ha nacido miserable y abyecto.

—Un hermano que me quedaba, el único ser que amaba yo sobre la tierra ha sido asesinado hace pocos dias en Guanajuato, por ese mismo pueblo.

—Sí, por esos miserables indios, que acaudilla ese cura Hidalgo, que pretende hacer independiente este país de la corona de España.

—Muerto mi hermano, han muerto mis últimos buenos instintos y de sus ruinas se ha levantado un sentimiento dominador, terrible.

—¿Puedo saber cuál es?

—La venganza.

—El mismo que me avasalla.

—Tal vez llegaria á amar al hombre que me la proporcionase, ó al menos á admitir su amor.

—Gracias, Doña Regina, creo que nos hemos comprendido por fin.

—Sí, porque vos tambien aborreceis al pueblo tanto como yo.

Y los dos personages se irguieron terribles y amenazadores, permaneciendo un momento en silencio.

CAPITULO XIII.

Planes.

Al cabo de un rato, rompió por fin Don Juan el silencio, preguntando con misterio.

—¿Estamos solos, Doña Regina?

—¿Sabeis acaso que alguna persona, fuera de mis criados me acompañe en mi casa?

—Está bien, entonces hablemos.

—Hablemos, Don Juan.

—Ordenad, que haré cuanto digais.

—Despues de haber sido durante cuatro años, sombra del cuerpo uno de otro, creo que hasta hoy comenzamos á obrar de acuerdo, porque un igual sentimiento nos asemeja un poco, dijo la bella dama con un acento casi de pasion; pero cuya dulzura agriaban un tanto el odio y el resentimiento que la dominaban.

—Bendita sea la venganza, puesto que así me acerca á vos, Doña Regina, esclamó el caballero con un transporte de amor que daba miedo.

—Los dos odiamos al pueblo, vos porque sois

noble y hoy os veis casi confundido entre él, yo, porque ese pueblo ha muerto á cuantos llevaban sangre de mi sangre ó á cuantos amé sobre la tierra.

—De hoy en mas, mi aborrecimiento será doble, porque lo odiaré por mí y por vos.

—La sangre de mi hermano, muerto en Guanajuato, pide sangre.

—Y la obtendrá, señora, os lo prometo solemnemente.

—¿Me lo prometeis, Don Juan?

—Os lo juro; pero ¿cuál ha de ser el premio de ello?

—Mi amor, Don Juan; mas, no mi amor, porque ya no existe; pero vuestra seré si os atreveis á ejecutar cuanto os dijere.

—Tampoco yo solicito vuestro amor, porque no lo comprendo; pero quiero que ya que los dos no podemos amar, seais mia de grado y no por fuerza.

—Lo seré, ¿pero sabeis á todo lo que os comprometeis?

—Lo adivino, señora, me vais á proponer que busque para matarlos á los asesinos de vuestro hermano.

—¡Oh! no, porque seria difícil que los encontrárais; es una cosa mucho mas sencilla que eso.

—Decidlo.

—¿Lo digo, Don Juan?

—No vacileis, señora.

—Pues bien, mi voluntad se compra con la cabeza del cura Hidalgo; dijo la cortesana en cuyos ojos brilló un relámpago de ira.

Era tan terrible la propuesta, que el caballero no pudo menos de dar un salto de sorpresa, é iba

tal vez á desistir de la empresa; pero al alzar la cabeza clavó sus ojos en Doña Regina y la vió tan hermosa, tan provocativa, tan seductora, que lanzando un grito inarticulado cayó á sus piés murmurando con apasionado frenesí:

—Haré eso y mucho mas si lo pedís, Doña Regina, porque os adoro con brutal pasion; porque si no sois mia algun dia, moriré de deseos, de celos, de rabia.

—Vamos, Don Juan, dejad esos transportes, no haria mas un niño de veinte años á quien yo hubiese mirado, dijo la cortesana con sarcástica indiferencia, apartando con su bella mano al terrible galan.

Este se puso de pié, volviendo á recobrar su habitual espresion de orgullo.

—¿Conque consentís por fin en ello, Don Juan?

—Ya os he dicho que consiento, señora.

—¿Veis como no es mucho lo que os propongo para agradarme? Es una cosa que está de acuerdo con vuestros sentimientos, porque vos odiais tambien de muerte al pueblo, y cortando la cabeza de ese tronco que se llama revolucion se inutilizan los miembros, ¿no es verdad?

—Es cierto, señora, muriendo Hidalgo, morirá la revolucion que ha iniciado y se impedirá el triunfo del pueblo.

—Pues entonces, creo que nos hemos arreglado.

—Hidalgo morirá ó moriré yo, Doña Regina, os lo aseguro.

—Y yo os agradezco esa promesa y con ella comienzo á comprender vuestro amor.

—¿Cuánto tiempo me dais de término para ello?

—¿Cuánto pedís?

—Cuatro meses, contados desde hoy.

—Se os conceden.

—Gracias señora.

—¿Necesitais algun dinero para la empresa? pedidlo Don Juan, ya sabeis que todavía soy bastante rica para dároslo.

—Gracias señora; pero yo no soy un mendigo y aunque estoy medio arruinado, todavía soy tambien bastante rico como acabais de decir, para necesitar de vuestro dinero.

—Altivo sois en estremo caballero.

—Ya veis señora, soy español, y casi tan noble como vos: ademas, el virey Venegas ha ofrecido diez mil pesos por la cabeza de ese cura Hidalgo, y creo que es cantidad muy suficiente para indemnizarme de lo que en esa atrevida empresa pueda gastar.

—¿Y sabeis donde se encuentra ahora Hidalgo con los miserables que le acompañan.

—Despues de haber derrotado al español Don Torcuato Trujillo en la montaña de las Cruces, se dirige hacia Guadalajara, donde le debe encontrar Don Felix María Calleja.

—¿Y habeis sabido las providencias, que se han dictado por la Universidad y el Arzobispado?

—No y desearia saberlas, porque desde este momento todo cuanto atañe á esta revolucion me interesa.

—Aqui las teneis, dijo la dama sacando de su alabastrino seno dos papeles doblados, y poniéndolos en las manos del caballero que recordando el lugar en que habian sido guardados los besó con delicia.

—Leed, continuó Doña Regina sin hacer caso del apasionado transporte de Don Juan.

Este leyó en alta voz lo que sigue.

"*Oficio dirigido al Exmo. Sr. virey por el Sr. Rector de esta Real y Pontificia Universidad.*

"Exmo Sr.—Luego que este ilustre claustro, vió que en los papeles públicos se le titulaba Doctor á Don Miguel Hidalgo cura de los Dolores, clamó por un efecto de su acendrada y costante lealtad y patriotismo, pidiendo se le depusiese y borrase el grado si lo habia recibido en esta universidad; y en caso de no estar graduado en ella, que se suplicase á V. E. como vice patrono, tuviese la dignacion, de que se anunciara así en los periódicos, para satisfaccion de este cuerpo patriota y fiel.

"En efecto, registrado el Archivo de la Secretaria y los libros en que se asientan los grados mayores, se encuentra no haber recibido alguno de ellos el referido Don Miguel Hidalgo en esta Universidad y segun se ha indagado ni en la de Guadalajara, que son las únicas de este reino.

"En este concepto suplico á V. E., á nombre de este Ilustre Claustro, se sirva (si lo tuviere á bien su superioridad) mandar circule esta noticia por medio de la Gaceta y Diario de México, para que entienda el público que hasta ahora la Universidad tiene la gloria de no haber mantenido en su seno, ni contado entre sus individuos, sino vasallos obedientes, fieles patriotas y acérrimos defensores de las autoridades y tranquilidad pública, y que si por su desgracia, algunos de sus miembros degenerase de estos sentimientos de religion y honor

que la Academia Mexicana inspira á sus hijos, á la primera noticia, le abandonaria y proscribiria eternamente.

"Dios guarde á V. E. muchos años. Real y Pontificia universidad de México, Octubre 1º de 1810. —Exmo Sr.— Doctor ,y Maestro José Julio García de Torres. ·Exmo señor virey Don Francisco Javier Venegas."

¡Infeliz Hidalgo! se le echaba en cara no haber tenido tres mil pesos para comprar una borla de un ridículo Doctorado, que componian algunos ancianos ignorantes!

Don Juan continuó leyendo, en tanto que Doña Regina le escuchaba con atencion.

Edicto publicado de órden del Santo Oficio.

Nos los inquisidores Apostólicos; contra la herética pravedad y apostasia, en la ciudad de México, Estados y Provincias de esta Nueva-España, Guatemala, Nicaragua, Islas filipinas, sus distritos y jurisdicciones, por autoridad, Apostólica Real y Ordinaria &c.

"A vos el bachiller Don Miguel Hidalgo y Cos-
" tilla cura de la congregacion de los Dolores en el
" Obispado de Michoacan, titulado capitan general
" de los insurgentes.

"Sabed: que ante nos pareció el Señor Inquisidor
" Fiscal de este Santo Oficio, é hizo presentacion
" en forma de un preceso, que tuvo principios en
" el año de 1800 y fué continuado á su instancia
" hasta el de 1809 del que resulta probado contra
" vos el delito de "heregia" y "apostasia de Nues-
" tra Santa Fé Católica" y que sois un hombre

" sedicioso" "cismático" y herege formal por las
" doce proposiciones que habeis proferido y procu-
" rado enseñar á otros y han sido la regla constan-
" te de vuestras conversaciones y conducta y son,
" en compendio las siguientes:

"Negais que Dios castiga en este mundo con pe-
" nas temporales: La autenticidad de los lugares
" sagrados de que consta esta verdad: Habeis ha-
" blado con desprecio de los Papas y del gobierno
" de la Iglesia, como manejado por hombres igno-
" rantes de los cuales uno que acaso estaria en los
" infiernos, estaba canonizado: Asegurais que nin-
" gun judio que piense con juicio se puede conver-
" tir, porque no consta la venida del Mesias y ne-
" gais la perpetua virginidad de la Vírgen María:
" Adoptais la doctrina de Lutero, en órden á la
" Divina Eucaristía y confesion auricular, negan-
" do la autenticidad de la Epistola de San Pablo á
" los de Corinto y asegurando que la doctrina del
" Evangelio de este Sacramento, está mal entendi-
" da en cuanto á que creemos la existencia de Jesu
" crito en él: Teneis por inocente y licita la po-
" lucion y fornicacion como efecto necesario y con-
" siguiente al mecanismo de la naturaleza, por cu-
" yo error habeis sido tan libertino, que hicisteis
" pacto con vuestra manceba, de que os buscase
" mugeres para fornicar y que para lo mismo le
" buscariais á ella hombres, asegurándola que no
" hay infierno, ni Jesucristo y finalmente que sois
" tan soberbio, que decis que no os habeis gradua
" do de doctor en esta Real Universidad por ser su
" claustro una cuadrilla de ignorantes, y dijo que
" teniendo, ó habiendo llegado á percibir, que es
" tabais denunciado al Santo Oficio, os ocultasteis

" con el velo de la vil hipocresia, de tal modo que
" se aseguró en informe que se tuvo por verídico que
" estabais tan coregido que habiais llegado al esta
" do de un verdadero escrupuloso, con lo que habi-
" ais conseguido suspender nuestro celo, sofocar los
" clamores de la justicia y que diesemos una tregua
" prudente á la observacion de vuestra conducta;
" pero que vuestra impiedad, represada por el te-
" mor, habia prorrumpido como un torrente de ini-
" quidad en estos calamitosos dias, poniéndose al
" frente de una multitud de infelices que habeis se
" ducido y declarando guerra á Dios, á su santa
" Religion y á la patria: con una contradiccion tan
" monstruosa, que predicando segun aseguran los
" papeles públicos, errores groseros contra la fé,
" alarmais á los pueblos para la sedicion, con el
" grito de la Santa Religon, con el nombre y de
" vocion de María Santísima de Guadalupe y con
" el de Fernando VII, nuestro deseado y jurado
" rey; lo que alegó en prueba de vuestra apostasia
" de la fé católica y pertinacia en el error: y últi-
" mamente, nos pidió que os citasemos por Edicto
" y bajo de la pena de "escomunion mayor," os
" mandásemos que comparecieseis en nuestra au-
" diencia, en el término de treinta dias perentorios,
" que se os señalan por término desde la fijacion de
" nuestro Edicto, pues de otro modo no es posible
" hacer la citacion porsonal. Y que circule dicho
" edicto en todo el reino, para que todos sus fieles
" y católicos habitantes sepan, que los promotores
" de la sedicion é Independencia tienen por Cori
" feo un apóstata de la Religion, á quien, igual
" mente que al trono de Fernando VII ha declara-
" do la guerra. Y que en el caso de no compare

" cer se os siga la causa en rebeldía hasta la rela-
" jacion en estatua.

" Y nos, visto su pedimento ser justo y conforme
" á derecho y la informacion que contra Nos se ha
" hecho, así del dicho delito de heregía y aposta-
" sía de que estais testificado y de la vil hipocresía
" conque eludísteis nuestro celo y os habeis burla-
" do de la misericordia del Santo Oficio, como de
" la imposibilidad de citaros personalmente, por
" estar resguardado y defendido del ejército de in-
" surgentes, que habeis levantado contra la reli-
" gion y la patria, mandamos dar y dimos esta
" nuestra carta de citacion y llamamiento; por la
" cual os citamos y llamamos, para que desde el
" dia que fuese introducida en los pueblos que ha
" beis seducido y sublevado hasta los treinta si-
" guientes leida y publicada en la Santa iglesia
" Catedral de esta ciudad, parroquias y conventos y
" en la de Valladolid y pueblos fieles de aquella
" diócesis, comarcanos con los de vuestra residen-
" cia, parezcais personalmente ante Nos en la sala
" de nuestra audiencia, á estar á derecho con dicho
" señor inquisidor fiscal y os oiremos y guardare
" mos justicia: en otra manera, pasado el sobredi-
" cho término, oirémos á dicho señor Fiscal y pro-
" cederémos en la causa sin mas citaros y llamaros
" y se entenderán las siguientes proposiciones con
" los estrados de ella hasta la sentencia definitiva,
" pronunciacion y ejecucion de ella inclusiva, y os
" parará tanto perjuicio como si en vuestra perso
" na se notificasen.

" Y mandamos que esta nuestra carta se fije en
" todas las iglesias de nuestro distrito y que ningu-
" na persona la quite, rasgue ni chancele, bajo la

" pena de excomunion mayor y de quinientos pesos
" aplicados para gastos del Santo Oficio, y de las
" demas que imponen el Derecho canónico y Bu-
" las Apostólicas, contra los fautores de hereges; y
" declaramos incursos en el crímen de fautoría y
" en las sobredichas penas, á todas las personas sin
" escepcion, que aprueben vuestra sedicion, reci-
" ban vuestras proclamas, mantengan vuestro tra
" to y correspondencia epistolar y os presten cual-
" quier género de ayuda ó favor y á los que no de-
" nuncien y no obliguen á denunciar, á los que
" favorezcan vuestras ideas revolucionarias, y de
" cualquier modo las promuevan y propaguen,
" pues todas se dirigen á derrocar el trono y el al-
" tar, de lo que no deja duda la errada creencia de
" que estais denunciado y la triste esperiencia de
" vuestros crueles procedimientos, muy iguales, así
" como vuestra doctrina, á los del pérfido Lutero
" en Alemania.

" En testimonio de lo cual, mandamos dar y di-
" mos la presente, firmada de nuestros nombres y
" sellada con el sello del Santo Oficio y refrenda-
" da de uno de los secretarios del secreto de él.

" Dada en la Inquisicion de México y casa de
" nuestra Audiencia á los 13 dias del mes de Octu-
" bre de 1810.—*Doctor Don Bernardo de Prado y*
" *Ovejero.—Lic. Don Isidro Lainz de Alfaro y*
" *Beaumont.*—Por mandado del Santo Oficio.—
" *Doctor Don Lucio Calvo de la Cantera, secreta-*
" *rio.*"

¡Infame y traidora calumnia! No teniendo nin-gun crímen real que echar en cara á Hidalgo, se le fingian crímenes ficticios de pensamientos, de creen-

cias que nadie puede adivinar, teorías ridículas, que hoy contempladas al traves del velo imparcial del tiempo, aparecen con toda su desnudez, con toda su caida máscara de una horrible hipocresía.

Don Juan volvió á leer despues de un momento de pausa lo siguiente:

"*Carta remitida por el escelentísimo é ilustrísimo*
" *señor arzobispo á los curas y vicarios de las Igle-*
" *sias de esta Diócesis.*

"¿Qué fruto debia esperarse de un país cultiva-
" do por los perversos Lavarrieta, Rojas, y Dalmi-
" var, sino el abominable que han recogido y soli-
" citan propagar por todo este reino el cura de Do-
" lores y sus secuaces?

" Quieren persuadir que el gobierno actual en-
" tregará el país á los ingleses ó á los franceses,
" siendo realmente los que intentan hacerlo así,
" el cura y los suyos, como es claro así por haber
" tenido el cura en su casa al emisario de Napo
" leon, Dalmivar en el año 1808, como por las ci-
" fras, planes y documentos que se han cogido en
" Querétaro.

" Digan vdes., pues, y anuncien en público y
" en secreto, que el cura Hidalgo y los que vienen
" con él intentan engañarnos y apoderarse de nos-
" otros, para entregarnos á los franceses y que sus
" obras, palabras, promesas y ficciones, son iguales
" ó idénticas con las de Napoleon, á quien final-
" mente nos entregarian si llegaran á vencernos;
" pero que la Vírgen de los Remedios está con
" nosotros, y debemos pelear con su proteccion,
" contra estos enemigos de la fé católica y de la
" quietud pública.

"Con este fin dirijo á vdes. ejemplares de la
" proclama del Exmo. señor virey de Nueva Es
" paña, para que tomando respectivamente uno,
" pasen los restantes con la brevedad posible al
" pueblo inmediato y poniendo recibo en esta Cor-
" dillera, le devuelvan desde el último á mi secre
" taría de cámara.

"Dios guarde á vdes. muchos años.

"México y Octubre 31 de 1810.—*Francisco, ar-
" zobispo de México.*"

¡Visionarios! el terror que Bonaparte les inspiraba, les hacia verle en todas partes y en cada hombre contemplar uno de sus ocultos agentes.

La posteridad ha hecho justicia á ese anciano de Dolores tan calumniado y ha hecho ver que ciertamente no cruzó por su imaginacion un solo pensamiento de adhesion á Bonaparte.

Don Juan volvió á entregar silenciosamente á Doña Regina los papeles que acababa de leer.

—¿Qué os parece, Don Juan le preguntó ésta con su particular sonrisa de desden y fatalidad.

—Creo, señora, que no se ha de conseguir mucho con edictos, proclamas y pastorales, y que nosotros hemos dado sin que amemos al gobierno el tiro en el blanco.

—¿Cuando partís, señor Don Juan?

—Dentro de dos horas, cuando mas tarde.

—¿Y vais acompañado?

—La compañía me seria perjudicial, en una empresa que necesita tanto sigilo, por consiguiente viajaré de incógnito.

—Pues id, Don Juan, y dentro de cuatro meses el premio ó el desprecio.

—Sí; dentro de cuatro meses la gloria ó el infierno, vuestra voluntad ó la muerte.

—Os aguardaré y mediré el tamaño de vuestra pasion por el de vuestro capricho.

—Permitidme hermosa Doña Regina, que antes de partir á esta peligrosa espedicion, lleve vuestra mano á mis labios.

—Adios, Don Juan, dijo la cortesana, poniéndose de pié con la magestad de una reina y alargando sin verle su mano de marfil al pálido caballero, que cayó á sus piés besándole con transporte.

—Adios, Doña Regina, lejos de vos porque mi sangre hierve de deseos, porque me enloqueceis si os contemplo mas tan bella y tan desdeñosa.

Y Don Juan se lanzó delirante fuera de la habitacion, bajó precipitadamente la escalera, atravesó el sombrío patio hasta la calle, é hizo seña á su cochero de acercarse; la portezuela se cerró y el lacayo recibió esta órden.

—A casa, pero pronto, muy pronto.

Los caballos se lanzaron al galope.

Doña Regina se quedó pensativa de pié en medio del salon y cuando el ruido del coche que partia la hubo vuelto en sí de su éxtasis, se introdujo á las habitaciones interiores, murmurando.

—¡Rica! deseada si no amada, ¿qué me falta para ser feliz?

La venganza, solo la venganza. Estoy segura que muy pronto la obtendré.

Yo amaba y he perdido cuanto amé: de hoy en adelante, el ódio solo me dará las fuertes emociones.

¡Pobres de los que osen alzarse hasta mí!

Soy la muger mas hermosa que hay en la Nue-

va España, no me he dejado ver todavía, pero ya es tiempo....

Y acercándose al cordon de la campanilla llamó.

Un criado, especie de mayordomo se presentó.

—Haz que pongan el coche con el tren mas lujoso, porque esta tarde me presento por la primera vez en el paseo de Bucareli, dijo con imperio.

El criado se inclinó, y salió á ejecutar la órden de su hermosa señora.

CAPITULO XIV.

El ángel malo de Hidalgo.

Hidalgo se habia lanzado desde Guanajuato, como un torrente despeñado hasta el valle de México, poniendo en fuga en las montañas de las Cruces á las tropas del virey que mandadas por el gefe español Don Torcuato Trujillo, salieron á batirle; pero en vez de continuar su marcha á la cercana capital, se lanzó en el rumbo del *bajío*, donde su palabra del 15 de Setiembre habia encontrado un eco y donde los pueblos se habian levantado casi en masa.

Pero el anciano, no podia ser á la vez apóstol de la libertad y general, así es que fué derrotado completamente en Aculco, por el gefe español Don Félix María Calleja.

Pintar lo que entonces pasó es imposible.

La pluma se cae de las manos, las letras son borradas por las lágrimas, al recordar los crímenes que este hombre sin corazon y sin entrañas come-

tió sobre los infelices insurgentes, que fueron sacrificados á centenares de la manera mas horrible por ese monstruo, baldon de su nacion y de la humanidad entera. Se podria decir aquí con el ardiente poeta Mármol:

Tan solo sangre y muerte, tus ojos anhelaron
Y sangre, sangre á mares se derramó do quier
Y de apilados craneos los campos se poblaron
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder,

ó con el elocuente Guillermo Prieto.

Delante de esos huesos y á su nombre
Le maldice mi voz ¡maldito sea!

Baste recordar estos hechos, para echar un velo sobre ellos porque hay crímenes tan horribles, que un escritor se indigna, aún de relatarlos y volvamos a tomar el hilo de nuestra narracion.

Gil Gomez, no se habia separado un solo momento de Hidalgo, lo mismo á la hora del triunfo que á la de la desdicha. El jóven comprendiendo la imposibilidad de encontrar á Fernando y hallándose por otra parte, comprometido en una causa noble, determinó seguir la bandera de Hidalgo que le colmaba de cariño y honores, bandera de una revolucion cuya sublime intensidad ya comenzaba á comprender y admirar; porque la guerra y las cir cunstancias dificiles en que hacia algunos meses se encontraba habian convertido á aquel niño que vimos salir de San Roque sobre un caballo ciego, corriendo noche y dia detrás de un amigo querido de infancia, en un jóven medio travieso é infantil todavía; pero ya capaz de dar cabida en su franca alma á otros sentimientos mas profundos.

Algunas veces en medio del estruendo que formaba el ejercito insurgente en marcha, se sumergia en una profunda meditacion que lo conducia necesariamente á la melancolía y la tristeza.

Pensaba que Fernando debia hallarse necesariamente en México, y en ninguna otra parte, pues no se esplicaba de otra manera su ausencia. Suponia y á caso con mucha razon, que habiendo tenido noticias en el camino de lo que en San Miguel el Grande habia pasado, habia creido inútil dirigirse ya á ese pueblo, cuyo regimiento que era el suyo como se recordará, acababa de abandonarle para seguir con sus capitanes Allende, Aldama y Abasolo á Hidalgo y volverse á la capital, para presentarse á su tio el brigadier Don Rafael, que acaso le cumpliria lo prometido de hacerle entrar en la guardia particular del Virey Venegas.

Mas de una vez acaso, cruzó por la imaginacion del jóven capitan un pensamiento, el de correr á la capital para estrechar por fin entre sus brazos á Fernando. ¿Pero era decoroso abandonar á un ejercito casi en derrota? Podia él, insurgente excomulgado penetrar en la capital sin ser matado como un perro rabioso?

Despues de la derrota de Aculco y Calderon, se dirigió el ejército á Aguascalientes desde Guadalajara: Se caminaba durante el dia en medio de desiertos abrasados, sintiendo sofocarse los hombres por la sed y desfallecerse por el hambre; muchos caian muertos en medio del camino, otros desertaban abandonando una causa, que consideraban ya como perdida.

Hidalgo abatido, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pero alzándola á veces como animado

por una idea sublime, caminaba lentamente en medio de Allende Aldama y Gil Gomez.

A veces se volvia para exortar y animar con palabras de tierno consuelo á sus fatigados soldados.

Al llegar á Aguascalientes se le presentó un personage suplicándole militar á sus órdenes, para defender "la noble causa de la libertad."

Era el recienvenido un hombre de mas de treinta años, vestido modestamente aunque cabalgando en un magnifico caballo negro como la noche, y revelando en sus maneras y en su aire esterior cierta distincion que lo hacia considerar á primera vista como de una clase social muy diferente de la de los pobres soldados que seguian á Hidalgo.

El anciano le miró fijamente durante un momento, con su mirada profunda y observadora.

El desconocido sostuvo esa mirada sin intimidarse.

—Pero me parece que vd. no está acostumbrado á estos rudos trabajos y hace algunos dias que sufrimos privaciones horribles, dijo Hidalgo sin quitar los ojos del desconocido.

Pero este respondió inclinándose humildemente.

—A todo estoy resuelto, y hago gustoso el sacrificio de mi vida, en las aras de la patria.

—Pero; vd. señor caballero, me parece un español por su acento y....

—Mis padres eran españoles, interrumpió el nuevo insurgente; pero nada, fuera del acento he heredado de ellos.

—Está bien, dijo Hidalgo, su lugar de vd. caballero, está entre los oficiales.

El incógnito se inclinó respetuosamente, y fué á confundirse entre los oficiales.

Hidalgo dijo á Gil Gomez al cabo de un rato.

—¿Ha visto vd. capitan al nuevo militar?

—Sí señor, le he visto cuando se ha presentado, respondió el jóven.

—¿Y que le parece á vd?

—¿Francamente? señor.

—Francamente, capitan.

—Pues bien, no me gustan su cara tan pálida y sus maneras tan aristócratas.

—Ni á mi, tengo sospechas muy fuertes de que sea uno de tantos traidores de que estamos rodeados; casi me atreveria á asegurarlo.

—¿Porqué? señor Hidalgo.

—¿Porque?¿no le parece á vd. estraño, capitan su modo de presentarse, cuando creen que nuestra causa está perdida ¡los necios! su acento, sus maneras?

—Es en efecto, muy estraño.

—Pues bien, es necesario que no le pierda vd. un momento de vista, que siga vd. sus pasos, que vigile sus menores movimientos, capitan.

—Desde este instante está bajo mi responsabilidad y ¡ay! de él, si es un traidor, dijo Gil Gomez.

El ejército entró en buen órden á Aguascalientes, saliendo de allí para Zacatecas.

Una mañana llamó Hidalgo á su secretario Gil Gomez para dictarle la siguiente contestacion al indulto que le prometia el virey Venegas.

"Don Miguel Hidalgo y Don Ignacio Allende,
" gefes nombrados por la causa Américana para
" defender sus derechos, en respuesta al indulto
" mandado extender por el señor Don Francisco
" Javier de Venegas y del que se pide contestacion
" dicen: Que en desempeño de su nombramiento

" y de la obligacion que como á patriotas america
" nos les estrecha, no dejarán las armas de la ma-
" no, hasta no haber arrancado de las de los opre-
" sores la inestimable alhaja de su libertad.

"Están resueltos á no entrar en composicion al-
" guna, sino es que se ponga por base la libertad
" de su nacion y el goce de aquellos derechos que
" el Dios de la naturaleza concedió á todos los
" hombres, derechos verdaderamente inalienables y
" que deben sostenerse con rios de sangre si fuese
" preciso.

" Han perecido muchos Europeos, seguiremos
" hasta exterminio del último, si no se trata con
" seriedad de una racional composicion.

" El indulto señor Exelentísimo, es para los cri-
" minales, no para los defensores de su patria y
" menos para los que son superiores en fuerzas.

" No se deje Vueselencia alucinar por las efíme-
" ras glorias de Calleja: estos son unos relámpagos
" que mas ciegan que iluminan; hablamos con
" quien lo conoce mejor que nosotros.

" Nuestras fuerzas en el dia son verdaderamente
" tales y no caerémos en los errores de las campa-
" ñas anteriores. Crea V. E. firmemente que en
" el primer reencuentro con Calleja quedará derro-
" tado para siempre.

" Toda la Nacion está en fermento, estos movi-
" mientos han despertado á los que yacian en le-
" targo.

"Los cortesanos aseguran á V. E. que uno ú otro
" solo piensa en la libertad, le engañan.

" La conmocion es general y no tardará México
" en desengañarse si con oportunidad no se previe-
" nen los males.

" Por nuestra parte suspenderémos las hostilida
" des y no se le quitará la vida á ninguno de los
" muchos europeos que están á nuestra disposicion,
" hasta tanto V. E. se sirva comunicarnos su últi
" ma resolucion.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Al cabo de un largo rato de silenciosa medita cion, el anciano, volvió á dictar.

Gil Gomez escribió:

"*Proclama á la nacion americana.*

"¿Es posible americanos que habeis de tomar las
" armas contra vuestros hermanos, que están em-
" peñados con riesgo de su vida en libertaros de la
" tiranía de los Europeos y en que dejeis de ser es-
" clavos suyos?

"¿No conoceis que esta guerra es solamente con-
" tra ellos y que por tanto seria una guerra sin
" enemigos, que estaria concluida en un dia si vo-
" sotros no les ayudáseis á pelear?....

"No os dejeis alucinar, americanos, ni deis lugar
" á que se burlen mas tiempo de vosotros y abusen
" de vuestra bella índole y docilidad de corazon,
" haciéndoos creer que somos enemigos de Dios y
" que queremos trastornar su santa religion procu
" rando con imposturas y calumnias hacernos pa-
" recer odiosos á vuestros ojos.

"No; los americanos jamás se apartarán un pun
" to de las máximas cristianas, heredadas de sus
" honrados mayores.

"Nosotros no conocemos otra religion que la Ca-
" tólica, Apostólica, Romana y por conservarla

" pura é ilesa en todas sus partes, no permitiremos
" que se mezclen en este continente estrangeros
" que la desfiguren.

"Estamos prontos á sacrificar gustosos nuestras
" vidas en su defensa; protestando delante del
" mundo entero que no hubiéramos desenvainado
" la espada contra estos hombres, cuya soberbia y
" despotismo hemos sufrido con la mayor pacien
" cia por espacio de casi trescientos años, en que
" hemos visto quebrantados los derechos de la hos-
" pitalidad y rotos los vínculos mas honestos que
" debieron unirnos, despues de haber sido el jugue-
" te de su cruel ambicion y víctimas desgraciadas
" de su codicia, insultados y provocados por una
" série no interrumpida de desprecios y ultrajes y
" degradados á la especie miserable de insectos
" reptibles; si no nos constase que la nacion iba á
" perecer irremediablemente y nosotros á ser viles
" esclavos de nuestros mortales enemigos, perdien-
" do para siempre nuestra religion, nuestra ley,
" nuestra libertad, nuestras costumbres y cuanto
" tenemos mas sagrado y mas precioso que custo-
" diar.

" Consultad á todas las provincias invadidas, á
" todas las ciudades, villas y lugares, y vereis que
" el objeto de nuestros constantes desvelos es el de
" mantener nuestra religion, nuestra ley, la patria
" y pureza de costumbres y que no hemos hecho
" otra cosa que apoderarnos de las personas de los
" europeos y darles un trato que ellos no nos da-
" rian ni nos han dado á nosotros.

" Para la felicidad del reino es necesario quitar
" el mando y el poder de las manos de los Euro-
" peos; esto es todo el objeto de nuestra empresa,

" para los que estamos autorizados por la voz co
" mun de la nacion y por los sentimientos que se
" abrigan en el corazon de todos los criollos, aun-
" que nopuedan esplicarlos en aquellos lugares, en
" donde estan todavía bajo la dura servidumbre de
" un gobierno arbitrario y tirano, deseosos de que
" se acerquen nuestras tropas á desatarles las cade
" nas que los oprimen.

"Esta legítima libertad, no puede entrar en pa-
" ralelo, con la irrespetuosa que se apropiaron los
" Europeos cuando cometieron el atentado de apo-
" derarse de la persona del excelentísimo señor vi
" rey Iturrigaray y trastornar el gobierno á su an-
" tojo sin conocimiento nuestro, mirándonos como
" hombres estúpidos y como manada de animales
" cuadrúpedos, sin derecho alguno para saber nues-
" tra situacion política.

"En vista, pues, del sagrado fuego que nos in-
" flama y de la justicia de nuestra causa, alentaos
" hijos de la patria que ha llegado el dia de la glo-
" ria y de la felicidad pública de esta América.

"Levantaos, almas nobles de los americanos, del
" profundo abatimiento en que habeis estado se-
" pultados y desplegad todos los resortes de vuestra
" energía y de vuestro valor, haciendo ver á todas
" las naciones las admirable cualidades que os ador-
" nan y la cultura de que sois susceptibles.

"Si teneis sentimientos de humanidad, si os hor-
" roriza el ver derramada la sangre de vuestros her-
" manos y no quereis que se renueven á cada paso
" las espantosas escenas de Guanajuato, del paso
" de Cruces, de San Gerónimo Aculco, de la Bar-
" ca, Zacoalco y otras; si deseais la quietud públi-
" ca, la seguridad de vuestras personas, familias y

" haciendas, y la prosperidad de este reino: si apeteceis que estos movimientos no degeneren en una revolucion que procuramos evitar todos los americanos, esponiéndonos en esta confusion á que venga á dominarnos un estrangero, en fin si quereis ser felices, desertaos de las tropas de los europeos y venid á uniros con nosotros: dejad que se defiendan solos los ultramarinos y vereis esto acabado en un dia sin perjuicio de ellos ni vuestro y sin que perezca un solo individuo, pues nuestro ánimo es despojarlos del mando sin ultrajar sus personas y haciendas.

" Abrid los ojos; considerad que los europeos piensan ponernos á pelear criollos contra criollos, retirándose ellos á observar desde lejos, y en caso de serles favorables, apropiarse ellos toda la gloria del vencimiento, haciendo despues mofa y desprecio de todo el criollismo y de los mismos que les hubiesen defendido: advertid que aun cuando llegasen á triunfar ayudados de vosotros, el premio que debeis esperar de vuestra inconsideracion, seria el que doblasen vuestras cadenas y el veros sumergidos en una esclavitud mucho mas cruel que la anterior.

"Nada mas deseamos que el no vernos precisados á tomar las armas contra ellos:

" Para nosotros es de mucho mas aprecio la seguridad y conservacion de vuestros hermanos.

" Una sola gota de sangre americana, pesa mas en nuestra estimacion que la seguridad de algun combate que procuraremos evitar en cuanto sea posible y nos lo permita la felicidad pública á que aspiramos, como ya hemos dicho.

" Pero con sumo dolor de nuestro corazon, pro-

" testamos que pelearemos contra todos los que se
" opongan á nuestras justas pretensiones sean quie
" nes fueren, y para evitar desórdenes y efusion de
" sangre, observaremos inviolablemente las leyes de
" guerra y de gentes para todos en lo de adelante.

"Hasta el 20 de Diciembre estan de nuestra par-
" te cinco provincias, conviene á saber: Guadala
" jara, Valladolid, Guanajuato, Zacatecas, y San
" Luis Potosí y de un dia para otro se espera tam-
" bien estarlo Durango, Sonora, y demas provin-
" cias internas, estándolo tambien Toluca y mu
" cha parte de la costa de Veracruz.

"*Miguel Hidalgo y Costilla.*"

¡Qué sencilla y conmovedora elocuencia! ¡qué caballerosidad en el estilo, tan diferente de la cho carrería, de las diatribas, de los dicterios y hasta de los motes de que estaban atestadas las proclamas del virey, del arzobispo y del Santo Oficio!

¡Qué defensa tan noble á acusaciones tan injustas!

¡Qué desmentida tan completa á calumnias tan falsas!

El ejército en tanto, seguia su marcha, dirigiéndose hácia el Saltillo.

CAPITULO XV.

El ángel tutelar de Hidalgo.

Gil Gomez no habia perdido un solo momento de vista al nuevo misterioso insurgente, segun la órden de Hidalgo.

Marchaba éste confundido entre la multitud; pero sin hablar con nadie, sin quejarse ó alentarse á sí mismo como los demás.

Una mañana, Hidalgo dijo en voz alta á Gil Gomez que se encargase en la primera venta por donde pasaren, de hacer que le preparasen un almuerzo, porque hacia algunas horas no probaba alimento. Acababan de dejar atrás al pueblecillo de *Charcas* y era muy probable que antes de llegar al Venado se encontrase alguna aldehuela ó cuando menos alguna posada.

A poco rato el jóven descubrió á la falda de un montecillo, una casa que seguramente debia ser lo que buscaba; corrió á ordenar á Allende de parte de Hidalgo, guiase adelante al ejército, mientras éste se quedaba acompañado de él y otros dos oficiales, en la casa para tomar reposo y alimento, despues de lo cual le alcanzaria.

El ejército siguió adelante: Gil Gomez se adelantó á la venta para hacer disponer lo necesario.

Hidalgo acompañado de dos oficiales le seguia á paso lento.

Cuando el jóven detuvo su caballo delante de la venta salia de ella, lanzándose al galope el pálido desconocido.

Gil Gomez al verle dió un salto como si hubiese visto una serpiente.

El caballero lanzó una insultante mirada de desprecio y de satisfaccion, hácia el camino por donde Hidalgo se acercaba.

—No sé qué especie de terror me inspira ese hombre; algun mal me va á hacer, murmuró el jóven entrando hasta el patio de la venta.

Un profundo silencio reinaba en ella y parecia que nadie la habitaba.

—¡Ah! de casa, gritó Gil Gomez con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero nadie se movió.

—¡Diablo! parece que todos duermen ó todos se han muerto aquí; pero entonces qué es lo que hacia en esta inhabitada mansion ese misterioso viagero?

Y volvió á llamar con igual estrépito.

Al cabo de un rato se presentó el hostelero, hombre de buena presencia y franca catadura.

—Buenos dias, señor huésped, dijo el jóven con afabilidad, siguiendo su método de procurar caer en gracia á los posaderos.

—Téngalos vd. muy buenos, señor capitan, respondió éste.

—¿Han pasado por aquí los insurgentes?

—Sí, señor capitan, no hace media hora aún que han pasado. ¿Va ud. á incorporarse con ellos?

Gil Gomez, no conociendo el color político de su huésped, no quiso aventurar una respuesta y eludió la pregunta diciendo con una completa indiferencia:

—Yo vengo desde Zacatecas y me dirijo á el Saltillo, donde ellos probablemente se dirigen.

—Sí; eso ha dicho un oficial que acaba de partir hace un momento.

—¡Ah! un oficial, ¿y qué ha venido á hacer por aquí ese oficial? preguntó el jóven aparentando tranquilidad.

—Diablo, á proporcionarme un buen negocio, puesto que me ha pagado de una manera espléndida y adelantado, el almuerzo de unos viageros que no deben tardar en llegar.

—¡Ah! ¿con que ha pagado adelantado el almuerzo de unos viageros? ¡qué franco es!

—Sí; pero ha hecho mas, me ha dicho que uno de esos viageros es un anciano, muy desganado para comer y que solo algunos platos que él sabia muy bien, prueba.

—Debe ser muy su amigo.

—Así me lo ha asegurado, de manera que despues de haberme preguntado hácia qué parte se hallaba la cocina, ha corrido á ella dejándome como dicen con la palabra en la boca, para probar el mismo la clase de alimentos que hay que no son por cierto muy numerosos.

—¿Pues cuántos platos hay para el almuerzo?

—Dos solamente, señor capitan, *mole y frijoles.*

—¿Y han sido de su gusto?

—Parece que sí, porque ha salido de la cocina, encargándome que podia presentarlo todo en la mesa, sin necesidad de preparar otra cosa, seguro de que habia salido airoso.

—Pero ya caigo quién es ese solícito viagero, debe ser uno que partia cuando yo llegaba.

—Cabalmente, porque luego que ha visto que la mesa estaba servida, y todo listo, ha vuelto á montar á caballo y ha partido.

—¿Qué señas tenia?

—¿Era un señor de media edad.

—¿Con el cabello casi rojo?

—Sí señor, con el cabello casi rojo.

—¿Muy pálido?

—Muy pálido.

—¿Montado en un caballo negro?

—Sí señor, negro como la noche.

—Vaya; pero cualquiera diria al oirnos hablar,

que nuestro oficio es ocuparnos de las vidas agenas, dijo Gil Gomez enjugando el sudor que la congoja y el temor hacian brotar á su frente.

—Es muy natural la conversacion entre los viageros y los posaderos y yo soy precisamente de los mas charlatanes, dijo el huesped que en efecto parecia á primera vista un hombre franco y decidor, muy al tanto de los negocios posaderiles.

—Lo mismo soy yo.

—Así me parece, señor capitan; pero vd. querrá tal vez almorzar, ¿no es verdad?

—Aguardaré á esos viageros de quien ha hablado á vd. el franco caballero, pues no tengo prisa y no gusto de almorzar solo jamás.

—Está bien, voy á poner á vd. su mesa en el mismo cuarto, dijo el ventero yendo á ejecutarlo.

A ese tiempo sonaron en el camino las pisadas de algunos caballos.

Eran Hidalgo y los dos oficiales que le acompañaban.

—¿Ha encontrado vd. algo? capitan, preguntó este.

—Sí señor, y he encontrado mas de lo que hubieramos deseado ciertamente.

—¡Bueno! veo que es vd. igualmente diestro en asuntos bucólicos, que en asuntos guerreros.

Y todos se dirigieron al sitio donde les conducia sombrero en mano el ignorante y obsequioso posadero que creia haber hecho un buen negocio.

—Señores, suplico á vds. me dispensen una palabra, dijo Gil Gomez dirigiendose á los oficiales y llevando al cura Hidalgo, á la pieza en que se habia servido el almuerzo, mientras que aquellos, co-

gidos amistosamente del brazo se paseaban por el sucio y destartalado corredor.

Gil Gomez cerró la puerta tras si y se acercó á la mesa sobre la que se veian humeando en groseras fuentes, los dos guisotes de que acababa de hablar el posadero: el joven acercó á ellos su vista durante algun tiempo.

—¿Vamos, qué hace vd. capitan, le disgustan acaso esos platos? preguntó sonriendo Hidalgo.

—Un poco, señor.

—Pues somos de un gusto enteramente contrario, porque yo amo con delicia las comidas nacionales. ¡Ea! no hay tiempo que perder, tomemos alguna cosa, que tenemos que alcanzar al ejército antes de llegar al Venado.

—No, señor, vd. no tocará esos platos, esclamó Gil Gomez.

—¿No tocaré ninguno de esos platos? ¿y porqué? capitan.

—¿Porque? porque esos platos estan envenenados.

—¿Envenenados?

—Envenenados, sí señor.

—¿Pero por quién?

—Por el sospechoso desconocido que ha llegado á esta posada un cuarto de hora antes que yo y partia á todo escape cuando yo me acercaba.

Hidalgo hizo una esclamacion de sorpresa.

Al cabo de un rato de silenciosa estupefaccion, preguntó.

—¿Pero como lo ha sabido vd. jóven?

—El posadero es un simple que me ha referido lisa y llanamente, que ese hombre ha llegado aquí, pidiendole tuviese preparado un almuerzo para

unos viageros que debian llegar dentro de un momento, ha pagado adelantado y bajo el pretesto de probar los guisos se ha introducido solo en la cocina, donde no creo que haya ejecutado lo que dice.

—¡Cobarde! esclamó Hidalgo con asombrosa indignacion.

—¿Conque creo que ahora ya no tocará vd., señor, esos guisos nacionales?

—¡Oh noble jóven, esclamó el anciano; Dios ha mandado á vd. para ser mi ángel de guarda sobre la tierra. Una noche ha llegado vd. á mi morada fatigado y herido, para dar el primer paso de una carrera que yo mismo temia emprender: Otra vez; he encontrado para penetrar en Celaya un enviado con una comision peligrosa, que ciertamente temia no hallar entre los hombres, que me seguian, despues le he mirado á mi lado lo mismo en las horas del peligro que la desdicha y por fin en este momento acaba vd. de salvarme la vida. ¡Jóven hijo mio! entre mis brazos.

Gil Gomez se precipitó entre los brazos abiertos del anciano esclamando entre lágrimas.

—Una noche he llegado miserable y herido á una casa; en ella me han dado pan y me han curado; por una travesura de niño me han elevado á un grado demasiado honorífico, han armado mi brazo para defender la mas santa de las causas y juro morir antes que abandonar al hombre noble de quien tanto he recibido.

—Partámos hijo mio, partámos en el instante y demos gracias á Dios por la merced que acaba de concedernos.

Y los dos salieron del aposento.

—¿Cómo, no almuerzan vdes. antes de partir? esclamó el posadero al verles en el patio en actitud de viaje.

—Amigo mio, le dijo Gil Gomez en voz baja, procurando que los oficiales no le escucharan; sus platos de vd. están envenenados.

—¿Envenenados? esclamó el posadero dando un salto de sorpresa.

—Envenenados, sí, y cuide mucho de que nadie pruebe de ellos.

—¡Envenenados! esclamó estupefacto el ventero.

—Ha sido vd. víctima de un engaño, y en lo sucesivo aprenda á ser mas cauto, con los viageros que pagan adelantado el almuerzo de sus amigos.

Largo tiempo despues de que sus huéspedes hubieron partido, el posadero se quedó parado en medio del patio del meson, creyendo que era un sueño cuanto acababa de escuchar.

Derrepente corrió al cuarto y examinó sus guisos; habian tomado estos en efecto un color negruzco demasiado sospechoso que no estaba acostubrado á observarles. Tomó en sus manos el plato y arrojó su contenido á uno de tantos de esos perros que pululan en todos los mesones.

El animal hambriento le devoró en un instante.

Pero no habia trascurrido ni un cuarto de hora, cuando sus facciones se contrajeron espantosamente, sus ojos giraron horribles y desencajados en sus órbitas, lanzó algunos ahullidos lastimeros de dolor, una convulsion contrajo sus miembros, su boca se cubrió de un espumarajo sanguinolento y cayó tieso sobre el suelo.

Hidalgo y Gil Gomez habian alcanzado al ejército antes de llegar al *Venado*.

—¿Qué deberemos hacer con ese hombre? habia preguntado Gil Gomez en el camino.

—¿Qué hemos de hacer? nada, dijo Hidalgo encogiéndose de hombros.

—¿Cómo nada, señor, es decir que su crímen quedará impune?

—No hay contra él una prueba evidente y cualquiera disposicion que yo tomara en su contra se podia calificar como un acto de crueldad.

—Pero....

—Lo que se debe hacer ahora que ya nuestras sospechas se han confirmado, es no perderle de vista un solo momento, seguirle do quiera que vaya, capitan.

Gil Gomez se incorporó entre los oficiales, y pudo notar el efecto que la pronta llegada de Hidalgo causó sobre uno de ellos. Al ver al anciano, dió un salto de sorpresa, su rostro naturalmente pálido, se tornó livido, apretó sus puños con rabia sobre el puño de su espada y aterrorizado casi, se apartó de los oficiales, aislándose cabizbajo y pensativo.

Gil Gomez se acercó á él y le dijo con fingido interés.

—¿Porqué tan triste? señor oficial.

El desconocido lanzó una mirada terrible al jóven y bajó la cabeza sin responderle.

—¿Porqué tan triste? cualquiera diria al ver á vd. que le ha acontecido una grave desgracia, continuó el jóven.

El desconocido ni se movió siquiera.

—Sí, una grave desgracia, como por ejemplo, ver desbaratado en un momento, un magnífico plan muy premeditado.

Esta vez el incógnito, alzó vivamente la cara,

lanzando una rápida mirada á Gil Gomez; pero debió confundir la intencion oculta del jóven con su cara naturalmente maliciosa, porque se limitó á decir con un acento de irónico desprecio.

—Parece que somos algo chanceros, insolentados tal vez por la especial proteccion del señor Hidalgo.

—Y nosotros, parece que somos algo afectos á pagar adelantados los almuerzos de los amigos y á cuidar de que sean muy de su gusto.

El incógnito se estremeció como si hubiera pisado una serpiente, clavó una mirada terrible en el rostro del jóven y llevó maquinalmente su mano á la culata de una de sus pistolas; pero despues reflexionando tal vez que no era aquel sitio el mas apropósito para lo que acababa de pensar, aparentó volver á recobrar su tranquilidad, mordiéndose sus delgados y pálidos labios hasta hacerse sangre.

—Lo decia yo por lo de esta mañana, continuó con su tono zumbon el imprudente jóven que habia seguido con la vista sus menores movimientos.

—No sé, no entiendo lo que quiere vd. decir y creo que me toma por otro, dijo el caballero encogiéndose de hombros con aparente tranquilidad.

—No, yo jamás me equivoco y mucho menos en conocer á los buenos amigos, ¡Oh! para eso tengo un ojo y un tino admirables. Cuando á vd. se le ofrezca yo le dará una leccioncilla que le ha de ser muy provechosa.

Y diciendo estas palabras Gil Gomez hizo un falso político saludo y corrió á incorporarse con Hidalgo.

El desconocido le siguió con la vista durante al-

gun tiempo y cuando le hubo perdido, murmuró con tono colérico.

—Desgraciado, sin saberlo te has perdido y precipitado á un abismo; mis secretos son la muerte del que los llegue á descubrir. ¡Crees haberme confundido y aterrorizado con tu imprudente reve lacion; pero no sabes que el amor de Doña Regina es un frenesí capaz de convertir al hombre mas honrado en un asesino que destruye cuanto' se le presenta como obstáculo para poseer á ese demonio de muger.

Y Don Juan volvió á caer en su acostumbrada sombría meditacion.

Esta vez Gil Gomez fué tal vez mas observado que observador; como Don Juan lo habia dicho, el pobre jóven con su imprudencia acababa de labrar su ruina y sin saberlo se habia precipitado á un abismo.

El ejército dejó atrás á Matehuala llegando al Saltillo, para dirigirse desde allí á Chihuahua.

¡Ay! la traicion seguia y esperaba al noble anciano!

Una tarde Gil Gomez adelantó al ejército media legua para buscar alojamiento á Hidalgo. El camino que el jóven seguia era un estrecho sendero encajonado entre pedregales de poca elevacion; corria á todo escape, cuando le pareció oir cerca de sí, hácia la parte derecha del pedregal un ruido semejante al paso de un caballo,

Pero creyó un engaño de su oido y siguió avanzando.

No habria andado veinte varas, cuando al volver de una pequeña encrucijada, sonó un tiro á su es-

palda y una bala fué á clavarse en un árbol que se hallaba á cinco pasos.

Antes de que volviese de su sorpresa, sonó un segundo tiro; pero el jóven oyó silvar la bala tan cerca de sí, que no pudo menos de inclinarse violentamente sobre el cuello de su caballo por un movimiento demasiado natural.

La bala habia pasado en efecto tan cerca de su cabeza, que habia atravesado de parte á parte su sombrero lanzándole á veinte pasos de distancia.

Gil Gomez volvió sus ojos al pedregal, desde donde le saludaban tan poco cortesmente; pero á nadie vio y le pareció oir al otro lado del camino el galope de un caballo que se alejaba.

—Vaya, pues lo que es por esta vez han errado el golpe. Ya me figuro poco mas ó menos quién es el que me ha obsequiado de esta manera tan desusada, esclamó el jóven al cabo de un momento, pálido por la sorpresa, contemplando su sombrero agujereado en la copa y dando gracias en su interior á Dios con todo su corazon por el terrible peligro de que acababa de salvarle de una manera casi milagrosa.

Despues comprendiendo por instinto, que por lo pronto nada debia temer, volvió á continuar su interrumpida carrera.

Una noche el ejército acampó para dormir en una llanura situada adelante de Anelo. Hidalgo acompañado de Allende y Gil Gomez, se dirigió á una casita lejana, á través de cuyas ventanas se veia brillar una suave luz en la oscuridad profunda de la noche. Llamó Gil Gomez y la puerta se abrió inmediatamente por una anciana de aspecto

miserable que preguntó con agrio y cascado acento á los viageros qué era lo que se les ofrecia.

—¿Podria V. darnos hospedage por esta noche, en el concepto de que pagaremos religiosamente el gasto que hagamos? preguntó con su acostumbrada cortesanía en estos casos Gil Gomez.

—Si vdes. quieren conformarse con dos cuartitos, pues es lo único que hay en la casa fuera de la pieza en que yo duermo y la cocina, pueden pasar, respondió la anciana, ablandándose á la alhagadora promesa del jóven.

—Con eso nos sobra, buena señora, y no deseábamos otra cosa.

Allende y un soldado que le acompañaba, fueron á ocupar una de las destarladadas habitaciones.

Hidalgo y Gil Gomez ocuparon la segunda.

Tenia ésta una puerta que daba al interior de la casa y una ventana sin vidriera ni puerta que caia al campo y por donde se colaba á su sabor el viento helado de la noche.

—¡Qué fatigado estoy, por la larga caminata de hoy! dijo Hidalgo dejándose caer sobre el durísimo y único lecho que la hospitalidad de la anciana le habia ofrecido.

—Lo mismo yo y creo que dormiremos perfectamente, murmuró el jóven, acomodándose lo mejor que pudo en un viejo sillon de cuero que la Providencia habia colocado allí, poniendo su espada entre las rodillas y sus pistolas sobre una desvencijada mesa que se hallaba á su derecha.

La fatiga les rindió y cinco minutos despues ambos dormian profundamente.

Fuera de la habitacion silvaba el viento, trayendo esos ecos lejanos que forma el murmullo de una

gran reunion de hombres, y el "alerta" medio confundido por la distancia de los centinelas.

Serian las dos de la mañana, cuando un ginete avanzó con precaucion á la ventana del aposento en que reposaban Hidalgo y su ayudante de campo: se apeó sin hacer el menor ruido, dejando su caballo á algunos pasos y comenzó á andar casi á tientas, hácia la abierta ventana.

Derrepente las nubes preñadas, reventaron lanzando el torrente de agua que hacia algun tiempo las llenaba.

Primero cayeron gruesos goterones que semejaron gemidos del espacio al chocar con las hojas de los árboles; poco á poco se fueron haciendo mas numerosos y por último el cielo abrió sus mil bocas, lanzando cataratas á la tierra.

Algunos relámpagos brillaron lejanos y fugitivos en el espacio.

El misterioso y desvelado ginete, seguia acercándose á la ventana.

Un relámpago algo mas prolongado que los anteriores vino á iluminarle completamente.

Cualquiera por atrevido que fuese habria retrocedido al aspecto de aquel hombre, pálido como la muerte, con su cabello rubio, armada su diestra de un horrible puñal, pendientes á su cinto dos pistolas, avanzàndo con paso sordo como el de una hiena y silencioso como el de un tigre, lanzando miradas siniestras y sonriéndose con una risa infernal.

Pero ya hemos dicho que los dos habitantes del pobre aposento dormian profundamente.

El hombre llegó por fin á la ventana que solo distaba una vara del suelo, lanzó sus chispeantes miradas al interior, como queriendo interrogar á la

oscuridad, aplicó su oido y solo percibió la respira cion uniforme de un hombre dormido.

Entonces aseguró su puñal entre los dientes y apoyó sus dos manos en el piso de la ventana, poniéndose en ella de pié completamente.

Despues se fué deslizando silencioso como una serpiente hasta el piso del cuarto; pero al apoyar sus piés en él, produjo un ruido.

Le pareció oir otro ruido hácia el otro estremo del cuarto.

Pero nadie se movió y lo atribuyó á su temor, así es que continuó dirigiéndose al lecho, que aunque no distinguia, adivinaba sin embargo, por la respiracion prolongada y uniforme de Hidalgo.

—¡Oh! está solo, completamente solo, pensó, y esta vez no erraré el golpe.

Y dió otro paso adelante.

Pero derrepente oyó un ruido á su lado, que bien se distinguió del tiste y monótono que producia el aguacero.

Entonces se quedó parado, inmóvil como la estátua de un panteon y conteniendo su respiracion

—No es nada; pensó al cabo de un rato de profundo silencio.

Y dió otro paso.

Pero súbitamente se sintió agarrado en la garganta por unos dedos que lo apretaban hasta ahogarlo, mientras que otra mano despedazaba su armado brazo derecho. Vió en la oscuridad brillar cerca de sí unos ojos chispeantes y sintió sobre su rostro el soplo de un aliento.

Quiso gritar y no pudo, quiso hacer uso de sus armas, pero le fué imposible.

Por fin la mano que apretaba su garganta, aflojó

un poco porque dió un salto terrible, y se empeñó una especie de lucha silenciosa y sorda.

Pero sintió sobre su sien el frio de una pistola y oyó una voz sorda y apagada que le dijo:

—¡Miserable! si haces un movimiento, si das un paso, si alzas una voz, te tiendo muerto á mis piés.

A esta accion y á esta voz el desconocido dió un salto que hizo desprender su brazo del que lo apretaba.

—¡Ah! eres tú y siempre tú el que te atraviesas en mi camino, murmuró con rabia.

Y con el brazo derecho alzado y armado del puñal y el izquierdo de una pistola, se precipitó sobre Gil Gomez.

Entonces se trabó una lucha espantosa y sorda en medio de la oscuridad.

Durante, un momento solo se oyeron los esfuerzos de ambos combatientes.

El anciano continuaba durmiendo, ignorante de lo que estaba pasando y del peligro que le amenazaba.

Por fin, despues de un rato se oyó el ruido de dos cuerpos que caen sobre el suelo y la voz de Gil Gomez que dijo sordadmente:

—Traidor, estás debajo de mí, y si te mueves, te vuelo la tapa de los sesos.

El asesino quiso hacer uso de sus armas, pero éstas habian rodado al suelo en la lucha y solo pudo golpear rabiosamente con sus puños el pecho de Gil Gomez; quiso gritar, quiso moverse; pero la mano derecha de éste apretaba su garganta hasta ahogarlo, su rodilla se apoyaba como un torno sobre su pecho, y con la mano izquierda le golpeaba con cólera la cara.

—Podria matarte como un perro, porque estás á merced de mi justo enojo; como un perro, porque has penetrado en este aposento para perpetrar un asesinato; pero quiero perdonarte esa ruin vida, si me prometes salir de aquí sin hacer el menor ruido que despierte á ese anciano, si me juras no volver á atentar jamás contra la existencia de nuestro noble caudillo, dijo Gil Gomez con acento reconcentrado de cólera y desprecio.

El asesino, sintió que le faltaba la respiracion, sus miembros se aflojaron y exhaló de su pecho oprimido un ronquido sordo y estertóreo.

Gil Gomez, le dejó entonces alguna libertad, diciendo.

—Jura, jura pronto lo que te digo, porque siento que se me va la cabeza y conozco que voy á matarte.

Derrepente el asesino, aprovechándose de la libertad que le dejaba el jóven, dió un salto terrible y supremo, que lo arrojó lejos de sí, se precipitó á la ventana lijero como un rayo y antes de que Gil Gomez volviese de su sorpresa, desapareció en la oscuridad de los campos.

Fué tan brusco el movimiento y tan estruendoso el golpe del jóven, que Hidalgo despertó sobresaltado, se incorporó sobre el lecho violentamente y preguntó con acento de sorpresa.

—¿Qué hay? ¿qué es lo que pasa? ¿quien vá?

—Soy yo, señor, se apresuró á responder Gil Gomez, procurando ocultar la emocion que la cólera, la lucha y la sorpresa habian producido en su animo, con un acento de aparente tranquilidad, yo que fastidiado de tanto dormir, he tenido la impru

dencia de pasearme por el cuarto y de tropezar con un mueble.

—¿Pues qué hora es? preguntó Hidalgo.

—Faltan todavía tres horas para que amanezca.

—¿Y ya ha descapsado vd. suficientemente?

—Voy á volver á dormirme, porque es en efecto todavia muy noche, respondió Gil Gomez para tranquilizar al anciano.

Y los dos volvieron á permanecer silenciosos.

Fuera de la desmantelada habitacion, solo se oia el ruido de la lluvia gemidora y el galope de un caballo que se alejaba á todo escape.

Al amanecer se puso en marcha el ejército.

Gil Gomez buscó en vano entre los oficiales al desconocido, pues este habia desaparecido.

El jóven creyó en su buena fé, que la leccion de la noche anterior le habia sido provechosa, y que no volveria á presentarse mas; pero no habló á Hidalgo una palabra de lo que habia pasado.

Atravesaban un lugar inhabitado y desierto, llamado *La Punta del Espinazo del diablo*, cuando Hidalgo llamando á parte á Gil Gomez le dijo.

—Capitan, tengo fuertes sospechas de que las tropas de Elizondo nos vigilan y esperan caer sobre nosotros en las *Norias del Baján*, que segun me dicen es un punto demasiado ventajoso para el que lo ocupe primero.

—¿Porqué? señor.

—Porque ¿no le parece á vd. muy estraño que no nos hayan salido á encontrar, en ningun punto del largo camino que hace algunos dias atravesamos?

—Es en efecto demasiado estraño.

—¿Y el sospechoso? preguntó Hidalgo.

—Creo que ha desistido de su traicion porque desde ayer no lo veo.

—No sè porqué me dá mala espina esa desaparicion.

—¿Me permite vd. señor que vigile los lados del camino? preguntó Gil Gomez.

—Sí; pero tome vd. una fuerte escolta, para que le acompañe, capitan.

—No señor, porque entonces, no podré observar y por el contrario seré visto.

—Está bien, jóven, vaya vd. solo; pero no se aleje demasiado, dijo el anciano con acento de paternal cuidado.

Gil Gomez se hizo á la derecha del camino, alejándose del ejército con lentitud, cerca de media legua.

Atravesaba un suelo árido y rocalloso, sembrado de escasas y mezquinas plantas, encajonado entre altisimas montañas.

El sol declinaba en occidente, lanzando pálidos y dudosos rayos.

El jóven lanzó su vista por toda la distancia que podia abarcar y no observando nada que le infundiese sospechas, dejó caer la rienda de sus manos permitiendo á su caballo que anduviese al paso que desease.

El sitio, la hora, las circunstancias en que se hallaba, afectaron profundamente su ánimo y una tristeza honda y roedora se apoderó de su sér.

Tendió una mirada á su pasado, pensó en su infancia tan alegre y tan serena, pasada al lado de Fernando, en sus juegos infantiles, en la hermosa aldea que hacia tanto tiempo habia abandonado, y sobre todo en su honrado protector, que habia sido

un segundo padre para él y á quién habia dejado por seguir á Fernando, á ese hermano querido cuyo destino ignoraba.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y lloró silenciosamente.

Derrepente oyó un ruido á su lado y alzó la vista, dando al cabo de un momento, un salto de sorpresa.

Delante de él estaba, Don Juan, el asesino de la noche anterior, el terrible amante de la terrible y hermosa Doña Regina, ginete sobre su hermoso negro caballo, mirándole y sonriendo con su risa sarcástica y siniestra.

Gil Gomez llevó maquinalmente su mano á una de sus pistolas; pero despues temiendo que se calificase este acto de cobardía la retiró de allí, mirando fijamente y en silencio á Don Juan

—¡Buenas tardes! amiguito, dijo éste con espresion de sangrienta ironia.

Gil Gomez no contestó.

—¿Parece que le causa á vd. miedo el verme en este sitio tan solitario y á esta hora tan triste?

—Esperimento el sentimiento de horror, que es natural á todo hombre honrado, al hallarse frente á un asesino, respondió Gil Gomez con enérgica y orgullosa brevedad.

—Sea vd. menos pródigo en epitetos, amigo mio y hablemos con mas sangre fria.

—Yo no soy amigo de vd. ni tengo nada que hablar, si viene vd. á vengarse, solos estamos y nuestros brazos pueden manejar una arma. Mas ¡ah! ya habia olvidado que el de vd. solo sabe preparar venenos ó alzar puñales para asesinar hombres dormidos.

Don Juan, ni hizo algun movimiento á este dis curso de Gil Gomez y solo dijo con una voz sosegada.

—Deje vd, le digo todas esas frases y esos dictados, porque tenemos que hablar algo mas importante.

—No me imagino ciertamente lo que sea; pero puesto que vd. se empeña, hablemos.

—Oh es muy breve, son dos palabras solas las que voy á decir á vd. para callar ese estruendo entusiasta que lo anima.

—Pues ya escucho.

Gil Gomez se cruzó de brazos, mirando con espresion de cólera contenida al pálido Don Juan, que dejó caer lentamente y sin alterarse las siguientes palabras.

—Hace tres meses he prometido á una persona la muerte del cura Hidalgo.

—Noble promesa por cierto.

—No me interrumpa vd. jóven, porque ni es capaz de imaginarse todo lo que se puede prometer por agradar á esa persona, bástele saber que lo habia prometido.

—Está bien.

—Desde el instante en que he hecho semejante juramento, me he propuesto destruir cuanto obstáculo me impidiese cumplirlo. Desde hace algunos dias todo habria conluido ya; pero en donde menos esperaba he encontrado ese obstáculo.

—Ya comienzo á comprender.

—Ese obstáculo era vd, miserable hijo del pueblo, luchando conmigo, noble de raza.

—Silencio; interrumpió colérico Gil Gomez.

—Tenga vd. un poco de paciencia, ya vamos á

acabar Decia yo que era vd. jóven llena la cabeza de ideas estravagantes de fidelidad y libertad, vd. ciego instrumento de una causa repugnante.

—¡Miserable!

—Con su constante vigilancia, habia logrado destruir mis mejores planes y una tarde pensé en desembarazarme de vd.

—De una manera muy digna de todas sus cobardes acciones.

—Puesto que ya vd. sabe cual fué el resultado de ese negocio, no hablemos mas de ello.

—No, no hablemos de esa traicion, porque siento impulsos de matarle á vd. sin compasion.

—Usted nunca podría matar á un hombre que no está prevenido para un duelo.

—¡Está bien! prosiga vd. y diga por fin lo que desea.

—Anoche ha fallado mi última tentativa, que era por cierto muy segura, pero he sido vencido por vd. débil criatura, yo que en mi país era uno de los duelistas mas temibles.

—La nobleza de mi defensa me dió fuerzas y el terror de el hombre que va á cometer un crímen, abatió las de vd.

—Y creerá vd. amiguito, segun la espresion de orgullo con que mira, que ha salido vencedor y que lo seguirá siendo como hasta aquí?

—Lo creo, si Dios y la libertad me dan su amparo.

—Pues va vd. á oir como no ha sido así precisamente.

—¿Cómo?

—¡Oh! de una manera muy sencilla. Al vér fallar con tanta facilidad mis planes, he pensado que

podia muy bien entregar al hombre cuya muerte he jurado á manos que lo despedazarian con el mismo furor que las mias.

—Prosiga vd., prosiga.

—Me he dicho: ese cura Hidalgo camina acompañado de muy poca gente hácia donde se hallan las tropas españolas.

— Continúe vd.

—Si yo hiciese de manera que esas tropas le ahorrasen la mitad del camino y saliesen á sorprenderle, donde menos lo espere, me habria evitado un gran trabajo.

—¡Dios mio!

—Por consiguiente, ¿á que no adivina vd. adónde me he dirigido anoche despues de lo ocurrido?

—¿Adónde?

—A hablar con el gefe español Elizondo.

—¡Miserable! acabe vd.

—De manera que esta noche ó mañana á lo mas tarde....

—¿Qué?

—Hidalgo se hallará prisionero entre sus manos.

—No, traidor, no, porque voy á matarte primero y á impedirlo despues, esclamo Gil Gomez echando mano á su espada.

Pero antes que el jóven pudiese ejecutar lo que acababa de decir; Don Juan que habia estado calculando á sangre fria sus movimientos, sacó violentamente una pistola de cuya culata no habia separado su mano y la disparó á boca de jarro contra su pecho.

Gil Gomez quiso aún descargar un golpe sobre su traidor adversario; pero flaquearon sus fuerzas, llevó con espresion de dolor las manos sobre el pe-

cho, que se tiñó en sangre y abriendo los brazos cayó del caballo, de cara contra el suelo.

—¡Pobres locos de veinte años! ¡pobres necios! que creeis que todo en la vida es nobleza, entuciasmo, valor.

Doña Regina, estais satisfecha, porque mañana, será mas fácil volver la vida á un cadáver, que arrancar á Hidalgo del tribunal de Chihuahua.

Ahora á México, á gozar todas las delicias de vuestro amor.

Y al decir estas palabras, Don Juan se alejó á galope, riéndose con una risa de Satanás.

TERCERA PARTE.

CAPITULO XVI.

Lo que es el corazon humano.

Es una tarde del mes de Octubre de 1812.

Han trascurrido dos años desde aquel dia, en que pálido y lloroso hemos visto al jóven Fernando de Gomez partir de la pequeña aldea de San Roque, abandonando con todo el pesar de su vida, á Clemencia, para dirigirse á su compañía en San Miguel el Grande.

Y en dos años, que es tan largo tiempo para una ausencia, ¿qué cambios se han verificado en el amor purísimo de ambos jóvenes?

Su fuego debe haber aumentado en intensidad, cuanto mas se ha prolongado tan dolorosa ausencia.

Porque miradlo bien, así es el corazon humano.

Amad mucho, hasta la idolatría á una jóven; pero sin que ese amor encuentre obstáculos de nin-

guna clase, sin que nadie os impida verla, sin que ella misma se vele á vuestra ardiente solicitud, amadla así, decimos, y al cabo de poco tiempo, tanta facilidad os llegará á hastiar y vos mismo procurareis crear obstáculos ficticios, que despues de vencidos dejan ver la ilusion.

Pero que os separen de ella un solo momento; que un rival intente arrebataros la perla que Dios os ha hecho ver en el fondo del mar de la vida, y cuyo valor ya no apreciais tal vez y entonces vuestro amor, que en este caso se parece ya mucho al "amor propio" se despertará del letargo en que yacía y á precio de vuestra vida comprareis esa perla del alma.

Todo lo que no se posee es hermoso.

Pero desde el instante en que comprendísteis, ya no la seguridad sino simplemente la posibilidad de alcanzar lo que deseásteis, su posesion os fatigará, y volveis á lanzar la mirada por el inmenso golfo de la existencia, para columbrar y desear objetos mas lejanos y mas vagos todavía.

Ademas, lo que de léjos parecia hermoso, de cerca causa espanto tal vez.

Miradlo en vosotros mismos en la siguiente alegoría.

Figuraos que el mundo es un inmenso mar que vais cruzando en una leve barquilla.

Apenas se ha perdido el eco de vuestro último vagido de niño, cuando abandonais el modesto hogar paterno de la playa.

Ya vogais en ese mar, el alma rebosando de ilusiones, la imaginacion de deseos, el cuerpo de vida, el corazon de amor, el pensamiento de nobleza.

El cielo está hermoso y despejado: sopla suaví-

sima la brisa en murmullo de música: la mar está tranquila: el oleaje acaricia en blandísimo contacto los costados de vuestra frágil embarcacion: las aves marinas, pasan cantando en alegres bandadas.

¿Adónde dirigirse en mar tan sereno?

La vista descubre en lontananza varias islas.

Abordemos pues á la mas cercana.

Es la isla del amor.

A medida que á ella nos vamos acercando, llegan á acariciar nuestros oidos, los acentos de una música que adormece.

Una beldad nos aguarda en la orilla, que es un jardin.

Con ella realizamos una especie de fantasía ó sueño que se llama "primer amor" y que se parece mucho al amor de nuestra madre, á quien hemos dejado llorosa en la ribera.

Pero este amor, solo nos parece hermoso al traves del tiempo, cuando lo recordamos en medio del mar que amenaza sumergirnos: por consiguiente pronto nos cansa y buscamos otro mas agitado.

Dejamos á la blanca niña en su hermoso jardin, en medio de sus flores y sus aves.

Penetremos mas en la isla, porque á nuestros oidos han llegado otros sonidos.

Son los infinitos que salen de un festin.

Hemos deseado el amor de las orgías y ya le tenemos..

Un banquete está preparado.

Cubren profusamente la mesa, los vinos mas esquisitos y flores de vivos colores; pero si no estuviesemos tan deslumbrados podriamos observar que esas flores en vez de tener aquel suave perfume

Tal es la vida: una cadena de deseos, que son tormentos despues de satisfechos.

El amor, los placeres ó la gloria y hasta lo último la virtud.

Esto habia sucedido con Fernando.

Salió de su aldea que era su mundo, llorando por Clemencia. Muchas veces al comenzar el viaje, volvió su rostro inundado de lágrimas para tratar de descubrir la pintoresca habitacion del doctor entre el caserio y los árboles; pero esta ya habia desaparecido y el jóven siguió corriendo.

Al cabo de seis horas de camino, el viento oréo sus lágrimas y ya no volvió á derramarlas con tanta abundancia; pero no se pudo consolar todavía.

Mientras corria, pensó que acaso muy pronto volveria á ver á Clemencia para no separarse de ella mas y este pensamiento templó un tanto la amargura de su dolor.

En el primer meson donde durmió puso un propio á San Roque, que condujo la siguiente pequeña carta, bajo el sobre de su padre, á quien decia poco mas ó menos lo mismo con respecto al viaje; pero nada indudablemente respecto á recuerdos y á pasiones.

A Clemencia.

Clemencia mia.—Me encuentro en este momento á veinte leguas de tí; pero mi corazon aún permanece á tu lado.

No puedo olvidarte un solo instante.

En cada casita á que me acerco se me figura que voy á verte aparecer.

Muchos impulsos he sentido de volver la rienda á

mi caballo, para llegar á San Roque y decirte, "Te amo mi Clemencia mas que á mi vida," jamás te olvidaré, besar tu mano de rodillas, aunque despues tenga que partir inmediatamente.

Pero ya ves que el deber me arranca de lo que yo no desearia dejar de ver.

No te olvides de escribirme y llora, llora y espera como yo.

"Fernando"

Debemos añadir, que el jóven no se olvidó de incluir en la carta de su padre otra para Gil Gomez, á quien suponia triste, pero inerme en San Roque.

Como hemos visto no era así precisamente y si Fernando no fué alcanzado al segundo dia por Gil Gomez, que corria como un desesperado, fué porque se desvió un poco del camino real y el futuro insurgente le dejó atrás muy pronto.

Como éste habia pensado habia sucedido.

Mucho antes de llegar á Guanajuato, supo Fernando lo que habia pasado en San Miguel el Grande, precisamente con el regimiento á que iba destinado.

Aunque sintió impulsos de adherirse á una causa que no le repugnaba, pensó sin embargo con esa nobleza peculiar á su caracter, que debia volver á México para presentarse al virey Venegas por intermedio de su tio el brigadier, á fin de que él dispusiese lo que debia hacer.

Ejecutólo así, y el virey que por cierto como ya sabemos andaba en estos tiempos algo escáso de

buenos oficiales, le aceptó gustoso en su guardia particular de palacio.

El jóven fué á ocupar su nuevo empleo.

Con respecto á su moral diremos, que el dolor de Fernando, como era muy natural que sucediese, algo se iba mitigando por las impresiones nuevas y sobre todo por el tiempo, ese médico del corazon, que alivia las enfermedades que mas incurables y que mas espantosas parecian, ese único refugio á que deben volverse los desgraciados.

Los primeros dias pensó en Clemencia y solo en Clemencia; pero ya no lloró y casi no sufrió; poco á poco el recuerdo de este amor se fué convirtiendo en una especie de melancolia tierna, que solo ocupaba el corazon en las altas horas de la noche, ó en los momentos de calma física durante el dia. Le pareció llevadera, si nó feliz la vida pasada lejos de ella, con la esperanza alhagadora de volverla á ver y el estruendo del servicio y los preparativos de guerra, que se hacian en la asustada capital para combatir á Hidalgo en el valle de Toluca, acabaron de dominar y cubrir casi completamente las voces interiores de su alma.

Porque ya lo hemos dicho, así es el corazon humano.

Y no puede ser de otra manera.

¿Qué sucederia si el tiempo no disipase todos los grandes afectos de la vida, como los grandes pesares ó las grandes alegrías?

¿Quién, decidme, ha podido creer, que podria sobrevivir un solo instante á su adorada madre, ó á otro de los seres amados de nuestro corazon?

Y sin embargo, muere esa madre, y se sufre mucho, mucho mas que con la muerte, y la vida du-

rante algun tiempo es un verdadero castigo; pero el viento del olvido seca al fin las lágrimas, la desesperacion se convierte primero en sufrimiento, despues en conformidad y despues en una memoria meláncólica, pero tan vaga, tan vaga, como ese humo lejano que al caer la tarde se suspende sobre la cabaña de los campesinos, para confundirse al cabo de un momento en el ancho espacio; la vida vuelve á tener dulzuras para volver á tener amarguras.

Decidme ¿cuántas veces os habeis desprendido llorando á rios de unos amantes brazos, jurando no olvidar nunca?

Tantas cuantas habeis olvidado.

Ademas los males de amor tienen un consuelo que Dios les ha concedido.

La inconstancia.

Y si no decidme, ¿cuántos amores habeis alimentado en el corto espacio de algunos años, creyendo ser el único verdadero que habiais sentido?

No, la causa de esto no está en las inclinaciones del hombre, está en su naturaleza y es una de las infinitas pruebas de lo admirable de la Providencia.

Es uno de los muchos consuelos que el cielo nos ha dado.

Todo esto lo hemos dicho para disculpar á ese jóven Fernado.

Hasta que hubo concluido todos sus arreglos, no pensó en escribir á Clemencia y á Don Estevan; es verdad que la carta de la primera respiraba todo el fuego apasionado que en el momento de escribir sentia por sus recuerdos, y las letras estaban medio borradas por las lágrimas que el dolor de la ausencia le arrancaba.

Pero despues de escribir se sintió aliviado y esperimentó esa satisfaccion que se esperimenta, cuando hemos ejecutado una cosa que el deber ordenaba, cuando hemos concluido, por decirlo así, un negocio que se debia hacer; es decir, no fué lo mismo que sintió despues de haber escrito el primer billete de la posada.

Demos todavia otra disculpa al olvido del jóven.

¿Sabeis lo que es México?

México es un abismo que puede muy bien con su deslumbramiento y sus placeres, hacer desaparecer todas las ilusiones que un jóven traiga de su suelo natal.

¡México! palabra mágica que se escucha en provincia, con eco de placer, tendiendo hácia ella las anhelantes brazos y cerrando los ojos.

Palabra que nos hace dejar nuestro apacible pueblo natal y las dulzuras santas del hogar doméstico para atravesar delirantes el espacio que de ella nos separa; porque en México están la gloria, el amor, los placeres.

¡Como si la gloria no se comprase con lágrimas de sangre! ¡como si del amor no nacieran los desengaños! ¡como si los placeres no dejasen el cansancio y la fatiga en el corazon.

¡Cuántas veces en medio de los aplausos de la fama ó del estruendo de los placeres hemos suspirado llorando por nuestro país natal; arrepintiéndonos de haberle abandandonado!

Pero sin embargo, el que ha penetrado una vez en un palacio no puede volver sin suspirar á su cabaña, por mas que en ese palacio este la humillacion y en esa cabaña la igualdad.

¿Cómo abandonar á esa México física, con sus

magníficos edificios, con sus Teatros, su romancesco castillo de Chapultepec que semejante á un anciano consentidor, se rie de las locuras de su hermosa hija, ó como un testigo mudo, va consignado lentamente en la página de los siglos, la historia de sus errores políticos: gigante que lo mismo que escuchó los dulces cantares de las queridas de Moctezuma, el indio emperador, presenció impasible la pompa de los vireyes, vió desfilar un dia un ejército que victoreaba á Iturbide y á la América, escuchó mil veces el gemido del bronce fratricida y ¡ay! un aciago dia de castigo y expiacion, se vió rodeado de hombres que elevaban triunfantes un pendon estrangero.

¿Cómo abandonarla con sus lagos color de cielo, con su opulenta Catedral, con sus pueblecitos de San Angel, Mixcoac y Tacubaya, que semejan ramos de flores que la caprichosa beldad ha dejado caer á sus piés para que la perfumen, con su calzada de la *Viga* tan impregnada de poesía popular

¿Cómo abandonar á México la moral con sus estrepitosos placeres de carnaval, con sus bailes de *posadas*, con sus mugeres sirenas que adormecen cuando cantan, que tienen tan leves las plantas que ni huellas dejan al pasar, con sus distinciones políticas, científicas ó literarias?

Pero dejemos tan larga digresion, que solo ha servido para disculpar el olvido de Fernando.

Al cabo de un año, en el corazon del jóven entraba Clemencia como un dulce y querido recuerdo de juventud nada mas; acaso como una muger que debia ser su esposa algun dia para cumplir su compromiso de corazon; ¿pero cuándo llegaria ese dia? ¿quién sabe? como un leve remordimiento que se

procuraba acallar con la resolucion de ejecutar una reparacion y de justificar su actual conducta con esa satisfaccion que se creer dar á las mugeres aceptándolas por esposas, por mas que se las haya ultrajado: algunas veces como una amarga tristeza y un deseo pasagero de volverla á ver para demandarle perdon por un olvido tan criminal y al mismo tiempo tan involuntario.

En un año, solo habia escrito cuatro cartas, incluidas en las que enviaba á Don Estevan, para contestar á un número triple lo menos, que la pobre niña habia escrito vaciando en ellas todo su corazon.

Pero para que podamos comprender el estado del corazon del jóven, bueno es que tomemos el hilo de los sucesos presentes.

Deciamos que es una tarde de Octubre de 1812.

Con respecto á Hidalgo, ya se sabe lo que ha sucedido.

Fué hecho prisionero en las *Norias del Baján*, conducido á Chihuahua, insultado, escarnecido y condenado á ser degradado, fusilado por la espalda, procurando conservar la cabeza para esponerla en una escarpia en Guanajuato, á la pública especta cion para *escarmiento de traidores*.

Pero de su tumba se levantaron millares de guerreros, que ahora acaudillan Morelos, Rayon y otros muchos, casi toda la Nueva España está ocupada por ellos y ya han pasado dos años de una lucha sorda, tenaz, sin tregua, que solo debe terminar ya con la independencia del país.

CAPITULO XVII.

La novela.

Aquella noche daba la corte al virey Venegas un magnífico baile, para solemnizar una derrota dada á los rebeldes por las tropas españolas, hácia el rumbo del *Bajío.*

¡Bendita mision la de los cortesanos, de levantar orgías sobre ruinas, de brindar al derramamiento de la sangre del pueblo.

Este debia tener lugar en la suntuosa morada del conde de.... en la calle de Don Juan Manuel.

Fernando debia acompañar al virey y aun no eran las ocho de la noche, cuando ya el jóven estaba lujosamente ataviado y se paseaba con impaciencia esperando las diez, que era la hora á que el virey debia de salir de palacio; en una habitacion de su morada situada en la calle hoy llamada del *Indio triste;* pues su tio el brigadier, habitaba en palacio.

Hacia seis meses que el amor de una hermosa cortesana traia delirante y distraido al jóven, y comprenderemos su impaciencia cuando sepamos que esa cortesana debia asistir al baile.

A las diez se presentó en el baile el virey.

Todos al verle se inclinaron respetuosamente y el conde de.... le condujo á una especie de dosel, que se habia formado en un tablado, que ocupaban los notables personages que le debian hacer corte.

Era un espectáculo hermoso el que presentaba el inmenso salon, profusamente iluminado con mag-

níficos grupos de candelabros de plata, y adornado con cuanto prodigio de hermosura, de juventud, de riqueza, pueden contemplar deslumbrados unos ojos.

Se abrió la danza, con uno de esos wals, que hoy parecen ridículos porque nos imaginamos verlos ejecutados por los ancianos que de ellos nos hablan; pero que no carecia de gracia, arte, y blando compás.

Fernando se aprovechó de la distraccion del virey que conversaba animadamente de política con Don Juan Lopez de Cancelada, órgano ciego de su gobierno y editor de la "Gaceta de México," para confundirse en el torbellino de parejas, hácia un sitio de donde no se habian apartado un solo momento sus ojos desde que llegó al baile.

Y por cierto que estaba interesante el jóven.

Vestia una casaca de paño de grana finísimo, cerrada sobre su pecho con botones dorados, y que hacia resaltar mas la elegancia de sus formas y la esbeltez de su cintura, y un pantalon de ese paño blanco que se llama de ante, con franjas de oro; pendia á su cintura un espadin, verdadera arma de baile, tan delgado como un florete y sus manos finas y perfectas se encerraban en unos guantes de color amarillo leve.

Su fisonomía tan hermosa, brillaba con la espresion del entusiasmo amoroso.

Ya que no podemos contemplar á todas las personas del baile, ni seguir ese hilo enredadísimo de pequeñas intrigas de toda especie, que en esta clase de fiestas tienen lugar; procuremos contemplar á las que algo mas conocemos y seguir el hilo de las que mas atañen á nuestra verídica historia.

Y con razon hemos comenzado por una, porque era la que atraia mas miradas y despertaba mas deseos.

Era una muger hermosísima vestida con un trage blanco completamente; pero tan bella, tan voluptuosa, tan fascinadora, como la hemos visto una vez en su palacio de la calle de Capuchinas.

Era Doña Regina, mas radiante que nunca, vengándose de la sociedad con solo su hermosura. Era Doña Regina la enemiga mortal del pueblo, el ángel malo de Hidalgo, ese pobre anciano que un dia abogó por la causa del pueblo y á quien el por venir preparaba el asesinato.

Era Doña Regina el *ángel-demonio*, ídolo de la aristocracia, en medio de esa su aristocracia querida; que habia jurado el mal de los que osasen alzarse hasta ella.

Era Doña Regina, que hacia solo dos años se habia presentado en la corte mexicana, enloqueciendo á los que la veian con su hermosura de reina, admirando con su lujo escandaloso, deslumbrando con su gusto esquisito en el vestirse.

Acompañábala ahora como algunas otras veces, un hombre muy pálido, rubio, y que por su trage y sus maneras revelaba desde luego pertenecer á una elevada categoría social.

Era Don Juan de Enriquez su amante de un dia, el traidor asesino de Hidalgo y Gil Gomez, ese hombre resuelto y siniestro, que habia sacrificado dos hombres por un lúbrico deseo.

En un grupo de militares de la suprema categoría, conversaba con su animacion y franqueza de siempre, Don Rafael de Gomez el brigadier, el tio de Fernando á quien hemos visto en San Roque

ha mas de dos años y que en este tiempo ha vivido en la capital con su sobrino, tocándole la fortuna, como él dice, de no haber tenido todavía que combatir nunca contra sus hermanos los insurgentes, pues cree que cuando llegue ese caso, tendrá tal vez que abandonar al virey, de quien tantas particulares mercedes ha recibido.

Fernando se acercó á Doña Regina que se apoyaba indolentemente en el brazo de Don Juan, dando vueltas por el salon y con un acento trémulo por el amor le dijo en voz baja:

—Por fin héme aquí, bellísima Regina.

—Cuánto lo deseaba, dijo la hermosa cortesana, abandonando el brazo de su compañero, que lanzó una mirada colérica, pero disimulada á Fernando, y apoyándose en el del jóven, que convulso de entusiasmo y amor, se alejó con ella hasta el final de la galería que circundaba el salon.

—¡Oh! aquí estámos un poco mas solos, mi Regina, esclamó Fernando, contemplándola con pasion.

—¿Porqué no has hablado á mi hermano, dijo Doña Regina.

—Ya lo sabes, porque por mas que ese hombre sea tu hermano, no puedo sufrir hablar con él, no se que tiene su rostro que me repugna; me parece que algun dia debe hacerme un mal grave.

—Es en efecto un hombre malo, dijo Doña Regina con marcada intencion de que estas palabras hiciesen impresion en el ánimo del jóven.

Este en efecto preguntó con sorpresa.

—¿Es un hombre malo? ¿acaso te ha causado mal alguna vez, Regina de mi vida?

—¡Oh! dijo Doña Regina, dejándose caer sobre

uno de los sillones que adornaban la desierta galería, y llevándo su blanco pañuelo á los ojos para fingir que lloraba ¡oh! ¡mucho! ¡mucho!

Fernando cayó delirante á sus piés, besando la orla de su vestido primero y despues una de sus manos con frenesí, á riesgo de ser visto por alguno de los concurrentes, que acalorados ó fatigados, salian del salon á tomar aire en los corredores.

—¡Oh! mi Regina, esclamaba, díme, dímelo todo, para vengarte: pero no llores con ese llanto que yo quisiera recoger de rodillas.

Al cabo de un momento la cortesana pareció consolarse.

Fernado se sentó junto de ella.

—¡Que triste estoy esta noche! murmuro aquella. Solo el deseo de verte, me ha hecho venir á este baile.

—Dí, ¿qué es lo que puede afligirte Regina, cuando te ves tan hermosa, tan rica y amada con tanta idolatría?

—¿Quien sabe si mañana que mi hermosura ó mi brillo haya acabado, cesará ese amor? ¿quién sabe si es un simple capricho y no una verdadera pasion como la que yo alimento por tí? Fernando, dijo la impura cortesana.

—¿Dudas acaso de mi amor, Regina de mi corazon? ¿No sabes que por tí he abandonado todo y que ha seis meses estoy enloquecido, porque has dicho una vez que me amabas?

—Es cierto, mas....

—Mira, yo he dejado en mi país una jóven que me amaba y aún me espera; pero una vez te he visto Regina, y la he olvidado y no la veré mas; ha seis meses que vivo solo para adorate, aunque en este

tiempo solo pocas ocasiones me has permitido penetrar en el santuario donde habitas; pero en cambio, te he seguido en la corte, en los paseos, he seguido tu carruaje, he permanecido noches enteras frente á tus balcones, para ver tu imágen adorada detras de las vidrieras.

—Mil veces te he dicho que no podia verte como deseaba, porque ese mi hermano no fuera á comprender algo de lo que pasaba y yo le ocultaba con todo cuidado, temiendo su terrible enojo, dijo Doña Regina con un aire de sencillez y hasta de candor, digno de una niña que nunca ha salido al mundo, digno de la inocente y desgraciada Clemencia.

—Por acceder á tu deseo, me he ocultado á su vista muy á mi pesar, siempre que él te acompañaba.

—Y sin embargo, esta noche ha debido comprenderlo todo por tu inesperiencia.

—¿Y qué resultaria de eso?

—Mi ruina.

—No ciertamente, mientras lata en mi pecho un corazon inflamado por tu amor, mientras mi mano pueda manejar una espada ó lanzar una bala al corazon del que osare ultrajarte.

—¡Oh! soy muy desgraciada.

—¡Alma mia! ábreme tu corazon, revélale al mio tu pasado en esta noche en que todos se alegran, pero yo sufro al verte sufrir, esclamó Fernando.

—¿Pero no me aborrecerás si te descubro un secreto terrible del que depende mi vida y que hasta aquí te habia ocultado mi Fernando? dijo Regina con una dulce languidez, que se parecia mucho

la de una jóven inocente, que sintiéndose debil para combatir contra las asechanzas del mundo, se ampara bajo la protoccion del amado de su corazon.

—¿Un secreto?

—Sí, un secreto terrible.

—¿Y me lo habias ocultado Regina, lo habias ocultado al hombre que te amaba con toda su vida?

—¡Oh! ya lo ves, solamente eso te indigna ¿qué harias entonces cuando lo supieras? dijo Regina asustada.

—No, no me indigno Regina; pero siento pofundamente esa ingratitud de tu amor.

—¿Y me perdonarás por mas horrible que sea lo que voy á decirte?

—Oh yo tengo que demandarte perdon, porque te has bajado tú, tan bella, tan noble, tan rica, hasta mí, pobre soldado que no poseo otro tesoro que mi espada.

—Sin embargo, observó tímidamente Doña Regina; lo que voy á decirte bien merece suplicar antes el perdon.

—Pues te perdono, Doña Regina, te perdono antes de escucharte.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

—¿Por mas horrible que sea?

—Por mas horrible que sea, esclamó Fernando, despues de un momento de vacilacion.

Doña Regina, vaciló á su vez un momento, preguntando.

—¿Estamos solos?

—Perfectamente solos; este es el final del corre-

dor y los que salgan del salon; es dificil que lleguen hasta aquí.

—¡Oh! Dios mio, estoy espuesta á que me vean á tu lado y murmuren de mí; pero ¿qué importa? si al fin te amo, Fernando y todo te lo sacrifico, mi honor, mi reputacion, mi vida entera.

—Gracias, gracias, ¡alma mia!

Pareció vacilar de nuevo Doña Regina, como si lo que iba á revelar fuera una cosa que le causase violencia.

—¿Porqué temes? ¿no te he jurado ya, que te disculparia? dijo el jóven con acento de dulce reconvencion.

Por fin al cabo de un momento, pareció resolverse la hermosa señora y dijo en voz tan baja, tan baja, como si ella misma temiese escucharse.

—Ese hombre, que me acompaña esta noche al baile y á quien te he suplicado ocultes nuestro amor, ese hombre que siempre me acompaña en publico.... ese hombre.

—¿Ese hombre?

—No es mi hermano.

—¿No es tu hermano?

—No.

—¡Maldicion! dijo Fernando, poniéndose de pié y llevando sus manos á su frente con espresion de profunda desesperacion.

Sin embargo, como si Doña Regina hubiese calculado el efecto de sus palabras sobre el ámimo del jóven, permaneció en silencio, lanzando oblicuas pero seguras miradas.

Y como si el jóven se hubiese arrepentido de su accion luego que hubo pasado la primera impresion

de su dolor, volvió á dejarse caer sobre el sofá y murmuró con dulce acento.

—Sigue; Regina, sigue.

Esta juntó las manos en actitud suplicante y prosiguió diciendo en voz baja.

—Yo vivia en un pueblecito de Francia, alegre y dichosa al lado de mis padres.

—¿Cuánto tiempo há?

—Pronto hará cuatro años.

—Antes de seguir, antes de revelarme lo que sospecho, dime aún una vez que me amas Regina, y que si en tu pasado hay un abismo, tu presente me pertenece desde este momento, dijo meláncolicamente el joven.

—Te amo, Fernando, te idolatro y lo que te está probando mas mi cariño es esta revelacion, que yo no tenia necesidad de hacerte y que sin embargo te hago, porque nada quiero ocultar á quien adoro, ni aun mis crímenes involuntarios.

—Prosigue, Regina.

—Nada faltaba á mi vida ni á mi corazon al lado de mis honrados padres; pero un hombre rico de la ciudad, me vió y codició mi hermosura. Durante algun tiempo rondó mi casa y logró hacer llegar á mis manos algunos billetes, en los que me proponia abandonar á mis padres, para huir con él y seguirle á la corte, donde habitaria todo el tiempo que quisiese en su palacio y donde tendria todo lo que desease.

—¡Miserable!

—Guardé silencio sobre sus primeros billetes durante algun tiempo, amenazándole solamente con avisar á mis padres si los volvia á repetir y esta amenaza pareció enfriar el fuego de su persecucion,

porque durante algun tiempo no le volví á ver mas en la aldea.

Fernando escuchaba con toda su atencion, oyéndose solo en el silencio los latidos de su agitado corazon y los ecos lejanos de los ruidos del baile.

Doña Regina, prosiguió entre sollozos.

—Pero una noche.

—¿Una noche?

—Una noche, despues de cenar sentí tan abrumada mi cabeza por un sueño tan imperioso, que me retiré para dormir á mi cuarto, porque no podia tenerme en pié.

—¿Acostumbrabas entonces dormirte inmediatamente despues decenar?

—Por el contrario, permaneciamos mas de una hora en el hogar, platicando familiarmente; pero esa noche, crei que estaria un poco enferma, porque el té que acostumbraba tomar despues de la cena, me habia parecido de un sabor muy amargo.

—¿Pero quién?

—Mis padres habian recibido dos dias antes en calidad de criada, á una jóven que les habia suplicado le diesen un albergue, porque sus padres habian muerto en la ciudad y ella se encontraba espuesta á todo el horror de la miseria y de la prostitucion.

¿Qué mas? Regina.

—Mi cuarto estaba en el fondo de la casa y tenia una ventana baja de madera que daba al campo.

—¡Dios mio!

—Ni tiempo tuve para acabar de desnudarme, porque el sopor que sentia me aplomó sobre el lecho y no tardé en dormirme profundamente.

Fernando se enjugó el sudor que inundaba su frente.

Doña Regina haciendo un esfuerzo doloroso continuó.

—No sé qué tiempo habria trascurrido, desde que me durmiera, cuando me pareció oir un ruido terrible en la ventana.

—¿Un ruido?

—Despues, me pareció sentir que me estrechaban con fuerza y me levantaban en peso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Pero yo no podia moverme y un grito que quise articular, se ahogó en mi garganta.

—¡Desgraciada!

—Sentí en mi rostro una ráfaga de viento del campo y conocí que me conducian fuera de mi cuarto; pero no pude hacer otra cosa que agitarme en mi impotencia y luego ¿quién me podria auxiliar en medio de una aldea á horas tan avanzadas de la noche?

—Sí, sí; ¿y despues?

—Los que me conducian, hubieron de temer, porque se apresuraron á llevarme á otro sitio. Sentí que me dejaban caer en un asiento y me pareció oir un murmullo semejante al de un coche rodando sobre el camino.

Doña Regina hizo una pausa y luego continuó.

—Sentí sobre mi seno el contacto de impuras caricias y una exitacion terrible del pudor, me hizo dar un grito y medio despertar de aquella pesadilla espantosa.

—¡Ah!

—No pude reconocer los rostros de los que iban conmigo dentro del carruaje, porque la noche era

oscurísima; pero con una sola mirada al traves de los vidrios, creí ver una de las cabañas que se hallaban cerca de la carretera de París.

—¿Y luego?

—Mi vuelta en sí, les sobresaltó mucho, porque abrieron mi boca con fuerza y en ella dejaron caer unas gotas que me ví obligada á tragar, sintiendo el mismo sabor particular que habia esperimentado pocas horas antes, al tomar el té.

Entonces no sé ya lo que fué de mí.

Doña Regina llevó su pañuelo á los ojos, sollozando dolorosamente.

Fernando, pálido por la emocion y el respeto que le inspiraba aquella muger tan virtuosa y tan desgraciada, no se atreveia á interrumpir su dolor.

A lo lejos sonaban los dulces acentos de la música y el eco alegre de los convidados.

Pero si Fernando hubiera tenido cabeza para ello, habria observado en el otro corredor, frente al que se hallaba con Doña Regina, á un hombre que no perdia uno solo de sus movimientos.

Era Don Juan.

CAPITULO XVIII.

La realidad.

Al cabo de un momento Doña Regina levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas y continuó.

—No sé cuánto tiempo permanecí dormida en el carruage. Cuando volví en mí me encontré

acostada en un suntuoso lecho de una suntuosa habitacion.

A mi lado habia un hombre que me acariciaba.

Al ver su rostro pálido y su fatal sonrisa, dí un grito y me desmayé.

—¿Ese hombre?

—Ese hombre, era mi perseguidor antiguo, el que me habia aconsejado huir con él y que se ha bia valido de un poderoso narcótico, vertido en mi bebida por la miserable muger á quien mis padres habian recibido, para arrancarme del hogar doméstico, asilo sagrado para mí y para arrancarme la honra mientras dormia.

Porque bien comprenderás que estaba deshonrada, Fernando.

—Sí, lo comprendo, Regina.

—¿Y me perdonas?

—¿Puedo dejar de perdonarte, inocente y desdichada muger, una falta que no has cometido? esclamó el jóven con ese acento de compasion que inspira una profunda é irreparable desgracia.

Doña Regina continuó.

—Ni ruegos, ni promesas, ni amenazas, que fueron las armas de que se valió aquel miserable, consiguieron que yo le cediera de grado, lo que él sin embargo me arrancaba á la fuerza, débil muger espuesta á sus brutales deseos, sin ningun ausilio en aquel su palacio de París, habitado por criados tan malos y tan infames como él.

Un dia que penetró en mi aposento, donde sola devoraba llorando mi dolor, me dijo:

—Mira, Regina, estás perdida completamente y no tienes ninguna prueba contra mí, que soy tan poderoso que te puedo perder adonde quiera que

intentes dirigirte para acusarme. Nadie, ni tus mismos padres te creerán y ellos no volverán á admitirte á su lado, con ese hijo que ya llevas en el seno. Dos partidos tienes que seguir; si accedes á mis deseos, tu hijo será rodeado de esquisitos cuidados y á tí no te faltará una honesta casa en que vivir y dinero suficiente que gastar; pero de lo contrario tendrás que mendigar un pan que te arrojarán á la cara con desprecio, y todo el mundo conocerá tu afrenta.

—¡Infame! le respondí sin vacilar un momento, antes morir que ser vuestra de grado.

—¡Oh! bien, mi Regina.

—Un dia por fin logré burlar su vigilancia y escaparme de su palacio; pero ¡ay de mí! ¡qué diferente juicio habia formado en mi inocencia del mundo! el primer hombre á quien me dirigí para preguntarle la habitacion del intendente de policía me dirigió torpes galanterías, éste á quien espuse mi situacion apenas me hizo caso, creyéndome una de tantas jóvenes perdidas que vienen á París á prostituirse, y yo que temia volver á mi aldea, porque aunque hubiese podido llegar, débil y enfermiza como estaba, me hubiera muerto de vergüenza al hallarme delante de mis padres, tuve que mendigar durante algunos dias en las calles, espuesta á todos los insultos que mi hermosura me causaba; por fin agobiada por el hambre y la desesperacion conociendo que muy pronto iba á ser madre y que mi pobre hijo se moriria por falta de recursos.

—¿Qué hiciste, desdichada?

—Volví al palacio de mi infame seductor, mur-

muró Doña Regina cubriendo su rostro con sus manos con espresion de profundo dolor.

—¿Y despues, Regina?

—Despues he tenido yo, pobre víctima, para evitar caer en mas terrible prostitucion, que seguir los antojos de ese hombre caprichoso que despues de haber pasado conmigo á España me ha traido consigo á América, haciéndome pasar por su hermana, rodeándome de un lujo verdaderamente regio que aborrezco y destrozando mi corazon con el recuerdo de mi terrible afrenta y de mis padres.

—¡Miserable! ¿luego ese hombre era?

—Era Don Juan, el hombre que me acompaña y á quien antes de venir al baile he hecho creer que tenia que hablar con un jóven que eres tú, para amenazarlo con contarle el amor con que hace algunos dias me perseguia.

—En la frente de Fernando se pintó una resolucion muda y firme.

Doña Regina con su mirada de relámpago lo notó y una sonrisa siniestra de satisfaccion interior, erró por sus hermosos labios afeándolos notablemente.

Al cabo de un rato de silencio, dijo ésta con una tristísima amargura:

—Hé aquí la historia de mi lujo y de mi esplendor, hé aquí mi presente en apariencia tan feliz, comprado con el oprobio de mi pasado y el recuerdo eterno de mi deshonra. Tú, Fernando, que me has dicho que me amabas, comprenderás toda la profundísima amargura de mi vida pasada al lado de ese hombre que aborrezco y que me esclaviza.

—¿Y tu hijo? preguntó Fernando.

—Nació muerto, los pesares que me habian he-

rido cuando le llevaba en mi seno, envenenaron y secaron en flor su débil existencia, se apresuró á responder violentamente Doña Regina.

—¡Oh! cuanto has sufrido por causa de ese miserable; pero no volverás á sufrir mas ó moriré, te lo juro, mi adorada, esclamó Fernando con exaltacion.

Doña Regina pareció no escucharle y aparentando sumergirse en una profunda absorcion, murmuró, dando á su rostro y á su aspecto todo un aire de candor y de pasion que la hacia mil veces mas hermosa.

—¡Oh! cuan feliz, seria en una cabaña, á tu lado mi Fernando, pudiendo entregarme á todo el encanto de tu amor.

Pero despues como volviendo de un sueño alhagador para luchar con la realidad, se puso de pié y fingiendo componer su rostro y borrar de su ojos las huellas de sus lágrimas, dijo con reconcentrada espresion de amargura.

—Mas no; eso es imposible, por el contrario, dame tu brazo para que volvamos al salon, porque puedo ser estrañada por los concurrentes y mi ausencia puede irritar á mi seductor.

Fernando le ofreció el brazo silenciosamente.

—Sí, continuó la cortesana, llévame al mundo para volver á sonreir y aparentar felicidad: tu mismo sácame del dulce éxtasis en que me perdia.

Al extremo del corredor, cerca del salon un hombre ofreció impoliticamente el brazo á Doña Regina para introducirla.

Era Don Juan.

Fernando dejó sin alterarse á su compañera, co-

mo si la firmeza de su resolucion hubiera calmado su enojo.

Despues penetró en el salon, le buscó durante algun tiempo con la vista, se acercó á él y murmuró á su oido algunas palabras.

Doña Regina, desde su asiento no habia perdido uno solo de los movimientos del jóven y al verle hablar con Don Juan una sonrisa infernal se dibujó en su labios y murmuró al son de la alegre música, que era tan natural que en una jóven solo despertase dulces pensamientos de amor, estas siniestras palabras.

—El pez ha mordido el anzuelo, el pájaro ha caido en el garlito.

Pobre loco de veinte años, en este momento me estás creyendo una santita y te dejarias morir por mi virtud.

Vas á buscar un pretesto cualquiera para matar á ese hombre, á quien crees mi infame seductor.

La victoria está de tu parte, porque eres mas fuerte y mas valiente que él.

Vas á librarme de una carga que me es insoportable, de la de ese hombre celoso que quiere constituirse en mi perpetuo amante y que me hostiga y me amenaza y me echa en cara el crímen que por mi posesion ha cometido y como se encuentra arruinado quiere vivir á mis espensas.

¡Ah! mi señor Don Juan, ya veis como no se emplea tan mal el tiempo y que algo se hace por vos.

Llevais indudablemente la peor parte en este negocio, eso sí y procurareis hacer alguna traicion á ese jóven; pero yo que conozco vuestras artimañas, perded cuidado que velaré por él: no porque le

ame en lo mas mínimo, ya vereis, ó que digo, tal vez no podreis ya ver como le trato despues que me haya servido de él, en vuestro perjuicio; pero siempre se debe tener dispuesta la pistola que envia la bala ó el puñal que se hunde en el pecho.

No se como os compongais con este fanático que os he enviado.

Y formulado este terrible pensamiento, la cortesana se confundió en el torbellino de parejas, bailando con un grande que le habia ofrecido su mano.

Fernando habia dicho á Don Juan.

—Tengo que hablar á vd. una palabra, caballero.

Y los dos habian salido del salon.

Una vez en el corredor lejano en que pocos momentos antes acababa el jóven de escuchar la terrible revelacion de su idolatráda Doña Regina, los dos se detuvieron.

Fernando, pálido como la muerte y acentuada su voz por un resolucion invariable y sombria dijo al cabo de un momento.

—He llamado á vd. porque tenia que decirle una cosa que acaso lo avergonzaria con una vergüenza criminal, si fuese asunto de que se pudiera hablar en público.

—Y yo, esperando ya este llamamiento, no me he sorprendido de él, dijo Don Juan con acento irónico.

—¿Lo esperaba vd. acaso?

—No he perdido ninguno de sus movimientos desde que salió vd del salon, en compañía de Doña Regina.

—¡Miserable! no se cómo puedo escuchar á vd. á sangre fria, hablar de esa inocente y desdichada muger víctima de su infame seduccion.

—¡Ah! ¿conqué segun eso, en esa comedia que he presenciado y en la que he visto, sollozos, manos enclavijadas, muestras de sorpresa, de ira, de terror, et cétera, era una comedia en que Regina hacia el papel de víctima, yo el de verdugo que no sale á la escena, vd. el de amante vengador, dijo Don Juan riéndose con una espantosa y sangrienta ironía.

Esta vez, á tanta audacia, en medio del recuerdo del ultraje hecho á la infeliz muger que amaba, la exaltacion de Fernando llegó á su colmo y pálido por la ira, arrojó á la cara de Don Juan el guante, que hacia rato tenia en la mano, exclamando:

—¡Miserable!

Don Juan se estremeció como si hubiese sentido en su rostro el contacto de un hierro candente: pero hubo de temer el terrible enojo del jóven, porque no volvió á hacer un movimiento.

Estaba mas pálido que un difunto y sus ojos despedian un brillo fosfórico siniestro.

Al cabo de un momemento, dijo con sorda voz.

—¡Está bien! nos batiremos, como vd. lo desea seguramente.

—No creo que debemos arreglarnos de otra manera.

—Pero antes sepa vd. que todo lo que esta noche acaba de escuchar de la boca de esa muger.

—Silencio y mas respeto al hablar de ese pobre ángel.

—Que todo lo que acaba de escuchar de la boca

de esa muger, prosiguió Don Juan sin hacer caso de la exaltacion de Fernando, es una fábula inventada para armar su brazo contra mí.

Era tan profunda la seguridad con que el caballero hablaba, habia en medio de su silenciosa cólera tal acento de verdad, que Fernando no pudo menos de vacilar por un momento, sintiendo pasar por su imaginacion un rayo de luz vago.

Sin embargo, preguntó con acento de duda!

—¿Es cierto lo que acaba vd. de decirme?

Pero arrepintiéndose de esta duda, continuó.

—¡Infame! quiere vd. añadir aún un crímen al demasiado horrible que ya pesa sobre su conciencia, la calumnia.

—¿Y si yo diera á vd. pruebas de que es cierto cuanto he dicho, que yo, antiguo amante de esa muger, ligado con ella por lazos terribles de sangre, la he llegado á ser un obstáculo para sus placeres, para su desenfrenada lujuria, para sus crímenes de amor, los cuales impido porque reclamo para mí una deuda espantosa que ha dos años ella ha contraido? esclamó Don Juan con profunda conviccion.

—¿Pero cuáles podrian ser esas pruebas?

—Imbecil jóven ¿no le basta á vd. el modo, con que le ha sido hecha esa mentirosa revelacion? ¿una muger honrada sostiene acaso ese lujo regio, una muger que ama verdaderamenter sacrifica colocando en un peligro á su amante? Vuelva vd. al salon y la verá radiante de felicidad, acariciada por una infernal alegría, porque cree que con haber contado á vd. fanático, algunas torpes mentiras, ya ha armado su brazo contra mí: pero ha comprendido mal mi natural, porque un hombre como yo

aún en su caida puede aplastar á los insectos que le rodean.

—¡Basta de insultos! de cualquier modo que sea nosotros debemos batirnos.

—Sí, nos batiremos, ¿cree vd. que olvido yo tan pronto un ultraje de la especie del que acabo de recibir de su mano? dijo Don Juan con un acento tan profundo de odio y oculta venganza, que habria hecho estremecer á cualquiera otro que al valeroso jóven.

—¿No comprende vd., necio, ciego, continuó implacable Don Juan, que yo, antiguo amante de esa infernal muger, testigo de sus estravíos y sus crímenes, eterno reclamador de caricias que me pertenecen, porque han sido compradas con sangre; soy para ella un obstáculo poderoso que la impide compartir el lecho con los jóvenes inespertos y hermosos como vd. á quienes devora?

—¡Basta! ¡basta!

—¿Cree vd. que ignoro todo lo que ha pasado? y ¿por qué habria de negar la especie de relaciones que me ligan con esa muger?

—¿Pero cómo?

—Ha seis meses, que yo ó mis agentes seguimos sus pasos de vd. primero ha visto á Regina en el paseo, despues la ha seguido en los teatros, en la corte, ha hecho llegar mil perfumados billetes á sus manos, consiguiendo en cambio de ellos, primero miradas, despues sonrisas, luego pequeñas concesiones y por último algunas citas en horas en que se me creia ausente. ¡Cuántas veces mientras vd. loco de amor rondaba suspirando la calle de su adorada, yo le seguia con la vista desde los balcones de su casa!

—¡Oh, Dios mio! esclamó Fernando viendo des truido por aquel hombre inflexible, el edificio de ilusiones que durante seis meses habia estado levan tando.

Don Juan continuó:

—Si fuese cierto lo que esa muger acaba de decir, ¿no se imagina vd. que lo primero que habria hecho para alejarle de ella seria disipar una á una todas sus ilusiones, simplemente refiriéndole lo que pasaba, diciéndole que yo por fuerza era el posee dor de Doña Regina?

¿No cree vd., que habria sido el mejor me dio?

—Ciertamente caballero.

—¿Pero qué me importaba que Regina concediese á vd. burlándose, miradas ó suspiros, cuando yo tenia de esa muger, no un corazon que para nada necesito sino una hermosura que dá fiebre al que la goza.

—¡Oh! era muy hermosa para dejar de amarla.

—Mire vd., puedo darle aún una última prueba de mi indiferencia acerca de su espiritual amor. Mañana parto á Veracruz por intereses pecunia rios, debo permanecer ausente quince dias: Dejo á vd. campo libre á su pasion, por ése tiempo, si es que aun anhela.....

—¡Cobarde! despues de haber arrancado mis dul ces ilusiones; se vá vd. sin pedirme cuenta del insulto que le ha hecho, esclamó Fernando con espantosa desesperacion.

—¡Oh! no ha de pasar mucho tiempo sin que tenga vd. que arrepentirse de ello muy de veras, murmuró Don Juan alejándose.

Fernando se dejó caer en el mismo sofá en que

pocos momentos antes habia escuchado la falsa revelacion de Doña Regina.

Un rayo de luz siniestra, fueron las palabras de Don Juan, rayo de luz de desengaño que alumbró las dulces tinieblas de su ilusion, haciéndole ver el horrible abismo á cuyo borde se encontraba y en el que habia estado á punto de precipitarse.

Lo que pasó entonces en su corazon es imposible de decir.

Pero el que alguna vez en la vida haya visto desvanecerse en un momento la ilusion que habia creido tan santa, que habia embalsamado su corazon con un perfume alhagador, para ver presentarse ante sus llorosos ojos la imágen horrible, descarnada y fria de una amarga realidad; comprenderá su inmenso dolor.

En un momento habia pasado del cielo de la ilusion al infierno del desengaño.

Hubo otro torcedor que rasgó dolorosamente su alma.

El remordimiento.

Porque eso sucede siempre. La felicidad nos deja en una dulce ignorancia; pero la desdicha es la horrible luz que nos deja ver todo el abismo de crímenes ó recuerdos de nuestro pasado.

La desdicha muchas veces nos hace buenos.

Porque desgraciados nos volvemos á nosotros mismos y para aplacar la cólera divina que parece suspendida sobre nosotros, procuramos enmendarnos de faltas presentes, ó justificar con nuestro porvenir los desvíos de nuestro pasado.

Fernando se acordó entonces de Clemencia y la comparó con Doña Regina.

Vió á la una inocente, pura, llorando y esperando durante su ausencia.

Vió á la otra impura y sangrienta cortesana, haciéndole ciego instrumento de infames venganzas.

El eco de un recuerdo le hizo escuchar los sollozos de la una, blanca alma de blanca niña, sin mas crímen que el de haberle amado demasiado, mas de lo que merecia él tan ingrato que antes de dos años la habia entregado al olvido mas negro y mas profundo.

El eco de la música del salon, que hasta sus oidos llegaba, como una espantosa y sangrienta ironía, le hizo ver á la otra, revelándole misterios horribles y ensangrentando con sus palabras aquella fiesta en que la llamaban reina, en que era blanco de todas las miradas lúbricas, aquella muger que se habia adelantado en el camino de su vida para ocultar á sus ojos á Clemencia, el ídolo hermoso un dia de su corazon.

Sintió un dolor punzante por su desengaño.

Sintió una ansiedad infinita por su remordimiento.

Pero de un desengaño brota otra esperanza.

Pero de un remordimiento, brota la flor de la virtud.

Y una esperanza es el porvenir.

Y la virtud es la felicidad.

CAPITULO XIX.

Arrepentimiento.

Fernando salió de aquel lugar como atontado y sin saber lo que por él pasaba.

Anduvo algun tiempo por las calles sin reconocer sitio, absorvido en sus pensamientos, mirando su desengaño, sufriendo con sus remordimientos.

Amanecia y el aspecto de la gente honrada que despues de dormir con un sueño tranquilo volvia alegre á sus tareas, hicieron una mas profunda impresion en su ánimo y comenzaron á sacarle de aquel estado horrible, en que hácia algunas horas se hallaba.

Se estremeció como si al haberse visto rodeado por el mundo material, desgraciado y criminal hubiese tomado una resolucion en cuya ejecucion, podria tal vez encontrarse la felicidad y la virtud.

Se dirigió lentamente á su habitacion en la calle del *Indio Triste*.

En la calle del *Amor de Dios*, se sentó en un guardacanton para limpiar el sudor que inundaba su-frente.

Despues la campana de la iglesia de Santa Inés, que llamaba la primera misa, despertó en su alma un sentimiento de religion adormecido.

Hacia seis meses que por seguir á Doña Regina, habia olvidado todas sus costumbres de niño.

Penetró en la iglesia, con el corazon prensado y los ojos llorosos, buscó el rincon mas apartado y allí oyó la misa que diez ó doce pobres mugeres oian.

¿Qué pasó entonces en aquella alma entristecida por una sombría duda? ¿qué pasó en esa hora solemne, en que se halló á solas con Dios y su conciencia, con el recuerdo de pasados errores?

Nadie, ni las graves imágenes que decoraban el modesto altar podrian decirlo.

Solo que el que habia entrado allí con el corazon hecho pedazos, salia de allí consolado.

Habia tomado una resólucion.

Pero una de esas resoluciones inalterables que influyen sobre toda una vida ó á lo menos sobre todo un presente.

Se dirigió á su habitacion, subió silencioso la escalera y cerró la puerta con llave.

Se dejó caer en un sillon y lloró; primero con ti bias lágrimas, despues con raudales del alma.

Permanecia un momento en silencio y volvia á comenzar sus rotos sollozos.

Eran aquellas ardientes lágrimas, el efecto físico de una causa que estaba en el alma.

Eran una queja contra el mundo y una acusacion contra sí mismo, eran un remordimiento y una esperanza, eran un adios y un consuelo.

Si no hubiera llorado habria reventado de dolor su corazon.

Hay veces en que el vaso de la existencia está lleno de cenizas y no cabe ya una sola lágrima.

Pero hay veces en que está lleno de lágrimas y un fuerte sacudimiento moral, le vacia desbordándolas.

Así que se hubo librado completamente de aquel peso, que le estaba ahogando dolorosamente, se levantó, bañó con agua pura sus sienes y se dirigió á su bufete para escribir dos cartas; la una decia:

"Señora:

"Me habeis engañado como á un miserable; pero yo os desprecio y bendigo este engaño que me separa para siempre de vos.

"Tarde os he conocido, pero nunca es tarde para volver á entrar en el camino del bien del cual me habiais desviado con vuestra fatal hermosura.

"Parto señora, abrevado el corazon por un horrible desengaño; pero en mi país natal está la luz de la virtud y la calma de la felicidad es la que alumbra.

"Adios, señora; que el cielo os quiera perdonar como yo os perdono, todo el mal que me habeis hecho y haya alguno que os ame tanto como yo amo el bien que con ese mal me habeis causado.

"Fernando."

Y puso en el sobre:

"A Doña Regina de San Victor."

"En la calle de las Capuchinas."

Otra dirigida á su tio el buen brigadier Don Rafael, decia:

"Mi amado tio:

"He tomado una resolucion que nada hará variar.

"Renuncio á la carrera militar, comenzando por hacer dimision de mi capitanía.

"Si no se me admite, abandonaré mi empleo como un desertor.

"Si vd. me ama, como no lo dudo y como hasta

aquí me lo ha manifestado con tanta ternura, vea como mejor lo arregla con el señor virey porque mañana partiré sin que nada me detenga.

"Adios tio mio, gracias por tanto cariño y por tanta bondad.

"Que el cielo dé á vd en felicidad cuanto yo le profeso en cariño.

"Fernando."

La rotuló así:

"Al señor brigadier de las milicias de S. E. el señor virey, Don Rafael de Gomez."

La tercera que el jóven escribió llorando decia:

"Clemencia mia:

"Podria engañarte; pero prefiero no hacerlo, porque á un ángel se le dice la verdad.

"Hace mas de un año que no te he escrito, porque, ingrato te habia alejado de mi corazon.

"Pero hoy vuelvo á tí mas amante que nunca, parto para ir á unirme contigo para siempre.

"En este momento, me parece que he tenido un sueño espantoso de un año; pero he despertado por fin y al despertar te encuentro, mas pura, mas santa, mas indigno yo de tu amor de ángel.

Desvanecida mi pasagera ilusion tan falsa; me encontré solo y desgraciado en la inmensa llanura de la vida; pero volví llorando mis ojos al sitio donde un dia abandoné mis creencias y la luz purísima de tu amor, llegó á mí entre las oscuras nieblas de la desgracia.

¿Me perdonarás?

Bien merezco tu perdon porqué he sufrido y soy desgraciado.

Supongo que el clima de Jalapa, donde el doctor te ha hecho ir á habitar para restablecer tu salud envenenada por una maligna enfermedad, te habrá sentado bien porque ha mas de seis meses que mi padre no me habla una palabra de tí.

Dentro de un momento, acaso antes que ésta llegue estaré á tu lado para no separarme mas.

FERNANDO.

El jóven abrió un cajon de su bufete, sacó de él algunos papeles, besó algunas flores marchitas, que desde su partida de San Roque no habia vuelto á ver: besó tambien aquel retrato sobre el que la víspera de partir, en el jardin habia jurado á Clemencia no olvidarla, prometiéndole tambien no apartarle jamás de su corazon; dos juramentos que habia violado al vender ese su corazon á una cortesana: Suspendióle á su pecho, abrió uno á uno los papeles.

Eran las cartas de Clemencia.

Eran ese conjunto de palabras que forman la historia mas patética y mas interesante de una muger enamorada.

Primero dulces palabras, tan dulces como un arroyo que se desliza entre flores, despues suspiros y lágrimas como los quejidos que lanza ese arroyo al ensancharse en la llanura y despues amargura como la de ese mismo arroyo que corre perdido á abismarse en el mar, arrastrando en su curso las flores que se habian dejado mecer blandamente en sus aguas, en la llanura.

Primero flores, despues abrojos.

¿Quién podrá traducir al idioma terrestre todo el poema de sentimiento, que se realiza en un corazon al hacer tímidamente una confidencia, por medio de un papel?

Nosotros creemos que el amor está en los recuerdos, porque solo en los recuerdos se encuentra el sentimiento.

¿Y qué especie de amor dejará mas recuerdos? ¿El amor de las orgias? ¿el platonismo silencioso?

Nosotros creemos que el segundo amor que se siente en la vida.

Figuraos al traves de vuestros tristes recuerdos aquella época de vuestra juventud.

Vivia vuestra familia en el campo en uniforme amistad con la de la muger que adorabais, á quien llamabais vuestro ángel, como se llama á todas las jóvenes, cuando se tienen veinte años.

Era una aldea á corta distancia de la ciudad; permaneciais en esta última durante el dia, en la prosa de vuestros negocios ó vuestros estudios; pero en la tarde atravesabais delirando sobre un volador caballo la distancia que de ella os separaba.

Cuando llegabais, ya se afanaban los vuestros en los preparativos de esas fiestas animadas, que forman durante la noche las familias de la ciudad en el campo.

¡Oh! y allí eran las confidencias, los juegos á la blanda luz de la luna, el abandono del amor, los proyectos, las promesa, todo ese mundo de los corazones juveniles.

¿Qué sentis de triste, de amargo, cuando unos años despues, volveis á pasar por aquel lugar, deteniendoos en cada sitio donde hallais todo un orbe de recuerdos; cuando aquella jóven se ha casado

se ha muerto ú os ha vendido, cuando habeis atra vesado una época de azares y desdicha?

¿Qué sentis?

¡Oh! Dios no debia habernos dejado el espanto, so castigo de los recuerdos.

Mas valdrian los grandes pesares que solo tuvieran un doloroso presente y no ese pasado, que ni está justificado por el llanto.

Porqué ¿qué respondereis cuando os pregunten la causa de vuestro llanto, y esta no esté, en una gran desgracia que cualquiera puede ver ó tocar materialmente?

Respondedle que llorabais por un recuerdo.

Idle á revelar todo el martirio que esperimentais con la vista de un objeto, intentad esplicarle que debajo del polvo con que los años han ultrajado ese objeto, hay una imágen que otros dias fué vuestra gloria, pensad en hacerle leer en cada grano de ese polvo toda la historia de vuestra vida.

Hacedlo y ya vereis que irónica es la carcajada que cubre vuestras palabras, con qué desprecio se contempla la flor marchita mas que por el tiempo, por vuestras lágrimas.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡tu eres el unico confidente del pasado! ¡tu eres el refugio, el amparo de los que no son comprendidos en la tierra!

Fernando al recorrer aquellas cartas las vió al través de las lágrimas que su arrepentimiento le arrancaba.

En una de las últimas se detuvo: databa de un año porque por un sentimiento de tierna delicadeza, Clemencia cesó de escribir desde que comprendió que era importuna y su recuerdo se habia borrado del corazon de Fernando.

Habia guardado silencio en vez de suplicar y humillarse, de proferir imprecaciones, ó de aparentar indiferencia como lo hacen en estos casos las mugeres.

Decia así:

FERNANDO.

Aunque en el largo espacio de un año, solo tres cartas tuyas he recibido, no he tenido grave cuidado porque he creido que tus ocupaciones no te permiten ya consagrarme tanto tiempo como antes.

Y luego ¿para qué escribir cuando en el fondo del corazon, se sigue amando con el mismo fuego y es uno el mismo de siempre?....

En este largo año de mi vida, he llorado mucho; pero he esperado mucho tambien y aun me siento con fuerzas para esperar otro año, que creo será lo que dure á lo mas tu ausencia.

He comenzado una obra de manos en la que debo ocuparme algun tiempo, y esperaré entretenida y alucinada para poder presentarte un objeto que será un primor y que tendra para tí el doble mérito de ser obra mia y de ser un testigo de mis suspiros de mis lágrimas y de mis esperanzas, durante nuestra amarga separacion.

Solo una cosa me inquieta seriamente.

He comenzado á estar mala de esa enfermedad que ya sabes padezco desde la infancia, y algunos dias he tenido que permanecer en la cama, por orden de mi padre que se aflije mas de lo que debe, tal vez, porque me ama tanto; pero yo no me siento tan mala, sin embargo por darle gusto le obedezco en todas sus prescripciones.

El otro dia, al tomar mi pulso, no pudo evitar un movimiento de cabeza y me dijo que si contiનúo así, iremos á pasar el invierno á Jalapa que tiene un clima mas benigno.

Yo te confieso que he estado á punto de llorar; ¿como abandonar esta casa y este jardin tan llenos de dulces recuerdos tuyos? ¿como abandonar este hermoso lugar, donde encuentro en todas partes las huellas de tus pasos?

Se me figura á veces, durante la noche, cuando me paseo por el jardin, que te estoy esperando como tantas veces te he esperado; cuando toco el piano es tanta mi ilusion de que me escuchas, que muchas veces me vuelvo para hablarte, y al encontrar tu lugar vacio, lanzo un grito, cierro el piano y me pongo á llorar. No he movido los objetos del sitio en que los dejaste para que cuando vuelvas no encuentres ninguna variacion y solo creas que despertámos de un largo y triste sueño; pero sin que nada en nuestra existencia haya cambiado: Guardo el mismo vestido que tenia puesto el dia que partiste, para no volvermelo á poner sino el dia que vuelvas.

Vaya, te contaré una niñada que me perdonarás ¿no es cierto?

He sembrado un rosal á quien he dado tu nombre y cuyas flores han de servir para mi corona de desposada.

De desposada ¡Dios mio! solo el pensamiento de tanta felicidad me hace llorar de alegría.

Casi la mayor parte de las horas del dia paso junto de él en el jardin, regando sus tiernas hojillas, protegiéndole con mi cuerpo de los rayos ardientes

del sol, de las ráfagas heladas de viento y de las gotas de lluvia.

Perdóname Fernando; pero se me figura que estoy á tu lado y le hablo de nuestros proyectos, de nuestras esperanzas, me alegro ó me entristezco con él, y lo creerás, parece que me comprende, porque cuando lloro se estremece y cuando sonrio levanta sus hojillas como si participase de mi espansion.

Pronto brotarán sus primeros capullos.

Si tuviese que ir á Jalapa, le llevaria conmigo, porque de otra manera se me figuraria que me alejaba de tí.

Mi padre, no me habla de tí, ni me dice nada de esto, solamente toma mi mano entre las suyas para tomar mi pulso con disimulo, y me mira y se sonrie con una risa tan melancólica y tan triste, que por mas que hace para ocultármela no puede disimular la pena que le aflige.

Otras veces, bajo el pretesto de que estoy constipada, aplica su oido sobre mi pecho ó sobre mi cuello y me hace permanecer en esta postura mucho tiempo.

Despues se encierra en su cuarto y permanece largas horas estudiando y preparando alguna amarga medicina que me hace tomar.

Yo me veo en el espejo y no encuentro en mi cara como indicio de la enfermedad, mas que una completa palidez; pero esto es muy natural, por lo mucho que lloro por tí y lo poco que me distraigo en otras cosas.

Ya volverán los colores á mi rostro cuando tú vuelvas.

Don Estevan viene como antes y aunque ningu-

no de los dos hablamos de tí; sin embargo con disimulo, me da de tus noticias.

De quien no se ha vuelto á saber mas, es del señor Gil Gomez, que abandonó la aldea al siguiente dia que tú, y que segun dices nunca le has visto en la capital.

¡Pobrecillo, te amaba tanto!

¿Quieres que te diga mi método de vida durante tu ausencia?

Mira: me levanto un poquito tarde, porque mi padre me ha prohibido absolutamente recibir el viento frio de la mañana: me pongo de rodillas sobre el lecho y hago una oracion por tu completa felicidad, porque Dios te preserve del mal en cualquier lugar en que te halles. Como Don Estevan ha dicho acá, que no era estraño que de un dia á otro tuvieses que acompañar al señor virey á alguna campaña, hago otra porque no suceda esto: porque si yo supiese que te hallabas espuesto á algun peligro, ¡oh! entonces ni podria vivir. La mañana la paso al lado de mi rosalito, hasta que como en compañía de mi padre, que me mira y mas me mira con tristeza y procura entretenerme hablándome de asuntos divertidos: despues paso algunas horas al piano, tocando las piezas de música que á tí mas te gustaban ó algunas veces cantando á pesar de la prohibicion de mi padre que dice que este esfuerzo lastima mi pecho: en la tarde vuelvo á mi rosalito para estar leyendo los libros que contigo leí. Despues acompaño á mi padre á su paseo vespertino, y volvemos temprano á casa porque él teme para mí el viento frio de la noche. Las horas de la noche las paso bordando lo que te he di-

cho. A las once me duermo pensando en tí y casi siempre sueño contigo.

A veces sueño que llegas, que te veo descender sobre tu caballo la colina que se ve desde la verja del jardin, acompañado del señor Gil Gomez, como tantas veces te he visto en aquellos dias felices.

Otras, te sueño herido, ensangrentado, pálido ó muerto, y entonces despierto anegada en lágrimas.

¡Si vieras lo que soñé la otra noche! cualquiera diria que era un presentimiento.

Soñé, que viéndote llegar quise salir á tu encuentro y no pude porque estaba muy mala, que tú veniste á mí y dijiste con mucha tristeza, al ver que yo no me movia ni te hablaba:

—¡Pobre Clemencia! está muerta.

Yo me sonreí al escucharte.

—¡Y bien muerta! proseguiste, ¡Clemencia! ¡mi Clemencia!

Yo te estaba escuchando, pero no podia responderte.

Entonces tú te alejaste llorando.

Y desperté, oprimido el pecho por una terrible angustia.

Por eso solamente me inquieta mi enfermedad, ¿qué importaria morir al cabo de algunos años de haber vivido á tu lado?

Pero ¡Dios mio! morir antes de haberte visto, de haberte estrechado entre mis brazos una última vez, seria un castigo espantoso que el cielo no me enviará jamás, porque creo no haberle ofendido de una manera tan atroz.

¡Oh! ven pronto mi Fernando, porque llorando te espera

CLEMENCIA.

Las demas cartas eran anteriores á ésta; porque despues la niña solo habia vuelto á escribir otra, por ese sentimiento de delicadeza y abnegacion sublimes, de que hemos hablado.

Fernando acabó de arreglar las otras cartas de su padre y todos los objetos para encerrarlos en su maleta de viaje.

Despues salió para hacer llegar las cartas á su destino y no volvió á su habitacion hasta bien entrada la noche.

CAPITULO XX.

En Jalapa.

Jalapa es el Edem de ese Edem que se llama México.

Figuraos, los que no la habeis visto, una beldad con la frente coronada de flores y reclinada sobre un lecho de rosas, á la falda de un cerro que se llama el *Macuiltepec*, ceñida y refrescada por un rio, que despues de haberle acariciado con suave rumor, va á abismarse en el mar bajo el nombre de rio de la Antigua.

Figuraos una ciudad donde en todas partes nacen flores que adormecen y embalsaman con su blandísimo perfume: donde acarician los oidos y estremecen las fibras del corazon, músicas de harpa ó de un instrumento pequeñito y vibrador que se llama *requinto:* donde hay mugeres hermosas con una hermosura popular en todo México: donde cada amor es un idilio de Homero, ó una confidencia

de Lamartine: cada conversacion un proyecto de fiesta, cada fiesta un concierto del cielo.

Figuráosla, con sus casas de un piso, pintadas alegremente de blanco y adornadas con amplias ventanas, que á su vez adornan grupos de jóvenes aseadas, hermosas, alegres, como una bandada de esas aves que tanto abundan en sus bosques y se llaman *Clarin de la selva:* con sus jardines en que se cultivan las flores y los frutos de mas hermoso color, mas suave perfume ó mas esquisito sabor del Nuevo-Mundo, desde la rosa reina, hasta esa pequeñita que cubre las paredes con un tapiz: desde el árbol gigante del *xenicuitl*, hasta los grupos enanos de moreras silvestres; desde el *sóchil*, hasta la campánula y la madreselva: desde el ancho y ojoso platanar hasta el naranjo pequeño.

Figuráosla con sus cañadas de Pacho y Tatahuicapa, en que se respira brisa de liquidambar, con su camino de *Coatepec* que es una calzada no interrumpida, de naranjos en flor que embriagan los sentidos al embalsamar el ambiente, de yedras, moreras, platanares y limos, y á cuyo fin se encuentra un pueblecillo, el comercio de cuyos habitantes consiste en frutos y flores.

Figuráosla con su dique, que contiene una mole inmensa de agua que se contempla desde un puente, caer despeñada rugiendo y formando al chocarse abundantes copos de blanquísima espuma, remedo del mar, y en el que, algunos años se han lanzado botes en los que atravesaba su estension una juventud de ambos sexos, coronada de flores alegrando el ambiente con sus voces y haciendo vibrar la tibia brisa de la tarde, con los acentos de una música alegre aunque melancólica.

Figuráosla durante la media noche, cuando á la modesta luz de la luna, recorre las calles una turba alegre de jóvenes, que aprovechando ese dulce privilegio de la juventud, entonan alegres serenatas al pié de los balcones ó junto á las ventanas de su adorada: serenatas en que forman un dulce concierto, vihuelas de todas dimensiones y flautas que á medida que van decreciendo en volúmen, van produciendo sonidos mas agudos y mas alegres.

Figuráosla, con sus comitivas que durante las tardes se dirigen á la sombría y perfumada cañada de *Pacho*, despues de haber atravesado una estensa y verde llanura, que se llama de *Los Berros*, para hacer frugales meriendas, en que mas se baila y se canta que se come.

Porque sus habitantes tienen ese dulce privilegio de una sencilla alegría que solo muere con ellos.

Pensad cuán grata sorpresa esperimentareis cuando despues de haber atravesado esas estériles y ardientes llanuras que semejan los desiertos de Arabia, y se encuentran en el camino que á ella conduce desde Veracrúz, cuando os sentíais ahogar por la sed, abrasar por los rayos solares, comenzais á sentir que un bienestar se difunde por vuestro cuerpo, que vuestros labios se humedecen.

Es que habeis cambiado bruscamente de temperatura.

Es que habeis pasado del infierno al paraiso.

Es que estais en Jalapa.

O bien acabais de atravesar un país montañoso, cubierto desigualmente por una erupcion volcánica, donde solo crecen algunos arbustos escasos de triste y mezquino aspecto y azota dolorosamente vuestro rostro, helando vuestros miembros, el vien-

to desigual é inclemente del Cofre de Perote, comenzais á descender notablemente y repentinamente al llegar á San Miguel del *Soldado*: tendeis la mirada y veis allá abajo, medio oculta entre las quebradas del camino, ceñida de huertes y jardines, con su blanco y alegre caserío, una ciudad, que cual nueva Vénus, parece que está naciendo de un oceano de flores.

Es Jalapa, la de las bellas mugeres, la de las alegres músicas.

Es Jalapa, la querida de los gobiernos, y la cual han protegido los emperadores indios, los vireyes españoles y los presidentes mexicanos, acantonando allí sus tropas.

Es Jalapa, todavía embellecida por los versos de un hombre de genio, de un poeta que la muerte arrebató jóven porque era desgraciado y no le dejó ni el consuelo de dormir su último sueño cerca de los que amó; porque fué á pedir una tumba á otro país inclemente.

Era mi padre, J. J. Diaz.

Era mi padre, su poeta mas querido, aquel cuyos romances todavia se recitan en el hogar, cuyo versos todavía se cantan en las noches de luna, ó en las reuniones populares.

Era mi padre cuyos últimos dias amargaron las visicitudes políticas; pero que murió bendiciendo su bendito suelo.

Este es Jalapa en 1857 y este era Jalapa en 1812.

A esta ciúdad fué trasportada una tarde tristísima de otoño una jóven, que se moria, é iba á buscar la vida en su pura atmósfera.

Era Clemencia.

Su mal habia ido creciendo lentamente de dia en dia y el Doctor, desgraciado médico impotente para luchar con medicinas contra la naturaleza, se volvia á esa naturaleza buscando en ella la medicina para su hija que se moria.

El Doctor se propuso luchar con tódas sus fuerzas, hasta dominarle ó morir con aquel mal terrible que envenenaba la existencia de su hija.

Hizó arreglar una primorosa casita de un piso, con un hermoso jardin situáda casi fuera de la ciudad, hacia el barrio de Santiago: trasportó á ella todos los objetos de Clemencia y la puso en las condiciones mejores para que la habitase un enfermo.

La habitacion de su hija contigua á la suya era una pieza de alegres pinturas y agradable aspecto, que recibia luz y sol por una ventana lateral que daba inmediatamente al jardin hasta donde llegaba el perfume de los azahares, los nardos y las rosas y desde donde se podian contemplar los árboles con su verde follaje, las flores con sus lindos colores, el cielo con su azul.

En esta pieza pues, volvémos á encontrar á Clemencia, ¡pero que cambiada! ¡Dios mio!

Ya no es aquella niña alegre que corria por su jardin para cortar á Fernando las mas hermosas flores.

Dos años y la enfermedad han cambiado notablemente su fisonomía, dando á su rostro una espresion de tristeza, de languidez, de sufrimiento, que hace llorar al que otros dias la ha contemplado.

Estaba afectada en último grado de una enfermedad que los médicos llaman *clorosis*, complicada ademas con una grave afeccion en el pecho.

Consiste esta enfermedad, ó estado general morboso de la constitucion, en una disminucion tan notable de la masa de la sangre, que al abrir despues de la muerte los vasos que habitualmente contienen este liquido, se les encuentra casi vacios ó llenos de otro liquido acuoso casi incoloro.

Durante la vida, se manifiesta por una palidez profunda de la piel. del interior de los labios, de la membrana interna de los párpados.

Se esperimentan fuertes palpitaciones, sincopes, desmayos, los ojos son heridos vivamente por la luz solar, ó esperimentan deslumbramientos, de objetos en acuerdo con el estado moral del individuo: Los oidos escuchan ruidos sordos y monótonos.

El apetito se pierde casi siempre.

Si se aplica el oido á las arterias; pero mas particularmente á las del cuello, se escucha un ruido particular, un soplo, una especie de canto triste y monótono, que se llama *canto de las arterias* y que depende probablemente, del choque desigual que la columna de sangre disminuida ejerce contra las paredes de los vasos que la contienen.

El corazon sin embargo, no presenta nada de notable; pero los demás órganos del pecho, se afectan orgánicamente casi siempre.

El fierro naturalmente contenido en la sangre ha disminuido y esto esplica la transformacion acuosa de este liquido.

Acontece primeramente, por una predisposicion individual particular, un estado de la constitucion.

Otras veces, por abundantes perdidas de sangre, por pesadumbres repetidas, por un estado contemplativo del individuo, en el cual predomina gene-

ralmente el temperamento nervioso muy delicado y muy sensible.

Se procura en el tratamiento destruir las enfermedades esenciales que la clorosis complica, restituir á la sangre la sustancia ferrujinosa que ha perdido, ó aumentar su masa, para lo cual algunas veces se ha ocurrido á la trasfusion en los vasos, de la sangre de otro individuo.

¡Recurso supremo, en el que solo una madre ó un ser que nos ame con toda su vida, puede darnos ese jugo purísimo de la juventud!

Hemos dicho que la fisonomía de Clemencia, habia cambiado notablemente; pero sin dejar por eso de ser menos hermosa; pero era una hermosura de un tipo diferente; dos años antes era la de la vírgen de Murillo, ahora era la de esa misma vír- al pie de la cruz.

Una profunda palidez cubria completamente su rostro, haciendola semejar una estátua de marfiil: sus venas se dibujaban debajo de la piel, como si esta se hubiese hecho trasparente, sus labios estaban blancos completamente lo mismo que sus manos, su corazon se oia latir levantando la tabla anterio del pecho, como si la sangre al huir de las estremidades se hubiese acumlado en este órgano de la vida: un círculo sombrío rodeaba sus ojos que lanzaban una mirada ardiente, febril por decirlo así, como si en ellos se hubiese concentrado todo el fuego de la pasion que la consumia: sus cabellos castaños caian formando dos bandas y circunscribiendo el óvalo de cara mas perfecto y de mas doliente espresion que se pudiera contemplar.

Su voz habia tomado ese timbre particular, casi metálico, que revela un profundo desarreglo en los

órganos de la respiracion, pero templada su aspereza por el acento de triste dulzura que el dolor y la resignacion le daban.

Su cuartito que decoraba los mismos muebles que ya conocemos estaba cuidadosamente cerrado por el doctor, á fin de no dejar acceso al aire frio.

El lecho, con cortinaje blanco en un rincon, el piano en otro, la mesa cubierta de ramos de flores todos los dias renovadas, en medio el sillon en que la jóven pasaba sentada la mayor parte de las horas del dia frente á la ventana, cuya vidriera herméticamente cerrada, dejaba penetrar sin embargo un rayo benéfico de sol y desde donde se veia el jardin con sus flores, sus árboles y sus alegres aves.

Serian las once de la mañana; cuando Clemencia que estaba sentada en ese sillon, leyendo absorta, una de las primeras novelas de Lord Byron, que acababa de aparecer y que el doctor se habia procurado con trabajos, levantó la cabeza y la volvió hacia atrás, al ruido de una puerta que se abria.

Una persona ss acercó de puntillas.

Era el doctor.

Al contemplar la fisonomía de la jóven, el buen doctor no pudo menos de dejar pasar por su frente una sombra de tristeza profunda; pero trató de disimular su emocion yendo á tomar una silla, en la que se sentó cerca de su hija, tomando sus pálidas y descarnadas manos entre las suyas á la vez que preguntaba con afectuoso acento.

—!Buenos dias! hija mia, ¿como te sientes?

—Lo mismo que siempre ¡padre mio! esta fatiga en el pecho, me impide respirar, respondió Clemencia.

—¿Pero porqué te has levantado hoy y además tan temprano? ¿no te habia dicho ayer que no salieses de la cama? dijo el Doctor sin poder disimular la impaciencia que sentia, al ver el funesto estado de su hija, á quien veia morir entre sus manos, saliendo vencido, él que representaba la ciencia por la muerte despues de haber luchado como un gigante.

—Estaba tan bella la mañana, tenia tanto deseo de ver el jardin, de respirar el aire puro, de vivir, que he creido que me moriria quedándome en la cama, respondió Clemencia con un acento que era una disculpa y era al mismo tiempo una queja, acaso la primera que su enfermedad le arrancaba.

—Pero ¿no ves, ¡alma mia! que el frio te hace tanto mal y que los dias que permaneces en la cama estás mucho mejor del pecho?

—Es cierto; pero....

Y Clemencia no pudo continuar, porque un acceso violento de tos, que le acometió, ahogó su voz: Llevó su blanco pañuelo á su boca y le retiró completamente teñido en sangre.

Quiso ocultar esta accion á su padre; pero ya era tarde.

El padre iba á lanzar un grito que se ahogó en su garganta; pero el médico pudo ocultar su emocion á la enferma.

Los dos permanecieron un momento silenciosos

—Conque te volverás á la cama ahora mismo, ¡hija mia! ¿no es verdad? ya ves que el dia está demasiado frio y esos accesos de tos, lastiman mucho tu pecho, dijo el doctor, al cabo de un momento de doloroso silencio.

—Sí señor, le obedeceré á vd., pero antes quisie-

ra pedirle una gracia, dijo Clemencia, con ese acento que usan los niños para hablar á su padres cuando quieren obtener de ellos una licencia ó el cumplimiento de un deseo infantil.

—¿Una gracia? ¡hija mia!

—Sí señor, y muy grande.

—Pero ¿qué puede ser ¡hija mia! que yo no te conceda, si es cosa que está en mi poder?

—Sin embargo, papá, pudiera ser que me la negara vd.

—¿Pero qué es una cosa tan grande ó tan imposible?

—Para mí, ni lo uno ni lo otro tiene; pero como vd. es tan severo cuando está uno enfermo, temo que....

—¡Ah! ya comprendo, es una cosa que tiene relacion con la enfermedad, dijo el doctor sonriéndose.

—Precisamente.

—Está bien, pues veamos y si es posible.

—¡Oh! no, entonces ni lo digo, porque antes de saber qué cosa es, ya lo está vd. poniendo en duda.

—¿Pero no ves, niña que puede ser una cosa que te haga mal y entonces....?

—¡Oh! no será muy grande el mal que me haga y sin embargo, esperimentaria tanta satisfaccion, que yo si fuese médico y me pidiese vd. una cosa tan sencilla y que tanto deseaba, no se la negaria.

—Ya se ve; pero bien, ¿díme por fin lo que quieres? puede ser que en vista de ese deseo tan grande que manifiestas, té lo conceda yo.

—¿Me lo jura vd.?

—¡Oh! no, tanto no puedo hacer antes de saber.

—¿Me lo promete vd.?

—Es decir sí y no. . segun. .

—Ya ve vd. que es lo único que le he pedido, durante mi enfermedad, dijo Clemencia con angustioso deseo.

—Está bien, te lo prometo, dí....

—Quisiera antes de meterme acaso para siempre en la cama, ver por la última vez mi rosalito, que he hecho traer desde San Roque y que está ahora en el jardin, dijo por fin Clemencia, ruborizándose como si el temor de una repulsa, ó el placer de una concesion, hubiesen hecho afluir á su rostro la sangre que se agolpaba en su corazon.

—¡Imposible! dijo el doctor poniéndose de pié: imposible es que tú recibas el viento frio del jardin

Clemencia guardó silencio, una lágrima apareció en sus ojos y rodó silenciosamente á lo largo de sus megillas, que otra vez habian vuelto á su estado habitual de palidéz.

El doctor se paseaba agitado por la estancia.

—¿No ves que una locura de esas puede ponerte mas mala? dijo por fin acercándose al sillon en que permanecia su hija resignada y silenciosa.

El doctor comenzaba á capitular.

Clemencia lo comprendió, porque dijo.

—Sin embargo, ¡hubiera hecho tanto bien á mi alma la satisfaccion de ese deseo!

—Pero vamos, ¡no seas niña, Clemencia! dime, ¿por qué me pides una cosa que sabes te hace tanto mal, y porque no te lo concedo te pones tan triste que me vas á hacer ceder? y no, no, porque entonces yo tendré la culpa de lo que te suceda, dijo el doctor cediendo mas y mas.

—No señor, si cree vd. que me haga tanto daño no me lo conceda.

—Mira, no creas, que es por mortificarte, la mañana está muy fria y el viento, el fuerte aroma de las flores, te van á hacer tanta impresion, á tí que estás tan delicada, que esta tarde te entrará la calentura mas temprano que ayer y los dias anteriores, continuó el doctor, contradiciéndose como un niño, que en vano quiere ocultar lo que va á ejecutar.

—Está bien, entonces ni hablemos mas de ello, padre mio, dijo Clemencia con triste acento.

—¡Oh! pero si tambien ni me ruegas, ¿cómo quieres que yo ceda? ¡mi niña! vamos al jardin, al fin como siempre has hecho de mí lo que has querido, esclamó el doctor sollozando casi como un niño.

Hacia treinta años que aquel hombre de fierro, luchaba como un gigante contra todos los sufrimientos, todos los dolores físicos y morales, todas las pasiones en el estado en que el hombre no se toma la pena de ocultarlas, venciendo siempre y ahora cuando mas necesitaba de sus fuerzas para luchar, cuando habria dado toda su vida pasada en el servicio de la humanidad para salir vencedor, se encontraba impotente, débil, anonadado ante las terribles é invariables leyes de la naturaleza.

—¡Oh! ¡mil gracias, padre mio! esclamaba Clemencia con tierna efusion, ¡mil gracias, me acaba vd. de dar la última prueba del inmenso cariño que me profesa!

—Pero ¿me prometerás que estaremos solo un momento en el jardin y que volverás inmediatamente á la cama? dijo el doctor procurando sacar el mejor partido posible de su derrota.

—Se lo juro á vd., solo un momento delante de mi rosal y despues á la cama.

—Pues déja ántes que te abrigue, dijo el doctor, trayendo á su hija una gorrita inglesa con que cubrió su cabeza y un tápalo grueso de lana color de cereza, con que la envolvió cuidadosamente.

—Ya estoy, papá.

—Ahora los guantes.

—Ya me los he puesto.

—Ahora antes de salir, toma una cucharada de este jarabe de kermes y una de tus píldoras de fierro, continuó el doctor corriendo de un estremo á otro de la habitacion.

Ya ves que el jarabe te calma tanto la tos.

Clemencia hizo lo que se le mandaba.

—Ahora apóyate en el brazo de tu padre, que es un consentidor, que no está bueno para médico, dijo el buen doctor, presentando cariñosamente el brazo á su hija.

Clemencia se apoyó en él y ambos salieron de la habitacion.

Eran cerca de las doce: el jardin estaba un poco triste, porque corrian los últimos dias del mes de Setiembre, y la lluvia habia arrancado al pasar algunas flores demasiado delicadas para sufrir indiferentes su enojo; pero sin embargo, los rosales estaban cubiertos de flores, los sóchiles, los nardos, los jazmines, las mosquetas, esparcian un aroma que aun á otra cabeza mas fuerte que la de la enferma, habrian causado mareos.

¡Muy triste debió de presentarse el jardin á los ojos de Clemencia que acaso lo veian por la última vez: muy tristes debieron ser los pensamientos que cruzaron por su imaginacion calenturienta, cuando

por sus megillas pálidas corrieron dos lágrimas, que fueron silenciosas á mojar una de las flores de un rosal junto al cual la jóven se habia detenido apoyada en el brazo de su padre.

Era un rosal pequeño, porque debia ser muy nuevo todavía, segun la flexible blandura de su tallo y el vivo color de sus hojas: estaba cubierto completamente de flores casi en boton todavía, que solo se entreabrian para suspirar un aliento suave y embriagador.

Lo mecia con blanda oscilacion la brisa: cerca de él giraba un colibri, que anhelaba libar su dulce miel, y que maldecia en su interior al importuno que le impedia acercarse.

¡Ay! el ave no sabia que para un corazon, ese rosal era un libro y esas flores las páginas en que estaba escrita toda una historia de amor, de recuerdos, de lágrimas; historia que un moribundo leia por la última vez.

¡Dolorosísima, como de amor sin esperanza, debia ser esa historia, porque los ojos de Clemencia que estaban fijos en una flor que del rosal habia arrancado, velaron su mirada con lágrimas!

Al verla llorar, se hubiera podido decir con un poeta mexicano:

¡Pobre muger! tus lágrimas enjuga
¿A qué verterlas en inútil llanto
Si al fin el hombre á quien adoras tanto
Indiferente y sin piedad las vé?....

Y al verla morir tan jóven, esclamar con Lamartine:

¡C'est bientot pour mourir!

Porque las mugeres son flores que abren dulce-

mente su corola á las brisas del amor; pero se agostan al viento del desengaño.

—¡Vaya! ¡hija mia! ya has cumplido tu gusto y tiempo es de que volvamos á tu aposento, dijo en tono dulce el doctor, al cabo de un rato de doloroso silencio.

Clemencia no respondió: de sus ojos se desprendieron raudales de lágrimas y ocultó su cabeza en el pecho de su padre sollozando dolorosamente.

El anciano la estrechó contra su corazon y no pudiendo ya disimular por mas tiempo su emocion, estalló su dolor en angustiosos gemidos.

Padre é hija se abrazaron confundiendo sus lágrimas.

¡Era un espectáculo que despedazaba el corazon, el de aquel anciano y aquella jóven abrazados llorando en medio de un jardin, en que cantaban alegres y vocingleras las aves, en que se estremecian de placer al beso del ambiente las flores, en que murmullaban dulcemente las fuentes: en que el sol lanzaba sus rayos mas hermosos!....

¡Era una ironía tanto dolor en medio de una naturaleza tan risueña, que parecia convidar á la vi da, á la alegría, al movimiento, que parecia no haber escuchado nunca mas que cantos de amor, en vez de gemidos de pesadumbre!

¡Eran un padre y una hija, despidiéndose para la eternidad!

El uno, infeliz médico, veia morir á su hija entre sus brazos, luchando por detener las leyes de una naturaleza invariable, sintiéndose vencido, cuando habria dado toda su vida por salir vencedor.

Filósofo, comprendia la causa del dolor de su enferma.

Padre, perdonaba á su hija y la bendecia al dintel de la tumba.

La otra, sentia la muerte irse apoderando de su ser y al morir su cuerpo, despertaba mas ardiente en su alma su amor: pero se veia olvidada, abandonada por el que amó y le consagraba sin embargo, sus últimas lágrimas, sus últimos suspiros, la agonia de su pensamiento, que al girar sobre su pasion imposible, sobre su cariño sin esperanza, habia llegado á ser un castigo para ella.

Lanzaba su postrer y lastimero ¡adios! á aquel rosal que en otros dias, cuando tenia el consuelo de esperar, habia sido un talisman misterioso de su amor, un relicario de sus recuerdos, de sus delirios, de sus esperanzas y ahora solo era la dulce perspectiva de una felicidad desvanecida, para siempre, de una ilusion tan falsa que se disipó como un sueño.

Amante, perdonaba aún y olvidaba su abandono.

Desgraciada vertia las últimas légrimas de despedida á un amor que fué su gloria.

Derrepente, Clemencia se desvaneció, sintió faltar la tierra bajo sus piés y arrancándose de los brazos de su padre cayó aplomada y perdido el conocimiento.

Tanta luz, tanto perfume y el esceso de su emoción habian agotado sus fuerzas y la habian desmayado.

El doctor, se apresuró á cubrirla, la tomó entre su brazos como si fuera un niño dormido y corrió con ella á su habitacion depositandola sobre su lecho.

—Y ahora murmuró, casi llorando el Doctor,

cuando Clemencia hubo vuelto en sí. Ahora, se ha acostado para no volverse á levantar mas.

CAPITULO XXI.

¡Padre y médico!

Ocho dias despues de la escena referida, el Doctor encerrado en su gabinete, escribia á su amigo Don Estevan la siguiente carta, que amenudo interrumpia para enjugar las lágrimas que de sus ojos corrian.

MI AMADO AMIGO:

¡Duerme mi hija en el cuarto inmediato!

Estoy escuchando perfectamente el sonido de su respiracion aspera y desigual y me aprovecho de este instante para escribir á vd. como hemos convenido y para desahogar en el seno de la amistad, el dolor conque me siento morir.

Desde la última vez que he escrito á vd. ha seguido cada dia mas mala; pero precisamente en esta última semana es cuando la enfermedad se ha desarrollado de una manera espantosa y cuando he tenido que emplear, para combatirla, los medios mas crueles y mas inhumanos.

Figurese vd, amigo mio, que yo mismo, padre inhumano, he puesto un caústico sobre su pecho, que yo mismo como un infame, he desgarrado hasta hacer brotar la sangre, ese pecho tan blanco,

que parecia solo formado para exhalar cantos de amor y palabras de consuelo.

Pero ¡Dios mio! bien sabes que era un recurso necesario que yo mismo he estado dilatando, acaso mas del tiempo que debiera, que en ese caústico está puesta mi última esperanza y que si esta se desvanece, como tantas otras, entonces no hay mas que sufrir y resignarse.

¡Cuánto ha sufrido! por no hacerme padecer, ha contenido sus gemidos, ha ahogado sus sollozos, ha intentado sonreirse mientras duraba la cruel operacion, como si su infeliz padre no estuviese conociendo, ¡cuánto! ¡cuánto! debia estar padeciendo! ¡como si mil veces no hubiese escuchado los gemidos de hombres fuertes y sufridos!

Todos los dias á la hora de la curacion se repite esta dolorosa escena.

Mas querria yo, que llorase, que exhalase libremente sus gemidos y no que se sonria con esa risa de mártir:

Hay una idea que la mata, que la lastima dolorosamente en medio de sus padecimientos físicos, su amor, su amor imposible, su amor de mártir, y sin embargo ni una palabra, ni una queja amarga contra tanta ingratitud, contra tan cruel abandono.

¿Cree vd. Don Estevan que esta pobre niña, deje de comprende, que Fernando la borró de su memoria y que ha echado su corazon en otros brazos.

No; lo comprende muy bien; pero se calla, sufre y perdona.

¡Dios mio! ¡cuanto sufrimiento! y ¡cuanta resignacion!

En este momento acaba de exhalar un gemido; he corrido á su cuarto; pero la he encontrado dormida, con su rostro apacible, con su sonrisa de angel.

La he besado en la frente, silenciosamente para no despertarla y me he vuelto de puntillas á escribir.

¡Dios mio! la veo latir todavia y aunque conozco que su vida se está apagando como una lámpara, no puedo reanimarla.

¡Señor! yo os daria toda mi vida, pasada durante treinta años en el alivio de los sufrimientos de la humanidad, por el rescate de esa vida de mi corazon.

Hay momentos, Don Estevan, en que al ver el poco efecto que producen las medicinas que tanto cuidado pongo en preparar y que los autores consideran como infalibles, maldigo el pensamiento que me impulsó á adoptar una carrera de tinieblas, en la que el que mas hace camina á tientas.

¡Oh! la ciencia es un abismo inmenso, insondable; que solo cuando la luz nos alumbra podemos contemplar desde el borde pero ¡ay! del que osare penetrar en él.

¿De qué me sirven tantos años de estudio infatigable y de constante observacion?

De saber la marcha terrible de la enfermedad, de conocer como si los viera las trasformaciones mortales que se están haciendo en los órganos del pecho de mi hija, trasformaciones que no puedo impedir.

Dicen los sabios que la ciencia avanza; porque pueden apoderarse de un cadáver y ver y tocar los cambios morbosos que han causado la muerte, porque pueden referir á tales ó cuales desarreglos orgánicos, tales ó cuales sintómas observados durante

la vida; porque pueden hacer un buen diagnóstico de una enfermedad.

¿Pero de qué sirve, si no pueden detener esa horrible marcha, si su terapeútica es impotente para volver á su estado normal los órganos destruidos por la enfermedad?

Mas valdrian menos antopsias y observaciones patológicas y mas esperiencias terapeúticas; mas medicinas y menos teorias.

¿Qué vale el perfecto conocimiento de un organo, cuyos últimos ramos nerviosos microscopicos se pueden seguir por la economía, si no se puede impedir la muerte que se produce por una alteracion imperceptible de ese órgano?

De nada ¡orgullo! ¡siempre orgullo! teorias, siempre teorias y al fin de todo, nuestra pequeñez, nuestra miseria, nuestro lodo.

¿De qué me sirve, á mí, infeliz padre, el título de sabio y los honores que llevo?

Muchas veces me han llamado llorando los hombres, su salvador, su padre.

Muchas madres han caido á mis piés abrazando mis rodillas entre sollozos de gratitud, porque habia vuelto á su seno amante un hijo que era su vida.

Muchos amantes me han bendecido porque habia vuelto á sus brazos el ser amado, que se moria, porque con mi ciencia habia reanudado la rota cadena de su felicidad.

Y yo he llorado tambien como ellos, porque en mi loco orgullo habia creido que la vida y la felicida estaban bajo el dominio de la ciencia y que mientras mas supiese mas podia ser el bienhechor de la humanidad.

Y ahora ¡Dios mio! ahora que me siento debil

¿no podreis hacer para mí lo que yo tantas veces he hecho para los demás?

¿Quereis castigar mi loca soberbia de una manera tan cruel?

¡Oh! ¡señor! seria una injusticia, seria un crimen....¡Silencio! vos sabeis lo que haceis, si está dispuesto así, á mí pobre mortal no me toca mas que sufrir y resignarme.

¡Volvedme á mi hija! y os juro que emplearé los dias que me restan para el viaje de la vida, en consolar á los desgracidos, en bendecir vuestra Omnipotencia y en orar por mi hija. ¡Volvedmela! ¡señor! ó hacedme morir antes que ella.

Sí, amigo mio, en esta semana he envejecido de veinte años.

No puedo dormir un momento.

Varias veces durante las altas horas de la noche, abandono mi lecho de tormento para dirigirme silencioso al lado de mi hija.

Si ella está despierta, fijo cualquier pretesto para ocultarla mi ansiedad; si por el contrario duerme, ¡oh entonces me acerco de puntillas á su lecho y paso largo tiempo contemplando su rostro á la tenue luz de una lámpara, que alumbra la estancia, contemplo entristecido sus facciones cubiertas por un palidez mortal, sus labios blancos formando una sonrisa de resignacion, el círculo sombrío que rodea su cerrados ojos, escucho su respiracion estertorosa, porque uno de sus pulmones ya no ejerce absolutamente sus funciones y el otro pronto se afectará todo, de igual manera.

¡Oh! entonces habrá llegado el término fatal que preveo.

Muchas veces despierta y al abrir sus ojos me

encuentra junto á su lecho, pálido, afligido, con el rostro descompuesto por el dolor, contemplándola con ansiedad.

Al verme sè sonrie y tomando mi mano entre las suyas me dice con ternura.

—¿Pero que hace vd. aquí, papá, á estas horas, no ve que le hace mal el levantarse?

Yo ahogando mi emocion le respondo.

-Oh, no, nada hija mia, si no que me parecia haberte escuchado quejar y como no puedo dormir me he levantado para ver si querias alguna cosa.

—No; me siento bien, papá, pero vaya vd. á dormir un poco.

—Pero hija.....

—Nada, si se queda vd. aquí, me enojaré.

Y entonces vuelvo á mi aposento y me pongo á escuchar detrás de la puerta, hasta que por su respiracion conozco que se ha vuelto á dormir y de nuevo la contemplo dormida.

Despues me encierro en mi gabinete y devoro todos los libros en las páginas que tratan de la enfermedad de mi hija; pero ¿qué puedo encontrar que ya no sepa? por el contrario, solo me aseguro cada vez mas, de la terminacion del mal.

Quisiera que todos los libros de que se compone mi biblioteca, tratasen de esa enfermedad, para ver si acaso encontraba yo algo nuevo que me hiciese sentir un vislumbre de esperanza, quisiera que todos los enfermos para quienes soy llamado, presentasen ese mal, para probar aún mis fuerzas.

Las pocas horas que paso fuera de casa, en el ejercicio de mi triste profesion, son un tormento para mí, porque me parece que en mi ausencia, va á acontecer algo terrible y cuando vuelvo pro-

curo leer en todas las caras de los criados lo que pasa.

Precisamente dias pasados he estado asistiendo á una jóven de la misma edad de mi hija y que su fria hace tiempo con su misma enfermedad.

Era el encanto, la adoracion de sus desgraciados padres, que habian puesto en mí sus últimas esperanzas. La he visto ir presentando los mismos síntomas que mi Clemencia, como ella la he visto irse consumiendo, y me he desesperado al ver el poco efecto de mis medicinas, que son las mismas que he empleado para mi hija.

Por fin, anteayer despues de una tranquila agonía ha muerto, ¡Dios mio! como moriá mi hija.

¡Señor! ¡Señor! ¡vos no lo permitireis!

He vuelto á la casa llorando lo mismo que lloraban sus padres.

El otro dia al entrar en el cuarto de Clemencia me ha recibido con las siguientes palabras.

—¡Padre mio! quisiera que me concediese vd. un favor.

—¿Un favor? he preguntado sonriéndome.

—Sí, señor.

—¿No será como el del otro dia de ir al jardin, que ya ves el mal que te ha causado?

—¡Oh! no señor, esta sí que es una cosa muy sencilla.

—Bueno, bueno, hija mia, dí.....

—Quisiera tocar en mi piano, algunas piezas, por la última vez, ya ve vd. que esto no me puede causar ningun mal.

—Pero ¿no ves, niña, que no puedes hacer ningun movimiento, porque te lastima el pecho y...?

—Sin embargo, me ha interrumpido, no porque

deje yo de tocar, he de seguir menos mala y estaré de esa manera muy entretenida, los dias que aun tengo que estar en la cama.

Y sus ojos al decir estas palabras se llenaron de lágrimas.

Yo sentia un nudo ahogando mi garganta.

—Pero díme, ¿para qué quieres tocar? ¿no ves que la música te hace tanta impresion? ¿para qué lastimarse el corazon con el recuerdo de cosas ya pasadas, que al fin no tienen ya remedio? Deja niña esos pensamientos tan tristes y procura distraerte.

Sus ojos volvieron á arrasarse de lágrimas.

Al cabo de un momento de silencio me dijo con triste lentitud.

—Sí señor, es cierto; pero si al fin ya me voy á morir, ¿por qué no darle gusto á una moribunda? ¿Qué mal se puede ya pensar de una muerta?

—En efecto, me he dicho, ¿por qué no darle gusto á una moribunda?

Y he hecho acercar el piano á su lecho y colocarlo á una altura regular, para que no la molestase.

Se ha incorporado en la cama y ha comenzado á tocar muy despacio y muy quedo, de una manera tan triste, tan triste, que me he salido precipitadamente de la estancia, porque sentia que el corazon se me habia reventado dentro del pecho.

—No ha querido, por mas que he hecho, que se retirase el piano, y por las tardes, cuando comienza á invadir su marchito ser la fiebre, se pone á tocar y aun algunas veces, á pesar de mi espresa prohibicion, canta en voz baja.

¿Y qué le parece á vd., amigo, que toca?

Todas aquellas piezas que en otros dias tocaba al lado de Fernando y mas particularmente, las que á éste le agradaban.

¡Cuánto tormento!

¡Cómo hacer para arrancar de su corazon ese pensamiento tirano que le ocupa despedazándoel de una manera dolorosísima! ¡esa carcoma tenaz de su existencia ya herida!

A veces pienso que si Fernando volviera, acaso su presencia la reanimaria.

Pero es mas probable que en el estado en que está, las fuertes sensaciones la acabasen de matar.

Y luego, aunque se concedan los remedios morales, para un mal tan físico, tan terriblemente seguro, ¿cómo hacer venir á ese jóven, que lo mismo que le pronostiqué á vd. hace dos años, la ha olvidado completamente en medio del torbellino de México y durante un año, ni una sola carta, ni un recuerdo le ha consagrado.

Por consiguiente, despues de haber buscado la medicina de mi hija, en el clima, en todos los medios de que hablan los autores, en un cuidado especial; al verla morirse dia á dia, no me queda ya más que decir con el Dante esas desconsoladoras palabras de un dolor sin tregua.

"Lasciate ogni speranza."

Espero á vd. amigo mio en uno de estos dias, segun me lo ha prometido.

¡Oh! venga vd., venga, porque necesito tener á mi lado un amigo con quien desahogar mi dolor, un amigo que me consuele y ayude en las tribulaciones.

Suspendo por ahora mi carta, porque Clemencia no debe tardar mucho tiempo en despertar y voy á ver el efecto que ha producido, la última medicina què le he dado.

El doctor cerró silenciosamente la carta y corrió al lado de su hija, que en este mismo momento despertaba.

CAPITULO XXII.

Un muerto antiguo.

Fernando habia partido de México al amanecer del dia siguiente al que lo hemos visto tan afligido y tan arrepentido.. Al dejar tras de sí la opulenta capital, no pudo menos de lanzar un suspiro, por el tiempo de olvido y casi de prostitucion que en ella habia pasado, olvidado de Clemencia.

Pero la resolucion del jóven, aunque tardía, era irrevocable y esto contribuyó en parte á hacerle recobrar su tranquilidad. Ademas, el país que atravesaba, era delicioso de contemplar, y muy capaz por sí solo de distraer un pesar por intenso que éste fuese.

Comenzaba á despuntar el dia y el sol de los trópicos se levantaba magestuoso en el firmamento sobre la nevada cumbre del Popocatepetl y el Ixtacihuatl, alumbrando, hácia la derecha, la laguna de Chalco y á la izquierda la de Texcoco, cuyas dormidas aguas, semejaban dos inmensos espejos en que se contemplaba un cielo de un color azul de plata á causa de la hora. Detras de ellas se

veian las torres de la opulenta capital: en segundo término la montaña de Ajuzco y en lontananza esos infinitos pueblecillos, que estan esparcidos en el sin par valle de México, como las flores de un ramillete que tiró al acaso una maga.

El jóven almorzó en Ayotla, atravesó los bosques de Venta de Córdova y Rio frio y durmió en la pequeña aldea de San Martin, en una mala posada.

Le pareció que entre los viageros que se agolpaban en la sala de comer de la posada, habia uno que creyó reconocer, y que al verle, ocultó su rostro debajo del ala de su sombrero y detrás del emboce de su *jorongo*.

Pero no hizo atencion á este incidente y se durmió con ese sueño, con que se duerme á los veinte años, por mas que los pesares estén desgarrando el corazon.

Al caer la tarde del siguiente dia, se presentó á su vista la Puebla de los Angeles, con las mil torres de sus conventos, cual nueva Roma del Nuevo Mundo; pasó la noche en el primer meson que se presentó á su vista y volvió á partir al amanecer.

El jóven contempló el magnífico espectáculo que presentaba el valle de Puebla, con sus volcanes de Popocatepetl é Ixtacihuatl, con su montaña de la Malinche, empapada de recuerdos y tradiciones de los aztecas, con las casas lejanas de sus haciendas, acariciadas por las brisas que formaban los suspiros del rio de Atoyac, que muchos años despues ha llenado de poesía Félix María Escalante.

Dejó atrás las pintorescas aldeas de Amozoc y Acajete hoy ensangrentado con el recuerdo de Mejía, el desdichado general, una de las inumerables

ilustres víctimas de nuestros errores políticos; se detuvo al medio dia en Nopálucan y durmió en una venta destartalada é inclemente que se llama hoy Tepeyahualco y que se encuentra aislada como un centinela, en medio de un arenal de doce leguas que nombran del *Salado;* llanura tan semejante á las de Arabia, que al medio dia se presenta en ella el fenómeno físico del espejismo, que consiste en contemplar todos los sitios que la vista puede alcanzar, como inundados por el desborde de los mares, efecto de la refraccion de los rayos solares, llanura en que se levantan remolinos de polvo, semejantes á los que el Simoun forma en el Sahara.

Solo otro viagero durmió en la solitaria venta.

Era un hombre muy pálido, rubio; pero perfectamente cubierto su rostro por uno de esos especie de schals, que desde tiempos inmemoriales han usado los viageros mexicanos para resguardarse del viento, el polvo y la lluvia de los climas tropicales.

Montaba un hermoso y ligero potro, de esa raza del bajío, muy superior al caballo en que cabalgaba Fernando, y al entreabrir su finísimo jorongo del Saltillo para prepararse á caminar, dejó ver un par de magníficas pistolas, ceñidas á su cintura, ademas de una espada que azotaba los flancos de su montura.

Si Fernando hubiese estado menos preocupado, habria observado á este hombre que le seguia sin perderlo de vista á cierta distancia, galopando cuando él galopaba, refrenando su caballo para llevarle al paso, cuando él le refrenaba; á fin de sin ser visto, mantenerse á una distancia cercana de él. Pero

Fernando, llevando todo un mundo de recuerdos y esperanzas en su corazon, no podia hacer atencion en un incidente tan sencillo como el de un viagero en medio de la ruta.

Así es que siguió caminando ignorante de la vigilancia de que era objeto.

El viagero que poco mas ó menos ya sabemos quién es, se reia con una risa infernal, murmurando:

—¡Miserable! has tenido el atrevimiento de insultarme de la manera que mas ofende á un noble, despedazando un guante en mi rostro y ni tiempo tendrás para arrepentirte de ello, porque mi venganza está suspendida sobre tu cabeza y muy pronto va á anonadarte.

Dos aves de un tiro, como dicen, continuaba el siniestro amante de Doña Regina, hago un viaje por asuntos de interés á Veracruz, y el diablo, por que no puede ser otro, te arroja en medio de mi camino, descuidado, desarmado casi, pésimamente montado.

Creias haberme humillado.

¡Pobre halcon en las garras del milano! no es ciertamente la primera vez que abismo ante una bala todos esos bellos sueños de la juventud, de amor, de nobleza.

Pronto hará dos años que en los desiertos del Potosí, hice caer con una palabra la cabeza de un hombre, que se creia triunfante apóstol de una causa que aborrezco, y vi caer á mis pies retorciéndose con las convulsiones de la agonia, á otro imbécil niño que habia osado oponerse á mi paso siempre directo, siempre seguro.

Ni una tumba encerró sus despojos; pero los milanos habrian dado buena cuenta de su cadáver....

Despues de todo no es tan mal país como yo habia creido al principio esta Nueva España.

Se hace uno amigo del virey Venegas ó de Don Felix María Calleja, se les dan importantes noticias acerca de los insurgentes y se especula muy bien con el espionaje y la denuncia.

¡Bueno! ¡bueno! sigan así las cosas.

Y á este sangriento recuerdo y á esta infame esperanza, Don Juan se frotaba las manos riéndose con una risa que daba miedo.

Al caer la tarde, se presentó á los ojos de ambos viageros la sombria fortaleza de Perote, protegida por el apagado volcan del mismo nombre; fortaleza que ha encerrado muchos desdichados reos políticos, que ha escuchado muchos gemidos, que ha recogido muchas lágrimas y que guarda en su recinto los mortales despojos del general Don Guadalupe Victoria, primer presidente de la República, uno de los hombres mas valientes, mas sufridos, más honrados que ha tenido México; un hombre que un dia en Oaxaca, arrojaba su espada á sus contrarios los españoles y atrávesaba á nado un foso á cuya orilla opuesta les esperaban centenares de enemigos; esclamando:

—Cobardes, para batiros no necesito las armas:

Y los insurgentes se precipitaban detrás de él, y los españoles huian amedrentados de este rasgo sublime de valor espartano.

Durmieron en Perote y al amanecer, helados de frio comenzaron á descender al suelo de la Provincia de Veracruz.

En el pueblecito de las Vigas, habia una gran

agitacion y los vecinos se reunian en grupos, hablando y gesticulando animadamente.

Acababa de pasar por allí violentamente una partida de insurgentes que iban á ocultarse, entre las asperezas rocallosas del *malpaís*, que es una erupcion volcánica cuya fecha se pierde en la noche de los siglos; para esperar un convoy español que se dirigia á México, y el cual habia venido hostilizando desde Veracruz la tropa escasa que militaba á las órdenes de Don Guadalupe Victoria, para cumplir tan importante y peligrosa comision.

Fernando se estremeció al escuchar el nombre del capitan de la partida, que habia sido designado por Victoria, para cumplir tan importante y peligrosa comision.

Era un nombre que despertaba todos sus recuerdos de infancia mas queridos, un nombre que hablaba dulcemente á su corazon, de épocas ya pasadas y que eran las mas félices de su vida.

Era el nombre del capitan de insurgentes que pronunciaban con mas terrror los soldados realistas, en todas las provincias de Veracruz y Puebla.

En el camino distinguió Fernando á un soldado que subia dificilmente por las rocas.

Lanzó al galope su caballo y acercándose á él le preguntó con un acento que mal disimulaba la emocion que sentia.

—¿Dónde se encuentra el capitan? porque tengo que comunicarle una órden muy importante de parte del general.

—Despues de habernos mandado ocultar entre las peñas, se ha adelantado para vigilar el camino desde aquellas tapias, respondió el soldado señalan-

do las paredes lejanas de una especie de casuchon arruinado en una altura, entre las peñas.

—Gracias, buen amigo, dijo Fernando lanzando su caballo en la direccion indicada.

Pero un hombre que no le habia visto hablar con el soldado; puesto que le habia adelantado una gran distancia, le esperaba en un recodo del cami no, oculto por los peñascos y precisamente al pié de las tapias, á que el jóven se dirigia.

Habia desnudado su espada de la vaina, suspendiendola á su puño, mientras que en cada una de sus manos mantenia una pistola armada.

Era Don Juan que se vengaba de un insulto hecho seis dias antes y que habia escogido el lugar mas solitario y mas á propósito, para esperar oculto al jóven, hacer fuego sobre él dos veces y acabarle de matar á estocadas.

Contaba con la mala ó ninguna defensa que le podia presentar Fernando, que no llevaba mas arma que su espada, pendiente á su cintura descuidadamente, contaba con la estrechez y elevacion del terreno por donde el jóven tenia que pasar preci samente, siguiendo el camino de Jalapa y contaba ademas con el abrigo que á él le daban las rotas paredes del destartalado casuchon.

Pero desde una de las rotas ventanas que como el ojo de un gigante se abria en la tapia que formaba ángulo con la que protegia para sus villanos intentos al traidor Don Juan, habia un hombre que medio oculto entre el yerbaje con que el tiempo habia adornado el vetusto y sombrio edificio, observaba con atencion su movientos.

Habia escuchado los pasos de su caballo sobre el sendero abierto casi entre las rocas y habia parado

su atencion. despues habia visto á un ginete cuyo rostro no podia contemplar, porque estaba vuelto de espaldas y delante de él, detenerse y desnudar su espada colgándola á su puño, sacar sus pistolas y montarlas, asegurándose antes del estado del cebo.

El hombre oculto dividia sus miradas entre el misterioso viagero y el camino de Jalapa, que por otra parte estaba completamente solitario.

No se podia contemplar su rostro, porque hemos dicho que estaba dentro del edificio y oculto por el cortinage de yerba; pero los escritores tenemos el privilegio de penetrar donde queremos y el descaro de descubrir todos los seccretos por misteriosos que estos sean.

Así es que lo haremos ver á nuestros lectores.

Era un jóven de veinte á veintidos años de edad, alto, delgado, pálido, aunque algo tostada su fisono mia, como si hiciese algun tiempo que se esponia á la inclemencia y al desamor de la intemperie, sin habitar en poblado.

Su fisonomia espresiva é inteligente, presentaba un sello particular de marcialidad, como si á pesar de su corta edad, estuviese el jóven acostumbrado al mando sobre masas indiciplinadas ó al cumpli miento de importantes y peligrosas empresas.

Sus ojos despedian una mirada, viva, penetrante, inmediatamente escudriñadora de lo que pasaba a su alrededor, su boca formaba una sonrisa particular en la que se podia leer una mezcla de ironía, de franqueza y de jovalidad.

Sobre su trage de paisano llevaba el jóven con cierto desenfado, las insignias de su grado de capitan de insurgentes: un par de magníficas pistolas se

ceñia á su cintura y á ella pendiente, colgaba un sable de enormes dimensiones.

—¿Quien será este hombre, que se aparece tan repentinamente, se para aquí y se dispone como para un combate? murmuraba el jóven que como hemos dicho no podia contemplar el rostro de Don Juan que estaba vuelto de espaldas. No veo su cara; pero me parece que conozco esa apostura y creo que lo he visto en otro tiempo, pero no recuerdo cuando ni dónde.

Tiene todas las trazas de un espía, enviado por el comandante del convoy; pero ha caido en las astas del toro.

Observémosle.

Y el jóven se preparaba á su doble espionage.

Pero derrepente un estremecimiento corrió por todo su cuerpo, una profunda palidez veló su rostro que se descompuso notablemente por una grave emocion, sus ojos chispearon de cólera y llevando maquinalmente la mano á su espada iba á salvar de un brinco la distancia que lo separaba de aquel hombre.

Era que habia visto, que estaba viendo el rostro de Don Juan, que se habia adelantado hasta el nivel, casi de la ventana, para lanzar una mirada al camino que acababa de dejar atrás y por donde venia acercándose Fernando.

Pero se contuvo y esperó el resultado de la maniobra de Don Juan.

Fernando bañado el corazon por un recuerdo el mas grato de su infancia, se habia absorvido en una profunda meditacion y con la cabeza caida sobre el pecho,se adelantaba al arruinado edificio, que le habian designado como albergue del terrible capi-

tan de insurgentes, cuya emocion ya hemos presenciado.

Don Juan en su misma postura hostil, se reia de la misma manera que se debe haber reido Satanas, cada vez que ha visto rodar á sus abismos una alma perdida para el cielo.

Desde el sitio que el jóven capitan ocupaba, dominando el camino, podia muy bien distinguir á los que avanzasen por el sendero.

Así es que con su mirada de águila, vió á Fernando que se acercaba, y un gozo infernal pintarse en el rostro del hombre, cuya presencia le habia causado tan profunda impresion.

De manera que comenzó á comprender poco mas ó menos la intencion traidora de Don Juan.

Pero no podia reconocer aún al jóven.

Derepente al volver éste el sendero y encontrarse por consiguiente á solo seis varas de la casa, se halló en frente de Don Juan, que le apuntaba con sus pistolas.

Lanzar un grito de horror, dar un brinco al suelo desde la ventana y ponerse de un salto al lado de Don Juan, con la espada desnuda en la mano derecha y una pistola en la izquierda, fué para el jóven capitan la obra de un segundo.

Acababa de reconocer á Fernando, en el momento de volver el recodo del camino, y antes de que pasase su sorpresa no habia tenido tiempo mas que para impedir el asesinato.

Pero ya era tarde.

Don Juan habia hecho fuego á boca de jarro con una pistola, la bala fué á herir el flanco de su caballo, hiriendo tambien el muslo de Fernando.

El animal se encabritó, relinchó dolorosamente,

arrojando al jóven contra el suelo, y delirante por el dolor que sentia se lanzó desenfrenado por los campos.

Fué tan violenta la accion, que Fernando no tuvo tiempo para agarrarse de su montura y rodó un largo trecho por las peñas.

Don Juan, con el sable levantado en una mano y una pistola en la otra, se acercó violentamente á él para acabarle de matar.

Pero entonces oyó un grito terrible á su espalda, y al volver su rostro, se halló frente á frente con el capitan.

Al ver aquella fantasma que se levantaba amenazadora y espantosa como la conciencia, terrible y acusadora como la justicia, implacable como la cólera divina, fria y muda como la muerte, Don Juan lanzó un grito horrible, histérico, que produjo un eco lúgubre en las peñas; su rostro se descompuso por un terror pánico y supersticioso, y una convulsion que contrajo sus mandíbulas y un espanto que agolpó coagulada la sangre en su corazon, le hicieron permanecer silencioso é inmóbil, mirando con ojos estraviados, como los de un loco, al capitan no menos conmovido que él

Fernando, rota su pierna, para poder ponerse de pié se agarraba por un instinto de conservacion, á las ásperas peñas, por donde á su pesar se precipitaba á alguna distancia de los dos pálidos viageros.

Logró por fin detenerse en una; pero los golpes, la sorpresa y la sangre que perdia, agotaron sus fuerzas y se desmayó.

El capitan á pesar de estar de pié, se irguió pálido y amenazador delante de Don Juan, que se habia quedado inerme como la hija de Loth al con-

vertirse en estátua de sal, por haber vuelto sus miradas á Sodoma, la impura ciudad maldita del Señor.

Al cabo de un rato de terrible silencio, dijo con un acento que revelaba la cólera, el desprecio y cierto sangriento placer de encontrarle.

—¿Con que al fin nos volvemos á hallar despues de dos años, y cuando vd., ¡infame! me creia muerto?

Don Juan ni se movió.

El capitan continuó:

—Sí, nos hallamos, y ¡en qué circunstancias! cuando acaba vd. de dar la muerte traidoramente á un hombre que rueda allá abajo.

Don Juan quiso moverse, quiso huir; pero el terror le habia quitado sus movimientos y permaneció clavado sobre su silla.

El capitan continuó implacable.

—¿Y sabe vd. que á ese jóven le amaba con todo mi corazon? ¡Miserable! responda vd., ¿qué ha hecho del otro, de aquel noble anciano?

Don Juan quiso articular algunas palabras; pero el terror ahogó su voz en su garganta y solo pudo lanzar un grito ronco é inarticulado.

—¡Ah! no responde vd., ¡infame! ¡traidor! ¡Judas! yo le escupiria á vd. en la cara, si no tuviese una espada con que defenderse por la última vez, porque esta tarde es la última vez que nos estamos mi rando, y solo uno de los dos debe descender; solo uno de los dos, ¿lo oye vd.? ¡cobarde!

La sangre del noble anciano Hidalgo pide san gre, la sangre de ese jóven que era mi hermano, pide sangre.

—¡Oh! ellos la obtendrán, empuñe vd. pronto su espada, porque si no le mataré como un asesino,

como lo merece; si aun hay un resto de valor en esa alma de lodo, descienda vd. del caballo y defiéndase.

Don Juan, mientras hablaba el jóven, comenzó á recobrar su serenidad, se vió á caballo, con una espada y una pistola cargada, mientras que su contrario estaba á pié, y por su alma cruzó un siniestro y traidor pensamiento.

Oyó con calma las justas recriminaciones que le dirigia el irritado jóven, meditó, calculó un momento su accion, y antes que el capitan se arrojase sobre él, le disparó su pistola á boca de jarro á la cabeza.

El jóven se dejó caer ligero como la luz, se volvió á levantar, se apoderó de las bridas del caballo del traidor, antes de que volviese de su sorpresa ó pensase en huir, y pálido, resuelto, sereno y silencioso, apoyó su pistola contra su pecho, é hizo fuego.

Don Juan lanzó un rugido y cayó á plomo, como si fuese una estátua, del caballo.

El capitan se inclinó á él, sombrío como la muerte; le vió revolcarse y estremecerse con las últimas convulsiones de la agonía, y murmuró con sordo acento:

—¡Asesino! ¡traidor! y ¡cobarde! yo no he sido mas que un instrumento de la cólera divina; tu triple asesinato y tu triple traicion, han sido castigadas, porque aun hay justicia en el cielo y virtud en la tierra.

Don Juan hizo aún un último estremecimiento y murió.

El capitan se irguió pálido y silencioso; se dirigió al lugar en que Fernando habia desaparecido,

y lanzó sus penetrantes miradas entre los peñascos.

Al ruido del tiro, Fernando volvió en sí de su desvanecimiento y trató de incorporarse.

El capitan le vió de pié, y lanzando un grito de alegría corrió á él.

Fernando oyó aquel grito, y al volver su rostro, vió acercarse una sombra, de él bien conocida y tiernamente amada:

—¡Fernando!

—¡Gil Gomez!

Este doble grito se confundió en uno solo.

Los dos jóvenes se estrecharon, permaneciendo un largo rato en silencio, porque su emocion les impedia hablar.

Pero sin hablar se lo habian dicho ya todo.

—¡Fernando! hermano mio! esclamaba llorando Gil Gomez, por fin despues de tanto tiempo te vuelvo á hallar, cuando hace un momento te creia muerto por ese infame.

—Pero ¡en qué tristes circunstancias nos encon tramos! Dios mio! murmuraba Fernando.

Y los dos volvieron á estrecharse en silencio.

—Estás herido, ¿no es verdad? preguntó al cabo de un momento Gil Gomez, cuando la primera emocion de volverse á ver hubo pasado, para hacer lugar á los recuerdos y á una tierna intimidad.

—Creo que es un simple rasguño, que no habrá interesado el hueso, porque puedo andar perfectamente; pero un presentimiento me dice que acabas de salvarme la vida.

¡Ese hombre! ¿qué ha sucedido? preguntó Fernando, recordando bien lo que acababa de pasar.

—Ese hombre, ha recibido ya el castigo que

Dios le tenia destinado por sus crímenes, respondió melancólicamente Gil Gomez.

—¿Le conocias acaso?

—Demasiado.

—¿Ha muerto?

—Ha muerto.

—¿Dónde le habias conocido, hermano mio?

—Ha dos años, una tarde despues de haber tendido un lazo infame á un noble anciano que proclamaba la mas santa de las causas, me ha dejado por muerto en los desiertos del Potosí.

Mira, continuó Gil Gomez entreabriendo su camisa y enseñando á Fernando el surco que en su pecho habia dejado una bala al deslizarse sobre sus costillas; mira, yo debia haber muerto, pero he escapado por un milagro, y Dios me ha dejado la vida para salvar la tuya y para castigar á un criminal, monstruo que la misma tierra desechaba.

En este momento llegaron á donde estaban los jóvenes, varios soldados, á quienes los tiros atraian, haciéndoles abandonar los escondites en que su capitan los habia colocado.

—Gil Gomez, les dijo que habian muerto á un espia, les ordenó sepultar su cádaver y apoderarse de su caballo, lo mismo que buscar por las cercanías el herido del jóven y retirarse á esperar sus órdenes.

Los soldados ejecutaron lo que se les habia mandado y se retiraron á cierta distancia.

—¿Y dónde te dirigias? ¡hermano mio! preguntó cuando hubieron quedado solos, Gil Gomez.

—¿Adónde? á unirme con Clemencia, para no separarme mas de ella, respondió Fernando con pasion.

—¿Sabes que se encuentra en Jalapa lo mismo que Don Estévan, que debe haber llegado ayer?

—Sospechaba lo primero; pero ignoraba lo segundo.

—¿Sabes que Clemencia está muy enferma?

—Me lo figuro, dijo Fernando con un suspiro; pero ¿cómo sabes tú todo eso?

—Aunque no he vuelto mas á San Roque, no he dejado sin embargo un momento de velar por sus habitantes, y ha habido veces en que me he hallado solo á un cuarto de legua de la hacienda.

—¿Y has visto á mi padre y á Clemencia?

—Les he visto sin que ellos lo hayan sabido; pero no he vuelto á hablarles mas.

—¿Por qué?

—Porque he sido demasiado ingrato con mi protector, para atreverme á mirarle á la cara, respondió Gil Gomez melancólicamente con un suspiro.

—¿Tú, Gil Gomez?

—Yo, Fernando, y por seguirte.

—¿Es posible?

—Escucha la historia de mi vida, desde que nos separamos hace dos años.

Y entonces los jóvenes, sentados en un peñasco, con sus manos afectuosamente enlazadas, medio envueltos por las nacientes tintas crepusculares y por las nieblas que el cofre de Perote lanzaba hácia Jalapa, se contaron mutuamente su historia y los lazos terribles que los habian unido con el hombre que acababa de morir, lamentando la fatalidad que les habia impedido reunirse.

—Y ahora, ¿nos reunimos para siempre, hermano mio? preguntó Fernando al cabo de un rato y cuando hubieron concluido su confidencia.

—¡Imposible, Fernando! mi brazo sostiene una causa que no abandonaré sino hasta morir ó verla triunfante, dijo Gil Gomez.

—¿Pero me acompañarás á Jalapa?

—Te acompañaré, porque preveo una grave desgracia para tí y en la que necesitarás de mis consuelos.

—¿Una desgracia?

—Sí, pero no hablemos mas de ello.

Un soldado vino á avisar á su capitan que por los indígenas que venian de Jalapa, habian tenido noticia que el convoy se habia detenido á pernoctar en esta ciudad.

—¡Está bien! ¿han enterrado el cádaver y han recogido los caballos? preguntó Gil Gomez.

—Sí, mi capitan, todo se ha hecho, respondió respetuosamente el insurgente.

—Traiga vd. ensillados dos de los caballos que están de refresco allá abajo en la venta, y diga al alferez Peña que venga inmediatamente.

El soldado fué á ejecutar lo que se le mandaba.

A poco se presentó el alferez, jóven de diez y ocho años entonces, que hoy duerme para siempre con sus insignias de capitan y su espada de valiente, en el campo de matanza de la "Angostura."

Gil Gomez le ordenó retirarse con la guerrilla hacia el rumbo de Actopam, mientras que él permanecia en Jalapa para observar las operaciones del enemigo.

El soldado trajo dos caballos.

La guerrilla se reunió y marchó en buen órden, en la direccion indicada.

—¡Y ahora á Jalapa! esclamó Fernando tendien-

do sus brazos hácia la hermosa ciudad, que encerraba todo lo que amó en la vida.

— Sí, á Jalapa, respondió lacónicamente Gil Gomez, lanzando una última mirada, al sitio en que dormia Don Juan con su último sueño.

—Sí, á Jalapa, donde está el amor, la calma, la felicidad, mi puerto de salvacion en las tempestades del mundo.

—O la tumba de tus ilusiones, murmuró Gil Gomez.

Y los dos ginetes lanzáron sus caballos al galope, desapareciendo á poco entre las tinieblas de la noche y las brumas que el cofre de Perote enviaba hácia Jalapa.

CAPITULO XXIII.

¡Para la eternidad!

La tarde misma en que tuvieron lugar los suceSos que acabamos de referir, llamó un hombre á la puerta de la habitacion del Doctor.

Era el cartero, que entregó una carta que habia venido por el correo de México.

El Doctor, que velaba al lado de Clemencia, fué llamado por Don Estévan, que hacia dos dias habia ido á hacerla compañía y acababa de recibir la carta.

Estaba dirigida á Clemencia, bajo un sobre rotulado al Doctor.

—¿Qué haremos con esta carta? porque en el estado en que mi hija se encuentra, le es imposible

leerla, preguntó el anciano que se habia quedado pensativo con la carta en la mano.

—Yo creo, observó Don Estévan, que la impresion que le haga esta carta, debe mas bien serle provechosa que dañosa.

—Es verdad, amigo mio, dice vd. muy bien, le daremos esta carta, la primera que recibe despues de un año de silencio, ¿porqué privarla de esta última satisfaccion, cuando acaso mañana ó esta noche ¡Dios mio! todo habrá concluido para ella? esclamó el Doctor entre sollozos, penetrando seguido de su amigo, en el aposento de la moribunda Clemencia.

La jóven estaba reclinada sobre su lecho.

Una palidez mas profunda, una mirada mas apagada, una sonrisa mas triste, es la única diferencia que encontraremos en su rostro, que contemplamos hace pocos dias.

Sin embargo, en su fisonomía se podian leer esos signos misteriosos, que sin saber en lo que consisten precisamente, indican no obstante con bastante seguridad una muerte próxima, por mas animados que estén los enfermos.

—Hija mia, dijo el Doctor, esta carta acaba de llegar para tí y viene de México, ¿quieres leerla tú?

Clemencia abrió los ojos, que tenia cerrados á pesar de no estar dormida, al escuchar estas palabras de su padre, se sonrió, con una triste sonrisa por cierto, como si fuese un acontecimiento demasiado natural el que le anunciaba, y alargó su descarnada mano para recibir la carta.

Entre Don Estévan y el Doctor incorporaron so-

bre su lecho á Clemencia, y aproximó el primero la bugía que alumbraba la habitacion.

Clemencia abrió lentamente la carta, recorrió violentamente las pocas líneas que la componian, y se desmayó.

Era la carta que hemos visto escribir tan arrepentido á Fernando, y bien se comprende el efecto que sus palabras debian causar sobre el ánima enferma de la pobre niña.

El Doctor lanzó un grito, y apoderándose de la carta recorrió violentamente su contenido.

Al cabo de un momento, Clemencia abrió los ojos, volviendo en sí por las esencias que el Doctor le hacia respirar.

Volvió á pedirle la carta con un signo de cabeza, la volvió á leer con una triste lentitud, y cuando hubo concluido, con los ojos arrasados de lágrimas, besó la firma y guardó el papel en su seno.

Despues sollozó un rato, y en su rostro ajado por la enfermedad, se pintó una esperanza dulce, una fé intensa, una resignacion sublime, resignacion de mártir.

Despues, volviéndose al Doctor, dijo con acento tranquilo, vagando por sus labios una sonrisa de melancólica satisfaccion.

—¡Ya lo ve vd. padre mio! aunque tarde, llega al fin.

—Sí, y acaso dentro de un momento se encuentre á nuestro lado, dijo el Doctor.

—Dios nos lo habia quitado, y Dios nos lo vuelve, esclamó Don Estévan con emocion.

—Pero es inútil; es una lástima en verdad que llegue tan tarde; en vez de una amante se va á en-

—¡Pobre humanidad! ¡perder la felicidad en el momento de alcanzarla!

¡He aquí tu destino!

Al cabo de un momento, Fernando, dirigiéndose al doctor le dijo con tristeza.

—¿Y Clemencia?

El Doctor no contestó, movió desalentadamente la cabeza y poniendo su dedo sóbre sus lábios, condujo al jóven hasta la puerta de la habitacion de su hija.

Don Estevan y Gil Gomez permanecieron mudos.

Fernando siguió al doctor en silencio.

Abrió éste sin hacer ruido la puerta, se acercó al lecho de Clemencia que estaba dormida y entreabriendo el cortinage, se la móstró con una señal.

Al contemplar aquel rostro apacible, todavía bello á pesar de la enfermedad, tan doliente y tan sereno, al contemplar aquel rostro querido que traia consigo todo un mundo de recuerdos, de ilusiones de tiempos mejores ya perdidos en la noche del dolor; aquel rostro que era la espresion de una esperanza, el signo de un remordimiento, la imágen mas patética y mas viva de un pesar sin límites; Fernando lanzó un grito que era al mismo tiempo un gemido y una queja, una ilusion y una acusacion contra sí mismo y cayó de rodillas al borde del lecho, tomando entre las suyas las pálidas manos de Clemencia.

Al grito, abrió ésta los ojos y al mirar á la ténue y dudosa luz que despedia la lámpara de la habitacion, á una figura llorosa y anhelante á su lado, comprendió mas bien que miró quién era.

Un último estremecimiento de vida circuló por

aquel cuerpo ya casi muerto, reunió todas sus fuerzas para incorporarse en el lecho, sus ojos brillaron con una espresion sublime de entusiasmo, último reflejo de una pasion desdichada, postrer luz de una lámpara que se apaga, primer flor que brota en un sepulcro, y cayó en brazos del jóven, profiriendo entre sollozos y angustia estertorosa, este último grito supremo, queja y amor al mismo tiempo, postrer adios de un corazon que se despide de una vida donde solo halló pesadumbres, martirio y desengaño.

—¡Fernando!....

—¡Clemencia! dijo á su vez el jóven estrechando á aquella pobre moribunda contra su despedazado corazon.

Y los jóvenes confundieron durante algun tiempo sus sollozos.

Don Estevan y Gil Gomez, de pié junto á la puerta permanecian silenciosos.

El doctor lloraba cerca del lecho de su hija,

Era un espectáculo que hacia pedazos el corazon, el de aquellos jóvenes abrazados llorando, con el llanto que se derrama al terminar una larga y dolorosa ausencia y con el que se vierte al despedirse.

Era una ironia horrible, aquella alegría que debia causarles la dicha de volverse á ver, y aquel pesar del adios para la eternidad.

¡Era espantoso el sarcasmo!....

Un jóven lleno de vida, de esperanzas, de arrepentimiento, que venia á encontrarse con el alma de su alma, moribunda, doliente, suspendida entre la tumba y la tierra, entre la vida y la eternidad, entre el cielo y el mundo, entre Dios y el hombre.

¡Un sepulcro por tálamo nupcial!

¡Sollozos por palabras de ternura!

¡Silencio de pesar, por dulce recogimiento de placer!

—Clemencia ¿me perdonas, todos los sufrimientos que con mi ingratitud he podido causarte? ¡alma mia! esclamaba Fernando ahogada su voz por sus gemidos.

—¡Yo te perdono, dijo solemnemente Clemencia, reuniendo todos sus esfuerzos para proferir estas últimas palabras, elocuente historia de su vida y de su corazon.

Y arrancándose de los brazos de Fernando cayó pesadamente sobre el lecho.

....

Una hora despues, comenzó la agonía de Clemencia, agonia tranquila como su vida.

Su respiracion de desigual pasó á uniforme, como si el aire no penetrando ya en los pulmones, comenzase la asfixia poco á poco.

De cuando en cuando entreabria sus ojos ya opacos y los volvia al sitio en que Fernando, pálido, desencajado, con la mirada fija sobre su pálido rostro, llorando en silencio, la veia irse muriendo lentamente.

Otros momentos al sentir entre las suyas las manos de su padre las estrechaba debilmente.

A veces un quejido triste y débil se exalaba de su oprimido pecho, últimos signos del sufrimiento.

El Doctor, tranquilo, anonadado con ese anonadamiento del dolor que nos impide llorar y nos convierte en una especie de idiotas insensibles, á fuerza de sentir, miraba á su hija con una fijeza espantosa y sombría como la de un loco.

Don Estevan, veia alternativamente á su hijo á la moribunda y á su amigo, intentando en vano arrancarles de aquel lecho á que el dolor les atraia con un horrible magnetismo.

Gil Gomez se habia dejado caer abatido y silencioso sobre un sillon.

No se oia mas rumor que el de la péndola del relox, que contaba implacable los momentos con una espantosa uniformidad, la imperceptible respiracion de la moribunda y los comprimidos sollozos de los circunstantes.

Fuera de la habitacion se escuchaban las voces de los criados que iban y venian, y el gemir del viento que se estrellaba sollozando contra las vidrieras.

Derrepente el Doctor exaló un doloroso gemido y cayó entre los brazos de Don Estevan, que corrió á él apresuradamente arrancándole del lecho.

Fernando lanzó otro grito, levantó entre su brazos á Clemencia, la besó en la frente, llevando sus heladas manos contra su pecho, y llamándola con los nombres mas tiernos.

Pero la jóven no respondió, no hizo un movimiento y su pálida cabeza cayo pesadamente sobre el lecho.

¡Estaba muerta!

En un segundo habia atravesado ese misterioso camino, que va de la vida á la eternidad.

Sus labios se entreabrian por una sonrisa, sus ojos abiertos estaban fijos en el cielo, y una de sus manos colgaba fuera de la ropa del lecho.

El Doctor apoyada su cabeza sobre el pecho de Don Estévan lanzaba desgarradores gemidos.

Fernando, abrazado con Gil Gomez, lloraba con dolorosa desesperacion.

Un criado, cubria con sus mismas ropas la pálida cabeza de la muerta, despues de haber cerrado sus ojos.

Fuera, la misma tranquilidad, la misma calma, la misma indiferencia del mundo.....

Mas adelante volverémos á encontrar en otras circunstancias, á algunos de los personages de esta historia.

JUAN DIAZ COVARRUBIAS.

FIN.



